

JIM CRACE

---

# *Arcadia*



Lectulandia

Victor es el hombre más rico de la ciudad. Nacido en la pobreza más abyecta su madre fue una mendiga que huyó de las hambrunas del campo a las miserias de la ciudad, y lo amamantó hasta los seis años para despertar la compasión de aquellos a quienes pedía limosna, ahora, desde las últimas plantas de un inmenso edificio de cristal, lo domina todo. Y, sobre todo, domina el inmenso, medieval mercado de frutas y verduras el lugar donde el campo llega a la ciudad, como lo hiciera su madre, fuente de su riqueza y de su poder, laberíntico, caótico y vivo corazón de la metrópolis, refugio de vagabundos y de prostitutas, de huérfanos y de buscavidas, metáfora y parábola de todas las ciudades posibles.

Victor tiene ahora ochenta años, y un proyecto, que será la huella que dejará en este mundo antes de morir: reconstruir el mercado, convertirlo, con la ayuda de un sofisticado arquitecto italiano, en una Arcadia moderna, en el paraíso de los que compran y venden, y en un monumento a su madre, la mendiga que lo lanzó a sobrevivir y a medrar en ese mundo dentro del mundo.

**Lectulandia**

Jim Crace

**Arcadia**

ePub r1.0

Titivillus 19.08.17

Título original: *Arcadia*  
Jim Crace, 1992  
Traducción: Maribel de Juan  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Los edificios más altos arrojan las Sombras más largas (así los Grandes Hombres dejan su Impronta ocultando el Sol y, buscando ellos el Calor, echan el Frío sobre los demás).

ÉMILE DELL'OVA, *Truismes*  
Éditions Baratin, París, 1774

**Primera parte**  
**El Mercado del Jabón**

# 1

No es extraño que Victor no se enamorase nunca. Una infancia como la que él tuvo nos habría convertido a todos en cubitos de hielo. Se alimentó de la leche de su madre hasta los seis años y luego prosperó gracias a la caridad y el comercio.

El día que cumplía los ochenta, Victor comió pescado. Le encantaba el pescado. A medida que la edad le cubría de escamas y plateaba su cabello, su gusto por el pescado aumentaba. Diez percas vivas de su propio criadero llegaron esa mañana a la estación y un taxi las llevó en un bidón de plástico a sus oficinas. El personal de la cocina estaba acostumbrado a Victor y a sus mimados peces. Pensaban cocinarlas con cerveza de manzana y servir las frías con aceitunas de su finca. También habría champán, el champán del jefe. Y fruta, por supuesto. Todo esto para sólo cinco invitados al almuerzo de cumpleaños. Verduleros todos ellos, tratantes en patatas, comerciantes en judías, asentadores de fruta, y todos, al igual que Victor, viejos, lentos y duros de oído. No habría —a petición suya— regalos, ni tarjetas, ni tarta. No pondría a prueba su propia paciencia —ni la de sus empleados— con discursos. Lo que los viejos quieren es paz e informalidad, y la oportunidad de hablar entre ellos como niños tiznados.

Dijo que quería una comida sencilla y campestre. La ficción que había en su mente era ésta: se sentaría rodeado por sus amigos bajo un entoldado de lona. Habría manteles blancos sobre una mesa de inestables caballetes. Una ligera brisa. Los invitados se quitarían las zapatillas y frotarían los dedos desnudos de sus pies en el polvo. Girarían en sus taburetes y escupirían los huesos de aceituna al aire. Pollos y gatos darían cuenta de las migas y de las pieles de las percas. Con la ayuda de unas cuantas bromas y un poco de dinero, el gordo hijo de la cocinera tocaría rotundas melodías con su acordeón. Ésa era para Victor la comida de cumpleaños ideal. Sencilla, barata y al alcance de campesinos que hubieran vivido pegados a la tierra en una granja digamos que treinta años atrás; pero un sueño fuera del alcance de los cheques y los aparatos de fax de un hombre cuyo hogar está a veintisiete pisos y cien metros por encima del suelo, con vistas, a través de cristales ahumados y resistentes y de aire ahumado y resistente, sobre bloques de oficinas, buhardillas y galerías comerciales.

No obstante, el hombre que conocíamos como Rook había hecho todo lo posible para que los sueños del viejo Victor se cumplieren. Los manteles blancos fueron fáciles de encontrar. Rook tenía los gatos. La brisa sería el aire acondicionado. Los viejos podrían quitarse las zapatillas y frotar sus dedos en la lana de la alfombra. Podrían escupir los huesos de aceituna a las camareras. ¿Por qué no?

Tendrían que pasarse sin los pollos, razonó Rook. Victor no podría tener gallinas sueltas cloqueando entre sus renqueantes invitados. No era Dalí, todavía. Los acordeones fueron contratados. La agencia enviaría un grupo de tres, dos hermanas y una amiga. Tal vez, pensó Rook, debería ambientar el ascensor con aerosoles de

estiercol, o pasar cintas con cantos de pájaros por el circuito de intercomunicación. Eso haría que al jefe se le saltaran las lágrimas. Al jefe se le saltarían las lágrimas de todas formas. Había resuelto mimar a Victor durante ese día. Planeaba prepararle una silla de cumpleaños adornada con ramas, como solían hacer en el pueblo donde Victor había nacido. Exactamente igual que la silla de *Calendario de costumbres* de Leye: lámina XVII, una fotografía borrosa en blanco y negro de un niño de los años veinte, con expresión de radiante felicidad, lloroso, recargadamente vestido con bombachos y chaleco, entre el follaje de una silla de cumpleaños de alto respaldo. Victor tendría lo mismo. Al Servicio de Seguridad y Vigilancia de la oficina no le parecería bien, pero Rook suponía que podía decorar una silla sin que el edificio se detuviera con un chirrido. Un poco de follaje no haría ningún daño.

Así que el día de Rook ya estaba arreglado. Supondría un cambio respecto a estar de pie al lado del viejo mientras éste estampaba su marca en los cheques y papeles o acercaba su helada nariz a las últimas revistas profesionales o —con más entusiasmo— a la *Guía ilustrada de los coleópteros de invernadero* de Alkadier, que era su compañera de cama, de escritorio y de lavabo. Además, le permitiría a Rook salir a la calle durante un rato. Su mayor alegría era soltarse la corbata y callejear esquivando a la gente de la ciudad. Pero ganando un sueldo todo el tiempo, sangrando el bolsillo de Victor, sangrando bolsillos por todas partes.

En el corazón del mercado de frutas y verduras, no lejos de las oficinas de Victor, había un jardín con rosas, laureles y toda clase de arbustos atrofiados de un verde grisáceo. En otro tiempo había sido la plaza pública de los lavaderos y todos los ciudadanos lo conocían aún como el Jardín del Jabón. Con una lógica más poética que funcional, el mercado que había absorbido el jardín también era conocido como el Mercado del Jabón, aunque no vendían jabón en él. Las aporreadas piedras de lavar medievales y las fuentes con gárgolas de la plaza todavía estaban allí, aunque protegidas de la gente por una reja. Las sillas y las mesas de los muchos bares adyacentes se extendían por el jardín. Y había césped, un puesto de café y tartas, y arbustos que proporcionarían la ornamentación perfecta para una silla de cumpleaños. «Podría enviar a un chófer o un administrativo, es verdad», pensó Rook. Pero en días soleados como aquél había chicas tumbadas en la hierba, muchas más y mucho más bonitas que las que había visto nunca en los caminos rurales. «¿Por qué desperdiciar semejante perspectiva enviando a un administrativo?»

Le dijo a Anna, la mujer que se ocupaba de las habitaciones exteriores, contrataba y despedía al personal y controlaba la puerta de acceso a la suite de oficinas de Victor, que tenía que «hacer unos recados» y que estaría fuera dos horas como máximo.

—Tráeme un pastel cuando vuelvas —dijo ella.

No era tonta. Conocía bien a Rook. Le había visto en ocasiones anteriores salir apresuradamente por la mañana para realizar gestiones urgentes y luego le había pillado sentado ociosamente en su despacho sin nada en la mesa excepto unas migas.

No era la clase de hombre que se da aires de grandeza si el personal le hace partícipe de sus cotilleos o sus bromas. No tenía fama de ser muy trabajador, ni muy orgulloso. Era el parachoques de Victor —y su factótum—, eso era todo. El jefe decía; Rook hacía. Aunque nadie sabía con certeza qué era lo que Rook hacía y arreglaba.

A Anna le gustaba el intrigante misterio de Rook. Su placer se hizo evidente: en su voz alegre, en su cara un poco sonrojada y encendida. Se preguntó si se atrevería a compartir un pastel con él, sus bocas y sus lenguas disputándose cada migaja. Habían estado muy cerca de eso mil veces; la mano de él en la cinturilla de su falda o pellizcando su carne, su aliento sobre su cuello, mientras estaban haciendo cola delante de la cafetera o de la fotocopidora; la mano de ella, como en broma, sobre la de él, cuando uno junto al otro, cadera contra cadera delante de la mesa de Anna, comprobaban la agenda de Victor cada mañana. Si aquello era amor, entonces era un amor sabio, no un amor juvenil, no un amor tímido, no un amor ciego. Y si aquello era simplemente pasión y nada más, entonces estaba en buenas manos, porque Rook y Anna eran lo bastante mayores —y lo bastante jóvenes— como para sacar el máximo partido de la pasión mientras el tiempo estuviera de su parte. A Anna su papada, algunas arrugas y ojeras bajo los ojos, cierta flaccidez en el vientre y en los muslos, la piel apergaminada en la parte interna de las extremidades, la pérdida de vigor, y otras cosas, le decían diariamente, cada vez que se lavaba, se vestía o corría, que tenía más de cuarenta años y que debería atreverse a cambiar su lema del *Ve con cuidado* de su juventud por un *Sí y ahora y aquí*.

En cuanto a Rook, a unas señales de madurez muy parecidas había que añadir un pelo sin vigor que blanqueaba en las sienes y un pecho de asmático en forma de proa como prueba de que, debajo de la alegre corbata y la camisa, sus pulmones estaban afligidos y extenuados. Él se veía a sí mismo nervudo y ligero. Su mente era nervuda. La expresión de su cara era nervuda. Pero desnudo, en la ducha o en la cama, más que nervudo se le veía flaco. Sin embargo, era un hombre tentador y enigmático, no seco y agotado como otros que ella conocía. Anna se atrevió a mirarle a los ojos y a pensar en el pastel —y algo más— que podían compartir. «Ya veremos», dijo, no exactamente en voz alta, con los dedos unidos por las puntas bajo su barbilla y el espíritu animado por las perspectivas del día. Sí, sí. Sí aquí, sí ahora. Rook se vio reflejado en ella. Le sonrió y le dijo:

—No tienes más que decirme qué pastel quieres. ¿Con qué puedo tentarte hoy?

Ella dijo que quería un vienés con fruta y nata, eso iría bien con el mejor champán, que era el que esperaba que el jefe ofreciese a sus empleados de confianza para que brindasen con él en su almuerzo de cumpleaños. Rook prometió encargarse de ello. Haría lo siguiente: se ocuparía de que todas las personas que trabajaban en las habitaciones exteriores tuviesen pasteles y bebida. Se sumarían a los ancianos verduleros para celebrar los ochenta años de Victor. El personal podía comerse un pastel, pensó, sin que el edificio se detuviese con un chirrido, aunque la idea de que los edificios se detuvieran con un chirrido le atraía.

Así Rook, aquel viernes de verano en nuestra ciudad, iba armado con el encargo de cosechar pasteles y ramas verdes mientras descendía los cien metros y los veintisiete pisos en el ascensor particular de Victor y caminaba hacia el aire libre cruzando el cuidado follaje de plástico de los luminosos vestíbulos que se proyectaban de la base del edificio como acolchadas antepuertas de cristal. Mostró su cara y su pase personal al vigilante jurado y se metió entre las hojas de la puerta giratoria. ESTAS PUERTAS SON AUTOMÁTICAS, anunciaba el letrero. Era una advertencia y una jactancia: Estas puertas son más grandes y más permanentes que usted. Sencillamente le llevaron en un triángulo rotatorio de aire acondicionado hasta el sol y la brisa que había más allá. Toda seguridad terminaba ahí.

Observen que no quiso coger un coche. Había un hombre de guardia en las puertas que hubiese estado encantado de llamar uno, un taxi o un Panache de la compañía con chófer. A Rook se le valoraba tanto como a las percas de Victor —si no un poco más— y no se esperaba que se arriesgase por las calles. Pero él prefería andar. Y ¿quién iba a saberlo? A los cinco minutos estaría entre la multitud, indistinguible de todos los demás duplicados con traje de oficina que iban a hacer diligencias en la ciudad durante las horas de trabajo. ¿Qué podía ser más grato que pasar inadvertido entre extraños vagamente conocidos u ofrecer una semiinclinación de cabeza, la sombra de una sonrisa, a los transeúntes cuyas caras le sonaban? ¡Qué democracia! Esquivarse y empujarse, renacuajos en la corriente. Pero primero tenía que recorrer los calurosos y vacíos claustros de la galería comercial donde el ruido del tráfico distante era barrido por el de las fuentes, cuya agua manaba y se recogía, día y noche, con una rítmica certeza que ningún arroyo de montaña podía igualar. Rook no se detuvo, a pesar del calor y la soledad, para sentarse debajo de las farolas ganadoras de un premio o para jugar una complicada rayuela en las baldosas de mármol coloreado.

Eligió una ruta que le libraba de las sombras. Fijó los ojos en la línea del horizonte, donde las poco ambiciosas torres de la ciudad antigua competían en busca de luz y oxígeno con las grúas mantis de los edificios en construcción y los esqueléticos andamiajes de los bloques de oficinas a medio terminar, cubiertos por pudor con faldas de plástico ondulantes. Rook decía que le encantaba ver las grúas elevándose por encima de las cabezas. Le gustaban sobre todo cuando, en la Fiesta del Verano, estaban todas engalanadas con guirnaldas y luces y había fuegos artificiales. Entonces, por una vez, las calles estaban más apagadas, más oscuras que el cielo nocturno. Le gustaba su ciudad bulliciosa, atestada, vestida de negro. Se veía a sí mismo nervudo y negro, una tópica criatura de la noche. De hecho, en parte, por eso nuestro Rook era conocido como Rook: por la ropa negra que llevaba cuando era joven y vivía en las calles. También por el graznido nasal, semejante al de un grajo, de su risa, y por su amor por las multitudes, por sus saqueos, por su falta de escrúpulos. Pero, más que nada, por su aspecto de pájaro con el pecho hinchado y los miembros ligeros.<sup>[1]</sup>

Se decía que le había sacado sus buenos dineros a Victor, que Victor, sin hijos, sin herederos, trataba a Rook como a un hijo y le daba dinero en lugar de amor. Un cheque era la versión de Victor de un beso. «El dinero es el mejor abrazo», decía. Pero en esto las habladorías de las secretarías y los administrativos iban muy desencaminadas. Victor —a pesar de sus años y de sus conocimientos del poder de seducción del dinero, de cómo se podía comprar y acariciar a la gente con dinero— le pagaba a Rook un sueldo, nada más. Y Rook era lo bastante listo como para mantener las manos limpias en la oficina. Sabía lo fina que era y lo gastada que estaba la correa que le ataba a la bolsa del viejo y, de hecho, lo floja que el jefe sostenía esa correa, lo fácilmente que podría soltarla. Para ser dos hombres que pasaban tanto tiempo juntos, compartían pocos sentimientos o lealtades. La jovialidad de Rook no debía tomarse por afecto a su jefe o a su trabajo, sino más bien como una estratagema para llenar los silencios que eran el pesado mobiliario de su intercambio diario. A Victor no le agradaba la especial propensión de Rook a la frivolidad, su falta de respeto por el silencio, su subversión de las convenciones sociales, su irritante pereza. El sencillo credo de Victor era éste: hasta que un hombre no acepta entregarse al trabajo, no será rico, ni valioso, ni admirable, ni —lo mejor de todo— podrá estar en paz.

Sin embargo, Rook era rico, no hay duda. Un hombre más pobre no habría rechazado el ofrecimiento de una limusina. Sólo un hombre que está seguro de su riqueza prefiere caminar cuando puede ir en coche. Sólo un hombre que está acostumbrado a las calles, que tiene ojos en los talones, sabe cuándo le están siguiendo y quién. Cuando las puertas giratorias automáticas expulsaron a Rook al aire no acondicionado, un tipo de apenas veinte años, con un arrugado traje de verano color crema, se separó de las oscuras sombras entre los cavetos de una columnata y le siguió a la galería comercial, manteniéndose, como un gato, pegado a las paredes sin sol. Deambulaba como un truhán, fingiendo interés por las fuentes y las farolas, evitando las juntas y fisuras en las baldosas de mármol de colores. He aquí, pretendía decir su actitud, un inocente en el extranjero. Decía, en cambio, he aquí un haragán en libertad. Apártense. Tengan cuidado. Protejan sus bolsillos mientras andan.

El haragán que seguía a Rook era nuevo en la ciudad. Tenía las uñas cuarteadas como pizarra. Sus manos y su cuello estaban tostados. Le lloraban los ojos por la arenisca y el polvo que, arremolinados por el viento, le picoteaban la cara. Todavía no había aprendido el truco de la ciudad de guiñar los ojos mientras caminaba. Estaba jubiloso por encontrarse allí, lejos de casa, perdido, pobre, libre. En el bolsillo llevaba una navaja automática cuyo muelle era lento y temperamental. Nada de dinero. En algún momento, durante el día del cumpleaños de Victor, se encontraría cara a cara con Rook. ¿Quién saldría peor parado? Era optimista, aunque al final, por supuesto —a menos que pensase en el asesinato—, un muchacho como él tenía que salir perdiendo. En el mejor de los casos, le esperaban la pobreza, la bebida, la delincuencia, y vender su cuerpo y sus favores en la calle. Por lo menos mientras

fuese joven. Luego, solamente la pobreza y la bebida.

Si estuviésemos buscando dos polos opuestos para representar la buena fortuna y la mala suerte, no podríamos hallar nada mejor que estos dos hombres, el factótum y su sombra, cuando se metían en el paso subterráneo de peatones y pasaban por debajo de la Autopista de Enlace Roja, que separaba la ciudad vieja de las plataformas y terrazas ajardinadas de la nueva. Era un paso construido para palizas, o violaciones, o el urgente vaciado de vejigas, o para que la gente sin techo se refugiase de la lluvia y la noche. Las columnas proporcionaban huecos oscuros a los vagabundos. Las mortecinas luces parpadeaban y zumbaban, fallaban a veces o fulguraban como flashes fotográficos. Los papeles tirados se hinchaban y aleteaban como una paloma atrapada y asustada. El olor era una mezcla de orina y de calle.

Rook pensó que tal vez su sombra acortase la distancia entre ellos bajo tierra y hubiese un forcejeo por su cartera, o le acorralase para pedirle «un préstamo». Caminó un poco más deprisa, jadeante. Cerró los dedos en torno a sus llaves para que cualquier puñetazo que diese fuera duro y pesado. Se alegró de ver la luz del día derramándose sobre los escalones en el otro extremo del paso y de oír el repiqueteo de los tacones de las mujeres sobre la acera, las campanillas de los vendedores callejeros, los altavoces de las tiendas que ofrecían gangas insistentemente, las portezuelas y las bocinas y los frenos de los coches.

Muy pronto fue un Rook diferente, aún no el revolucionario que había sido de joven, no exactamente el perro fiel del edificio de oficinas, sino alguien más relajado que ambos. Su paso se hizo más lento. Iba paseando. Su corbata estaba floja. Dejó caer los hombros. Su pecho de pájaro ya no subía y bajaba en busca de aire. No había tensión allí, en el espacio público, excepto la amable y congestionada tensión de las calles, que separaba el tránsito de los peatones, que producía armonías atonales en las que las bocinas de los coches eran los instrumentos metálicos de viento, los vendedores de periódicos eran los vocalistas y la percusión era suministrada por el golpeteo de los zapatos en la piedra. Ahora lo que Rook buscaba principalmente en aquella calle de bares, boutiques y restaurantes, eran tipos raros, compinches, chicas bonitas, cualquier persona que mirar, o cualquier cosa que comprar. Estaba atento, sí, pero ya no a los ladrones o los problemas, ya no al individuo del arrugado traje crema. Rook ya no aferraba sus llaves. En algún lugar, entre la ciudad nueva y la vieja, su haragán había desaparecido, tragado por la multitud de las aceras.

Desconocedor del vals, el sencillo rápido-rápido-lento de atravesar una multitud, la rústica sombra de Rook había sido bloqueada por los coches y las bicicletas que esperaban, interceptada por ciudadanos que iban en direcciones opuestas, detenida por bolsas de la compra, niños y carritos de bocadillos o baratijas. Había sido entretenida por individuos que ofrecían folletos y octavillas, había tropezado a la altura de las rodillas y del pecho con cubos de la basura, bocas de riego, letreros, buzones, puestos de periódicos. Le había empujado y golpeado el selectivo caos de la calle que desviaba y arrastraba a los recién llegados que no entendían su corriente o su flujo. Aquélla era una ciudad lanzada a toda velocidad.

Mientras Rook mantenía su paso infaliblemente y sin tropiezos, el joven del traje —cuyo nombre conocerán antes de que acabe el día— quedó atrás, perdido, incapaz incluso de localizar la cabeza de su presa, que iba curioseando, entre el incesante tropel de ciudadanos. Se detuvo y se puso a mirar escaparates también él, asaltado por bandadas de gaviotas de lencería, joyas tiradas sobre un lecho de arena tan descuidadamente como si fuesen piedras, trufas de chocolate expuestas como si fuesen joyas sobre bandejas de raso, terraplenes de botas y zapatos, toda la magia del *Mire, pero no toque*. Apretó la espalda contra el escaparate esperando que unos ojos le mirasen de arriba abajo y le desaprobasen. Pero no había ninguno. Los únicos ojos que le miraban eran los de los maniqués de escayola. Miraban hacia fuera, día y noche, como si soñaran la calle y todos los transeúntes fuesen invenciones en el cristal.

¿Quién puede resistirse a la intimidad de las muchedumbres? Una muchedumbre es gente que se vota libremente a sí misma. La sombra de Rook se unió a la muchedumbre y fue con ella a lo largo de la calle de los Santos, dio la vuelta a la plaza de la Torre y regresó, hasta que encalló entre las mesas de la terraza de un bar.

Se sentó. Permanecería allí hasta que viniese un camarero y luego se marcharía apresuradamente. No estaba aburrido. La calle era un cabaret, con pantomimas y con chistes contados teatralmente, en un susurro o en un grito. Se quedaría allí durante un rato, pensó, y luego volvería al lugar donde había visto a Rook, donde nunca había multitudes, en el paso de peatones mal iluminado bajo la Autopista de Enlace Roja. Ése era el sitio perfecto para la emboscada que planeaba.

Mientras tanto, Rook había dejado atrás el bullicio de la calle de las boutiques. Había rodeado los límites del Parque Matemático, donde los parterres tenían las formas más variadas —un octógono de prímulas, un perfecto círculo de begonias, rosas en forma de triángulos y cuadrados— y había pitagóricas estructuras para que treparan los niños y bancos de madera diseñados imposiblemente como cintas de Möbius. Ahora Rook iba caminando por el barrio donde había nacido y crecido, el distrito de Puerta de Madera de nuestra ciudad.

¿Dónde estaban las puertas de madera que daban nombre al lugar, aquellos centinelas de roble medievales que habían dado paso a una ciudad antigua? Se habían quemado setenta y cuatro años antes, cuando Victor era un niño de seis. Los incendiarios —eso se decía— eran concejales que querían «mejorar» lo que se había convertido en un distrito de alquileres bajos habitado por mendigos, ladrones y prostitutas. Sus mejoras fueron hileras de casas iguales de cinco plantas: una planta de venta al por menor, otra de venta al por mayor, dos plantas de apartamentos, un ático, un sótano, establos, un patio, alquileres altos. En su apresuramiento, siguieron, en lugar de sustituirlo, el calcinado y confuso laberinto de calles medievales. El distrito de Puerta de Madera era entonces, y seguía siendo el día en que Victor cumplía ochenta años, más adecuado para los caballos. Aquellos estrechos patios y callejones sin salida, aquellas retorcidas callejuelas, que los vecinos llamaban Las Bizcas, eran apenas más anchos que el largo de una yegua. Ningún vehículo de motor podía girar dentro de Las Bizcas. Eran demasiado apretadas y modestas para el maldito estreñimiento de los coches.

El vecindario de Puerta de Madera tenía sus vehículos, por supuesto. Una ciudad tiene que respirar, y había vías más rectas y anchas que permitían el acceso a Las Bizcas y le proporcionaron a Rook una ruta rápida y directa hacia los pasteles y las ramas verdes. Ahora iba andando por la calle, de cuatro yeguas de anchura, donde había crecido. Había zonas de aparcamiento donde en otro tiempo había jugado asmáticamente a la pelota. El edificio donde sus padres habían alquilado un piso estaba ahora dedicado a negocios, un barbero en la planta baja, un contable encima y luego tres pisos de almacenes. La habitación que Rook había compartido con un hermano durante diez años estaba llena de pared a pared con esterillas, alfombras de *phaga* y droguetes de Cachemira. La pesadilla fibrosa de un asmático.

*Vecindario* no era la palabra correcta. Ya no había vecinos allí. Por las noches los barberos, los contables y los almacenistas se marchaban en coche, en autobús y en tren a sus casas en las afueras de la ciudad. Por las noches Las Bizcas se quedaban

oscuras y muertas. Pero los edificios seguían siendo los que Rook había conocido de pequeño. Aún no había demoliciones. Y todavía se notaba un sutil olor en el aire, por debajo de la peste de los coches y el perfume de las secretarias, al antiguo incendio. Y también a vegetación podrida, como si el barrio hubiese sido construido, contra toda probabilidad, sobre el olor agri dulce de un pantano. Porque aquéllos eran los alrededores del Mercado del Jabón. El olor, un hedor transportado por el aire a tallos de repollo, higos, aceitunas, remolacha... había eructado y bostezado a lo largo de aquellas calles y en el interior de Las Bizcas durante seiscientos años. Con los ladrillos de las casas y los adoquines del pavimento, decían, se podría hacer una sopa; el lugar estaba empapado de raíces, hojas y frutas. Y lo mismo, por supuesto, le ocurría a Rook. La sopa de Rook sabría tanto a fruta como a carne. Igual que el mono del mercader de la canción:

Sus testículos eran huesos de mango  
(muy normal entre los simios);  
su picha era un calabacín.  
Cagaba uvas frescas.

A pesar de su aplomo y de sus trajes, Rook era un muchacho del mercado, un jabonero de los pies a la cabeza. Su madre y su padre le habían hecho así. Sus padres habían alquilado un puesto en el mercado y eran demasiado frecuentes los días en que animaban a Rook a faltar a clase y ayudarles a apilar y vender sus mercancías. Puede que no conociese la forma de los continentes o el álgebra cuando tenía diez años, pero distinguía —por el olor, por la pátina, por la forma (tarea nada fácil)— una cereza Trakana de una Wijnkers, y sabía, antes de romper la piel, qué berenjenas estaban agrias y qué guisantes se habían marchitado dentro de sus vainas.

Así que Rook se sentía nostálgico cuando, el día de la celebración de Victor, recorría los familiares cien metros entre su antigua casa y el borde del mercado, más allá del cual, hasta ahora, los colonizadores barberos, contables y almacenistas no habían dejado huella. Los desfiladeros que formaban la ciudad terminaban aquí en un enorme patio empedrado y ovalado, que —Rook podía garantizarlo— un muchacho asmático en bicicleta no podía rodear en menos de quince minutos. Exceptuando los pocos restaurantes y bares de una sola planta que había en el Jardín del Jabón, que formaban el centro del óvalo, todos los edificios del patio eran puestos de madera y lona. El lugar estaba abierto al cielo y hubiese podido pasar por una feria medieval de la cosecha. Sólo que el Gran Vic —como llamaban al bloque de oficinas de Victor— y los otros altos monolitos de la ciudad nueva separaban el mercado de las colinas del horizonte, y el tráfico rápido e intenso de las Autopistas de Enlace dejaba oír su toque de tambor por encima de los toldos y los tejados.

Dentro del óvalo no había zonas de aparcamiento, semáforos ni movimiento ordenado. Los vendedores aparcaban donde les daba la gana o donde el Hombre de Celofán (un loco que se encargaba de bloquear y dirigir el tráfico) les indicaba. Sus

camiones y furgonetas colapsaban las vías y las calles de acceso. Sus carretillas quedaban donde habían sido usadas. Las cajas de madera, los sacos vacíos, los palets, los contenedores de basura y las canastas que habían contenido las verduras y las frutas se amontonaban y apilaban de forma irregular, desechados como las cortezas, peladuras y cáscaras de huevo de una comida campestre. Era un refugio seguro para un criminal a la carrera perseguido por coches de policía.

Aquí los olores eran más definidos que los que se esparcían, llevados por el viento, sobre las calles que había más allá. Andar por entre los puestos con los ojos cerrados sería poner a prueba el propio olfato en relación con todas las sutilezas de la campiña y los alimentos. El olfato experimentado —como el de Rook— podía decir cuándo pasaban carretillas de patatas o dónde había colgadas ristras de ajos o si los nísperos habían madurado lo suficiente y ya se podían comer o cuándo (los más suaves, luego los más repugnantes de todos los olores) había guayabas a la venta, o durianes. Pero ¿por qué querría nadie cerrar los ojos? Ninguna galería de arte moderno podía igualar los colores, los tonos, las formas, las armonías y los contrastes que ofrecían los puestos.

Las estrellas amarillas eran balsaminas; el turbante turco era una calabaza; la pila de melones de invierno eran balones de rugby que estaban pidiendo una patada; las grosellas, gordas y pegadas a sus largos tallos, reventaban y sangraban; los calabacines de Cerdeña conservaban sus flores naranja y se asomaban de sus cajas como serpientes peinadas a lo loco. Y a veces se encontraban serpientes muertas, tan verdes y frías como sandías, enroscadas en torno a los mangos o los cantalupos. Y ácaros, y garrapatas, y piojos, y gusanos y moscas, los seres vivientes que se ganan la vida con las frutas del mercado y las multitudes del mercado. Las cucarachas, las chinches y los gorgojos que comparten nuestras comidas y nuestras camas.

Los primeros comerciantes, en las afueras del mercado, eran los vendedores de plátanos, los especialistas en musáceas. No querían penetrar demasiado en el torbellino de los puestos. Los racimos de fruta pesaban demasiado para moverlos de acá para allá, diez, veinte manos superpuestas, quizás, cada una con una docena de dedos, y cada fibroso tallo mojado y pesado por la congelación en los mares, por el viaje, por la maduración, por el proceso de dulcificación. Los plátanos se vendían principalmente en la trasera de los camiones. Se vendían por manos, no por unidades ni por peso. Los vendedores estaban de pie junto a los racimos, mal hablados, rudos y lascivos con sus bromas sobre los penes amarillos. Sus carnosos plátanos eran recompensados con las risas más fuertes y los rubores más intensos. Estos vendedores eran los carniceros del mercado. Cada uno tenía un cuchillo listo, cual senadores dispuestos a matar a César, para cortar hábilmente del tallo la mano elegida por el cliente. Los cuchillos y las lenguas de todos ellos eran tan afilados como navajas.

A su lado estaba el camión de las nanjeas, con una nanjea siempre partida por la mitad y cortada en cuadraditos para que cualquiera pudiese probar la carne y comprobar su cremosidad y su madurez. Y luego los melones y los ñames, los

calabacines, las hercúleas remolachas, las calabazas, las pirámides de repollos y nabos de Suecia. Cada uno tenía su sitio, exacta e invisiblemente señalado. Dios protegiese a la imprudente col que rodase hasta el reino soberano de los ñames. Dios protegiese al verdulero que invadiese el espacio de su vecino. Tan antiguas y respetadas eran las normas que regulaban el lugar de venta, que Rook hubiese podido —o eso afirmaba— caminar con paso tan seguro como el de un gato de pueblo entre los productos y los puestos hasta el Jardín del Jabón, en el corazón del mercado, sin echar una ojeada a los lados ni a sus pies. Pero Rook no era hombre que pasase por tal lugar sin ser advertido o sin advertir. Sus ojos eran los de Victor. Aquél era el imperio de su jefe, el lugar que le hacía rico. Aquel mercado era la piedra angular del sólido arco de la riqueza de Victor. La riqueza puede desaparecer a menos que se la vigile y se la cuide. Por eso Rook estaba más alerta de lo que había estado en todo el día. Observaba para ver qué jaboneros le llamaban y le saludaban, cuáles tenían clientes y cuáles no, qué caras nuevas estaban descargando o ayudando en las ventas, quién fruncía el ceño, quién se escondía, quién le daba la espalda como si nunca hubiera visto su cara, quién le pedía que le desease al jefe un almuerzo de cumpleaños muy agradable, qué frutas había, qué verduras eran nuevas, quién no tenía derecho a estar allí y sin embargo estaba.

A veces Rook simplemente se quedaba parado y miraba con asombro el ingenio y la habilidad artística de la mercancía expuesta: la rolliza y sugerente ironía de las raíces, la pintada y empolvada vanidad de los melocotones, la cérea honestidad de las hojas de lechuga, la fe implícita en la juventud y disponibilidad de los grupos de cebollas, las senilidad de los nísperos (que sólo se comen cuando están pasados), la seductora y amarga alquimia de los membrillos que los jóvenes compraban para ablandar el corazón de las mujeres. ¿Quién podía permanecer insensible ante semejante esplendor? ¿Quién podía resistirse a una naranja de una pila? Rook no. Se apretó contra los adornos de papel de un puesto. Ante él estaban los picos de los cítricos, las mejores y más impecables frutas formando perfectos zigurats con los precios escritos en banderitas. Las había rubias y rojizas corrientes, de sangre y navel, naranjas de veinte naciones del mundo: las griollas verdes cubanas, las amarillentas valencias de España, las sanguinas rojas que habían crecido en las laderas meridionales del Atlas. No sólo montañas de naranjas, sino colinas de bergamotas, limones, limas, naranjas chinas, y la infinita variedad de mandarinas. Y todo este paisaje estival estaba bordeado de rocas hechas con toronjas, pampelmusas y pomelos híbridos. El frutero había hecho una efímera obra maestra con las naranjas. También había añadido una cenefa y una diadema de luces, del color y la forma de los cítricos. Por mucho que brillaran, quedaban eclipsadas. Ninguna luz era lo bastante intensa como para relucir más que la fruta. Ningún empaquetado podía mejorarlas o cantar sus alabanzas más alto que ellas mismas.

Rook hizo su elección y cogió una naranja de la pila más barata. Su piel, cierto, estaba mancillada, casi sucia. Había un paisaje lunar pardusco en su corteza exterior.

El precio era bajo. Pero para Rook, que conocía las naranjas, tales manchas eran señales de jugo y dulzor. Una naranja tan descolorida es una naranja que ha madurado en el calor, en países o estaciones en las que las noches son cálidas y ajan la corteza de la fruta. Una naranja tan descolorida debía de haber apagado su sed diurna con la transpiración de la luna. Rook mostró su adquisición y buscó unas monedas. El frutero hizo chascar la lengua para indicarle que no tenía necesidad de pagar, que debía llevarse la naranja como regalo.

Rook quitó la piel de la coronilla con los dientes. La peló en espiral y se la comió, retrocediendo unos pasos e inclinándose para salvar su camisa del zumo. La pulpa dejaba una laca fluorescente sobre sus labios y su barbilla; la albura se deshacía en fragmentos parecidos a anchoas bajo sus uñas. Tiró la piel al suelo y echó a andar. Los detritos de fruta, las cáscaras, las vainas y las pieles, las desaliñadas hojas externas de las ensaladas, las ramitas de perejil llevadas por el viento, allí no se consideraban basura, sino una alfombra regalada por Dios para el adoquinado.

A Rook le encantaba todo aquello, aquel mundo del mercado, aquella animada concurrencia de cosas intrascendentes. ¿De qué servía, se preguntó, ser propietario de aquella tierra, como lo era Victor, sin tener los pulmones o las piernas para curiosear entre los olores, los colores y los sonidos? Sin embargo, no se engañen. Nuestro Rook no estaba tranquilo. El chico del mercado era ahora un predador. Lo que hacía a Victor millonario —los alquileres de los puestos del mercado, el dominio absoluto de la venta al por mayor y el suministro, las plantas de enlatado y embotellado— también había hecho rico a Rook. Sin embargo, su riqueza era subrepticia. Nada de áticos de lujo para Rook. Nada de limusinas. Nada de pescado exquisito para el almuerzo. Nada de Rolex o La Martine. Su dinero era la clase de dinero que no se puede gastar demasiado abiertamente ni meterlo en el banco. Era ese dinero que llega en efectivo cuatro veces al año, que le entregaban disimuladamente en una bolsa de papel con unos mangos o unas uvas o le pasaban a hurtadillas en un bar, un rollo de billetes, todos usados y sujetos con una goma elástica.

Comparados con los alquileres que Victor cobraba, los «honorarios por servicios» de Rook eran pequeños, un modesto diezmo que todos los comerciantes del mercado pagaban a cambio de tranquilidad. Una garantía contra el desahucio, una pequeña cantidad para tener acceso al oído de Victor. «Dinero por conservar la plaza», lo llamaban. Un bálsamo para Rook; vinagre para quienes lo pagaban. Se veía en las caras de los hombres que se acercaban en aquel momento a Rook —la barbilla aún mojada por el zumo de naranja, los ojos iluminados y alerta— para hacer sus pagos de verano.

Un hombre soltó los billetes como un pecador dando limosna. Otro le pasó su rescate disimulado en la palma. Con un apretón de manos. Un tercero —el jabonero conocido como Con— sacudió abiertamente y de modo insolente ante la cara de Rook un sobre cerrado con su nombre escrito en letras grandes y rojas para que todos lo vieran. Otros veían el pago como un trueque. Pagaban y luego mencionaban

problemas que podían arreglarse si Rook hablaba con Victor. El precio de las aceitunas era demasiado alto. Las peras llegaban machucadas por las nuevas cosechadoras mecánicas que utilizaba Victor. Los empleados de la empresa concesionaria de la limpieza que regaban el mercado por las noches jugaban con las mangueras de presión y estropeaban la decoración de los puestos.

—Por favor, hazle saber al viejo Victor nuestros problemas. No puede resolver lo que no sabe. Y, por favor, felicita a Victor por su cumpleaños de nuestra parte.

Lo que no se decía, pero acompañaba a todo el dinero que Rook recibía, era esto: ¡Ojalá te pudras para siempre en el infierno!

¿Qué debemos pensar de Rook, entonces, mientras, pudorosamente y con aires de propietario, camina entre los compradores y los mozos de cuerda por las callejas medievales de madera y lona, de caballetes, entoldados, puestos y casetas, de colores, olores y sabores de todo el mundo, y llega hasta los bares y el césped del Jardín del Jabón? ¿Que era malo? ¿O astuto? ¿O, simplemente, como el resto de nosotros, débil cuando se trata de dinero?

### 3

Cuando Rook llegó al respiro soleado del Jardín del Jabón, no había asientos. Los bares estaban llenos. El césped estaba abarrotado de mozos de cuerda y de las mal pagadas mujeres que pesaban, envolvían y vendían las compras de la ciudad. Sus jefes ocupaban las sillas a la sombra. Atender un puesto de fruta o de verdura no es una tarea incesante. Hay tiempo libre.

A esa hora de la mañana, los jaboneros iban a tomar un café y una copa y a fijar y escribir con tiza los precios del día. Algunos se volvían de espaldas o se hundían en sus asientos al ver a Rook. Otros le miraban inexpresivos. Uno o dos —los más viejos, los más importantes, los que estaban invitados al almuerzo de cumpleaños de Victor— se ponían de pie y le hacían señas para indicarle que se sentara a su mesa, que se sentirían honrados si se tomaba una copa con ellos. Pero Rook tenía que decorar la silla de Victor y comprar los pasteles de Anna. Se uniría a ellos más tarde, cuando hubiese hecho sus recados. Fue primero a la caseta donde vendían café y pasteles y eligió una docena de tartas de las que tenían en exposición, cuatro de fruta, cuatro de nata, cuatro de chocolate. Rook se apoyó contra la caseta y examinó a todas las vendedoras que estaban en el césped y luego el follaje del jardín mientras le envolvían las tartas para regalo en una pirámide de cartón atada con una cinta roja y plata.

De todos los árboles y arbustos del jardín, los laureles parecían los mejores para la silla de cumpleaños de Victor. Sus hojas eran elásticas, brillantes, lavables. Además, sus ramas estaban al alcance y, al contrario que las rosas y los árboles de hojas dentadas que bordeaban el césped, no planteaban problemas para la mano desnuda. Rook eligió un laurel que crecía contra la reja que rodeaba el lavadero medieval y arrojaba su sombra sobre las gastadas piletas de piedra, las flacas gárgolas de las fuentes, el grupo de figuras grotescas que hocicaba en el borde de la pila. Rook, a quien el paso por el mercado había vuelto temerario, no estaba de humor para amilanarse por reglas o inhibiciones. Sencillamente, agarró una esbelta rama de laurel y tiró de ella como si esperase que se partiera igual que el apio. Sus manos resbalaron, corrieron a lo largo de la rama y arrancaron las hojas, junto con los brotes que crecían en cada nudo. ¿Qué era aquel olor?

Tuvo más cuidado con la segunda ramita. La dobló hacia abajo por su base y trató de retorcerla y partirla. Se quebró, pero estaba demasiado verde y fibrosa para separarse limpiamente. Tuvo que arrancarla. La sostuvo por el tallo roto, convencido de que serviría para la silla de Victor. Pronto tuvo un abundante ramo de laurel descansando sobre el brazo.

Rook se quedó pensativo, no por la terquedad del laurel, sino por el olor de la madera desnuda, un olor a cocina y a guiso, a la vez desconcertante y familiar. Se olió los dedos y luego acercó la nariz a la rama fracturada. «¿Qué es?», se preguntó, y estornudó. Caminó sobre la hierba hasta reunirse con el grupo de comerciantes que

estaba en la terraza de un bar. Los conocía a todos por su nombre, y eran más o menos de su edad, no lo bastante viejos ni ricos como para comer el pescado de Victor. Habían crecido juntos en el mercado, jugando a la pelota con nabos entre las hojas de lechuga, y se habían hecho astutos y duros antes de tiempo trabajando para papá. Todos habían sido camaradas en la huelga del mercado de doce años antes. Los dos más alborotadores eran hermanos; vendían plátanos. El que estaba medio calvo era Spuds, un hombre informe y perezoso con una mujer y unos niños a juego. El otro era el hombre llamado Con, cuyo sobre de dinero duramente ganado estaba en el bolsillo de la chaqueta de Rook, y que ahora atraía la atención de todos con su relato de cómo, aquella madrugada, habían estado a punto de robarle. Se detuvo en mitad de una frase cuando vio a Rook. Ya había visto a aquel tipo una vez de más aquel día, mil veces de más en una vida. Ese Rook era el hombre que había traicionado a los jaboneros, que había encabezado la huelga de vendedores de frutas y verduras y luego la había abandonado por la paga y el privilegio de estar a los pies de Victor, como si los buenos sentimientos no fuesen tan buenos como el dinero. «Ese hombre vendería hasta el último diente de su boca», pensó, pero dijo:

—Cuidado. Aquí viene el gusano de la manzana.

Con no era un tipo comprensivo. Con gusto habría estrangulado a Rook. Con gusto le habría arrancado todos los dientes de oro. Habría pagado a alguien para que lo hiciese.

Los otros eran más tolerantes. Tal vez hubieran sido aún amigos íntimos de Rook de no ser porque siempre estaban en deuda con él. Los pagos por «la plaza» le habían costado a Rook mil amigos. Sonrieron al verle aproximarse, pero no con generosidad ni dándole la bienvenida. Era, sencillamente, que su amigo de la infancia tenía un aspecto bastante ridículo a sus ojos masculinos y pragmáticos: un brazo enfundado en una chaqueta cargado de follaje; los dedos de la otra mano entrelazados en el delicado y cursi envoltorio de las tartas.

Rook se apoyó contra su mesa y estornudó de nuevo: un despeje de la nariz y un grito de igual fuerza y volumen.

—¿Qué es este olor? —preguntó, enjugándose los ojos con la manga y colocando el laurel entre las tazas y vasos.

Ellos se fueron pasando una rama partida y acercando la nariz a la madera. Se rascaron la cabeza. Sus narices conocían aquel olor muy bien, pero sus lenguas no podían dar con el nombre.

—Es como coco —dijo uno.

Otro pensó que olía a pastel. Llamaron a su camarera favorita para que les ayudara. Ella apenas tuvo que olerlo.

—Es marchapán —dijo, utilizando la palabra campesina para mazapán.

Le devolvió la rama de laurel a Rook. Una vez más, él la aproximó a su nariz. La chica tenía razón. Olió los huevos, el azúcar y la pasta de almendra tan perfectamente como cuando era niño y ayudaba a su madre a mezclar y dar forma a los dulces de

cumpleaños, las bolas, las estrellas, las hojas de mazapán.

—¡Eso es! Es mazapán —dijo, traduciendo—. Me pregunto si sabrá igual.

Se metió un tallo de laurel partido en la boca. La camarera se rió y dijo:

—Eso es veneno, puro veneno. ¿No lo sabía? No lo chupe.

Señaló las gotas de savia que se estaban hinchando como ampollas de agua donde la madera se había quebrado.

—¿Cómo iba a saberlo? No soy un hombre del campo —dijo Rook. Y estornudó de nuevo. Alardeaba de que fuera de la ciudad se marchitaría. No duraría ni cinco minutos lejos de los humos del tráfico y las multitudes.

Aquella camarera era de esas que se quedan de pie charlando, tercamente sorda y ciega a las llamadas de otros hombres mayores y menos amigos de flirtear desde otras mesas.

—Esas hojas de madera de cuchara —dijo, usando una vez más la expresión campesina— son venenosas. Sacará por arriba y por abajo.

Animada por sus risas, se embarcó en una historia de cómo las mujeres de su pueblo solían hervir las hojas de laurel para extraerles el veneno. Empapaban pan en el veneno y lo ponían como cebo para ratas y ratones.

—Mi abuela conoció a una mujer —dijo— que hizo sopa de pollo con semillas y savia de laurel. La usaban como cebo para los zorros. O para matar cuervos. Se lo dio a su hombre por equivocación. Estuvo casi una semana con el culo y la boca encima del retrete, y luego se murió. La sopa le había envenenado. ¡Bonita forma de morirse!

—Yo he comido una sopa como ésa aquí —dijo Con, y guiñó un ojo.

Esta vez las risas fueron prolongadas. Sabían que aquella camarera tenía un segundo trabajo. Era la pinche de cocina.

—Ya has perdido tu oportunidad de desayunar algún día conmigo —le dijo a Con, y luego continuó con lo que tenía que decir acerca del laurel—: Mi tía tenía un vecino que quería heredar un manzanar cuando su abuela se muriese. Pero no se moría. Cuanto más vieja se hacía, más sana estaba. Así que este hombre y su mujer invitaron a cenar a la abuelita. Le dieron sopa de laurel. Se puso a temblar como una vaca con perlesía antes de haberse tomado la mitad del cuenco. Pero era dura. Su corazón y su estómago estaban hechos de madera. Tuvieron que apretarle la nariz y meterle por la garganta a la fuerza un segundo cuenco. Luego se acabó. La vieja la palmó. Él se quedó con sus manzanos.

La camarera hizo una pausa para que el sentido de lo que había dicho no se perdiera o se debilitara a causa de las risas que había provocado o del ruido de los estornudos de Rook. Luego añadió:

—Y nadie supo nunca la causa de la muerte. Aunque se llevaron el cadáver a un hospital y los expertos cortaron a la vieja para ver qué encontraban. La razón es que la madera de cuchara no deja ninguna huella. Excepto un sarpullido dentro de la boca. —Se volvió a Rook—. Más vale que se vigile —le dijo.

Rook no la oía. Volvió a estornudar. Estaba tan blanco como la tiza. Parecía que

su lengua y su boca estaban más secas y más embotadas de lo que deberían estar, aunque no sabía si esto se debía a la savia del laurel o al zumo de la naranja. Se sirvió agua de una jarra que había en la mesa de los comerciantes y se enjuagó las manos. Aceptó la copa que le ofrecían, hizo gárgaras con la bebida alcohólica y la escupió en un desagüe. Se frotó las comisuras de la boca, que le escocían. Se enjugó la lengua en el puño de la chaqueta. Su boca era ahora la parte más sensible. Rook maldijo su suerte. Conocía los síntomas del asma en cuanto aparecían. Le fallaba el sentido del olfato. Las uñas, clavadas en las palmas, dejaban profundos verdugones rojos que no desaparecían.

—Vivirá —le dijo la camarera—. Hace falta más que un chupetón de madera de cuchara para dañar a un hombre de su tamaño.

Rook puso su pirámide de tartas a su lado en el suelo. Esta vez el estornudo se condensó en la parte superior de la nariz y chisporroteó, pero no detonó. Hizo profundas inspiraciones por la nariz tratando de reventar la burbuja que se estaba formando en su cabeza. Empezó a respirar por la boca. Aspiró el aire. Se golpeó el pecho como si hubiese comido demasiado queso y los gases del estómago estuviesen en guerra con su corazón. Cuanto más trataba de soltar el estornudo, más ahondaba dentro de él y se extendía. Sus esputos eran como manteca. Éstas eran las ocasiones en que más echaba de menos a sus padres. Ellos sabían tratarle cuando era pequeño. Encendían papelillo contra el asma sobre la mesa y le hacían inhalar el humo, la cabeza encapuchada en una manta o una toalla. Le daban masajes. Aliviaban su pecho con un bálsamo hecho de clavo, enebro y menta. Hacía quince años que habían muerto.

Al principio, los hombres del mercado no se preocuparon, les divertía que Rook hiciera tantos aspavientos. No comprendían lo que era el asma ni que la savia y el olor del laurel hubiesen alarmado de tal modo los pulmones de Rook. Su respiración era ahora asustadiza y espasmódica. El árbol de pasadizos, las ramas y ramitas que llevaban el aire a sus pulmones estaban hinchados, casi bloqueados. Tenía que toser. Su pecho se había encogido. No entendía lo que le preguntaban.

Podía haberse muerto. La camarera le golpeó en la espalda. Le dio con el canto de la mano derecha entre los omóplatos. Pensó que tenía un pedazo de rama u hoja alojado en la garganta y que si no lo expulsaba se ahogaría. El golpe hizo que Rook cayera de rodillas. Le dejó una marca en la espalda. Tosió una flema rosa.

—Eso es —dijo ella.

Los labios, las uñas, la lengua, los pies de Rook se estaban poniendo violeta. Tenía la cara malva. Ella le golpeó de nuevo. Él tuvo el sentido común, la suerte, de dejarse caer de espaldas, de modo que, a menos que a ella se le ocurriese darle un puñetazo en el estómago o en las costillas, o patearle en el suelo, estaba más seguro. De hecho, le resultó más fácil respirar tumbado debajo de la mesa de los comerciantes. El aire entraba y salía más libremente. El flujo y reflujo aumentó. Se puso más sonrosado, jadeaba un poco menos, luego estornudó. Su mente se aclaró.

Lo entendió todo. Había estado expuesto. La hierba. Algo de polen. El jugo de la naranja. Las hojas de laurel. Alguna sustancia irritante del campo había sobrecargado sus pulmones urbanos.

Se palpó los bolsillos con la esperanza de encontrar su inhalador. No lo llevaba. Lo había dejado en el cajón superior de su mesa de despacho. Era demasiado descuidado consigo mismo. Debería haberlo sabido. El jardín no era lugar para él. Estaba impaciente por llegar al Gran Vic y al vaho balsámico de su inhalador. Hubiese parado un taxi para su viaje de vuelta, pero no había ninguno. Ningún coche, ni taxi, ni ambulancia podía llegar al jardín durante las horas de comercio. El mercado era impenetrable salvo a pie o en carretilla de mano. Rook cogió una servilleta, secó las gotas de savia de los tallos de laurel y luego cogió las hojas de un periódico abandonado y envolvió el ramo con ellas. Lo sostuvo hacia abajo para no compartir su oxígeno.

—Las ramas son para la silla de cumpleaños de Victor —dijo—. Para decorarla.

Los comerciantes le miraron inexpresivos, sin cordialidad. Rook miró a la camarera, esperando que ella lo hubiese entendido. Después de todo, era una chica del campo. Pero no. Sus ojos eran igualmente inexpresivos. Nunca había oído hablar de decorar sillas de cumpleaños. Ahora la incomodidad de Rook, su sensación de ridículo, estaba pasando del azoramiento a la irritación y el pesar: irritación porque los hombres mostrasen tan abiertamente primero su regocijo y luego su frialdad a costa de él, pesar por no estar donde debería estar, sentado al lado de ellos y riéndose de algún otro chupatintas estirado que cumplía frívolos encargos de su jefe, al cual una gota de savia de laurel había puesto paranoico y jadeante. Porque ¿qué podía ser más estúpido o banal que aquellas diligencias de ir por follaje y tartas que antes habían parecido prometerle tanta libertad y diversión? ¿Y qué podía ser más degradante que la cara pública y aterrada del asma de un adulto?

Rook se llevó su follaje y sus tartas por entre el laberinto de los puestos del mercado. El camino de vuelta, para salir de las entrañas de la ciudad, parecía menos definido que la ruta que había seguido para entrar hacia el Jardín del Jabón. Se abrió paso zigzagueando torpemente entre el gentío que iba de compras, cargado con sus ramas y sus pasteles. Se sentía disgustado, y temeroso, además. Ya estaba en el límite del mercado. Los vendedores de plátanos y de nanjeas estaban listos con sus cuchillos. El Hombre del Celofán le hizo señas impacientes para que siguiera. Más allá estaba el barrio donde había nacido. Más allá aún, las boutiques de la calle de los Santos, la Autopista de Enlace, el haragán, el Gran Vic. Rook pasó, medio en sueños, de la ciudad vieja a la nueva.

El haragán de Rook se llamaba Joseph. Unas uñas rotas y unas manos y un cuello curtidos eran lo único que le había quedado de sus tres años de trabajo en una de las granjas de Victor. Había comprado el arrugado traje crema por catálogo. Su estilo ligero y veraniego se anunciaba como *De parranda*. El modelo del catálogo estaba sentado en el taburete de un bar con las gafas de sol colgando del bolsillo superior de la chaqueta. Una mano —la que llevaba un solo anillo reluciente— descansaba sobre su rodilla, con la palma hacia arriba. La otra cogía a la camarera por la muñeca. El reloj de oro señalaba que faltaban cinco minutos para la medianoche, o para el mediodía. Había una botella de moscatel encima de la barra y misteriosa, sugerentemente, tres copas, como si otra mujer acabara de marcharse o estuviese a punto de llegar. O, tal vez, la copa estaba allí esperando a Joseph. Cuando llegó el paquete con el traje, Joseph recortó la fotografía del catálogo y la puso en el bolsillo del pecho como para dar a su atuendo un pedigrí y, más que eso, una aspiración. La mano vacía y vuelta hacia arriba del modelo, el dramatismo de la muñeca de la camarera cogida por la fuerte mano del hombre, concordaban exactamente con la noción que tenía Joseph de la desenfadada espontaneidad de la vida en la ciudad, donde el día y la noche eran lo mismo, donde la bebida, la riqueza y las mujeres estaban siempre al alcance. ¿Qué otra cosa tenía para llenar su mente todos los días? Labrar las plantaciones de frutales, conducir tractores, abonar campos, cortar repollos, meter ciruelas en cajas no era un trabajo que satisficiera a un joven como Joseph. Los músculos que se habían endurecido en los campos le habían hecho vanidoso. Y en el campo la vanidad se ahoga: la lluvia, el mono, el trabajo solitario por un jornal corto se encargan de eso.

La única oportunidad de pavonearse se la ofrecía la estación los días de embarque, cuando iba a cargar los productos agrícolas en los trenes. Principalmente eran trenes de mercancías que pasaban lentamente poco después del amanecer o ya tarde por la noche, y la vanidad de Joseph apenas se veía en la oscuridad. Pero una vez a la semana, a las 7.10 de la tarde de los jueves, el Expreso de la Ensaladera, como le llamaban, se detenía en la estación con pasajeros que iban a pasar el fin de semana en la ciudad, para hacer compras, tener una aventura amorosa, correrse una juerga o, simplemente, hacer turismo. Los jueves por la tarde las mujeres ricas y sus hijas apretaban la frente y la nariz contra el cristal de los coches cama para ver a los hombres cargar las cajas de fresas, berros o endivias destinadas al ajetreo de los fines de semana en los hoteles y restaurantes. Algunos pasajeros bajaban las ventanillas del Pullman para comprar fruta en cucuruchos de hojas de las manos de jóvenes campesinas cuyo fin de semana no comenzaba hasta que salía la luna el sábado.

Ésta era la oportunidad para Joseph, con sombras y ambiente teatral servidos por las gélidas neblinas del crepúsculo que hacían piruetas en los andenes con los sudorosos vapores del tren, de quitarse la camisa y desfilarse ante aquellas mujeres a lo

largo de la estación como un boxeador, desnudo, musculoso y joven. Se colocaba las cajas sobre la cabeza y las sujetaba con los brazos levantados. Le parecía que su cuerpo lucía más de esta manera, los músculos tensos, el estómago tan plano y desprovisto de vello como una pizarra. Además, en esta pose, su cara quedaba oculta por sus brazos, y es que Joseph sabía que su cara no estaba bien hecha. Las narices y las frentes apoyadas en el cristal estaban empolvadas, pintadas y perfumadas. Sus formas eran hermosas, simétricas, todas las orejas adornadas con pendientes, el pelo arreglado para un fin de semana en la ciudad. La nariz y la frente de Joseph no resultaban tan agradables, tampoco feas, pero sí toscas por el trabajo y la pobreza y la inocencia. Las comisuras de su boca estaban agrietadas por el sol y el sudor. Su nariz tenía las marcas de las costras que se había arrancado. Le faltaba uno de los incisivos. En una mejilla tenía una mancha de nacimiento, del color y el tamaño de una cereza. Su barbilla era demasiado pesada y su cara demasiado delgada para beneficiarse del fino bigote que se estaba dejando crecer. Tenía cara de campesino. Pero su cuerpo, a pesar de una cicatriz o dos, era lo bastante elegante para la ciudad. Soñaba con el día en que apoyaría su propia nariz en el cristal empañado y se alejaría en el Expreso de la Ensaladera. Trabajó, ahorró su jornal, encargó su traje *De parranda* y planeó su escapada.

No era muy listo. No podía decir exactamente qué era lo que buscaba en la ciudad. Pero era el *anonimato*. En la ciudad se sentaría en un bar a mediodía, ahíto de bebida, con una mujer cogida de su brazo, levantaría el encendedor hasta el cigarrillo de su compañera, y nadie sabría su nombre, ni dónde vivía o trabajaba, ni cómo era su familia, ni cómo le había ido en el colegio cuando medía sólo un metro, ni que allí había tenido fama de urraca por robar. En la ciudad prosperaría en el anonimato de las multitudes, en las celdas monacales de las casas de vecindad, en las calles. Sus vecinos serían extraños. Apenas le saludarían. Sería un misterio para ellos. Sólo sabrían lo que él decidiera decirles. Y —sin peligro, sin temor a lo que la gente del pueblo dijera— podría contarles mentiras a sus vecinos de la ciudad. En cualquier caso, la verdad de Joseph no iba de acuerdo con su traje. Lo llevó por primera vez el jueves por la tarde —el día antes del cumpleaños de Victor—, encima de su camisa de trabajo caqui, con sus botas de campo negras, y ayudó a cargar las cajas de productos agrícolas en el Expreso de la Ensaladera. Las mujeres apretaron sus perfectas narices contra el cristal. Esta vez no se desnudó para mostrar sus músculos de trabajador. Su traje estaba en exhibición. Cuando sonó el silbato para indicar la salida del tren, Joseph levantó su última carga —un bidón de plástico marcado URGENTE: PECES VIVOS— y lo colocó en el rincón del vagón de mercancías que llevaba el nombre de Victor. Él también se quedó allí, tan calladamente como una babosa en la fruta, hasta que el Expreso de la Ensaladera partió hacia la ciudad. Con el traje tiznado, sin billete, ingenuo, el haragán de Rook emigró del mundo de las plantas y las estaciones del año al universo urbano de fabricar-transportar-vender.

Encontró un cigarrillo y tenía fruta para la cena. Su litera estaba formada por

cuatro sacos de espinacas. No pudo mover la puerta corredera para orinar sobre las vías. Además no quería que un amigo chismoso de algún primo levantase la cabeza de la azada o la pala para ver pasar el tren y descubriese a Joseph regando el crepúsculo. Quería, sencillamente, desaparecer y que le olvidasen, no quería ser recordado —inmortalizado— en un chiste del pueblo como el meón de la locomotora. Pero los hombres tienen vejigas porosas y de poca capacidad, que les molestan y gotean. Un tren traqueteante es una tortura cuando desean orinar. Por qué sufrir, pensó Joseph. Se le pasó por la cabeza orinar sobre las manzanas o sobre las verduras. Pero había pasado demasiados años cuidándolas en los campos para tratar las cosechas de esa manera. Más divertido, más lógico, añadir un poco de agua a los peces. Desenroscó el tapón que sellaba el bidón, se bajó la cremallera de los pantalones y metió su hongo en el agujero. Las diez percas, acostumbradas a que las alimentasen a mano con galletas de proteínas en los criaderos de Víctor, abrieron la boca y se lanzaron hacia la punta de su pene, pero cuando su vejiga empezó a funcionar huyeron a profundidades más frescas y más dulces.

Joseph también encontró profundidades más dulces. Se quedó dormido hasta que la campiña desapareció y se despertó para encontrar los últimos posos de la noche aguados por las luces suburbanas. Se estremeció asomado a la ventanilla del vagón de mercancías y buscó señales de pobreza y desperdicios, de poder e indiferencia, de riqueza y sexo y violenta energía, señales de su destino. Sus ojos estaban preparados para edificios altos y optimistas, para chicas altas y optimistas, para luces de neón parpadeantes y coches de lujo. Los barrios de las afueras, sin embargo, estaban profundamente dormidos y, como cualquier otro lugar habitado a esa hora, mostraba poco apetito de luz. Circulaban unos pocos coches, obedeciendo a los semáforos y no a la lógica de las calles casi vacías. Un ciclista pedaleaba por el centro de una carretera. De vez en cuando, en casas y pisos, alguien medio dormido, recién levantado, que estaba haciendo el último pis de la noche o tomando el primer café del día, encendía una luz e iluminaba desde dentro el dibujo de una cortina. Las luces en hilera de las tiendas particulares formaban cuadrados sobre las aceras; sus artículos estaban expuestos para los gatos y los murciélagos.

A Joseph le impresionó aquella quietud de la noche ciudadana. En el campo hay tanto ajeteo de noche como de día, pero aquí no había árboles que el viento agitara. Los postes indicadores no se movían. Las nubes —si es que corrían por el cielo— lo hacían invisiblemente, oscurecidas por las farolas, borradas por la luz eléctrica. La lluvia caía igual que en el campo, pero iluminada desde abajo, como en el teatro. No empapaba la tierra. Resbalaba por las tejas. Bordeaba los ángulos de cada ladrillo. Corría por los canalones, bajaba por las tuberías, se perdía por los desagües, convertía las cunetas en arroyos donde los envases desechados parecían velas de embarcaciones de carreras. Se precipitaba por sumideros de hierro. Circulaba bajo las calles por atarjeas sin aire y se unía al tráfico arremolinado del agua bajo la ciudad, donde las alcantarillas vaciaban en las esclusas y éstas descargaban su corriente en arterias de

agua más lentas y más musculosas. Y de ahí a la cloaca maestra. Y de ahí al embalse, la planta de tratamiento, el acueducto, la cañería, el grifo, la cafetera, y luego al fregadero como desperdicio.

Hacía falta una mente sencilla como la de Joseph para preguntarse por qué la lluvia de la ciudad estaba tan esclavizada. Él no era lo bastante listo como para preguntarse, a medida que las casas de pisos bajas y los bulevares adormilados daban paso a almacenes, apartaderos, bloques de oficinas altos y la luz cuajada de la mañana, cómo se las arreglaría para que el suelo de la ciudad le absorbiese, cómo se mantendría a flote sin ser esclavizado cuando tantos jóvenes como él habían sido arrastrados y precipitados a los desagües y alcantarillas por los incontrolables rápidos y las inundaciones implacables de la vida de la ciudad. No tenía tiempo ni temperamento para preocuparse por ello.

Su tren llegó al amanecer. Los mozos de cuerda abrieron las puertas de los vagones. Fue fácil para Joseph —muy acostumbrado a pasar desapercibido— mezclarse entre los trabajadores, con tres cajas de lechugas hábilmente colocadas en equilibrio sobre su cabeza, y hacer su entrada en la ciudad. ¿Y luego? ¿Qué hacer? Puso las cajas de lechugas con los otros productos agrícolas en un camión del mercado. Cuando éste se puso en marcha entre el tráfico de primeras horas de la mañana, más lento que un carro, más lento que un deshielo, lo siguió, por calles más vanas y absurdas incluso de lo que él había esperado, hasta el Mercado del Jabón. Por supuesto. ¿A qué otro sitio podía ir a parar un muchacho campesino tan curtido?

Eran las seis y cuarto. El bullicio del mercado mientras los vendedores montaban sus puestos para el día no era el mundo de los catálogos. Pero la misión de Joseph estaba muy clara. La gente de la ciudad era una presa fácil. Ricos y descuidados. Débiles. Aquellas narices engréidas pegadas a las ventanillas de los vagones estornudaban billetes de banco. Aquellos oficinistas y secretarias en sus coches tenían carteras y monederos entreabiertos, dinero de sobra. Hasta entonces nunca había tenido la oportunidad de robar a extraños. Sería fácil, lo sabía. No le cogerían. No tendría que volver sus rústicos bolsillos del revés para restituir cada moneda ciudadana que se hubiese perdido. No tenía rostro. No tenía nombre. No tenía reputación. Era su día de suerte.

Había conocido multitudes igual de despreocupadas en las fiestas y las subastas de los pueblos, así que los empujones y el ajeteo del Mercado del Jabón no eran nada nuevo para él. No se sentía perdido ni asustado. Los puestos y las calles del mercado tenían lógica. Aquel distante edificio de oficinas a su derecha le permitía orientarse. Sabía que las carretillas vacías empujadas por los mozos de cuerda llevaban a las calles de los alrededores, donde estaban aparcados los camiones que traían el género. Un muchacho campesino está acostumbrado a trazar rutas, en plantaciones de lúpulo, en bosques, en los pliegues de los campos, en los laberintos formados por surcos, cercas y acequias. Así que Joseph almacenaba y seleccionaba señales —el puesto que vendía chalotas, la música de una radio, el vendedor que tenía la barba de varios

colores, el Hombre de Celofán, la diadema de luces de colores, la brisa— para saber en todo momento dónde estaba, hacia dónde tendría que correr, dónde esconderse, si se decidía a tentar la suerte.

Le sorprendió, eso sí, el paisaje urbano, hecho de repetición y conformidad, con edificios y calles semejantes y gente vestida igual. Le sorprendió que no hubiese pendientes, ni mar, ni arroyos, ni tierra fértil. Algún imbécil había construido aquella ciudad en la llanura entre el guijarro y la gleba, donde nada crecía excepto el apetito. Algún imbécil, de hecho, había construido aquella ciudad en el peor sitio. ¿Dónde estaba el estuario lleno de peces, el puente sobre el río, el puerto resguardado, el paso entre dos colinas, el cruce de caminos natural en la tierra donde se suponía que se levantaban los antiguos poblados? ¿Dónde estaba la veta de carbón que haría rica a la ciudad? ¿Dónde estaban los montecillos y las escarpas que la harían segura? ¿Dónde estaba la vista panorámica que haría a la ciudad espiritual, un lugar sagrado? ¿Qué hacía aquella ciudad sedienta y mal situada —demasiado al sur para beneficiarse del lúpulo, demasiado al norte para la uva— tan rica y grande? La respuesta le agobiaba a cada paso. Le golpeaba en las espinillas. Le empujaba de un lado a otro. ¡El mercado! Una ciudad sin ninguna virtud natural se ve reducida al comercio. Los mares, los ríos, las colinas, las vetas de carbón, hacen ciudades pesqueras, agrícolas, metalúrgicas, turísticas. Pero las ciudades como la nuestra ofrecen poca elección, salvo comprar y vender y negociar, salvo hacer lo que Joseph pensaba hacer, ganarse la vida robando.

Si hubiera sido más sensato, habría esperado un rato antes de emprender el oficio elegido. Era demasiado temprano para los compradores descuidados. Las únicas personas que había en el mercado a esa hora eran los vendedores. Aquél era su hábitat. Aquella telaraña era la suya. Le vieron enseguida, no como a un ladrón, pero sí como a un robaperas, uno de esos que acuden a desayunar fruta gratis. No dejaron de observarle, y por ello su suerte se esfumó. Había visto su oportunidad. El jabonero Con se había pasado un sobre con la palabra «Rook» escrita en letras rojas al bolsillo trasero de los pantalones para poder agacharse y levantar pesos más fácilmente. El sobre se movió incitante cuando su dueño abrazó un saco de zanahorias. Joseph fue rápido y hábil, pero visible. Sus dedos se cerraron en torno a «Rook». Asió el sobre, pero no antes de que tres voces gritaran un aviso.

—¡Cuidado, Con!

La mano de Con voló hacia atrás y cogió a Joseph por la pernera del pantalón. Joseph se cayó. En unos segundos estaba clavado en el suelo. Se formó un corrillo. Su traje estaba manchado de polvo, fruta y hojas. Recibió la primera patada del día.

—Tendrás que pagar por esto —dijo Con, viendo ya su oportunidad de sacar provecho de la desgracia de aquel joven idiota.

Así que allí estaba Joseph, unas horas más tarde, encargándose, para pagar por su breve y chapucera vida de pequeño delincuente, del «robo por contrato» de un hombre llamado Rook. ¿Era aquélla la gran oportunidad con la que había soñado?

¿Era aquélla —tan pronto— su oportunidad dorada? Obedeciendo instrucciones, primero había seguido a Rook por la galería comercial para llegar a conocer su cara. Y ahora esperaba su regreso en el paso subterráneo bajo la Autopista de Enlace Roja. Se puso en cuclillas, fumando y estudiando la fotografía que Con le había dado. Una instantánea de un puesto en el mercado. El hombre que estaba entre las verduras y las frutas era un Rook más joven, sonriente, con la bufanda colgando alrededor del cuello, vestido de negro. Aquél era el hombre a quien tenía que tender una emboscada, asustar y robar. La promesa de Con, cuando despachó al joven Joseph para que hiciese su trabajo en la galería comercial, fue que Rook —cuando volviese del Mercado del Jabón al Gran Vic, y no antes— llevaría dinero, escondido tal vez, pero serían grandes sumas en metálico y billetes. También habría un sobre, el que Joseph no había conseguido robar. Marrón, sellado con cinta adhesiva y con el nombre de Rook escrito en rojo. Con le enseñó el sobre de nuevo.

—Recuérdalo —dijo—. El hombre al que buscas llevará esto encima cuando regrese a su trabajo.

Lo único que Joseph tenía que hacer era amenazar a Rook con la navaja y luego llevar el sobre, sin abrir, al puesto de Con en el mercado. Cualquier otra cosa que le encontrara encima podría quedársela. Si hacía su tarea con eficacia, no intervendría la policía. El intento de robo en el mercado quedaría olvidado. El carné de identidad de Joseph, que Con se había quedado como medida de seguridad, le sería devuelto. Quizá habría también un verdadero trabajo para él. ¿Qué trabajo? Con sólo le dijo «un trabajo en el mercado, un trabajo en el que unos músculos como los que tú tienes no te vendrán mal».

Joseph, que se había quedado ya sin cigarrillos y tenía más hambre en el paso subterráneo de la que había tenido en las calles, fijó una vez más en su memoria la cara del Rook joven y luego se puso a examinar con más interés una segunda foto a la luz oscilante: la ilustración del catálogo de ropa. Ahora él y el modelo, con sus trajes iguales, eran primos, por lo menos. Cuanto más miraba todos los apetecibles detalles —el traje, la mano vuelta hacia arriba, la tercera copa—, más seguro se sentía de que pronto estaría bebiendo en aquel bar.

Al poco tiempo Joseph estaba cansado de estar sentado sobre sus talones en la penumbra. Había humedad, tenía hambre y una desesperada necesidad de nicotina. Además, se sentía incómodo porque una mujer de edad que había pasado por delante de él en el paso lo hizo con tal nerviosismo y apresuramiento que no se fijó en la agradable sonrisa que él le dedicaba. Nunca se había encontrado con una mujer de esa edad que no conociera su nombre y a su familia, que no se detuviese para intercambiar una o dos palabras. La llamó. Primero un alegre saludo. Luego un insulto. Ella no se volvió. No parecía oírle. Tal vez era de esas personas que odian a los jóvenes.

Ahora estaba impaciente por demostrar que era un ciudadano. Caminó hacia la luz del día que se derramaba por los escalones desde la calle con la esperanza de ver

la cara de Rook entre la multitud. Sería mucho más fácil seguirle y robarle desde atrás. Pero cuando iba a subir las escaleras vio a Rook descendiendo, en su camino, tres escalones por encima de él. Su víctima no tenía buen aspecto. Se apretaba el pecho con una mano. La palidez de su cara sugería fiebre o ansiedad. Además estaba jadeante por haber andado deprisa y por haber transportado entre el gentío lo que parecían ramas de laurel y una caja con cintas, una pirámide que, pensó Joseph, prometía riquezas de alguna clase. Ése fue el momento en que Rook y Joseph se encontraron. Rook, reconociéndole, alarmado y sobresaltado, se echó a un lado para dejar que su haragán subiese. Pero Joseph no se movió. Dejó que Rook diese un paso o dos hacia el interior del hedor y el eco del paso subterráneo, luego puso su brazo izquierdo alrededor del delgado cuello de Rook y le sujetó —junto con una rama de laurel— con tanta fuerza como el modelo sujetaba la muñeca de la camarera.

—Tengo una navaja —dijo.

Y para demostrar que era sincero a su manera, sostuvo la navaja de muelle, que había utilizado por última vez para cortar las coronas de unos tomates, en la mano derecha y la abrió a poca distancia de la nariz de Rook.

—Tira la caja —dijo.

Rook dejó caer las tartas.

—Ahora vacía todos los bolsillos, uno por uno. La chaqueta primero.

Rook sacó los sobres con ambas manos, los rollos de billetes, todo el dinero de los puestos que había recibido ese día. Sostuvo el dinero en alto y hacia fuera, con los brazos extendidos, de la forma menos amenazadora que pudo y lo más lejos de la navaja que sus hombros le permitieron.

—Es tuyo —dijo.

Pero Joseph no tenía una mano libre para tomar posesión. Con un brazo apretaba la garganta de Rook. Con el otro sostenía la navaja.

—Tira eso también.

Rook soltó el dinero. Los sobres y los billetes, más dinero del que Joseph había visto nunca, cayeron sobre la pirámide de tartas. El sobre de Con estaba en la pila.

—Ahora los pantalones —dijo Joseph.

Rook vació ambos bolsillos y los volvió del revés como un colegial al que han pillado robando caramelos.

—Veamos que hay ahí.

Una vez más, Rook alargó las manos. Sostenía un pañuelo, su pase, sus llaves y un poco de cambio.

—Guárdate eso —dijo Joseph, y le gustó el sonido de las palabras, el estilo, la generosidad.

Soltó a Rook y se apartó. Las ramas de laurel cayeron entre el botín a sus pies.

—Date la vuelta. Retrocede.

Rook se volvió para enfrentarse al ladrón y su navaja. Dio dos pasos hacia atrás y esperó. El «guárdate eso» dicho por el muchacho le había indicado a Rook lo que

había esperado, que la navaja era para exhibición y no para cortar gargantas o apuñalar pechos. El «guárdate eso» significaba «sigue viviendo». El miedo de Rook dio paso a la irritación y la vergüenza por haber permitido que aquel patán mal vestido le pusiese en ridículo precisamente aquel día, cuando él —sin ayuda, sin coacción— ya se había puesto en ridículo públicamente. Cerró los dedos en torno a sus llaves. Dejó que el extremo biselado de una llave larga asomara entre sus nudillos. Se mordió el labio inferior, no a causa del miedo, sino de la cólera. Se sintió un poco mareado, un poco borracho, un poco embrutecido. No fue difícil dar un paso largo hacia adelante mientras Joseph se agachaba para recoger los sobres y las tartas, fijar los ojos en aquella mancha de nacimiento color cereza y golpear a aquel joven en la cara con los nudillos y las llaves.

Rook pretendía darle en la nariz o en la barbilla, pero falló. Le golpeó en la frente, justo encima del ojo izquierdo. La punta afilada de la llave penetró. Rompió la piel y dejó un agujero carnoso como los que dejan los picos de los grajos en las peras. Rook golpeó de nuevo. Esta vez su puño pegó en la oreja de Joseph. Nuevamente el grajo había dejado su marca, pero más irregular esta vez. Un desgarrón. Sangriento. El tercer golpe vino del pie derecho de Rook y dejó una huella de la calle en el traje de Joseph y un cardenal en forma de medialuna en su pecho. El joven cayó hacia adelante, sin aliento, conmocionado. Aplastó la pirámide de cartón. Su cara quedó pegada a las hojas de laurel, aunque no había olor a mazapán que perfumara su caída. Los tallos de laurel ya no olían. No hay nada permanente en las plantas. Sus savias, sus olores y colores se disipan y se dispersan. El único olor era el de la suciedad del paso de peatones. El sabor era de sangre, y lágrimas. Pronto se despertaría. Descubriría que la sangre venía de una herida en la frente. La sangre le corría por la cara. Las lágrimas eran sangre. Las líneas de la risa en torno a sus ojos, sus labios, el nacimiento del pelo a uno de los lados de su cabeza, la solapa y el hombro de su traje tenían manchas de sangre. La fotografía del catálogo y la de Rook se le cayeron del bolsillo, con las caras hacia arriba.

El golpe final de Rook fue a la mano de Joseph. Le dio una patada para alejar la navaja. Esa patada fue asestada con una tos. La garganta y el pecho de Rook subían y bajaban como los de un planco. Joseph se levantó y, con las manos vacías, subió corriendo la escalera y salió a la luz y la seguridad de la calle. ¡Bendita sea la calle!

Rook recogió las cosas que había dejado caer: los billetes de banco, los sobres, su pase, la caja aplastada con las tartas aplastadas. Recogió también la navaja de Joseph. Cerró la hoja y se la metió en el bolsillo con las llaves. Las ramas del laurel estaban ahora demasiado estropeadas para la silla de Victor. Las lanzó contra la pared del paso subterráneo de una patada. Le sorprendió lo tranquilo que se sentía, a pesar de su dificultad para respirar. Primero, el alivio de su inhalador. Luego, champán.

No sentía ira contra el muchacho campesino. Aquella trifulca con él había sido demasiado breve y poco dramática como para provocar una animosidad duradera. El ataque de asma que Rook había sufrido en la mesa del Jardín del Jabón le había

hecho más daño que la pelea. Las burlas le habían herido más. Ojalá sus viejos amigos —los verduleros con los que había crecido— hubiesen visto la refriega del paso y cómo la calle que Rook llevaba dentro había hecho huir al asaltante de la navaja. Ojalá hubiesen presenciado lo que había hecho. La violencia es la réplica perfecta, pensó. Más digna, más elocuente que las palabras. Se sentía en contacto de nuevo con la juventud, con las calles, con la ciudad, con el universo del trabajo manual. Se sentía excitado, entusiasmado. Se sentía tan duro y sentimental como una estrella de cine. Estaba impaciente por compartir un pastel con Anna, impaciente por usar sus puños otra vez.

Rook se agachó para recuperar un último billete tirado en el suelo. Estaba mojado por la sangre de Joseph. A su lado estaba el recorte del catálogo tapado con la fotografía que Con le había dado a Joseph. Rook miró a Rook, perplejo. No había visto aquella fotografía desde hacía años. ¿Cómo había podido caer allí con su dinero? Quizás alguno de los comerciantes que le había pagado el dinero «de la plaza» ese día había metido la foto con los billetes. ¿Por qué? Algún arcano reproche a Rook, sin duda. Alguna acusación del pasado. Era la clase de mezquino desaire que se podía esperar de hombres amargados e implacables como Con. Rook recogió la foto. El traje, el modelo y la camarera que habían quedado ocultos debajo estaban ahora a la vista. Los miró más atentamente. ¿Reconoció el bar quizás? ¿La cara del modelo? Se metió ambas fotos en un bolsillo con la navaja. Se sacudió los restos de laurel de la chaqueta y los pantalones y se dirigió hacia la escalera.

Rook hizo el camino de vuelta al Gran Vic y, torpe y cargado como iba, no pudo disimular un amago de rayuela en su paso mientras caminaba sobre las baldosas de mármol de colores de la galería comercial vacía y barrida por el viento. A su alrededor, fuera de la vista, trabajaban los banqueros, expeditivos en todo momento del día; los dólares se convertían en libras que se convertían en marcos; las acciones y los futuros subían y bajaban rápidamente de valor sin ser observados; las pantallas conversaban en números por medio de cables de fibra óptica como chismosas en la valla del jardín. En lo alto, un inquieto panel luminoso, por el que corrían las luces como apresurados faros de coche, enviaba su información electrónica a la ciudad. Las cotizaciones de bolsa. Las noticias de la ciudad. Una inundación en Bangladesh. Una felicitación de cumpleaños para el jefe. Un anuncio de Fuji Film. Atascos de tráfico que había que evitar. Vuele a la Gran Manzana, vuele con Pan Am a Nueva York.

Rook alcanzó al fin la seguridad. Las puertas automáticas le transportaron al aire acondicionado. Enseñó su pase. Se apretó el nudo de la corbata y llamó al ascensor privado del viejo. Mientras esperaba que bajase los veintisiete pisos del Gran Vic, cogió una hermosa brazada de ramas de plástico del perfecto y reluciente follaje sin savia del vestíbulo. No tuvo que estirar ni cortar. Cada hoja, cada ramita y cada rama estaba sujeta por medio de manguitos. La corteza, auténtica, reciclada, estaba pegada con tiras de velcro a los troncos moldeados. La tierra era tierra sin mucho que hacer, excepto engañar a la gente de la ciudad.

Rook dio los toques finales a la habitación mientras las camareras y el personal de cocina preparaban la mesa y la comida para el almuerzo de Victor. Su euforia no se había desinflado por tener que apretarse el nudo de la corbata, ni por la monotonía de la vuelta al trabajo. Había soltado la pirámide de tartas chafadas y baqueteadas sobre la mesa de despacho de Anna y había dicho sencillamente, en respuesta a su sorpresa:

—¡He tenido que pelear por ellas!

Anna no hizo preguntas. Únicamente se llenó los pulmones de aire, cerró los ojos y dijo:

—¡Qué valiente!

Era una burla cariñosa. Una broma. La clase de ironía que Anna sabía que daba resultados con los hombres. Los hombres eran juguetes mecánicos cuando se trataba de amor y sexo. Les dabas cuerda, decías una o dos frases ocurrentes, y ellos andaban, bailaban y tocaban el tambor. Su plan era fingir cierta satisfacción, si tenía la oportunidad, con Rook. ¿Por qué no? Él no estaba casado. Ella ahora era divorciada. Sólo tenía un año más que él. Rook no andaba escaso de fondos. Y tal vez le complacería emplear su dinero y su tiempo con ella.

Rook era un tipo raro, sí. Pero los tipos raros tenían su atractivo para Anna. Le gustaba el estímulo y la sorpresa de los hombres que se salían de lo corriente. Le gustaba la reserva de Rook. No se dejaba engañar por su actitud sardónica. ¿Qué clase de hombre, teniendo el poder que él tenía, pasaría la mañana en las calles y volvería cargado con unas tartas aplastadas y un ramo de hojas de plástico? Un hombre al que valía la pena conocer, estaba segura. Así que Rook y Anna dejaron en el aire la idea de que sus coqueteos darían fruto, y pronto, antes de que fuese demasiado tarde, antes de que la pasión intensificada del día, su savia, sus colores y sus aromas se hubiesen disipado y dispersado para siempre. Que Victor tuviese su celebración de cumpleaños primero. Que el champán soltase las lenguas y dilatase los corazones. Luego Rook y Anna se quedarían hasta tarde en la oficina para clasificar unos papeles, para dejarlo todo en orden, para trabar combate entre ellos cuando la tarde y las persianas de la oficina cayesen. No habían dicho una palabra, pero eran lo bastante viejos y sabios como para comprender la promesa y la emoción contenidas en «¡Qué valiente!».

Rook se llevó las ramas de plástico, un rollo de cinta adhesiva y algo de cordel al cuarto trastero de la oficina y empezó a sujetarlas al respaldo de una silla de madera antigua. Los extremos de las ramitas sobresalían entre los barrotes de la silla y daban a la decoración un aspecto chapucero, de cosa hecha aprisa y corriendo. Rook trató de cortar con los dientes trozos de cordel para poder atar los extremos de las ramitas. Pero el cordel era tan duro y artificial como el follaje. Buscó unas tijeras en los estantes, y luego se acordó de la navaja que había recogido en el paso de peatones, la navaja de muelle que había dejado caer el torpe patán con la mancha de nacimiento y

el traje demasiado grande.

¡El traje demasiado grande! El recuerdo del traje, mal cortado, mal hecho, mugriento, fue suficiente para resolver el misterio de la segunda foto que Rook había encontrado entre los desperdicios en el paso subterráneo. Así que eso era lo que había reconocido. Una vez más Rook miró el recorte del catálogo y escrutó las caras y el bar. Ningún otro reconocimiento ahora. Salvo, extrañamente, el del traje. Rook sonrió al ver la frase *De parranda*, el precio y el estilo modestos, y al comprender que la fotografía antigua del propio Rook no provenía de los pagos «por la plaza», como él había pensado, sino de los bolsillos del traje del joven. No había sido un encuentro casual, por lo tanto, sino planeado. Aquel muchacho estaba enterado, Dios sabía cómo, de que él llevaría abundante dinero en efectivo entre la ciudad vieja y la nueva. Pero cómo encajaba la foto antigua en todo aquello no lo sabía. ¿Algún jabonero oportunista? ¿Algún disidente dentro del Gran Vic? ¿Algún tipo raro que le guardaba un mezquino rencor? ¿Quién sabe exactamente quiénes pueden ser sus enemigos?

Rook sostuvo la navaja hacia fuera, hizo saltar la hoja y se puso a trabajar cortando el cordel y atando las ramitas de plástico. Fue entonces cuando vio las catorce letras gastadas torpemente grabadas en el mango: NABAJA DE JOSEPH. Pensó que le gustaría tener la oportunidad de devolver la navaja de muelle, no en compensación por la patada que le había dado y por el tramposo puñetazo con llaves que le había dejado la cara tan ensangrentada, sino por la posibilidad de averiguar quién había puesto a aquel «Joseph» tras de él y por qué. Pero por el momento se alegraba de tener la navaja a mano, de hacer un uso adecuado de su hoja para Victor y su silla. La decoración quedaba ahora más bonita. Sólo se veían las hojas. Era como si la madera antigua y manchada de la silla, muerta desde hacía mucho tiempo, hubiese experimentado una especie de resurrección, hubiese echado raíces y hojas, como la silla mágica del granjero de los cuentos de hadas. Un poco de saliva y de cera era lo único que hacía falta para rematar el trabajo. La saliva quitó el polvo de la oficina. La cera —un ambientador con aroma de bosque— devolvió el color y el lustre. El pañuelo de Rook pulimentó el brillo céreo de las hojas.

Había prometido que habría gatos en el almuerzo de Victor. Eran parte del sueño de éste. El jefe tenía tres, para que persiguiesen y echasen a las palomas del tejado. Rook había dado órdenes de que los trajesen a la suite de la oficina. Se habían instalado bien, dos en el sofá y uno debajo de la mesa de despacho. El mantel era blanco, exactamente como había sido solicitado. El aire acondicionado proporcionaba justamente la brisa suficiente. En la antesala donde esperaban las visitas las tres mujeres de la Banda Acorde estaban practicando los bailes campesinos que tocarían para Victor. Las frutas y los quesos estaban en su sitio. El champán estaba en hielo. Rook entró en la habitación interior y se acercó a la mesa de despacho de Victor. Telefoneó al *chef*. Las percas estaban cocidas, en remojo y enfriándose en la cerveza de manzana. Las camareras estaban de pie. Los cinco verduleros estaban sentados, alicaídos y pacientes, en el vestíbulo inferior, esperando a que les llamasen al

ascensor. Rook llevó la silla de cumpleaños de Victor a la antesala. La colocó con el respaldo contra una pared, de modo que la tiara de hojas quedase de cara a la habitación y no se viese el poco estético amasijo de plástico, cordel y cinta adhesiva.

Cuando recibió el aviso de que el almuerzo estaba listo para ser servido y que sus amigos —sus invitados— estaban ya esperando en su suite, Victor se encontraba en el invernadero de la azotea, en el piso veintiocho, examinando los pulgones amarillos que se congregaban en una disciplinada multitud en el envés de las hojas y a lo largo de los tallos recién nacidos, una congregación de activas hembras sin alas, más una sola hormiga que se deleitaba con sus excreciones melosas. Victor vaciló con el pulverizador en la mano. Casi le importaban más los insectos que las plantas, pero sólo casi. Aquellos pulgones eran demasiado corrientes para ser atractivos. Los roció con leche tóxica. A la hormiga le perdonó la vida. ¿A qué altura, se preguntó, tendría que construir para elevarse por encima de las palomas y las moscas, para estar fuera del alcance de los pulgones y las hormigas? ¿Cuarenta, cincuenta pisos? ¿Habría suficiente oxígeno allí arriba para que las plantas prosperasen, para que acudiesen las abejas y las polinizasen? Miró, a través del cristal cubierto de líquenes y moho, hacia el norte, más allá de la galería comercial, de la autopista y los altos edificios comerciales, hacia la ciudad vieja, y los suburbios y las colinas. Los rascacielos son los optimistas del horizonte. Reciben la primera luz de la aurora, el último calor del día. Tienen la vista plana, cartográfica, de las ciudades, la ordenada geometría de norte, sur, este y oeste.

Victor conocía su ciudad como un halcón conoce sus campos. Las entrañas de la ciudad quedaban expuestas desde el piso veintiocho, desde lo que había sido el Restaurante Cima del Gran Vic y que ahora, debido a que los comensales del Cima no podían soportar la oscilante flexibilidad de los rascacielos movidos por el viento, era un jardín privado. Las entrañas son un caos y un misterio para cualquiera salvo para el ojo experto. Con el tiempo, con el estudio, Victor había llegado a conocer las vísceras desparramadas de las calles. Conocía los huesos y los órganos de la ciudad: la universidad, el estadio, los cementerios y los parques. Conocía Los Silos, donde los ciudadanos pobres y los delincuentes vivían en bloques tan atestados como colmenas. Conocía los amarillos y los ocres de los pisos del ayuntamiento, las grandes obras de los comerciantes potentados del siglo XVIII, los edificios como sujetalibros del cuartel general de la policía, donde en otro tiempo habían estado los barrios pobres de casas bajas.

Las rutas y los contornos estaban muy claros. No un río, sino una hilera de torres metálicas y las vías del ferrocarril dividían la ciudad en dos, y las autopistas de enlace formaban un rombo como un marco que contenía ambas mitades. El rombo, en el calor del mediodía de verano, se balanceaba suspendido de las vías elevadas de la ciudad como una caja que cuelga de unas cintas. ¿Y más allá de la caja? Las mansiones a ras del suelo de los ricos, agazapadas detrás de la gruesa mampostería de los muros de seguridad. Las zonas residenciales con sus árboles. Los centros

comerciales de las afueras con sus campos de asfalto para los coches. Un callejón sin salida de campiña amenazada, ya designada como terreno edificable.

Lo que más le gustaba a Victor era el gris y el verde de los bulevares, donde las hileras de árboles y las franjas centrales de césped clavaban astillas vivas en la piel de la ciudad. Le gustaba la ciudad tarareando para sí: los alegres jirones de humo que se elevaban de los vertederos y las fábricas y las plantas incineradoras de basura, el distante zumbido del tráfico, las cadencias del viento.

Las zonas residenciales de las afueras de la ciudad, desde el piso veintiocho y a través de los ojos bastante defectuosos de Victor, eran una tela estampada, no exactamente viva, pero trémula como seda tornasolada en tonos verdes, grises y marrones. Más cerca del ojo, los chillones toldos a rayas del mercado, dignificados únicamente por el verde grisáceo del Jardín del Jabón con sus pocos árboles de dos pisos de altura, que parecían caprichosos y antinaturales situados en el centro de las complejas estratagemas de los sobresaltados tejados de la ciudad vieja, con sus chimeneas erguidas como signos de interrogación.

A Victor no le gustaba el mercado. No le gustaban sus toldos y su desorden. No le gustaban sus multitudes, tan densas que los taxis no podían pasar. Desaprobaba la venta desde la trasera de los camiones, el ruido y la ineficacia, el desperdicio. Hacía ya siete años que no había estado en el mercado —demasiado viejo, demasiado frágil, demasiado aturdido por la vida—, pero lo veía todos los días, una mancha chillona en el centro de la ciudad que desdeñaba tanto la lógica como la geometría. Él lo corregiría. ¿Por qué no? ¿Qué otra cosa podían hacer los viejos? Llevaba ya por lo menos quince minutos dentro de su invernadero. Tres veces el tiempo que necesitaba para ganar el dinero para un mes en Niza, un coche, la ropa de un año. Sus granjas y sus mercados, sus oficinas y sus acciones, su capital comercial haciendo campaña en una docena de países y cien ciudades, ganaban fortunas a cada minuto. Treinta millones en un mes. En un año el presupuesto de sanidad y educación de Marruecos. Lo suficiente para construir un sueño de ladrillos. O de piedra. O de cristal.

Sus contables y consejeros le insistían desde hacía un año o más. El mercado, decían, estaba anticuado. No era lo bastante rentable para un lugar tan céntrico. Era —comparado con las plantas de enlatado y embotellado— una salida pobre para la fruta. El ayuntamiento había insinuado que si solicitase permisos para un plan de renovación, o para trasladar el mercado a algún otro sitio, por ejemplo..., no encontraría ninguna oposición. Conque ninguna oposición, ¿eh? Victor no era tan tonto como para creerse que no habría oposición si él quisiera cambalachear con el mercado. Sabía cómo eran los jaboneros, una pandilla difícil de manejar que se oponía a cualquier cambio por principio. Bueno, ése era el trabajo de Rook, pensó, tener tranquilos a los jaboneros. Sin embargo, Victor no compartía sus pensamientos con Rook. No se fiaba de que mantuviese la boca cerrada. No se fiaba de su criterio ni de su lealtad. Rook no era un hombre de negocios. ¿Qué hombre de negocios sería tan sociable? ¿Qué hombre de negocios aceptaría semejante sueldo y durante tanto

tiempo? ¿Qué hombre de negocios vería cómo funcionaba el mercado sin escandalizarse por su ineficacia comercial? Pero a Rook le encantaba el Mercado del Jabón. Le encantaban sus multitudes. Lo había dicho él mismo: «Para mí es el paraíso.» Y Victor pensó: Si eso es el paraíso, ese gentío corporativista y pernicioso, ese campo de batalla acotado de tareas monótonas y pequeños negocios y anonimato, entonces es el paraíso de las termitas.

El viejo Victor cogió su bastón y caminó con paso bastante firme entre las macetas de pimientos y tomates jóvenes hacia el ascensor. Y el almuerzo. Se detuvo para quitar con el pulgar el pulgón verde de los arbustos puestos como centinelas que crecían en tiestos junto a la puerta de la terraza. Se limpió la pasta de cadáveres en el dintel. Tosió y escupió un hábil goterón de flema en la tierra del tiesto. Brilló por un momento como el viscoso y plateado residuo de las babosas. «Buena suerte», se dijo Victor. Eso era lo que los buenos granjeros decían cuando escupían en la tierra. La suerte era para la tierra y también para el que escupía. La suerte que Victor se deseaba a sí mismo era ésta: vivir más de noventa años, lo suficiente para dejar su última y monumental huella en la ciudad. La edad no era un enemigo. De hecho, el día en que cumplía los ochenta años parecía el momento perfecto para empezar a gastar sus millones. No tenía familia a quien dejárselos. No tenía deudas. ¿Qué debía hacer, entonces? ¿Dejarlos para obras de caridad, impuestos y aprovechados que no se lo merecían como Rook? ¿O hacer el idiota geriátrico y reinvertir las ganancias?

Los ochenta años eran la edad adecuada para una segunda infancia, decían. Él nunca había tenido la primera. Nunca había sido niño. Sólo había sido bebé y hombre. Así que empezaré la infancia ahora, pensó. Seré un viejo lleno de impulsos, proyectos y esperanzas. Dejaré a un lado la amargura y moriré en paz. Escupió de nuevo —más para aclarar sus pulmones que para obtener más suerte de la que se merecía— sobre la tierra del segundo tiesto.

El sencillo sueño de Victor de celebrar su ochenta cumpleaños a la manera campesina no pudo realizarse. Al aire dentro del Gran Vic le faltaba vigor. Era pesado e inerte. Era como sopa. Dióxidos del aire acondicionado; monóxidos de la calefacción; amoníaco y formaldehídos de los cigarrillos; ozono de las fotocopiadoras; aletargantes vapores de los plásticos, los disolventes y las luces fluorescentes. El poco oxígeno que quedaba estaba impregnado de microbios, partículas y microorganismos; ácaros y fibras de la moqueta, pelusa de los muebles, amebas transportadas por el aire desde los depósitos humidificadores, celulosa de los desperdicios de papel, bichos, hongos, piojos. El aire pesaba demasiado y era demasiado espeso al pasar por la nariz y la boca de los invitados al almuerzo de Victor. Tosían y estornudaban y tenían calor. Empezaron a llorarles los ojos, a dolerles la cabeza, y el reumatismo de sus nudillos y sus rodillas comenzó a protestar. El Gran Vic estaba enfermo y era contagioso. Compartió su enfermedad rápidamente con aquellos viejos comerciantes, hombres de aire libre, mientras esperaban a su jefe. Echaron la culpa de sus dificultades respiratorias, su jaqueca y su letargo a los nervios. Le echaron la culpa de sus bocas secas y su azoramiento a la perspectiva de lo que en las invitaciones impresas se describía como «un almuerzo distendido de cumpleaños para unos cuantos amigos íntimos». ¿*Distendido*? Ninguno de ellos podía estar distendido en compañía de Victor a menos que hubiese que cerrar un trato o hacer un negocio. ¿*Amigos íntimos*? ¿Eran ellos los amigos más íntimos que tenía Victor? La sola idea les hacía sonreír.

Pero, por otra parte, ¿a quién podía haber invitado si no a aquellos cinco? Que ellos supieran, no tenía familia. No había vecinos en la galería comercial. Después de todo, aquello no era el campo, donde la gente vivía tan cerca y en tal confraternización que siempre estaban libres y encantados de pasar una noche en vela para facilitar el tránsito de un cadáver, de ser los invitados a una boda, de asistir a los nacimientos o los duelos, de ayudar a un viejo a apagar sus ochenta velas.

—Estamos aquí —comentó un anciano jabonero— porque no hay nadie más.

—Estamos aquí —dijo otro— porque hoy en día tenemos que hacer lo que Victor quiera. Estamos aquí porque no tenemos elección.

Era verdad que habían sido más íntimos en otro tiempo, cuando el imperio de Victor era tan pequeño como el suyo y su constante sequedad había sido interpretada como ironía y sus silencios como infantiles, sin maldad. Pero ahora él era el anciano emperador y ellos los cortesanos, obsequiosos, temerosos, incómodos. De hecho, todo el almuerzo había sido organizado como si aquel viejo fuese un soberano medieval adicto a las indulgencias y los halagos de todos los que se cruzaban en su camino. Le habían recibido con un suave aplauso cuando pasó del bien iluminado ascensor a la suite de oficinas. Habían formado un respetuoso pasillo para él, de modo que pudiese avanzar hacia la mesa sin que sus antiguos compañeros le

estorbasen. Tres acordeonistas le acompañaron mientras cruzaba la habitación con la marcha de *La Regina*, los fuelles de sus instrumentos blancos y ondulantes como las jóvenes y dentonas sonrisas del personal que se había reunido en las puertas.

Los resollantes huéspedes cerraron filas cuando Victor pasó y formaron su séquito. Había un camarero o una camarera de pie junto a cada silla, salvo la de Victor. Rook estaba allí, como el Príncipe-criado o el Hijo Bastardo de algún cuento de hadas, aplaudiendo la música y al hombre. Incluso Victor sintió emociones que, aunque no se notaban, eran lo bastante fuertes como para hacerle tambalearse y apoyarse con más fuerza en su bastón.

Por supuesto, le rogaron a Victor que se sentara y aplaudieron un poco más. Él pidió agua, pero ciertamente aquél era el momento perfecto para el champán. Trajeron bandejas con copas de champán para Victor y sus invitados, y para todos los trabajadores de las habitaciones exteriores. Hasta a las acordeonistas les dieron copas de champán, aunque apenas habían notado el cosquilleo del primer sorbo en la nariz, cuando les pidieron que tocaran y cantaran la Polca del Cumpleaños. Así que Victor, el Rey de las Verduras, se sentó rodeado de sus empleados, camareros, clientes, conocidos y gatos, a todos los cuales se les había ordenado que le sirvieran durante la tarde, mientras dos damas robustas y su amiga bombeaban rapsodias de sonidos y celebración en la habitación sin aire. Los pocos que se sabían la letra se sumaron a la canción. Los demás la tararearon o simplemente permanecieron de pie sonriendo.

Hubo un instante, cuando uno de los tres gatos saltó sobre los quesos y las frutas de la mesa y metió el hocico en el platito de la mantequilla, en que pareció que el estilo pueblerino se había trasladado a la ciudad, pero las cejas enarcadas de Rook y su inclinación de cabeza pusieron fin a esa fantasía y a la aventura del gato. Un camarero, no demasiado acostumbrado a tratar con gatos, apartó al animal de la mantequilla levantándolo por las patas traseras como si fuera un conejo destinado a la cazuela.

La música terminó. Rook hizo un nuevo movimiento de cabeza y todo el personal, siguiendo las instrucciones que les había dado previamente, dejó la habitación de Victor y regresó a sus pantallas, sus teléfonos, sus mesas, sus manifiestos de embarque de frutas y verduras. La Banda Acorde tocó —*largamente*— en un extremo de la sala. Los invitados se sentaron ante la silenciosa blancura del mantel mientras las camareras servían el pescado hecho a fuego lento. Rook, deseándoles a todos *Bon appetit*, dejó que Victor reinase y se reunió con Anna y su personal para tomar tartas aplastadas —y más champán— en las habitaciones exteriores. Más tarde, cuando Victor se hubiese ablandado por la comida, entraría con la silla de cumpleaños.

La comida, de hecho, no resultó tan perfecta como el cocinero había esperado. Las percas, a pesar de su frescura, estaban un poquito pasadas, algo amoniacales. No habían soportado bien el viaje. Sólo un invitado, que tenía el paladar embotado por la pipa que fumaba, despachó el pescado con cierto apetito. El resto ocultó sus

melindres saboreando exageradamente las aceitunas y el pan o atiborrándose de queso y fruta. Utilizaron las espinas y la piel moteada de las percas para ocultar la carne que no podían comerse.

Naturalmente, la comida terminó en poco rato y las camareras retiraron los platos, dejando que los viejos, desinhibidos por el champán y los licores, siguiesen el orden del día informal del almuerzo de cumpleaños y se entregasen a los recuerdos. No habría regalos ni discursos. Ése era el deseo expreso de Victor. Su oído no era lo bastante bueno, a pesar de su audífono temperamental y zumbante, para regalos y discursos. Pero los deseos expresos de esa clase son únicamente una clave para otra cosa. Nadie pide el regalo que quiere. En lugar de eso dicen: «No es necesario. No os molestéis. Yo me siento feliz con veros aquí.» Así que los amigos de Victor habían hecho todo lo posible por traducir la clave del viejo. ¿Qué regalo podría complacer a un millonario frágil y sin hijos a punto de empezar su novena década? Algo que no se pudiese comprar, naturalmente. Fue una macabra diversión, para aquellos cinco viejos comerciantes, identificar todas las cosas que no pueden comprarse y que se pierden a medida que se envejece. La buena salud. La belleza. Los dientes, el pelo, la cintura. Los placeres de la cama. La paciencia. La energía. Un lugar fértil en el corazón vivo de alguien. El control de los gases y la vejiga. Todas estas cosas se habían ido y quedaban fuera del dominio de las tarjetas de crédito. ¿Cuál podía ser entonces el regalo de cumpleaños de Victor? ¿Un lugar en la historia? ¿La estima? Éstos hay que ganárselos, no se compran.

—¡Pues una estatua!

La sugerencia había sido hecha en broma. Una estatua a la vanidad de la vejez. Pero la idea era mejor que la broma y enseguida los viejos comerciantes asintieron y la consideraron apropiada. Pondrían una estatua con una placa en el Jardín del Jabón. Recaudarían los fondos por suscripción. Todos los comerciantes del mercado querrían contribuir. Una buena idea. Un regalo público a la ciudad para conmemorar el cumpleaños del viejo. Le encargarían unos bocetos a la mujer que había hecho la estatua de bronce (para la entrada de la nueva sala de conciertos) de los senadores de la ciudad que habían muerto lanceados en 1323. Les gustaba su trabajo. Aquellos senadores eran hombres presa del dolor. Aquellas lanzas eran tan rectas y crueles como el dedo de la Muerte. Las manos que trataban de restañar las heridas o arrancar las lanzas eran manos como las de ustedes o las mías, sólo que un poco más grandes y de bronce. Aquello no era una metáfora abstracta. No era una artista de la escuela moderna. Les había hablado en términos que ellos entendían: pagos, contratos, fechas de entrega, el precio del bronce. Así que, a pesar de los deseos expresos de Victor, hubo un discurso breve y un regalo. Los cinco ancianos le entregaron los bocetos de la artista.

—Son sólo ideas —le dijeron—. Elija usted. Nosotros nos encargaremos de que su estatua esté en su sitio antes de que cumpla los ochenta y uno.

Victor no hizo un discurso. Asintió, únicamente, y puso la carpeta con los dibujos

sobre su mesa de despacho.

—Encontraré tiempo más tarde para verlos —dijo, y se reunió con sus invitados en la mesa una vez más para añadir su monumental incomodidad a la de ellos.

Trataron en vano de abrir algunas ventanas y dejar entrar el aire de la ciudad. Pero todas las ventanas a partir del segundo piso tenían dobles cristales y estaban selladas por motivos de seguridad y sólo podían activarse por medio de una llamada al cerebro del edificio, el cuadro de mandos de alta tecnología que regulaba todo, desde la calefacción a las alarmas. Trataron de resucitar los almuerzos campesinos que habían compartido cuando eran más jóvenes, de mediana edad, y competían por las cosechas y los productos agrícolas en las subastas de los pueblos. Trataron de cantar todas las melodías sentimentales que para ellos tocaba la Banda Acorde. Trataron de mostrarse animados en lugar de soñolientos a causa del alcohol que habían bebido. Pero la suite de oficinas era deprimente. Los dolores de cabeza y el reumatismo, que se habían recrudecido, alimentados por la tensión del almuerzo, hacían más profunda su incomodidad y los surcos de sus frentes. Sus toses ya no conseguían aliviar el picor y la sequedad de sus gargantas. Los ojos les escocían. Tenían la cara tan colorada e irritada como crestas de gallo. Las condiciones eran perfectas para un ataque al corazón o una apoplejía.

Victor estaba tan apagado como sus invitados, no por la agresión de las oficinas —a eso estaba acostumbrado—, sino por la incomodidad que sentía en compañía. Nunca había tenido la conversación o la expresión animada necesarias para que él y la gente que le rodeaba se sintiesen a gusto. Carecía de respuestas agudas, simpatía y afabilidad. ¿Qué clase de hombre de ciudad era que no disfrutaba con la conversación ligera, el oxígeno hablado de los mercados, las oficinas y las calles? No le importaba. No tenía por qué importarle. Un jefe puede hablar tan poco como quiera y mantenerse alejado de los mercados, las oficinas y las calles. A decir verdad, ni siquiera disfrutaba de las bromas y los halagos provocados por la bebida que sus invitados —entre toses y sofocos— estaban intercambiando en la mesa. Tomaba erróneamente su charla por trivialidad. Sus jadeos, sus crujidos y el sudor de sus frentes le parecían el precio que pagaban por sus vidas pecadoras, por beber, por fumar, por su vida familiar, por su falta de gravedad. Los miraba con menos amabilidad, menos tolerancia, menos respeto con que había mirado a los pulgones amarillos que había matado aquel día.

La respiración del propio Victor —poco profunda en el mejor de los casos— se veía dificultada por los cigarrillos y la pipa que habían fumado con el coñac después de comer. También tenía el estómago un poco revuelto a causa del pescado.

—Disculpen, caballeros —dijo.

Y se levantó con la copa de coñac en la mano. Sus invitados también se levantaron, lo más rápidamente que pudieron, esperando un brindis.

—Aire fresco —dijo Victor, su frase acortada por una tos—. Subamos a la azotea.

Les guió en una fila india vacilante y cruzaron la habitación hasta donde su

ascensor particular esperaba su llamada. Las tres acordeonistas, que tenían instrucciones de «acompañar» la fiesta hasta que se les dijese lo contrario, les siguieron, sus instrumentos sujetos al pecho con correas como bombonas de oxígeno. La camarera —cumplidora, insegura— fue tras ellos con el coñac. Y por último los gatos. Se apiñaron en el ascensor lo mejor que pudieron. El ascensor estaba pensado para una sola persona. Temblaba un poco suspendido de sus cables mientras los viejos y los acordeones resollaban al unísono y tropezaban íntimamente unos con otros en el ascenso al piso veintiocho. Pero cuando emergieron, pasando entre los arbustos que montaban guardia, al aire y el follaje del jardín de la azotea, los verduleros respiraron profundamente, tragaron bocanadas del aire sucio pero libre, volvieron las caras al sol y al viento y miraron más allá de la ciudad y los barrios periféricos a las colinas verdeazuladas, a los bosques verdegrísáceos.

La Banda Acorde se quedó de pie junto a la puerta, con su estado de ánimo transformado. La nueva nota que dieron era dulce y sentimental. Tocaron esas alegres canciones de cosecha que hacen bailar y llorar, cuyas notas de adorno bromean con la melodía. La alegría trenzada del acordeón hubiese podido hacer llorar y bailar a una taza de té. Es el único instrumento sujeto con correas al corazón del intérprete. Su fuelle plisado se extiende y sonríe.

Los invitados se separaron, a gusto, encantados, curados de golpe por la magia del lugar, vigorizados por el cuidado y la pasión puestos en cada planta que crecía en aquella azotea. La pieza central, tan diferente del agua esculpida de la galería comercial, era un estanque rodeado por un camino de gravilla. No había peces, pero sí ranúnculos, lirios, gladiolos y —encorvados, como una garza— los hombros de un sauce enano que proporcionaba sombra a islas de centáurea negra y masas flotantes color naranja de líquenes de pantano. Había arbustos en derredor, algunos en tiestos de barro, otros en ánforas coloreadas por una delgada capa de yeso amarillo, otros en macizos elevados. Una pérgola de madera, cargada de rosales trepadores, madreselvas, enredaderas, conducía hacia el invernadero. Los comerciantes siguieron a Victor allí y frotaron las hojas de las hierbas aromáticas y acicalaron los pimpollos como propietarios de la tierra.

Hicieron que la Banda Acorde se acercara a la puerta del invernadero.

—Sigan tocando, sigan tocando.

La camarera sirvió más coñac. Los viejos fueron pasando las copas como colegiales de excursión, asegurándose de quedarse con la que estaba más llena. Todos encontraron un sitio donde sentarse o apoyarse. Unas macetas invertidas, un banco de madera, una baja tarima para las plantas, sirvieron perfectamente como asiento. Los gatos sacaron el máximo partido de las manos secas y expertas, los regazos huesudos y las caricias que se les ofrecieron. La camarera estaba un poco turbada por las manos coquetas que le ayudaban a servir las bebidas. Las dos robustas damas de la banda y su amiga, más delgada, por su parte, acompañaban aquella reunión improvisada del invernadero con una serenata y las sonrisas y los gestos del más íntimo de los clubs

nocturnos.

—¡Por Victor!

Y alguien añadió:

—Que le crezcan dientes nuevos.

Todo el mundo alzó su copa y, una vez más, la banda interpretó la Polca del Cumpleaños. Todos cantaron y pasaron sus copas para que se las llenaran de nuevo. Victor se puso de pie para decir doce palabras, no más, de agradecimiento.

—Igual que en las fiestas de los pueblos, caballeros —dijo, promoviendo el engaño de que tenía savia en lugar de sangre, de que era un hombre del campo en el fondo de su corazón—. A su salud.

Miró por segunda vez aquel día hacia los chillones toldos del mercado. Antes de volver a tener la oportunidad de sentarse, añadió un nuevo brindis.

—¡Por nuestra ciudad!

Hizo un gesto amplio de la mano en dirección al mercado como para limpiar el paisaje urbano. Si hubiese sido un hombre más locuaz, habría dicho: «¡Antes de morir me gustaría limpiar todo eso! Empezar de nuevo. Un mercado. Un edificio digno de nuestra ciudad.» En lugar de eso dijo, sin poder contenerse:

—¡Por los negocios, caballeros! —Una vez más, levantaron sus copas y bebieron—. Confío en que los suyos vayan bien. ¿Hay algún problema del que deseen hablarme?

Nadie estaba de humor para responder. Negaron con la cabeza y se rieron, como si la sola idea de un problema fuese un chiste.

—Muy bien, entonces —dijo Victor—. Así es como debe ser. Yo le pago a Rook lo suficiente como para que resuelva y zanje los problemas...

—Y nosotros también...

El hombre que dijo esto pretendía que fuese una broma. Nunca se había parado a pensar si los pagos por «la plaza» a Rook eran transacciones que compartía con Victor. Demasiado tarde para pensarlo ahora.

—¿Ustedes también?

—Poca cosa. Una gratificación por todo lo que hace.

—¿Qué hace Rook que no esté ya remunerado con su sueldo?

Victor vio incomodidad a su alrededor. La interpretó perfectamente. No era extraño que Rook pensase que el Mercado del Jabón era un paraíso. Las termitas del mercado trabajaban para él. El hombre estaba cobrando sobornos. Victor supo enseguida lo que tenía que hacer con aquel extorsionista y cómo —un regalo oportuno— aquello le serviría perfectamente para sus planes a largo plazo. Un hombre como aquél, un hombre que se servía a sí mismo antes que a su jefe, un hombre, además, en quien no se podía confiar para un plan de renovación del mercado, no podía esperar conservar su puesto. No había maldad en eso. Para un jefe era un deber echar al tramposo, igual que era tarea del jardinero librarse de los insectos.

—¿Cuánto le pagan exactamente? —preguntó.

Una vez más, no hubo voluntarios para responder. No deseaban parecer víctimas de una falta de honradez ni colaboradores en el engaño. Victor sacó un cuaderno y una pluma de su chaqueta.

—Anoten aquí el importe de los pagos que le hacen a Rook —dijo—. No deseo que mis amigos paguen más de lo que deben.

Naturalmente, hicieron lo que les pedía.

Un piso más abajo Rook y Anna juzgaron —puesto que todo parecía muy silencioso en la suite de oficinas de Victor— que había llegado el momento de sentar a su jefe en su silla de cumpleaños, entre el reluciente follaje, y alzar sus copas en un brindis. Transportaron la silla desde la antesala. Sirvieron las bebidas. Más champán, naturalmente. La silla fue colocada en el centro de vestíbulo fuera de la suite de Victor donde suponían que continuaba —tranquilamente— el almuerzo de cumpleaños. Rook se situó detrás de la silla, una sonrisa ya compuesta en su cara. Anna llamó a la puerta de Victor y entró. El único sonido y movimiento en la habitación venían del aire acondicionado.

—Se han ido —le dijo a Rook.

Él se acercó y se quedó de pie a su lado en la puerta y miró hacia donde ella señalaba, la mesa, los huesos de aceituna, los vasos sin vaciar, el cigarro apagado, los restos de pieles de naranja y otras frutas y el pescado no ingerido. Anna se rió y —al hacerlo— dejó caer su cabeza momentáneamente en el hombro de Rook.

—Deben de haberse ido a la terraza —dijo él.

Y le rodeó la cintura con un brazo. Se sentía regocijado e inquieto. La habitación vacía, la tranquilizadora cintura de la mujer, la silla de cumpleaños, vacía y absurda en medio del vestíbulo, no eran lo que él había planeado.

—Bebamos el champán de todas formas.

Dio la espalda a la puerta de Victor y se sentó entre el follaje de plástico de la silla de cumpleaños, satíricamente, desafiadamente. Levantó su copa hasta que Anna, de pie junto a sus rodillas, se quedó quieta, silenciosa y tranquila. Ella alzó su copa también.

—¡Por nosotros! —dijo Anna—. Por nosotros... por nosotros... por nosotros... por nosotros...

El mercado se podía dar por desaparecido, y Rook también. Se habían tomado decisiones aquel día. El horizonte de nuestras vidas había cambiado. Cinco vendedores vacilantes, una banda, una camarera y el jefe tomaban el aire y coñac en el jardín de la azotea del Gran Vic, mientras, en el piso veintisiete, Rook y Anna se emborrachaban un poco y se enfrascaban en cosas menores. Habría un *romance* (¡cómo nos gusta esa palabra!), por lo menos una *muerte* (ésa no nos gusta tanto); habría aflicción y perversidad en las calles, se harían y se perderían fortunas, y todo porque un viejo millonario seco que había vivido demasiado tiempo y estaba un poco borracho había caído en esa antigua trampa sentimental: el deseo de morir y a la vez subsistir.

Cuando Victor alzó su copa y dijo «¡Por nuestra ciudad!», tal vez el brindis no fuera por lo que *había* sino por lo que él *veía* en su mente, los proyectos y los sueños. Su mano abarcó el lejano paisaje de la ciudad. Borró el mercado como si estuviese limpiando el vaho de un cristal y mirando la claridad oculta detrás, su lugar en la historia.

No obstante, la historia que corría por la ciudad aquella medianoche no era la que cambiaría vidas y paisajes, a menos que uno fuese un pez. La historia que divertía a verduleros y mozos de cuerda mientras se reunían en el Jardín del Jabón para tomar un último café y copa, que tanto obsesionaba a los parlanchines, las conciencias sociales, los corazones sangrantes, los evangelistas del cambio social que hablaban hasta bien entrada la noche, era la historia de los mimados peces de Victor. Los peces para la fiesta de Victor —eso era lo que afirmaba la edición de medianoche del periódico del día siguiente— habían sido mejor tratados que sus invitados. Diez percas frescas y vivas fueron llevadas desde la estación a sus oficinas «¡EN TAXI!», decía el reportaje. Los mozos de cuerda habían colocado el bidón de plástico en que viajaban en el asiento trasero del taxi y le habían dado instrucciones al taxista de que no fuese más deprisa que un coche fúnebre. Al parecer, las percas vivas podían perder su dulzor y su frescura si las sacudían como a banqueros a la hora del almuerzo en el asiento trasero de los taxis. Su carne se inundaría y fatigaría y, por mucho que hiciera el *chef*, decepcionaría en la mesa, pegada con aprensión a la espina y con un sabor ligeramente amargo.

El taxista —también él un poco fatigado y amargado por lo que tomó como una broma a su costa— ajustó el espejo retrovisor de modo que pudiese conducir y vigilar el agua amarillenta del bidón. Estaba acostumbrado a espiar el regazo de las mujeres de esa manera. Se había ganado un poco de dinero una o dos semanas antes cuando había visto las manos de un político descansando brevemente en el sedoso regazo de una mujer. La mujer era una actriz, no la esposa del político, y el taxista me vendió a mí ambos nombres. A ustedes no les importará, lo sé, si casi inmediatamente, después de las presentaciones, y habiendo sido discreto hasta ahora, vuelvo a la sombra. Esta

historia no es mía, por lo menos no más que de cualquier otro ciudadano. Soy —era — periodista. Mi pseudónimo era El Ciudadano. En esa época era el mordaz y burlón cronista del diario de la ciudad.

El día del cumpleaños de Victor, el taxista me llamó una vez más y me vendió la historia del bidón de peces.

—¡Dios Santo! —dijo—, ¡juro que el agua olía a pis!

Aquí hay, pensé... El Ciudadano pensó... una divertida ilustración de las rarezas de los millonarios, pero sólo valía una cuarta parte de la tarifa —y la mitad del espacio— que el presupuesto de El Ciudadano podía permitirse pagar por las manos en los regazos. El periódico publicó la noticia en la columna de El Ciudadano, en la última página, con un chiste: un taxi completamente lleno de agua, burbujas, algas; un submarinista con tubo de respiración al volante; un periscopio; y en la esquina de la calle una perca bien vestida, con una aleta imperiosamente levantada, diciendo: «A las oficinas de Victor, por favor. ¡Y dése prisa, me espera para comer!»

Nadie tendría el valor de enseñarle el artículo a Victor. Tales cotilleos y bromas sólo servirían para desconcertarle. Pero Rook estaba de humor para cotilleos y chistes. Como de costumbre, como un placer de los viernes, le había comprado el periódico de medianoche al operístico vendedor de la calle debajo de su apartamento. Se había llevado el periódico a la cama, junto con café, brioches y cuadraditos de melón, y se lo había enseñado a Anna como si el chiste sobre Victor fuese a deteriorarse, la letra de imprenta a borrarse, si no la despertaba y le leía el periódico entonces. Ella se había dejado las gafas en el bolso, y de dónde estaba el bolso, entre el apresurado caos que habían formado sus ropas, sus zapatos, sus abrigos, no estaban seguros. Así que Rook se quitó las zapatillas y la bata y se reunió con Anna en su cama para leerle en voz alta las palabras de El Ciudadano. Las risas llevaron a los besos, y los besos a la pasión de los no tan jóvenes cuando están enamorados. La brisa que entraba por la ventana abierta agitó y desordenó las páginas del periódico que habían arrojado al suelo descuidada y apresuradamente. Las caras enrojecidas, los cuerpos hinchados por los abrazos, las bocas blandas y tenaces, terminaron la jornada laboral de forma muy parecida a la de otros miles de parejas bajo los tejados y chimeneas de la ciudad, y sus gritos y sus promesas pronto se perdieron entre el bullicio del tráfico y los juguistas y las llamadas de los vendedores en los callejones, las avenidas, los bulevares y las calles. El viento. Los incontables ruidos de las vidas de las ciudades. El clímax de la noche. La temeridad del sueño.

El mercado descansaba también, aunque no silenciosamente. Los puestos y los toldos habían sido retirados, algunos guardados en ataúdes de madera de cinco metros de largo con candados, otros plegados y atados con cuerdas como aparejos de un barco que soportara las calmas ecuatoriales de la noche; otros recogidos descuidadamente y amontonados como leña. Era como si una ventolera hubiese reducido todo el vibrante comercio del día a palos y adoquines. El ruido venía principalmente de los equipos de limpieza, los hombres vestidos con mono de

polivinilo amarillo cuyo trabajo consistía en manejar las máquinas barredoras, que retiraban los desperdicios vegetales, las bolsas de plástico, las sobras y restos del Mercado del Jabón como cosechadores de la pradera, y luego destapaban las bocas de riego y magullaban y purgaban los adoquines con fuertes varas de agua a presión. El grupo más tranquilo —hombres, mujeres, niños— forrajeaba en busca de su cena y sus ropas de cama —naranjas mohosas escogidas, zanahorias partidas, alguna que otra moneda, cartones y cuadrados de polietileno— antes de que los cepillos y los chorros convirtiesen la benevolencia ovalada del mercado en una superficie inmaculada.

Los equipos de limpieza se marcharían pronto. Los habitantes nocturnos del Mercado del Jabón se asegurarían sus lugares de descanso. Los puestos y toldos desmantelados —una vez que el agua se había secado— proporcionaban un buen nido para la gente sin hogar. El Hombre del Celofán —con su viscoso traje renovado y engrosado por el celofán que encontraba tirado en el mercado— estaba de pie, empaquetado al vacío, para vigilar y organizar a los últimos vehículos de la noche. Los borrachos tenían su rincón. No dormían de noche, sino que se sentaban en círculos insomnes, compartiendo el vino o el ron urbano y demorando la llegada del amanecer con monólogos y escupitajos. Las avergonzadas mujeres, recién acabados su suerte y su dinero, se mantenían apartadas y, con desesperantes buenos modales, dormían sentadas, los brazos agarrando las asas de sus bolsas, sus mentes en otra parte. Solamente los jóvenes se tumbaban, los jóvenes que habían venido a triunfar lejos de su hogar y habían acabado como rateros, putas o esnifadores de gasolina. Algunos —como Joseph— acababan de llegar. El Mercado del Jabón era su primer dormitorio-cuarto de estar y, sin embargo, seguían esperando que el nuevo día les trajese buena suerte. Una vez más, ¿dónde hubiese podido estar Joseph sino ahí? No sentado en un bar, ciertamente. Los bolsillos de su traje de verano aún estaban vacíos. *Más vacíos, de hecho.* Había perdido su recorte del catálogo. Había sido desposeído de su navaja. Había salido mal parado del encuentro con Rook. Dormía —joven, tumbado— con unas espinacas por almohada sobre un colchón de tablones.

Por lo menos dormía. A pesar de toda la mala suerte del día conservaba aún el don de aliviar el cansancio y la decepción con un poco de sueño. Al principio estaba asustado por las luces y el ruido; los motores y los faros de las motos montadas por jóvenes malcriados atraídos al mercado desmantelado por la diversión que podía proporcionarles la velocidad sobre los adoquines y la «gentuza» que bebía y dormía allí. Pero pronto la ciudad se quedó silenciosa; ningún ulular, ningún gañido que puntuase la noche. Se había tendido y observado cómo se oscurecía la ciudad a medida que las últimas luces en las casas y las oficinas eran apagadas por los insomnes, los guardas y los interruptores automáticos. Las únicas luces que no se apagaron fueron las farolas y la silenciosa conífera de bombillas plateadas que se elevaba, firme, veintisiete pisos por encima de la ciudad. Este Árbol de Luces era el Gran Vic en reposo. El ordenador del bloque señalaba qué bombillas tenían que

encenderse y cuándo. Era el abeto perfecto, salvo que quienes se molestasen en mirarlo con atención de noche podrían ver una luciérnaga en lo alto del árbol, cuando Victor —que carecía del don del sueño— vagaba por su apartamento y su suite de oficinas, señalado mientras se movía de habitación en habitación por luces y lámparas que se encendían fuera de la cuadrícula del abeto.

Era la noche de su cumpleaños. Había bebido con exceso. Una copa a su edad era demasiado. Su estómago protestaba. La perca meada se estaba ahogando en champán. Andar parecía aflojar los gases que le oprimían el pecho. Eructó para liberar las burbujas de champán. Sabía que en su mesa de despacho había unos sobrecitos de caolín para calmar sus intestinos. Los encontró y encontró también la carpeta de los bocetos con las notas de trabajo de la artista para la escultura que sus contemporáneos parecían empeñados en imponerle. Se llevó la carpeta a la fuente que había en el vestíbulo delante de su suite de oficinas. Se echó el caolín en polvo en la boca como un niño un sorbete y lo tragó con ayuda del agua de la fuente. La frialdad del agua desalojó los dolores dentro de su pecho. Eructó de nuevo. Se sentía bastante bien al fin. Por lo menos no tenía náuseas. Ni le parecía que fuera a desmayarse.

Victor sacó los bocetos y los miró uno a uno. Piezas románticas y convencionales bosquejadas en pastel color castaña. Un vendedor del mercado pesando fruta. Una chica con uvas y flores. Un mozo de cuerda con tres bandejas en la cabeza. Y luego —alarmantemente— un dibujo de su pasado: una mendiga con un niño de pecho, la mano tendida, la dádiva de una manzana en equilibrio sobre la palma. Se sentó, casi se cayó, en una vieja silla de madera, pegada a la pared del vestíbulo, en la sombra. Miró largamente lo que tomó por un dibujo de su madre y de él hacía... ¿Cuánto? ¿Casi ochenta años? Su cabeza estaba inundada ahora, su cara exangüe. Aquélla era la estatua que quería. Traería a su madre de nuevo. La pondría allí una vez más. Sabía exactamente dónde debería sentarse y mendigar en bronce, entre el Mercado del Jabón y el jardín. Al fin, las consecuencias del gesto de su mano aquella tarde en la azotea se volvieron más claras. Empezaría de nuevo, como le habían aconsejado sus contables. Construiría un mercado digno de la estatua. Un mercado como una catedral, grandioso y memorable. Un mercado digno de un millonario. Se sobreviviría a sí mismo en piedra. Su madre se sobreviviría a sí misma en bronce. Tenía sentido como negocio, aunque sin duda Rook no lo aprobaría. Lucharía por el Paraíso.

¿Qué mejor momento para empezar que allí y entonces? Decidir. Eliminar todos los obstáculos. Proceder. Victor sacó su cuaderno y escribió una nota a lápiz. Para Anna. Ella se ocuparía de Rook. Un hombre menos generoso habría llamado a la policía y habría dejado que ellos se encargasen del asunto. Pero no, que lo hiciera Anna. Para eso le pagaba.

Victor estaba contento —aliviado— de tener una tarea con la cual llenar su novena década y tan absorto en cada matiz y cada trazo del boceto de la artista que no vio ni notó el follaje de plástico contra su espalda.

## **Segunda parte**

# **Leche y miel**

# 1

No había habido otras sillas de cumpleaños en la vida de Victor, aparte de la que Rook le había preparado cuando era viejo, aparte de aquella en la que se había sentado sin verla. Victor era un hombre de ciudad casi al ciento por ciento. No era tan del terruño como él afirmaba. Había escapado del campo cuando tenía tres semanas, cuando este brusco y gimnástico siglo estaba también en su primera infancia. Su padre había muerto. Una epidemia de fiebres se lo había llevado antes de que naciera su hijo. Su aldea natal no podía salir adelante con la repentina sobrecarga de viudas, ancianos chochos y huérfanos, todos prematuramente caídos del árbol, todos pidiendo caridad al mismo tiempo. Un viudo podía trabajar y ganarse el pan. Pero ¿quién se quitaría de lo suyo para alimentar y vestir a la esposa del guarnicionero y a su criatura, cuando naciese? La pericia de su marido había muerto con él. No había dejado tierras ni cosechas que ella pudiese vender. La casita, el taller y el patio eran alquilados. El administrador del propietario le permitió quedarse hasta que naciera el niño y luego —¿qué remedio quedaba?— le pidió el pago atrasado de muchas semanas. El dinero que ella había sacado de la venta del cuero sin trabajar, las herramientas y el caballo de su marido, no era suficiente para saldar los meses de deuda y vivir. La madre y el crío arrugado eran tan pobres como gusanos.

Por lo menos el diminuto estómago de Victor estaba lleno. Los pechos de su madre eran independientes de todas las penalidades de su vida. Pero ella estaba débil por la pérdida de sangre y de leche y por la falta de alimento. Todo lo que tenía para comer era un bocado de aire y dos saltos a la puerta de la despensa.

Pero ¿qué hay de los alimentos gratuitos del campo? ¿Las setas y las nueces? ¿El grano que dejan los segadores y los trilladores entre los rastrojos? ¿Las bayas y las aves? ¿La miel y los peces? La vida no es así, salvo en los libros infantiles. Los alimentos gratuitos del campo están pasados y agusanados antes de estar maduros; o bien son más rápidos que la mano humana y no se pueden atrapar. Lo que es gratis y está sano se lo comen los perros más fieros y los pájaros. Lo que queda sirve de sustento a las moscas y los ratones.

Así que la madre de Victor no tuvo más remedio que preparar su bolsa de lona — una bolsa que su marido le había cosido antes de que se casaran— y emprender el camino a la ciudad con su criatura. Tenía una hermana con la que se relacionaba poco, más joven, que servía en casa de un hombre rico. Su dirección era un número de la lista de correos. La madre de Victor le pidió al administrador del casero que le escribiese una nota. Decía: «Hermana, mi marido ha muerto con menos de veintitrés años. Tengo un niño. Se llama Victor. Así que tenemos que acudir a ti porque eres todo lo que tenemos, y estaremos pronto contigo en busca de cariño y ayuda. Hoy es lunes, 26 de junio. Dios te guarde. Firmado afectuosamente, tu hermana Em.» Rogó que le dieran un sello y dejó la carta en manos del empleado de correos del pueblo. Había un tren correo un día sí otro no. La carta estaría pronto en la ciudad. Su

hermana haría los preparativos para acoger a la viuda y al huérfano, sin duda, y les conseguiría comida y trabajo.

Em hizo un cabestrillo para Victor y lo sujetó a su pecho con el mantón. Se ató la bolsa de lona a la espalda. Arrojó unos granos de maíz —como gracias y despedida— en la entrada de su casa. Encendió una vela. Debía llevar una luz de su antigua casa a la nueva, dondequiera que estuviese ésta. La luz es suerte. Tienes que llevarla contigo cuando te mudas. La levantó y la bajó de nuevo. Una vez, dos. La llama se inclinó, se agachó y se encogió. La luz tendría que quedarse. No era tan tonta como para pensar que podría mantener viva la llama en medio del viento de la noche.

—La dejaremos aquí para él —le dijo a su hijo—. A tu padre siempre le encantó la mojiganga de las velas.

Pero Victor lloró cuando perdió de vista la llamita. Era su primer y único juguete. Lo quería. Entonces Em se arrodilló y la apagó con los dedos mojados en la lengua. Le dejó agarrar el extremo de la vela, un pezón y un dedo hechos de cera. Eso le mantuvo tranquilo mientras emprendía el viaje a la ciudad, atravesando valles que en esa época del año estaban tachonados de retazos azules a causa de los campos de judías de manac. El cielo y la campiña estaban hechos de la misma tela, y ésta era del color del mar Caribe.

Victor se contentaba con poco más que mamar y soplar. Le bastaba con agarrarse al extremo de la vela, dormir y alimentarse, mecido por el ritmo de los pasos de su madre, calentito y mimado por el cabestrillo y por sus pechos. Un niño de tres semanas está hecho para acurrucarse y estirarse y dormir pase lo que pase. Y más vale así, porque la caminata de su madre a la ciudad duró siete días y pasó por tormentas, bosques y vados que hubiesen asustado a niños mayores. Em temía a los lobos, al frío y a una pierna rota, pero Victor llenó su cabeza vacía con los latidos del corazón de su madre. Ella lavó sus sucios y pesados pañales en los arroyos y dejó que las telas mojadas se secasen y endureciesen extendidas sobre su espalda. Cuando llegaron a los puestos avanzados del mundo civilizado, los cementerios, los vertederos, los campamentos de gitanos, los hogares de los banqueros, los mataderos, los bulevares exteriores de la ciudad, Victor había recuperado el peso que tenía al nacer. Su madre, en cambio, estaba más pálida, más delgada y más fría que un proteo.

Dejaron atrás los campos. Llegaron a carreteras asfaltadas e hileras de casas con jardines y caminos para carruajes. Atravesaron bosques altos y encontraron un armónico paisaje urbano que se extendía ante ellos en grises, rojos y marrones, con un trémulo espejismo de humo que hacía que las colinas a lo lejos pareciesen producto de las chimeneas de las fábricas textiles de la ciudad y que el cielo estaba cubierto de pizarra líquida. Aquélla era una ciudad diferente de la que conocemos. Menos egoísta, más maligna.

Em llevó a Victor por la calzada de árboles y hierba que dividía el bulevar exterior de la ciudad en dos y llevaba los tranvías y el campo al interior de la ciudad. En aquellos tiempos los pies, las pezuñas y las ruedas batallaban por lograr el

dominio de las ciudades, y las ruedas —porque los ricos tenían automóviles— estaban ganando todas las escaramuzas en las calles. Para tener paz y tranquilidad los peatones seguían las vías de los tranvías.

Le preguntó a un anciano por el edificio de correos.

—Está lejos. Tendrá que coger un tranvía —le dijo él, señalando la parte más alta de la ciudad.

Le indicó dónde paraba el tranvía y esperó hasta que ella se puso en la cola. Pero una vez que él siguió su camino sorteando los carromatos y los carruajes que abarrotaban la calzada, ella echó a andar una vez más a lo largo de las vías del tranvía, adentrándose en el interior de la ciudad. Le daban miedo los pasajeros. Le daban miedo los ruidosos tranvías, con sus escaleras exteriores de caracol y sus imperiales azotadas por el viento, que traqueteaban y refunfuñaban como el carro de heno del diablo. Temblaba por la calle. Y, sin embargo, debajo de sus plumas y sus lazos, debajo de sus faldas estrechas, aquellas mujeres eran como ella. ¿Qué esperaba? ¿Que la gente de la ciudad caminase a cuatro patas, como afirmaba la sabiduría campesina? Miraba a sus hermanas urbanas a la cara, pero no pudo encontrar unos ojos que le devolvieran la mirada. Todas parecían muchachas pudorosas —o pecadoras— que no podían levantar la vista, que no tenían la energía suficiente para sonreír. Em caminó y sonrió y buscó una bienvenida en todas las personas que pasaban. ¿Cómo podía saber lo extraña que parecía, lo desconcertantes que resultaban su cara levantada y su boca sonriente? Besó a Víctor en la cabeza. Le murmuró al oído el estribillo de la canción infantil: «Ciudadanos, ceñudos, presumidos; las narices para arriba; las bocas para abajo.»

El edificio de correos no era como lo imaginaba. En su mundo, los edificios eran mucho más pequeños. La oficina de correos de su pueblo era una modesta habitación. Pensaba que el edificio de correos de la ciudad sería muy parecido. Su hermana, idéntica a la jovencita que había emigrado tres años antes, estaría esperándola en la puerta. De no ser así, pensó Em, ella, sencillamente, daría el número de la lista de correos. Alguien apretaría un timbre o haría una llamada para que su hermana acudiese del trabajo. Si era sencillo encontrar a alguien en los pueblos, imagínate lo fácil que sería en ciudades como aquélla, donde todo se hacía tan rápidamente y tan bien. En lugar de eso se encontró un edificio de piedra arenisca con una gran escalinata y numerosas puertas. El camino de Em hasta allí estaba bloqueado por carros y tranvías. Ríos de gente que iba en direcciones opuestas competían por las aceras y la calzada. Nunca había visto tanta premura, ni oído tal agitación o encontrado tanta seguridad y vacilación al mismo tiempo. Nunca había visto tantos caballos, tan tranquilos y satisfechos, a pesar de la flagrante agresión de los automóviles.

Em cruzó con Víctor la estela de dos hombres gordos de uniforme. Eligió la entrada central del edificio de correos y penetró en él, pasando por entre gigantescas columnas y grandes puertas de bronce. Enseguida se quitó el sombrero de la cabeza y

lo sostuvo en la mano. Estuvo a punto de persignarse y caer de rodillas para rezar. Era una sala hinchada, oblonga, sepulcral e imponente. La poca luz que había venía de unas ventanas altas en la cúpula y de unas arañas de gas que siseaban como monjas y se reflejaban en los suelos de mármol vetado y pulido. Había una docena de mostradores de caoba y una veintena de rejas de metal, y delante de cada una de ellas una cola de personas que se daban codazos y empujones. Todos los hombres y mujeres que había allí llevaban impresos, dinero, paquetes o cartas en las manos y, aunque susurraban como si estuvieran en la iglesia, el bullicio del lugar era más fuerte y más sordo que el de la calle. Nadie parecía verla. Sus brazos chocaban con los de ella. Alargó el papel con el número de su hermana, pero nadie se detuvo a ayudarla. Gritó el nombre de su hermana. Su voz alzada perturbó a Victor, que había estado durmiendo la mayor parte del tiempo a pesar de la ciudad. Empujó la barbilla contra los pechos de su madre, molesto por algo. Gases, quizá, o el sabor de la desesperación en la leche de su madre. Ella le empujó de nuevo al pezón, pero él sólo lo mordió con las encías y lloró como lloran los viejos, la cara convertida en un mapa de arrugas, los ojos apretados. Una vez más Em gritó el nombre de su hermana. Pero nadie acudió excepto un conserje que le señaló su placa y luego la puerta y le dijo que tendría que marcharse o «parar el ruido». Se puso en una cola detrás de una hilera de personas, la mayoría de las cuales tenían sobres o tarjetas. Se apartaron de ella, de su desamparo, del llanto del niño, del olor a orina secándose en la ropa tendida en su espalda.

—¿Es aquí? —preguntó, y enseñó el número de su hermana.

Vieron las palabras *lista de correos* y le señalaron una antesala. Dentro había filas de cajas metálicas, todas con unas rendijas y cerradura, otro mostrador y otra cola. Cuando llegó su turno, Em levantó el nombre y el número de su hermana contra la reja. La mujer del mostrador miró el papel y desapareció en una habitación trasera cerrada sin decir una palabra de saludo. Regresó un momento después con una carta. Era la que Em había enviado —gracias a que el administrador de su casero sabía escribir— dos semanas antes.

—Esto es todo lo que hay —dijo la empleada—. Identificación, por favor.

Em estaba confusa.

—¿Mi hermana está aquí? —dijo.

Dio el nombre de su hermana de nuevo. Mantuvo una conversación que no tenía sentido y que impacientó y divirtió a la gente de la cola. La empleada dejó a un lado la carta de su hermana.

—No puedo ayudarla —dijo, y ya estaba atendiendo a otra persona.

Nuevamente fuera, Em no pudo encontrar un sitio donde descansar y reflexionar. «Así que ésta es mi vida ahora», pensó. «Estoy fastidiada, agotada y confusa... ¡Y lejos de casa!» Por lo menos Victor había vuelto a dormirse. Su madre hizo rodar el cabo de vela entre sus manos.

Em caminó sin rumbo mientras hubo luz. Esperaba ver a su hermana por la calle.

Aquella primera noche durmieron en unos establos cerca del ferrocarril, pero por la mañana unos perros les olfatearon y asustaron a Victor con sus ladridos. Una vez más, Em caminó por las calles y miró todas las caras que pasaban. Si veía mujeres de la edad de su hermana y que tenían aspecto de criadas, las paraba, mencionando el nombre de su hermana y pidiendo ayuda, consejo o trabajo.

—No conseguirá trabajo con eso —le dijo una mujer, señalando la cabeza de Victor—. ¿Qué es? ¿Niño o niña? Hay gente en esta ciudad que pagaría buen dinero por una criatura como ésa. Yo puedo encontrarle a alguien que le daría a esa criatura una vida como Dios manda. —Cogió el brazo de Em—. Venga —le dijo—. La llevaré a un sitio donde pueda comer y dormir.

Em tuvo que gritar y forcejear para liberarse.

Esa segunda noche durmieron lo mejor que pudieron en unos bancos resguardados en la terminal de tranvías. Las luces eran fuertes y se oía el ruido de las cuadrillas que limpiaban los tranvías. El vigilante le dijo que tendría que irse, pero cuando vio al niño le permitió quedarse.

—Sólo por una noche —le advirtió—. Y luego más vale que se lleve al niño donde esté su familia. Una criaturita tan pequeña no durará ni cinco minutos si duerme al raso.

Em dijo que tenía una hermana que les ayudaría. Le dijo al hombre el nombre de su hermana y lo que le había pasado en el edificio de correos. Él meneó la cabeza.

—No tiene usted idea —le dijo—. Su hermana no es más que una haba del campo enterrada en el fondo del saco. No la encontrará metiendo la mano y sacando diez habas. Esta ciudad es grande. Ya habrá visto las multitudes. Su hermana es como si estuviera muerta a menos que tenga usted la dirección de una casa.

Más tarde volvió. Ella se despertó y le descubrió mirándola. Había traído algo de pescado frío y pan.

—Es usted una chica bastante bonita —dijo, mirando más a Victor y a los senos de Em que a su cara—. Más le vale encontrar un hombre que la recoja. Más le vale encontrar un padre adecuado para el niño.

Em negó con la cabeza y dijo que no quería el pan y el pescado. No tenía apetito. Temía que el vigilante quisiera algo a cambio de la comida. Sus ojos estaban encendidos e inquietos como los de un cerdo en celo. Parecía —por utilizar la expresión de la madre de Em— como si el corazón se le hubiera caído más abajo del cinturón. Ella cerró los ojos y se tapó el pecho con el mantón. Al fin oyó que el vigilante se marchaba. No había dejado el pan y el pescado.

Ahora, en su tercer día en las calles, hizo lo que pudo por guardarse sus problemas. No trataba de encontrar la mirada de los hombres y mujeres que se cruzaban en su camino. Ya no buscaba ni confiaba en su bondad. Se sentó con Victor al sol en las escaleras del edificio de correos. Había intentado de nuevo hablar con los empleados de la lista de correos. Esta vez un hombre que estaba detrás de la reja le había pedido pruebas de quién era antes de comprobar el número que ella le daba.

Los había mirado a ella y a Victor como si fuesen portadores de una enfermedad. Ella no pudo contener las lágrimas. No pudo evitar que corrieran por sus mejillas y cayeran sobre su mantón ni siquiera cuando huyó del edificio de correos y descansó al sol. ¿Qué podía hacer? ¿Buscar al vigilante? ¿Vender a Victor por la suma más alta? ¿Salir de la ciudad y encontrar el camino de vuelta al pueblo de su marido, más allá de los campos azul mar? Tal vez debería tirarse debajo de un tranvía. O probar suerte bajo los cascos y las ruedas de algún carro rápido. Era demasiado fuerte para tomar estos caminos fáciles. En aquellos tiempos la vida era dura. Toda vida era dura. Te criaban con trabajo, deudas, hambre, frío. Tres días y tres noches sin una cama en la ciudad eran mejor que los siete días que había pasado andando por los campos y los bosques. Así que las cosas estaban mejorando y mejorarían cada día.

Alimentaba el sueño de encontrarse con su hermana alguna vez, pero fijaba sus objetivos cotidianos a un nivel bajo. La primera tarea era encontrar un lugar seguro. Luego encontrar un lugar donde pudiesen dormir sin miedo a los hombres ni a los ladrones. Y luego un poco de comida, quizá. Una buena manzana crujiente, dulce por el sol, era lo que más deseaba. Éste era el obsequio campesino para las niñas que habían llorado y los niños que habían sido buenos. «Anímate, querida Em», solía decirle su madre. «Anda, ve al cobertizo y cógete una buena manzana madura del barril.» Em sonrió ante el recuerdo de su madre y de los obsequios. Debió de ser la sonrisa y el encanto de Victor acurrucado en su pecho lo que causó que dos mujeres que pasaban se detuvieran y le devolvieran la sonrisa. Echaron unas cuantas monedas pequeñas en el regazo extendido de Em, le sonrieron de nuevo y se alejaron. Parecían hermanas, chicas rollizas y modestas, con sombreritos sujetos con alfileres al pelo y zapatos de tacón bajo. Los cestos que llevaban —de estilo campesino, tejidos con corteza trenzada— estaban vacíos. Parecían criadas de hombres ricos, chicas de pueblo que habían hecho su vida en la ciudad. Em las siguió. Parecía lo más sensato. La llevaron por calles estrechas, pasando por delante de callejones y callejuelas, cruzando las puertas medievales de madera, hasta llegar a la alegría del Mercado del Jabón, donde ellas —y la propia Em— se perdieron pronto entre la multitud. Si su hermana era la criada de un hombre rico, seguramente compraría sus vituallas allí, pensó Em. Además, se sentía a gusto y segura en medio de los productos y los olores del campo. ¿Qué podía ser más inocente que comprar comida en el mercado? Diez, veinte veces, creyó ver a las hermanas rollizas nuevamente. Pero todas las mujeres se parecían. Parecían vestir igual y caminar en parejas. Eran la clase de mujeres, según había descubierto Em, que le daban monedas a una viuda con un niño de pecho. Supo que era allí donde haría su fortuna.

Esa noche se unió a las otras personas sin hogar, buscando fruta y monedas entre los sacos y las canastas del mercado. Chupó las raíces de ruibarbo desechadas, que son laxantes. Cenó dátiles y tomates verdes, mientras Victor cenaba leche. Supo lo que tenía que hacer. Al amanecer se despertó, mojada por la orina de Victor y perturbada por el frío y el ruido de los mozos de cuerda, las carretillas y las chicas del

mercado. Tendió la mano con la palma hacia arriba pidiendo compasión y dinero. Un vendedor del mercado a quien le gustaban los niños puso una manzana perfecta en su palma.

Así que Victor vivió bajo una sombrilla del mercado durante ocho o nueve meses. Su madre la encontró tirada. Algún vendedor de flores, es de suponer, había renunciado a ella y se había comprado otra. El palo de madera estaba partido en dos. La lona verde y amarilla estaba rasgada. La reparó lo mejor que pudo sin materiales ni herramientas. Sacó el mejor partido de nada. Entonces las mujeres tenían que hacerlo. Un trozo de lona y un palo roto eran mejor alojamiento que las trincheras que sus hombres ocuparían cuando estallase la guerra. Em colocó su sombrilla en el centro del mercado, entre dos bares y cerca de las piedras del lavadero. Tenía el tronco liso y mojado de un árbol para apoyar la espalda. Tenía los desperdicios del mercado y el estiércol con paja para ablandar los adoquines. Su puesto de mendiga estaba bien elegido. Borrachos, mujeres trastornadas, desdichados, inocentes visionarios, desheredados y cínicos se reunían en las escaleras de las iglesias y mendigaban monedas, limosnas, santa caridad a los feligreses, a los penitentes y a los invitados a las bodas. Los que tenían silbatos o hacían trucos con fuego o pelotas se quedaban en las calles concurridas y entretenían a los paseantes, las colas de los tranvías, y las colas de los cafés a cambio de unas monedas. El tipo de mendiga que era Em, que es el modelo de lo que podría ocurrirnos a todos, debe estar limpia, y en el Jardín del Jabón había agua corriente todo el día. También había multitudes con tiempo libre. Allí los transeúntes eran variados: vendedores del mercado, camareras, sus clientes, las mujeres con su colada, los hombres que acudían a beber y charlar. Nadie iba allí sin un poco de dinero. Los bares, las camareras, los puestos del mercado no eran instituciones de beneficencia. La gratitud no era lo que buscaban.

Así que la madre de Victor hacía algo más que pedir. Vendía sonrisas y paz de espíritu. Lo hacía bien. Tenía una criatura que mantener. La sombrilla rota de colores era el toque perfecto. Era lo que las mujeres campesinas usaban para protegerse de la lluvia y el sol cuando iban a la ciudad para vender sus flores o sus cabezas de ajos. Los transeúntes miraban hacia abajo para ver qué vendía aquella mujer. La cara de Em estaba oculta por la sombrilla. Sus senos estaban expuestos, con Victor trabajando afanoso. El niño necesitado. Una mano —la que llevaba la alianza— descansaba sobre la rodilla con la palma hacia arriba. La otra apretaba a la criatura contra su pecho. Se vendía a sí misma. No sentía vergüenza. La vergüenza es una cosa de familia, del pueblo. No cuenta mucho entre extraños. Su único temor —y esperanza— era que su hermana pasase por allí casualmente y mirase debajo de la sombrilla. Hacía lo que podía por mendigar con orgullo. No era el pecado, como la bebida o la cama, lo que la había llevado allí. Clavó con un alfiler una foto amarillenta de su marido a la lona de la sombrilla con una escarapela de seda negra. Significaba: He aquí a una viuda y su hijo. Miren a su hombre. Su muerte les ha dejado en la pobreza y sin hogar.

¿Cómo le iba a Victor en aquella época? ¿Son los niños de menos de cinco semanas tan ensimismados e inocentes que nada del mundo exterior hace impacto en sus vidas siempre y cuando estén alimentados y abrigados y no tengan gases? La verdad es que sí. El único vínculo que hay se produce entre los pezones y los labios. Victor era de esos niños que se pegan al pecho de su madre con la tenacidad y decisión de una lapa a una piedra. Si estaba mamando, estaba bien. Si desprendías sus encías, si le soltabas con un dedo suavísimo, imitaría a una gaviota picoteando en busca de gambas, su diminuta llamada —aún no una voz— tan quejumbrosa y displicente como una endecha.

Em pensó que aquel canto fúnebre le permitiría ganar dinero, que Victor cantando débilmente para pedir el pecho impulsaría al transeúnte de corazón más duro a desprenderse de unas cuantas monedas. Si su niño lloraba de esa manera tan fácilmente sólo tenía que liberar sus pezones cuando pasara la gente y ganaría una fortuna en monedas pequeñas. Nadie era tan mezquino, pensó, como para cerrar los oídos a un bebé angustiado. Pero se equivocaba. En esta ciudad somos sentimentales. No nos gusta la tragedia. Ésa es la razón de que el borracho que se ponía en la puerta de la estación de ferrocarril cantando fragmentos de ópera en falso italiano y francés y molestando a las mujeres con sus arias, ganase más pidiendo que el hombre del carrito que había perdido a su mujer, la cabeza y ambas piernas en alguna guerra olvidada. Echar una moneda en el viejo sombrero de ópera del viejo borracho era mostrar liberalidad, mundanidad, la sensación de que todo va bien. Darle dinero al hombre del carrito —que lo cogía sin una palabra ni una sonrisa— era poner precio a una vida, a una pierna, a una personalidad. ¿Qué precio? Menos de lo que uno podía permitirse. Las monedas sonaban al caer en el suelo del carrito. Suficientes monedas pequeñas como para comprar unas cortezas de cerdo, un trayecto de dos paradas en tranvía, una cinta para el pelo. Las monedas pagaban la posibilidad de que los donantes entraran libres de culpa en el andén y los trenes. Sólo que, naturalmente, la puerta donde esperaba el hombre del carrito era la menos utilizada. Sus muñones desnudos, su desesperanza desnuda, hacían que la gente cambiara de rumbo. El borracho operístico atraía a las multitudes.

Eso le pasaba a Em. Cuando apartaba a Victor de su seno, sus protestas despejaban un espacio en torno a su sombrilla. Los compradores no miraban para ver qué tenía en venta. Lo sabían. Oían los berridos de la criatura y apartaban sus ojos de aquel cuadro de dolor privado. No estaría bien mirar. O sonreír. O romper el momento con unas monedas en la palma de Em. Además, ¿de qué le serviría una moneda a alguien tan joven? Una moneda no cambiaría su vida. ¿Qué podían hacer entonces? ¿Rebuscar en sus bolsillos un poco de amor sólido? ¿Tender la mano y ofrecer a aquella pareja su cuarto de invitados gratis? ¿Un trabajo? ¿Una comida? ¿Un billete de vuelta a casa? No, las lágrimas de Victor —y, llegados a este punto, ¿quién no se detendrá para considerar la pesada franqueza de las palabras?— no tenían ningún valor. Pero ¿qué podía ser más atractivo que una criatura pegada al

pezón de su madre, las dos formas naturales más amadas, la mejilla de un niño, el seno de una mujer? No era preciso apartar la vista de aquella desnudez. En las iglesias y en las galerías de arte se podían estudiar escenas más íntimas. Madona con niño. La infancia de Cristo. El primogénito. De hecho, en las monedas de plata de menor valor de esa época había grabada una figura. Una mujer, Concordia, sostenía a una criatura contra su seno, la túnica abierta hasta la cintura, sus muslos convirtiéndose en un tronco de árbol, el tronco de árbol convirtiéndose en maleza, ésta en la Madre Tierra. Ahí estaba, pues, la contrafigura sentimental de los borrachos cómicos y operísticos. Em y Victor formaban un cuadro moralmente reconfortante cuando Victor estaba dormido en su pecho. Las monedas echadas en la palma o en el chal de la madre eran un tributo a la vida familiar. Em lo entendía así. Para ganarse la compasión y el dinero de los ciudadanos tenía que parecer respetable y, más que eso, serena, una escultura viviente llamada Maternidad.

Para aquellos hombres a los cuales no conmovía la Maternidad, Em hacía el papel de Eva. Llevaba una máscara de estúpida inocencia que resultaba tan provocativa para ellos como los labios fruncidos y la pintura en las caras de las camareras que vendían sexualidad verdadera a cambio de dinero. Los comerciantes del mercado que pasaban con frecuencia por delante de ella y veían que su expresión parecía fluctuar al azar entre Eva y Maternidad pensaban —preferían pensar, en realidad— que Em no era demasiado lista. Decían que no tenía ni el sentido común que Dios le había dado a las lechugas. La apodaron «El Rábano». Ése era el mote que ponían a las muchachas coloradas y olorosas y terrenales como ella. Aquellos comerciantes tenían buen motivo para dudar de la agudeza de su inteligencia, aparte del de sus cambios de semblante. Le murmuraba a su pequeñuelo todo el día, con esa cadencia campesina lenta y bien conocida que alargaba las vocales y estrujaba las consonantes y hacía que el lenguaje sonara a morse. Sin embargo había astucia bajo la piel de la viuda. Al que da limosna le gusta la gratitud estúpida. No se la da a quien parece más listo que él, sea Eva o no lo sea. No, la madre de Victor no era tonta, a pesar de las apariencias. Una tonta habría tenido la palma vacía, pero la de Em estaba siempre ligeramente curvada y abotonada por el marrón cobrizo de las monedas.

Su físico, naturalmente, le ayudaba. Era un rábano con una cara redonda e infantil. Sus senos eran grandes y firmes a causa de la leche. Su cuello y sus hombros eran vulnerables y estaban desnudos. Separaba las rodillas para hacer de su regazo una cuna para el niño. Sus pies y la parte inferior de las piernas sobresalían de las faldas con la inconsciencia de una niña sentada a la sombra durante la siega. Cualquier hombre que se detuviera para dejar caer unas monedas sobre su palma estaba pagando el tiempo de contemplarla, aunque, si se acercaba demasiado, la sombrilla la ocultaba a su vista. Ella no levantaba la cara para mirar a aquellos hombres directamente a los ojos. Una mirada suya les haría vacilar, o devolver las monedas que habían encontrado para ella en los bolsillos de su chaqueta. Con las mujeres, sin embargo, el rábano levantaba la barbilla y las miraba a los ojos y sonreía. La mayoría de las mujeres que iban a la compra eran demasiado tímidas y demasiado sociables para dejar de devolver una sonrisa espontáneamente concedida. Y después de haberle sonreído a Em, ¿qué podían hacer? ¿Qué otra cosa sino murmurar unas frases acerca del tiempo y del niño y comprar su huida de las sonrisas y los lugares comunes con unas monedas en la palma de Em?

A veces las multitudes que caminaban entre el mercado y el jardín eran demasiado densas para que las sonrisas diesen resultado. Las compradoras, sencillamente, bajaban la vista y dejaban que las sonrisas de la mendiga resbalasen junto a ellas. Pero Em aprendió pronto a acompañar sus sonrisas con palabras. «Dios bendiga al alegre donante», decía. O «¡Señora, señora!», murmurado de modo apremiante como si hubiese visto algún peligro en la calle o hubiese reconocido a un

amigo de la familia. Si Em lograba parar a la primera persona de una multitud y azorarla para que le diese, entonces podía contar con donativos a raudales. El primer pez guía al banco.

Así que Victor y su madre vivían bajo la sombrilla y dormían de noche donde podían encontrar un sitio entre los cestos adormilados o en la parte de atrás de los bares. No eran ricos. Por supuesto que no eran ricos. ¿Cómo podían serlo viviendo del espiguelo? Pero sobrevivían, sostenidos por la caridad, por la perspectiva de que la hermana de Em pasara por allí por casualidad, por la certeza de que la ciudad proveería con abundancia, por la sensación de temor reverencial que sentían al ser el centro de tan tumultuosa telaraña, por el dislocado optimismo de aquellos cuyas vidas están llenas de anhelante esperanza.

¿Era Victor feliz? Hasta entonces, sí. Se alimentaba con satisfacción, dormía. Sus dominios eran el regazo de su madre. Sus pezones eran sus juguetes. Pero luego los músculos de su cuello y de sus brazos se fortalecieron. Se aburrió de mamar. Quería levantar la cabeza y mirar a su alrededor todos los movimientos y los colores de las calles. Se apartaba del seno, sobresaltado, cuando oía a Em gritar: «¡Señora, señora!», o cuando el bullicio de la gente parecía más elocuente y apremiante que los latidos del corazón de su madre. Descubrió que los momentos que más le gustaban eran aquellos en que estaba erguido sobre las rodillas de su madre y ella le ayudaba a eructar, separando el oxígeno de la leche que había tragado y que estaba causando una confusa contienda en su estómago. Ella tenía una mano abierta sobre el pecho del niño, sosteniéndole. La otra daba golpecitos y tocaba suavemente el bongó sobre su espalda, entre sus frágiles omóplatos. Otras veces marcaba el compás de la melodía no con los dedos, sino con el cuarteado y grisáceo cabo de vela que sólo volvería a encender cuando tuviese un sitio que pudiera llamar su casa. El corto cuello de su hijo se arrugaba en ondas de grasa infantil. Su boca estaba abierta en espera de la tormenta de eructos calientes y lechosos. Algunos hombres al pasar chasqueaban la lengua para él o le lanzaban cómicos besos con los labios fruncidos. A veces pasaba un perro corriendo. O niños mayores. El mercado ofrecía siempre entretenimiento al chiquillo: un mozo de cuerda con vacilantes cajas de cebollas sobre su carro de madera, una discusión, un retazo de canción, unos empujones entre amigos y, casi constantemente durante el día, el casual y enmarañado flujo y reflujo de ciudadanos en busca de amores, fortuna, placer, comida. A veces la calle estaba tranquila y vacía alrededor de la sombrilla. Pero entonces Victor descubría una mariposa a la que observar, o la afilada luz del sol lanzando guiños sobre el cuello roto de una botella, o el movimiento de los dedos de sus propios pies, o el agua derramada, separándose y juntándose en su vacilante y bulboso progreso entre los adoquines.

Una vez que eructaba se habría quedado muy a gusto con la cabeza apoyada en el hombro de Em, las manos enfundadas en las de ella, un espectador adormilado. Pero había que ganar dinero. Los senos de su madre eran el torno de Victor, su banco de taller, la rueda de la familia. Em ponía a su hijito a sus senos. Le metía el pezón en la

boca y le sostenía allí, murmurando y arrullándole al oído para que se quedara tranquilo. Era una tarea inútil. Un niño que está creciendo no se queda tranquilo y tumbado todo el día. Un niño viene a este mundo para levantar la cabeza, estirar las piernas y agarrar las cosas. Em le cantaba canciones de cuna. Le contaba cuentos campesinos. Le hablaba de su marido, el padre de Victor. Pero a Victor no le interesaba. El dócil niño de pecho era cada vez menos dócil. Su estómago estaba distendido y no se aliviaba con los eructos. Sus testículos y la parte interna de sus muslos estaban cubiertos con un doloroso salpullido, cuyas placas escamosas y lesiones se irritaban más a causa de la orina y las heces. El niño lloraba cuando estaba envuelto en sus pañales. Pataleaba y se daba golpes con los puños.

Em sabía lo que tenía que hacer. Un salpullido causado por los pañales no es la peste. Basta con un poco de aire, un poco de clara de huevo y paciencia para que el salpullido desaparezca. Pidió un huevo y lo partió sobre la mitad de una piel de naranja. Puso diminutas cataplasmas de zumo de naranja, brillando de albúmina, sobre los inflamados muslos y testículos de su hijo. Le abrió las piernas y le dejó tumbado, desnudo de cintura para abajo, sobre su regazo. El sol y la brisa penetraban y caracoleaban libremente entre sus piernas. El regazo del pequeño Victor —sus llameantes genitales cubiertos por parches de zumo de naranja— presentaba los tintes dorados y ocres de un fresco desconchado. Eva y Maternidad se habían acabado. Esta escultura no era un buen negocio. Ahora la mano extendida de Em apenas tenía que soportar el peso de las monedas. Nadie la miraba a los ojos. Los hombres melindrosos ya no pagaban por mirar a Victor agarrado al seno de Em.

El remedio era más simple que los huevos. El problema era que Em comía demasiada fruta. Su dieta la constituían las naranjas, la uva, los pomelos, los tomates y las manzanas que los compradores y vendedores más conocidos le arrojaban al pasar. Ése era el almuerzo. Luego, para cenar, se alimentaba con lo que encontraba entre los adoquines, la fruta desechada, machucada y extraviada en el Mercado del Jabón. Se alimentaba de cítricos, peptina y fructosa. Su orina era tan acerba como el rocío que se acumulaba en las turberas. Su leche también. Pasaba a través de Victor dejando un rastro acre. Le revolvía el estómago. Le irritaba y escaldaba la delicada piel. Cuando mamaba se ponía inquieto. Apretaba los pezones entre las encías. Trataba de morder. Y Em tenía su propio problema. Su hijo le había inflamado un pezón. Éste se agrietó y la acidez de la leche no contribuyó a que sanara. No dejaba que el niño se alimentara de ese lado. Sólo le permitía mamar del seno derecho. Pero él era mayor ahora y quería más. Un pecho no era suficiente. El niño tenía ya más de seis meses. Su boca y su estómago estaban preparados para el alimento sólido, plátanos machacados y mezclados con leche, guisantes, patatas, manzana cocida, cereales. Pero Em temía el día en que Victor renunciase al pecho. Le gustaba la forma en que se aferraba a ella para alimentarse. Así que estrechaba al niño contra el seno bueno y confiaba en que el salpullido de la criatura y sus propias grietas sanasen antes de que se secase la fuente del dinero.

La desnutrición de Em y su fatiga al tener que luchar sola con el niño redujeron el flujo de leche aún más. La criatura perdió interés nuevamente en el mundo exterior. Mamaba todo el día, pero no estaba satisfecho. Por las noches se mostraba cansado e inquieto. No dormía mucho rato seguido. Gimoteaba y se adormilaba. Los senos de su madre eran motivo de irritación para él. No le dejaba mamar de uno; el otro estaba casi seco. Em tenía dolores. El pezón agrietado se había infectado por la falta de cuidados. Tenía fiebre. Un absceso del tamaño de una nuez se había formado en los conductos de la leche de su seno. Estaba enrojecido y palpitante. El dolor era intenso.

—Se me acaban las fuerzas —dijo para sí mientras arrancaba capas de la pizarra fósil que eran sus uñas.

Em y Victor se mecían día y noche. Em abandonó la cuidadosa presentación de su niño y de sí misma. La cara de rábano se volvió de un blanco amarillento. La buena salud del campo no sobrevivió a las penalidades de la ciudad. No tenía ningún plan para escapar de nuevo. Se hundía bajo la sombra del parasol y gritaba por encima del llanto irritado de Victor: «Por favor, ayúdenme. Por favor, ayúdenme. Mi niño se muere.» Lloraba. Trataba de agarrar las perneras del pantalón o las faldas de los transeúntes. Hacía gestos para indicar que tenía el estómago vacío. Se llevaba la mano al corazón. Probó a insultarles. Gritaba palabras que no conocía hasta que vino a la ciudad.

No le daba resultado. Los ricos eran ciegos a la pobreza ruidosa. La gente pasaba apresuradamente por delante de ella. La loca de la sombrilla no ganaría el corazón de nadie de esa manera. Había esperado anhelante. Ahora la muerte parecía volverse contra ellos. La ciudad estaba a punto de encerrarles en una celda de hambre, enfermedad y desesperación. Y entonces cambió su fortuna. La hermana de Em, la tía de Victor, fue enviada por la casualidad para salvarles.

### 3

No era la doncella de un hombre rico. Era una mendiga, igual que Em. O peor. La tía había perdido el puesto de pinche de cocina para el cual había venido a la ciudad tres años antes. No se había distinguido en las tareas domésticas que —cuando su padre viudo murió— las Fuerzas Vivas del pueblo habían esperado que la «calmaran». Una esperanza excesiva para una chica tan turbulenta. Su cara y su lengua no habían encontrado el favor de la cocinera de su señor, la cual había tomado sus ensoñaciones de adolescente, su rebelde pelo leonado, su falta de tacto, su frente y sus mejillas marcadas de viruela, por insolencia.

La esperanza había sido que la tía pudiese transformarse —de forma rápida y barata— de paleta en marmitona. Pero ella no era dada a las reverencias y las zalemas y no tenía habilidad para la cocina. «No sabría hervir agua para un barbero», había dicho la cocinera. «Esa chica es tan útil en esta cocina como un gato.» En cambio, era la clase de chica que veía la ciudad como un lugar para el juego, no para el trabajo. Al contrario de lo que sucedía con la jornada laboral en el campo, el día de la ciudad estaba regido por relojes. Había horas para el trabajo, las comidas y el sueño. Y había horas en que la tía estaba libre para jugar. ¿Qué le importaba si la cocinera encontraba pelos leonados sueltos y errantes entretejidos en la masa o rizándose como un anguila en la sopa de la señora? ¿Por qué tanto jaleo? Nadie se había muerto por tragarse un pelo. ¿Y qué más daba si había restos de huevo entre los dientes de los tenedores del desayuno? ¿O si la cazuela olía a cerdo? ¡Tanto mejor si la cazuela olía a cerdo! Cualquiera con sentido común o con apetito cogería un pedazo de pan y «limpiaría el culo del cerdo». Ella y su hermana mayor, casada, Em, se peleaban por semejante golosina cuando eran pequeñas.

La tía, sencillamente, no entendía las extrañas convenciones y los refinamientos de la vida burguesa de la ciudad, donde se desperdiciaba más de lo que se consumía, donde la risa, los bostezos y los eructos compartían la misma valoración y eran reprimidos, ocultados, ahogados por una mano. No le gustaba la vida casera. Pero adoraba el alboroto y las bromas de la calle, la intimidad de las multitudes, los sombreros, la ropa, los tranvías, la libertad. Podía disfrutarla alguna que otra vez, cuando la cocinera la enviaba a comprar huevos o verduras, cuando un sábado de cada dos tenía medio día libre, cuando —una vez, por la noche— escaló el muro del jardín trasero y paseó hasta la madrugada por esas zonas de la ciudad donde los faroles —y los espíritus— raras veces se apagaban. En aquella ocasión la tía fue recibida por los perros de su señor cuando regresó. La tomaron por un ladrón y, aunque la conocían bastante bien por todas las veces que les había favorecido con las sobras de la cocina, fueron demasiado estúpidos o malvados como para permitirle trepar el muro otra vez hasta el patio trasero. Sus ladridos llamaron al señor y a la policía. Para la cocinera esto fue la gota que colmó el vaso. No consideró probable que la chica hubiese estado simplemente «paseando», como ella afirmaba.

—Todas las pueblerinas sois iguales —dijo—. «Los palurdos no hacen buenos ciudadanos.»

No le dijo lo que les había dicho a sus señores, que la tía estaba loca, «como una cabra». Despidió a la tía pagándole la cantidad exacta del billete de tren, sólo de ida, hasta el pueblo donde había nacido, apenas quince meses después de que hubiese huido de allí para buscar fortuna en la ciudad. La tía se gastó el dinero del billete en un sombrero.

Iba brincando por los bares y los restaurantes feliz y contenta. Llevaba su sombrero, un *cloche* de paja de copa alta y ala acampanada con ramitas de rosal silvestre de fieltro. Era la moda de aquel año entre las mujeres jóvenes de carácter alegre. Le disimulaba las marcas de viruela de la frente y la hacía parecer más atractiva de lo que era. Saludaba quitándose el sombrero a los grupos de hombres que se sentaban en las terrazas de los bares o de los restaurantes. Parecían muy aburridos y deseosos de que los divirtieran. Le bastaba con sonreír o hacer una reverencia cómica o dar vueltas a su sombrero en la mano abierta para ganarse un poco de dinero. Era fácil aceptar dinero o una comida de los hombres y continuar siendo buena.

Había una docena de chicas campesinas como ella que trabajaban en el mismo barrio de la ciudad y compartían un ático de dos habitaciones en una casa cerca del Mercado del Jabón, en el distrito de Puerta de Madera. Las familias pobres y los trabajadores que habitaban los pisos inferiores las llamaban, sardónicamente, las princesas. Todas habían perdido sus puestos de doncellas o pinches de cocina y habían acabado en las calles. Algunas robaban. Otras se vendían a los hombres. Otras ganaban un poco con la venta de cerillas o haciendo recados para las damas ricas y frágiles que tomaban bebidas alcohólicas en los salones elegantes. La tía siguió mendigando. Se le daba bien. Y enseguida tenía lo suficiente cada día para pagar el miserable alquiler que le pedían por un pequeño rincón en el ático de las princesas. No había luz ni agua allí, ni una estufa para cocinar. Pero había camaradería y velas. Sabemos que la pobreza no es divertida, pero si eres joven y pobre en compañía, la vergüenza, la falta de esperanza y la soledad no aumentan la carga sobre tu espalda. No compartir nada o muy poco es más fácil que compartir la riqueza.

Así que la tía era feliz con su vida. No había que fregar platos. No había sobras. No había una cocinera puntillosa y gruñona. No había tenedores de plata. Compartían —como sólo hacen las mujeres— sus ganancias diarias, sus despojos de la ciudad, su botín. La única intimidad que tenían —si, por ejemplo, deseaban sentarse en el orinal sin ser vistas— era esconderse detrás de las cuerdas de la colada, tendidas de un lado a otro de las habitaciones, o esperar a que oscureciera. Pero ¿por qué esconderse para mear, cuando mear a la vista de todas tus amigas puede causar tanto regocijo y tan estridente jovialidad? «Quítese el sombrero», le decían a la tía, cuyo *cloche* raras veces abandonaba su cabeza. «Es descortés mear así en presencia de princesas.» Esperaban hasta que oían el chorro de la orina en el orinal y luego decían: «Quítese el

sombrero. Póngase de pie... ¡y haga una reverencia!» O «¡Cante, cante! Y enseñe el ojete». La risa a coro de aquellas princesas era una risa sin víctima y sin rencor.

La tía aprendió los trucos de la mendicidad de su charla en el ático por las noches, cuando cada una describía cómo le había ido el día; cómo los hombres se desabrochan el cerebro al mismo tiempo que los tirantes; lo descuidados que son los camareros con las propinas; qué *chefs* de restaurante daban una comida a cualquier chica que se ofreciese a fregar el suelo. Te tomabas la comida y luego salías corriendo. Qué sitios eran los peores y los mejores para sacarles dinero a los extraños. Aprendió que una pizca de zinc y vinagre hacía que una chica pareciese febril. No daba resultado con los hombres, pero las mujeres —las mayores— pagaban para conseguir que te fueras. Aprendió un repertorio de caras de mendigo, cómo deslizar la lengua entre los dientes y los labios para parecer boba, cómo fingir la mirada perdida del loco, que meterse el dedo en la nariz es tan útil como robar bolsillos para conseguir dinero si lo haces en las terrazas de los restaurantes y de un modo infantil, no ordinario.

Así que le iba bien en las calles de la ciudad. Mendigaba e importunaba lo suficiente como para considerarse —de acuerdo con criterios campesinos— bien establecida. Estaba mucho más rolliza que la chica que había servido en la cocina. Tenía su sombrero como talismán y a sus princesas como familia. No pensaba en el día de mañana, y menos aún en el de ayer. Le gustaba ponerse el sombrero en la cabeza y vagar por las calles como si fueran sendas en el campo y ella estuviese simplemente buscando fruta gratis. Nunca se cansaba de alargar la mano ni de desafiar —éste era su truco favorito— a los hombres que bebían en los bares a que lanzaran una moneda y acertaran en la estrecha ala de su sombrero de paja.

A pesar del toque llamativo del sombrero, era una chica zarrapastrosa y mal formada. Los hoyos y cráteres de su cara eran un mal que por bien venía. Mantenía a los hombres a raya. No tenía el físico de su hermana. Pero tenía algo que era mejor y más raro en aquellos tiempos que la simple belleza. Se quería a sí misma descaradamente. Le gustaba ser como era. Por eso, cuando vio a su hermana gritando debajo de su sombrilla verde y amarilla: «Por favor, ayúdenme. Por favor, ayúdenme. Mi niño se está muriendo», la tía no se quedó nada desconcertada. Había oído cien historias tristísimas acerca de por qué y cómo sus princesas habían caído en la desgracia. Relatos duros que le habían hecho preguntarse cómo unos animales tan frágiles como las adolescentes podían emerger con semejante energía de profundidades tan frías y amargas. Adivinó que habría muerte en el relato de Em, o enfermedad o la pérdida de un trabajo. No era fácil de impresionar. Le parecía que se ajustaba a las pautas del mundo el hecho de que Em, como ella, hubiese acabado en aquel sitio. El destino —el destino de nacer mujer y campesina en aquellos tiempos— no era coincidencia, ni azar. Los pobres cogen el tranvía. Viajan en trayectos fijos. Sólo los ricos van a voluntad en sus carruajes.

La tía se agachó debajo de la sombrilla y comparó a su hermana con la voz que

había oído. Eran iguales, sólo que Em era más pobre, y estaba más delgada que un tallo de maíz al que le han quitado la mazorca. La tía supo —con una sola mirada— que su hermana estaba desesperada, enferma y desnutrida. Oyó los gimoteos del niño. Su sobrino o su sobrina, supuso. Se alegró de volver a tener una hermana, de ser tía. Supo que podía ayudarles.

Así que Em se convirtió en la mayor de las princesas, y Victor fue su principito. La mayoría de las chicas se alegraron sin reservas de tener un niño con ellas. Se lo pasaban de una a otra y le acariciaban como si fuese un gato. Le embromaban metiéndole el dedo meñique en la boca y se asombraban de la fuerza de sus encías y labios. Les encantaba hacerle eructar sobre sus rodillas, o apretar la nariz contra su cabeza y notar el olor a miel y a rancio de su gorrito. Le besaron los hoyuelos de los brazos, la espalda, la barbilla, y le llamaron «tunantuelo» y le cantaron «En la barbilla un hoyuelo, dentro un diabluelo». Hicieron ruidos como los que hacen en los zoos quienes están decididos a que los periquitos hablen. Pero Victor no estaba de humor para juegos. Estaba ya descontento, y no sólo por su salpullido ácido. Quería alimento. Los labios tibios y los murmullos no sirven de cena. Trataba de meter la mano entre los botones de sus vestidos, mojaba y arrugaba la tela de sus blusas con la boca.

—Son todos iguales —dijo una de las princesas—. Los hombres sólo quieren una cosa.

La tía encontró un sitio en el suelo para Em y Victor debajo del techo inclinado. Consiguió con halagos una pequeña estera y una tela que sirviera de manta. La tía se llevó a Victor a la calle y al cabo de veinte minutos regresó con un tarro de conservas sin tapa que contenía puré de patatas tibio, judías y salsa, todo lo cual había mendigado en la cocina de un restaurante.

—Este niño es una mina de oro. —Aplastó las judías e hizo una mezcla con el puré y la salsa—. Aquí hay de sobra para todos —dijo, aunque en voz baja para que «todos» significara Victor, la tía y Em.

Hizo unas albóndigas con las manos, cuatro grandes como huevos, y otras más pequeñas, como canicas, para su sobrino, Victor. La primera comida sólida del chiquillo. Tenía casi nueve meses. Los primeros dientes de leche asomaban ya en sus encías.

Juntas le metieron la comida en la boca. Era demasiado seca para él. Tosió. Y cuando cerraba la boca la comida se escurría entre sus labios y caía en la mano de su madre. Pero no lloró. Aquello no era disgusto. Sencillamente, no sabía tragar tales bocados. La perseverancia ganó la batalla. Las hermanas tenían veinte dedos para mantener el alimento dentro de la boca de la criatura. Las yemas de los dedos se parecen lo suficiente a los pezones como para que Victor se confundiera y chupara. Esto resolvió el problema. Por cada trocito que rodaba por su barbilla, una pequeña cantidad bajaba por su garganta. Al chupar extraía la salsa de la mezcla. Le gustó el olor y la sal. Comió hasta hartarse. Durmió —por una vez— sin el pecho de su

madre.

Em contó su historia de cómo había venido a la ciudad y cómo la ciudad casi la había derrotado. Luego la tía respondió contando la suya y diciendo que la ciudad era mejor que una amiga. Cuidaba más a los extraviados y desamparados que ningún pueblo de la tierra.

—Si no fuese así —dijo—, el campo sería el lugar adecuado para nosotras. Los árboles y los prados rebosarían de viudas y huérfanos. Pero mira a tu alrededor, Em, mira las calles. Son las ciudades las que nos acogen. —Y luego añadió—: El aire de la ciudad hace libre.

Hablaron, como artesanos a la hora del almuerzo, acerca de los problemas del oficio de la mendicidad. Su trabajo era como todos los trabajos. ¿Por qué había de ser abyecto? Tenían compañeros, rivales, clientela. También tenían sus rituales, y el orgullo y el propósito que tal empleo conlleva. El problema era que los senos de Em estaban casi secos, y todavía demasiado doloridos. Proporcionar alimentos sólidos a Victor tal vez les daría tiempo para sanar, pero ¿querría el niño el pecho cuando él y Em volviesen a pedir?

—Cuando Victor no está mamando —explicó Em—, no saco dinero en las calles.

—Si ése es el único problema que tienes, ¡entonces eres la más afortunada! —dijo la tía. Le cogió la mano a su hermana—. Ahora duerme. Ya te lo he dicho, Victor es oro para nosotras. Con un bebé en el pecho se puede ganar dinero. Para eso no te hace falta tener leche. No se necesita saliva para meter la lengua en la oreja de tu novio.

De madrugada, mientras Em y Victor seguían durmiendo, la tía se puso su sombrero y bajó a los bares donde los vendedores, los almacenistas y los mozos de cuerda tomaban café y copas antes de empezar el trabajo. Encontró el ángulo más cómico para su sombrero. Llevaba su sonrisa más dulce y más boba. Se apoyó contra la pared de los bares y les desafió a tira-y-acierta. Les enseñaría a los hombres sus gordas y moteadas rodillas si alguien atinaba a arrojar una moneda en su sombrero. El hombre que se acercó a ella y suavemente dejó caer una moneda dentro, se imaginó que se había aprovechado de la tía. Ella enseñó las rodillas. Él se marchó más pobre de lo que había venido, pero ella al poco rato había ganado lo suficiente para comprar comida. Compró un plátano magullado por poco dinero. Un bollo de pan recién hecho y tibio. Una botella de agua de raíces. Un poco de miel. Queso. Daba gusto verla tan alegre por la calle. Subió las escaleras de dos en dos. Pasó bailando por entre las durmientes princesas y extendió el desayuno sobre las tablas del suelo. Partió el pan y el queso. Dividió el plátano en tres pedazos y machacó uno de ellos con agua de raíces en una taza hasta que quedó como unas gachas lo bastante claras como para que Victor pudiera tragarlas.

Despertó a Em y luego a Victor. Él no estaba dispuesto aún a empezar el día. Gimió como un tronco de tejo mojado en el fuego. Ella le pellizcó en el brazo hasta que sus lágrimas cayeron abundantemente y estuvo bien despierto y encorajinado. Em trató de empujar a su hermana, pero la tía era más fuerte. Levantó a Victor por los

brazos y le sostuvo con fuerza contra su costado. Él la golpeó con los puños arrugados.

—¡Ahora mira! —dijo. Se desató las cintas de su chaqueta de lana y se abrió la ropa. Mojó el índice en la miel y se untó con ella el diminuto pezón. La miel goteaba como la cera de una vela. La tía pellizcó a Victor una vez más. Sus berridos asustaron a las palomas del tejado. La tía le puso firmemente en su pecho. El silencio fue tan repentino y tan cómico como el estallido de un globo. El chiquillo apretó la lengua y la boca contra su piel. Chupó haciendo los ruidos que hacen los niños cuando beben zumo con una paja.

—¿Ves? No necesita cuchillo ni tenedor —dijo—. Ni leche.

Esbozó cómo compartirían al niño. Trabajarían con él por turnos.

—Cuatro tetas son mejor que dos —dijo—. Pregúntaselo a una vaca. Y la miel es mejor que la leche. Pregúntaselo a las abejas.

Em observó a su niño chupando el pecho de su hermana, tan veleidoso cuando se trataba de comida como lo son los adultos cuando se trata de amor. Él movió la cabeza de un lado a otro y trató de agarrar bien aquel modesto pezón, aquel pecho impermeable y deshinchado, aquel panal de miel. Estaba absorto y dulcemente satisfecho y, por el momento, no quería nada más. Em casi deseó que ella y Victor estuviesen aún abandonados bajo la sombrilla.

Así que ésta era la vida de Victor. Dos vidas, en realidad. Mientras otros niños aprenden a gatear y coger lo que encuentran como si todo el mundo fuese un juguete y suyo, él tenía los senos de dos mujeres. Sus encías se entumecieron a causa de la miel. Su nariz estaba aplastada por las costillas de ellas.

Em prefirió continuar trabajando en el mercado. Allí conocía las caras y todos los olores eran los olores del campo, aglomerados y comprimidos. Había perdido la sombrilla. El palo había terminado en la hoguera de alguien. El alegre dosel había sido desgarrado y desechado. Pero ella se sentaba con las piernas cruzadas para espigar («Somos espigadoras. No mendigamos», había dicho su hermana) en su lugar habitual, entre el jardín y el mercado, la espalda contra el tronco liso de su árbol. Era un consuelo ver cultivos de la clase y calidad que había producido su pueblo natal —«amarillas» de los campos de patatas, montones de zanahorias, pilas de cebollas, raíces para guisar, dulces calabazas, las polvorientas vainas de las judías—, todo tan familiar desde los días en que a ella y a los demás niños del pueblo les obligaban a unirse a los recolectores para que la cosecha pudiese recogerse rápidamente y en las mejores condiciones.

Había distinguido, distinguiría aún, a todos los aldeanos por la forma de sus culos. Un campo de judías cuando las judías se están abriendo era un campo de culos levantados mientras los aldeanos hacían de comadronas con la tierra. Un campo de patatas era algo muy parecido. El arado removía la tierra y luego los traseros del pueblo permanecían más altos que las narices durante el resto del día mientras los recolectores buscaban con paletas las tímidas «amarillas» entre las hendiduras y los agujeros del suelo. Aquellos ciudadanos podían comer frutas y verduras frescas gracias a que la gente del campo no era demasiado orgullosa o demasiado perezosa para poner el culo en pompa. Poco a poco Em se había convencido —con ayuda de la tía— de que las monedas que ahora le daban eran el pago por las horas que habían pasado de niñas, sin cobrar, con las manos negras y la espalda dolorida entre los productos del campo.

Espigaba en el mercado con menos pasión, menos apremio, de lo que lo había hecho antes de que llegase su hermana. Tenía un lugar donde dormir, una familia, un grupo de amigas, un sitio donde lavarse y comer, un camino fácil para ir a trabajar, tiempo libre. No se sentía diferente de las otras mujeres trabajadoras del mercado y el jardín, las camareras, las dependientas, las prostitutas; es decir, se sentía tan aburrida, endurecida y cumplidora como cualquiera que tiene que trabajar para ganarse la paga.

Mientras la tía dormía hasta tarde, Em hacía el turno de la mañana y el mediodía, porque ésas eran las horas en que la gente iba a comprar verduras y frutas, las horas en que el Mercado del Jabón y el Jardín del Jabón eran más derrochadores y descuidados con su dinero. Cumplía su horario con Víctor pegado a su pecho. Tenía un poco de leche y los pezones untados de miel para mantener quieto a su bebé

excesivamente crecido. ¿Y si él intentaba levantar la cabeza? ¿O volverse para ver pasar el mundo? A su madre le bastaba con envolverle la cabeza en su mantón para que se tranquilizara o adormilara. La oscuridad era una droga para él. Su pulso era más lento bajo la tela que cuando sus oídos y sus ojos estaban desnudos ante el clamor y las luces de la ciudad. Si lloraba, Em, sencillamente, le callaba con un toque de miel en su pecho y murmurándole refranes campesinos con los labios apretados contra su mejilla o su oreja. «Por el humo se sabe dónde está el fuego», le decía. «El que no llora, no mama.» Inventaba rimas y juegos para que mamara. «Toca el timbre», decía, y le daba un tironcito al mechón de pelo rebelde de Victor. Luego: «Llama a la puerta.» Y tabaleaba sobre su frente con los dedos. «Quita el cerrojo»: le apretaba la nariz y —ésa es la naturaleza de la nariz— su mandíbula descendía y abría la boca. «¡Y entra!» Le ponía el pezón untado de miel sobre el labio inferior.

A primera hora de la tarde la saltarina tía de Victor acudía con pan o queso para tomarlo con las frutas u hortalizas que Em hubiese espigado aquella mañana. No había comida para Victor a esa hora. Solamente se alimentaba por la noche. «El chucho hambriento no ladra», decía la tía. Se inventaba frases absurdas para burlarse de su hermana, para burlarse de sí misma. Le gustaba hacer el papel de la musa campesina para los hombres estúpidos que pagaban en los bares por «sabios refranes» hueros como aquél. No tenía razón respecto al chucho hambriento, pero era sensata al aconsejar que no se alimentase a Victor mientras trabajaba. Un niño saciado no quiere miel. A un niño saciado no se le puede chantajear con la promesa de una comida. Son las focas de circo hambrientas las que se sientan obedientemente en los toneles y sostienen pelotas en equilibrio sobre el hocico. Cuanto más se las recompensa con pescado, más agitan las aletas y se salen de la fila.

Cuando la tía y Em terminaban de comer, Victor cambiaba de manos. Le apretaban la cara contra los senos más jóvenes, donde la miel no estaba mezclada con los restos de leche caliente como la sangre, pero donde la carne del torso era más profunda, más blanda, menos discreta. La tía le ataba a su cuerpo con una faja que pasaba alrededor del cuello y la cintura. El cuerpo del niño no era muy largo, pero sí lo suficiente como para hacer que la hermana de Em se inclinase un poco por el lastre de su peso. Em era ahora libre de volver a las habitaciones del ático, de comprar un poco de comida, de hacer la colada de la familia en el lavadero público en el centro del Jardín del Jabón, o de dormir.

Su hermana llevaba a Victor a los lugares que frecuentaba, los bares, los restaurantes, los salones de té, en las calles medievales al este de la estación del ferrocarril. Llevaba a Victor como llevaba su sombrero, un accesorio a su atuendo y a su número. Le enseñaba las rodillas —por lo menos— a cualquiera que echase algo de dinero en su sombrero o pusiese una moneda «en el moflete de mi niño». Si algún hombre parecía lento al buscar cambio, ella guiñaba un ojo a sus amigos presentes y preguntaba con la inocencia de una criadita de vodevil:

—¿Qué le pasa a ése? ¿Tiene una serpiente en el bolsillo, o qué?

Se inclinaba sobre las mesas de los restaurantes con Victor pegado a su pecho como una termita hinchada a un grano de uva e invitaba a los comensales —ablandados por el vino o la cerveza— «a poner una moneda de plata en los ojos de mi niño si quiere usted fortuna y buena salud». Sonaba como un rito inmemorial. La verdad era que se lo había inventado ella. Si el pequeño Victor levantaba la cabeza para mostrar sus dientes y asustar a la clientela con sus berridos, entonces la tía le daba un golpe en la cabeza para que volviese al pecho, con la velocidad y la firmeza de un capataz de fábrica decidido a mantener la nariz de los niños trabajadores pegada al telar, la prensa o el torno. No era dura. Sencillamente, le gustaba ser como era, y quería seguir así. ¿Qué clase de bondad sería tratar al niño como si fuera el hijo de un hombre rico cuyas obligaciones no fueran más allá de jugar, comer o dormir? ¿Qué dinero cosecharía en la calle con Victor a su cuidado si Victor fuese un niño normal al que se le permite gatear y llorar y jugar con las piedras como le da la gana, si la tía fuese simplemente una «madre» cualquiera de la ciudad? ¿Dónde estaba el sentimiento, la pena en eso? ¿Quién pagaría por semejante vulgaridad? Así que los requisitos del oficio dicen: el niño debe estar mamando. Seis monedas de cada diez se pierden si el niño no está al pecho. Por lo tanto, ¡el niño al pecho! Ésa era la condición de la jornada laboral. No era justo que Victor no pareciese dispuesto a colaborar en eso. «Este niño es una mina de oro», había dicho la tía. Él mantenía a las hermanas alimentadas y vestidas. Él las mantenía decentes, libres de pecado. No tendrían que robar ni prostituirse ni encontrar un magro consuelo y una huida en la bebida mientras Victor fuese todavía pequeño. No tendrían que aprender el oficio de carteristas —es decir, de rateras— mientras la cabecita de Victor mamando fuese lo bastante elocuente como para hacer que los hombres duros y las mujeres pétreas se rascasen los bolsillos en busca de dinero suelto.

Utilizaban al niño como cebo, es verdad. Expresado así, crudamente y sin adornos, hace que las hermanas parezcan poco amables. Pero *poco amables* no es lo mismo que *sin amor*. Él era su «pequeña bendición»; su fuente de ingresos, también. Le amaban por el regalo que les hacía: él las salvaba de las mandíbulas de la ciudad que devoran a las mujeres como la tía y Em y las convierten en viejas, enfermas y rencorosas en pocos días. Imagínense a Em y a la tía sin un niño. No es preciso. Basta con que piensen en todas las chicas de pueblo que vivían, mendigaban y se morían de hambre solas en ciudades como la nuestra en el mundo entero, en aquellos días anteriores a que los ricos tuviesen conciencia, anteriores al teléfono, el coche, el subsidio de paro, la seguridad social, el deshielo del corazón cívico. Las más afortunadas conservaban sus puestos. Trabajaban en los fogones. Se arañaban las rodillas con las brasas que se enfriaban cuando limpiaban las chimeneas al atardecer. Tal vez coqueteaban con un mozo de cuadra o —más ambiciosamente— intercambiaban abrazos con el chófer de la señora. Quizá se enamoraban y, si sus medios días libres coincidían con los de sus novios —coincidencia verdaderamente rara—, paseaban libres durante una hora, abrazados por las multitudes urbanas y

comprendiendo demasiado bien que aquello era lo mejor que la vida en la ciudad les ofrecería, que les esperaba algo peor si perdían la belleza, la paciencia o la buena suerte. Podían encontrarse sin techo, con el estómago vacío y sin abrazos excepto los que diesen a sus propias rodillas ásperas por la noche.

Así que ¿cómo no iban a considerarse afortunadas la tía y Em por tener a Víctor? ¿Por qué no habrían de aprovecharse de él y al mismo tiempo quererle, quererle aún más por ello? Les gustaba la independencia que él les proporcionaba. No sabían —él tampoco lo sabía— que le habían privado de su libertad, que sus costillas eran para él las rejas de una prisión, sus brazos los guardianes, sus senos los sedantes.

Se ocupaban de sus asuntos, de la mañana a la noche, y se labraban una vida. En poco tiempo —al cabo de año y medio, cuando Víctor tenía tres y todos los dientes— habían espigado lo suficiente para mudarse de las habitaciones del ático, donde los cambios en el grupo de las princesas habían hecho que las hermanas se sintieran a disgusto. Alquilaron una habitación pequeña en la misma casa, en el abarrotado piso de una familia. Era para ellas solas. Había un grifo y un pequeño fogón de carbón que podían utilizar en la galería. También había un retrete, comunal pero verdadero, en un cobertizo en el patio. Las hermanas se turnaban para ir a vaciar «el tarro de la miel» cuando estaba lleno. ¿Era esto la «ciudadanía» que buscaban? No tenían tiempo de preguntárselo. No tenían tiempo de sentarse como hermanas, cara a cara, y tejer una conversación con la cálida lana del cotilleo, la esperanza y el cariño. Em tenía que llegar al trabajo antes de que los comerciantes fuesen a desayunar a los bares. La tía tenía que estar en el trabajo hasta que los restaurantes cerrasen y todos los ricos y los borrachos se fuesen a casa. De ese modo Víctor iba creciendo y debilitándose, un niño de ciudad cuyo único paisaje eran costillas, tela y carne de mujer untada de miel. Las piedras y el jaleo de la calle estaban siempre a su espalda, un mundo oculto sólo imaginado por sus murmullos, alborotos y coros.

¿Qué sabe un niño pequeño, un niño de apenas cuatro años? ¿Un niño en edad de andar que aún no ha aprendido a gatear? ¿Un chiquillo asfixiado? ¿Un chiquillo al que no le han enseñado a hacer nada más que estar arropado y hocicar como una diminuta cría de canguro en la bolsa de su madre? ¿Cómo podía saber el pequeño Víctor que aquella rutina de estar todo el día mirando carne humana no era lo normal? No era un revolucionario en ciernes, ni un místico con un concepto de un mundo hecho a medida. No era más que un gusano: una boca, un culo, una predisposición a ceder. Buscaba la tierra más blanda, el camino más cálido, la piedra que no tuviera aristas, la seguridad crepuscular del seno. No tenía elección. Le habían amaestrado, como a un perro. Sabía que si levantaba la cabeza y la volvía hacia las luces, una mano mucho más fuerte que su cabeza le empujaría a la posición anterior. Sabía que si escupía el pezón de la boca y alzaba la barbilla para llorar no recibiría aquello que pedía con su llanto, a menos que quisiera pellizcos en las piernas o que la tía le apretase la nariz.

No tenía sentido del olfato en general. Los empalagosos aromas de la miel y la

herbácea alcalescencia del seno borraban los olores de la ciudad, los caballos y la fruta, los hombres con pipa, los perfumes, el humo de la madera, la orina y los charcos de lluvia. Tenía la parte interna de los párpados irritada por falta de aire y de ejercicio. Sus ojos estaban escocidos por la arenilla del exceso de sueño. No enfocaban bien a la luz del día y lloraban por la noche cuando le daban alimento sólido al resplandor ovalado y anaranjado de las velas. Sus piernas y brazos no eran fuertes. No habían tenido la oportunidad de dar puñetazos y patadas en el aire. Sus manos no servían para nada que exigiese tirar o aferrar. Vivía sólo para el sonido. Su boca estaba sellada, pero sus oídos estaban libres y abiertos al mundo. Conocía los gritos del mercado, el rodar de los carritos de los mozos de cuerda, las maldiciones de los hombres que cargaban las cestas de verduras, el silbido de un hombre feliz. Distinguía la cadencia de los dulces murmullos de Em del descaro y la jactancia de la voz callejera de la tía. Las conocía, pero no podía vestirlas con unas forma o una figura. No eran más que sonidos para él. El sonido es aire tangible. Nadie medra sólo con aire.

A medida que se hacía mayor y más pesado, Em y la tía se cansaban de espigar en las calles. Era menos divertido vivir en su reducido hogar lejos de aquella dureza y jovialidad de las princesas. Las hermanas se llevaban bastante bien porque apenas se veían, apenas hablaban. Y más valía así. Si se hubiesen visto y hablado con más frecuencia, habrían descubierto lo que muchos hermanos descubren cuando han huido del nido: que compartir unos padres no es también una garantía de compartir el carácter. La única cosa que hacían como una familia era dormir juntas, compartiendo los petates, con Victor en medio. Sus cuerpos eran las barandillas de la cuna de Victor.

La tía se llevaba al chiquillo a la calle con menos entusiasmo a medida que crecía, cuando cumplió los cuatro años. Pesaba demasiado. Su cuerpo era demasiado largo; cuando estaba «mamando» sus pies encontraban un punto de apoyo en las rodillas de ella. No tenía sentido llevarle en brazos, pero la tía no estaba dispuesta a estar todo el día sentada con Victor en el regazo, como un elemento permanente en los escalones de un restaurante o la entrada de un bar, esperando que la cosecha viniese a ella. Lo que le gustaba era moverse, tener un escenario, trabajar (decía ella) «con la boca y no con el culo». Trataba de tenerle entretenido al mismo tiempo que le mantenía ciego y hociendo en su pecho. No había aprendido las formas cariñosas de entretener a los niños. A ellos les gustan los ruidos sencillos, las pequeñas rimas sin sentido y las canciones con estribillo simple. ¿Qué clase de niño entendería o disfrutaría los comentarios de la tía respecto al mundo, las bromas adultas, el cinismo de sus palabras mientras se ganaba el jornal en las calles?

—Ésa es una blanda —decía mientras, sosteniendo a Victor, se acercaba a una mujer que estaba sentada, esperando, a una mesa del jardín de un salón de té—. ¡Mira ese abrigo! A ésa le saco cincuenta por lo menos. —Y luego—: ¡Veinte! ¡Joder, qué tacaña! Mira cómo anda. Cualquiera diría que tiene el culo de lata. Su novio no se lo

pasará bien esta noche, seguro...

Y otras veces:

—¡Eh! Ese tipo me está mirando. Chupa, Victor, chupa. Eso les pone calientes. Agárrate bien. Le daré unas vueltecitas a mi sombrero. Y enseñaré los dientes... ¡Ajá! Se le ha levantado el nabo. ¿Qué te he dicho? Dos de cincuenta y un guiño. Apuesto a que su mujer no sabe que tiene «gastos» como yo en la ciudad. Le daría un ataque si viera que su maridito es tan desprendido con el dinero.

O bien:

—¡Oh, vaya por Dios, aquí tienes un tipo que parece que haya meado sobre unas ortigas y no le guste el revoltillo! Su novia le ha dado plantón, seguro, o el jefe le ha puesto de patitas en la calle. «Eh, señor, ponga unas monedas en los ojos de mi niño. ¡Todo lo que le vaya mal le irá bien!» Bueno, bueno, no nos sorprende. Preferiría que nos fuésemos. Parece que no desea dar a unos pobretones como nosotros.

O el paso y las maneras de la tía se aceleraban al ver a unos hombres delante de un bar.

—Sonrisa al canto. ¡Esos tíos están tan borrachos que escupirán dinero en mi sombrero!

La verdad es que a Victor llegó a gustarle el tono insolente de su tía, a pesar de su incapacidad para entender las palabras. Le gustaba la forma en que andaba por las calles y participaba en las bromas y las discusiones y cogía para sí —y para él— golosinas dejadas por los clientes de los restaurantes. Ahora empezaba a levantar la cabeza más a menudo o encontraba la forma de mirar de soslayo el mundo de las calles y los bares. A la tía no le importaba lo suficiente como para empujarle contra su pecho de nuevo. Se había cansado de tener las blusas pegajosas por la miel, de que aquella criatura tan crecida invadiese su ropa. La vida era más cómica y más rentable si le ponía en el suelo dentro de la puerta de un restaurante y le dejaba tambalearse entre los pies de los camareros mientras ella hacía sus números con la lengua y el sombrero. Aquello fue hasta cierto punto una educación. Aprendió cosas acerca de las patas de las sillas y los zapatos. Y una vez —la gota que colmó el vaso— aprendió que los manteles se mueven si tiras de ellos. Aprendió lo divertido que era hacer que un plato de tallarines tibios se estrellase contra el suelo. Nunca había tenido un juguete tan maravilloso como los tallarines y el plato roto. A la dueña del restaurante, naturalmente, no le encantó el juego de Victor, ni la suciedad del mantel y del suelo.

—No quiero volverla a ver por aquí —le dijo a la tía, mientras Victor se envolvía los dedos en los tallarines—. No a menos que venga a comer a la carta. Salga de mi local. Quítese de en medio. Vuelva a la era de donde salió. No quiero mendigos aquí. ¿Comprende? Si no quiere comer, quédese en la calle.

Agarró a la tía por el brazo y la empujó hacia la puerta.

—Y no se olvide del chiquillo —dijo—. No debería tener un chiquillo. No es culpa de él. ¡Mire en qué estado está! ¿Qué clase de persona deja que su niño se arrastre por el suelo de esa manera? No debería tener un niño si no puede vivir

respetablemente...

—Vale, vale —dijo la tía para provocar la risa contenida de la clientela, mientras Victor extendía los tallarines entre sus manos, mientras Victor aplastaba los tallarines sobre sus piernas—. No hace falta que se haga ampollas en los labios.

—Podía haber sido un plato de sopa —dijo Em cuando la tía le contó lo sucedido por la noche—. ¡Podía haberse abrasado!

A la tía le pareció que, tal como estaban las cosas, su hermana se había convertido en un estorbo en su vida. Victor también. Por su culpa ganaba menos de lo que hubiese ganado si estuviese sola. Con cuatro años, casi cinco, el niño era demasiado grande para resultar cómodo. Cada vez con más frecuencia no se presentaba en el mercado para recogerlo. O bien le decía a Em:

—¿Por qué no te quedas con el crío y te estás aquí otro rato? Sacarás más. Tú eres su verdadera madre, y ya no engaño a la gente. ¡Qué va!

Así que Victor perdió la oportunidad que habría tenido con la tía de levantar la cabeza más a menudo, de echarle una ojeada al mundo con un ojo cerrado, de estudiar los pies y los suelos. Estaba de nuevo, a jornada completa, donde había empezado, una criatura excesivamente crecida en el pecho de su madre. Estaba confinado otra vez.

¿Y qué pasaba con Em? ¿Cómo se sentía? ¿Cómo llenaba su tiempo? Sólo pensaba en volver a casa, aunque *casa* no era la habitación pequeña y miserable que compartía con la tía, sino la desvencijada casita con techumbre de paja, un patio y cerdos donde había crecido, o el taller alquilado de guarnicionero donde había apagado con los dedos la vela de su marido. Igual que Victor llegó a vivir de ficciones acerca del campo, así recordaba Em el pueblo que había conocido. Lo convirtió en un paraíso de oropel. Era el mercado transformado, las hileras de verdura, la fruta esparcida en Arcadia. Era un mundo donde todo era maduro, colorido, dulce y gratis. Era una versión pulida y reluciente del pueblo que había conocido antes de que su marido tuviese —ambas frases campesinas— *la tierra como párpados y la posesión eterna de una estrecha franja de tierra*.

¡Qué maravillosa le había parecido la ciudad en otro tiempo, qué prometedora! Pero ahora pensaba que había llegado al peldaño más alto y que su vida en la ciudad iba en descenso. ¿Cuánto tiempo tardaría en estar tan embotada por la afanosa búsqueda de comida y dinero como aquellas otras madres que había conocido? Las que alquilaban a sus niños. ¿Para qué? No se atrevían a preguntarlo. Las que utilizaban cremas y grasa y ungüentos para hacer que sus hijos pareciesen idiotas o enfermos o amenazadores. Las que mantenían a sus hijos crecidos en el pecho atontándolos con vainas de opio o de té de mandrágora.

Una mendiga campesina como ella ha de tener buena apariencia o juventud o, por lo menos, una criatura indefensa que enganche a los transeúntes. Ella había perdido su belleza. Su pelo era ahora tan deslucido como el penacho de hojas de una remolacha arrancada. La ropa le sentaba como una silla de montar en el lomo de una cabra. Em estaba tan delgada —decía la tía, que siempre tenía una frase para todo—, que su ombligo y su espina dorsal se besaban y chillaban. Había perdido la juventud también. Más de cinco años de vida en la ciudad podían quitar la pintura de los carruajes, atrofiar un roble, poner las flores de color gris, privar a las caras campesinas de su brillo sonrosado y grabar arrugas como el arado hace surcos en un campo. Todavía tenía a Victor. ¿De qué le serviría cuando creciese? Sólo seguía siendo desvalido porque ella y la mendicidad le mantenían así. ¿Cuánto tiempo tardaría en darle la espalda y decirle: «Basta ya. He pasado mucho tiempo en tu regazo. Voy a abrir los ojos y a estirar las piernas y ver esta ciudad por mí mismo»?

Cuando Em mendigaba en su sitio habitual pasaban a su lado niños pequeños corriendo; niños que eran más jóvenes que Victor pero que ya hablaban en voz alta, tenían piernas robustas y nunca estaban quietos. Sin embargo, Victor, a medida que se hacía mayor, se movía con menos frecuencia. Estaba inerte, como si aquellos años de falsedad en el pecho de su madre le hubiesen robado el vigor.

Em sabía que se podía enseñar a una gallina a quedarse como muerta, tan inmóvil como una piedra. Lo había visto hacer de joven. Era un truco corriente en los

pueblos. Empujabas a la gallina para que cayera al suelo. Le sostenías las alas. Apretabas su pico contra el polvo y trazabas una línea dura, corta y rápida con carbón, o tiza, o arañando la tierra, partiendo de su pico. La gallina quedaba hipnotizada. Geométricamente paralizada. No podía levantar el pico de la raya. Había que darle un golpecito seco en el pico para que la gallina se levantase y participase de nuevo en el mundo. Decían que, sin este golpecito liberador en el pico, la gallina, sencillamente, se desvanecería, aplastada contra el polvo por pesos que no podían verse ni tocarse. ¿Qué tenía que hacer Em para levantar los pesos de la cabeza de Victor? Temía que él también se desvaneciese, debilitado y adelgazado por demasiado seno y demasiado regazo materno, su rígida y geométrica vida. El único remedio —dado que quedarse en la ciudad significaba que no podía dejar de mendigar— era hacer el viaje en sentido inverso y salir de la ciudad. Andar por los bulevares hasta que las vías del tranvía llegasen a la plataforma de cambio de sentido, y las carreteras asfaltadas se hiciesen cada vez más estrechas y llenas de roderas, y las alcantarillas se convirtiesen en acequias, y las farolas de gas ya no impusiesen su dominio entre las estrellas o repeliesen la tenue luz de la aurora.

Lo primero que verás más allá del azul de las judías de manac —le decía a su hijo, su palma extendida, las dos manos de Victor recogidas y curvadas bajo el mantón— es que nuestro pueblo parece tener voluntad propia. El río allí no corre rápido y recto como pasa con los desagües y las alcantarillas de la ciudad. El río se toma su tiempo. Es como una serpiente dormilona. Ésa es la serpiente más lenta que hay. Se arrastra por los campos tan despacio que nunca la ves moverse. O puede que se mueva, pero sólo cuando le damos la espalda, de noche quizás, o los días en que llueve a chuzos y tenemos que quedarnos en casa. Sólo que tu padre no se quedaba en casa. Le gustaba la lluvia y pararse bajo ella. Para quitarse el olor del cuero, decía. Se lavaba el cuero y el tanino con la lluvia, y la dejaba correr por las cunetas del camino hacia la serpiente dormilona, luego río abajo hasta que el olor y el tinte que estaban en él eran arrastrados hasta el mismo mar. Eso es lo que decía, «hasta el mismo mar», aunque no estábamos cerca del mar. Me encantaba cuando tu padre hablaba así. Hacía que el mar pareciese nuestro. Olía como las sillas de montar que hacía tu padre.

Em le contaba a Victor cuánto se divertían —se divertirían— en los campos en la época de la cosecha, cuando todos los conejos más gordos, los lagartos y las serpientes quedaban atrapados en los últimos tallos del maíz, que a los conejos capturados se les podía desollar y salar para la olla, que a los lagartos se les podía perseguir o hacer que se desprendieran de la cola, que las serpientes inofensivas podían causar zozobra cuando se las dejaba caer en el regazo de alguien o se las escondía en un cajón de la abuela. Que los envasadores solían poner —como broma— una dormilona en los barriles de manzanas que mandaban al mercado. Quizá a este Mercado del Jabón, dijo. Se meaba de risa al pensar qué harían los hombres del mercado cuando metieran las manos para sacar las camuesas y las reinetas y se encontrarán la fruta carnosa y amarilla de una serpiente.

También le contó a Victor, en otra ocasión en que éste le pidió que le contara «cosas del pueblo», cómo había sido engendrado.

—Te fuimos a buscar —dijo— una tarde de domingo.

Era septiembre y las setas de los hayedos se estaban poniendo altas y sabrosas.

—Tu papá y yo salimos para llenar una cesta. Y luego (sólo llevábamos dos meses casados) nos dimos, tú no lo entenderías, un beso y un achuchón allí mismo. Tuvo que ser esa vez, porque cuando sacamos las setas encontramos entre ellas un bicho del nacimiento. Ésa es una señal segura de que te vas a quedar preñada. Tu papá puso una llave colgando de un cordel sobre mi tripa. Daba vueltas de derecha a izquierda, así es como supimos que eras chico. En el sentido contrario, de izquierda a derecha, quiere decir que es una chica. Te pusimos Victor de nombre enseguida. Nunca fuiste el niño para nosotros; siempre tuviste un nombre. Aunque tu abuelo paterno quiso dárselas de listo. Dijo que tenía que ser una chica, que en sentido contrario quería decir chico, que estábamos equivocados. Cogió unas tijeras y un cuchillo y los escondió bajo dos trapos en dos taburetes de cocina. Puso los taburetes uno al lado del otro en medio de la trascocina. Me llamó y me dijo que me sentara. Tu papá estaba allí. Tu tía estaba... No, ya se había marchado a servir en la ciudad. Tu abuelo me dijo: «Elige un taburete, el que te parezca mejor para ti, el que más rabia te dé. Vamos, siéntate.» Me senté en el taburete de las tijeras. «Está claro», dijo. «La criatura será una niña. El cuchillo es chico. Las tijeras es chica.» Ninguno de los dos llegó a conocerte. Los dos habían muerto. Su padre primero, luego el tuyo. Cuando naciste vi que la llave era más lista que el taburete. Una noche soñé que tu abuelo venía de entre los muertos para ver a la niña. Se llevaba un susto al ver tu colita. Yo le decía: «¿Qué clase de niña es esa que tiene un nabo entre las piernas?» Le di un tironcito a tu cosita. «¿Qué me dice de eso, padre?» «Pues no lo sé», decía él y luego: «No quisiera que me saliese una verruga de ese tamaño en el párpado.»

Le contaba estas historias a su hijo. Él las escuchaba, los ojos cerrados, tendido en su regazo. No entendía la mitad de lo que ella decía, ni una cuarta parte de las palabras. ¿Qué podía significar que la llave era más lista que el taburete? ¿Que los cuchillos son chicos y las tijeras chicas? ¿Que la lluvia es como los chuzos? ¿Que el mar oliera como una silla de montar? Un niño normal de cuatro o cinco años pensaría que todo ello era un juego extraño y —finalmente— aburrido, forzar las palabras de un modo que resultaba confuso y nada divertido. Los niños de esa edad conocían la taquigrafía de las calles, las preguntas y respuestas del juego, la precisión de flecha de las palabras sencillas. Sabían que el olor, la forma y la distancia daban sentido al sonido, que las palabras eran instrumentos redondos y enfocados que servían en un momento dado, cumplían su función y no dejaban rastro. Pero, como sabemos, Victor no era un niño normal. Para él las palabras que pronunciaba su madre tenían dos dimensiones, eran una cortina de sonido, una charca poco profunda de historias del pueblo de su madre y del pasado. Él no tenía ningún papel que desempeñar salvo mantener la cabeza y el cuerpo quietos y escuchar con atención.

No había aprendido —a pesar de su edad— el truco de decir frases o de llamar la atención con las palabras. No había aprendido a gritar, a bromear, a balbucear rítmicos disparates como hacen otros niños. En las pocas ocasiones —por la noche cuando estaba al cuidado de su tía— en que le hablaba algún extraño, o las princesas, o la familia que les alquilaba el cuarto, no podía formar respuestas. No sabía hablar. En ese aspecto, y en otros también, era aún un bebé. Le consolaban con el pecho. No era capaz de alimentarse sólo. Su vejiga y su intestino tenían las puertas abiertas. Cualquier cosa que encontrara —el corazón de una manzana, un alfiler, una cucaracha—, la probaba con la boca. No se sentía a gusto de pie. Nunca corría. No sabía vestirse ni atarse los cordones de los zapatos. Uno no habría adivinado que tenía propensión al mal genio, ni que deseara nada que no fuera la leche, la miel y los murmullos que parecían calmarle.

En un sentido, Víctor, en aquellos años anteriores a que nuestra ciudad fuese empujada como tantas otras a la guerra y al armamentismo, era más adulto de lo que le correspondía. Tenía, por lo menos, una imaginación musculosa y ejercitada; es decir, los cuentos que su madre le contaba le confundían, sí, pero entraban dentro de él y llenaban su mente igual que la música entra en los niños demasiado pequeños para entender sus principios geométricos, sus jeroglíficos, sus juegos rítmicos. Por eso, cuando Em le contó a Víctor por ¿tercera?, ¿decimotercera? vez cómo había sido engendrado —«te fuimos a buscar entre las setas»—, él se formó una imagen en su cabeza hecha con los toneles de madera llenos de setas que veía en el mercado y las setas aisladas que caían o rodaban de vez en cuando al alcance de Em en su puesto en las proximidades del Jardín del Jabón. Se veía a sí mismo como una seta sonrosada pero mellada, olorosa, turbosa, con un día de vida. El cesto era su cuna. Para él era un cuento de hadas paralizado, una ilustración de un libro infantil. Cuanto más apretaba los párpados, más clara era la imagen; más grande y más rosada la seta; más redondos, más suaves, más cerosos los bosques y los campos que constituían el telón de fondo de su «búsqueda». El mundo de los transeúntes, de los mozos de cuerda, de las carretillas cargadas de coliflores, o de frutas, que Víctor veía cuando su madre no le hablaba y él tenía la tentación de volver la cabeza y levantar un poco los párpados, era caótico e informe comparado con el mundo del pueblo que él estructuraba a partir de las palabras de su madre.

La ironía era ésta: la riqueza de su vida era una riqueza de segunda mano. La infancia y la adolescencia de su madre en el paisaje del pueblo se habían vuelto brillantes e intensas a causa de la distancia y el tiempo. Ahora eran la leche y la miel de Víctor. Se alimentaba de ellas. Le mantenían quieto, tranquilo y satisfecho. Era un niño campesino. La ciudad era el sueño. Abría a medias un ojo para dormirse. Se despertaba para encontrarse asaltado por las pesadillas. Se adormilaba acariciado por los mejores tiempos retocados de Em, por cielos más altos, vientos más frescos y conjunciones más mágicas que las que puede proporcionar la ciudad. Imagínense qué mundo interior —brillante e idealizado— podía crear un niño con toda aquella charla

campesina, acurrucado tan cálida y tan oscuramente como un gorrión en la boca del lobo. Hoy en día, ¿qué sería? ¿Un parque temático promocionado como Felicidad Rural? ¿El decorado de un musical de ambiente campesino? ¿La Kansas de almiarres que se encontraba en el camino de Oz?

¿Acaso era posible que un niño no quedase encantado por las noches rurales en las que los cielos estaban tachonados de estrellas blancas y los sueños se veían perturbados por las frutas que caían en los huertos, donde las ciruelas, las peras y las naranjas crecían unas junto a otras en tal armonía que se diría que compartían las ramas de un solo árbol? ¿Cómo podría resistirse a la desconcertante terquedad de la puerta de la casita del abuelo, que se abría de izquierda a derecha? Mete la llave al revés en la cerradura. Dale la vuelta hacia la izquierda. ¡Y ponía derecha! ¿Qué niño no desearía una fiesta de pueblo, con una mesa puesta al aire libre? ¿O no pondría el corazón en que una silla de cumpleaños decorada y engalanada con el más hermoso follaje fuese su trono?

—Te prometo —le dijo Em a su hijo— que cuando llegue el buen tiempo meteremos nuestras cosas en una bolsa y volveremos andando a casa. —Se pasó el cabo de vela por la mejilla—. Encenderemos esto. Nos quedaremos despiertos por la noche y escucharemos caer las manzanas. Cuando cumplas seis años tendrás una silla de cumpleaños cubierta de hojas.

Y lo decía en serio, aunque estaba claro que Victor no era lo bastante fuerte como para andar mucho más allá de los límites del mercado. Ella no podía llevarle en brazos. El niño era demasiado grande y caminaba torpemente. Pero tenía claro lo que iban a hacer. Por la noche los comerciantes del mercado dejaban carritos de madera estacionados en los callejones empedrados entre las esterillas y las cestas durmientes. Cogería uno. El mercado le debía eso. Sabía cuál cogería. Un vendedor que era amable con ella y le daba frutas y verduras cuando estaban baratas poseía un carrito pintado que no era muy diferente de un cochecito de niño. Tenía ruedas de goma maciza y, cuando él lo empujaba, parecía bastante ligero y maniobrable.

—Ese que pasa es tu carruaje —le decía a su hijo—. Ahora está lleno de melones de invierno, pero pronto viajarás en él como un rey.

Em le sonreía lo más dulcemente que podía a su inocente benefactor y su medio de huida. No era robo llevarse el carrito de un hombre tan amable. Lo acolcharía para Victor con todas sus ropas y partirían de noche. Ella no era sentimental ni dada a un optimismo infundado, sin embargo, en aquellos momentos en que su humor era negro o tormentoso podía calmarse sólo con el pensamiento de Victor en el carrito en el punto donde terminaban la ciudad y los tranvías y empezaban los campos azules.

## 6

Efectivamente, una madrugada del mes de mayo, cuando a Victor le faltaba un mes para cumplir seis años, Em al fin ganó la libertad. Más libertad de la que había pretendido. Estaba dormida y lo bastante calentita como para haber apartado la manta y estirado los brazos desnudos más allá de la almohada y la cabeza. Tenía la frente colorada y mojada de sudor, la nariz taponada y silbaba al respirar. No había estado bien. Un resfriado la había tenido sentada hasta las primeras horas del amanecer. Las tablas del suelo y las mantas exhalaban un aire rancio y polvo. El ambiente del cuarto estaba cargado por el olor a ropa mojada, a humo de velas y a sueño. Si se hubiera despertado, habría descubierto que le dolía la cabeza, un anillo de dolor que era más rabioso e implacable detrás de los ojos y en el pequeño valle entre los tendones del cuello.

Victor había dormido, por supuesto. O por lo menos había permanecido quieto durante toda la noche. Pero cuando la luz de la mañana empezó a filtrarse por el cristal encalado de la única ventana, se sentó y gateó hasta el orinal. Se puso encima de él a gatas y abrió las piernas. Orinó como orinan los burros, pero con menos vapor. También tenía la puntería de un burro, así que mojó el suelo un poco. Observó cómo su orina penetraba en la madera y formaba llamativas vetas en lo que había sido una tabla gris y sin vida. Llamó a Em para que fuera a ver los dibujos que había hecho. Como ella no se despertó, irritado, le dio una patada al orinal con el talón, de modo que las triples aguas de la noche se derramaron.

En parte fue un accidente, pero un accidente que le vino bien. Se arrodilló y se balanceó sobre las manos para observar las aguas de la familia mientras éstas buscaban las grietas y los contornos. El olor a manzana cocida de la orina. El verde amarillento del jugo de la vejiga. Dejó que el líquido se hinchase, fluyera y empapara. Lo dejó enroscarse alrededor de los nudos de la madera. La serpiente dormilona de nuevo. Observó cómo la corriente ganaba fuerza hasta que llegó al atolladero de una tabla levantada. Formó un charco; se esforzó por superarlo y luego siguió su camino en una nueva dirección. Casi había llegado al hombro de la tía cuando Victor le tiró del brazo para despertarla.

—¡Agua va! —gritó.

Sus palabras hicieron que la tía se incorporase, alarmada, y mirase a su alrededor, esperando goteras o el día del Juicio Final. Em estaba demasiado cansada para despertarse por una gotera o por el día del Juicio Final. Lo más que pudieron hacer la tía y Victor fue contemplar cómo la orina se iba filtrando mientras Em continuaba durmiendo y tosiendo.

—Será mejor que lo freguemos —dijo la tía al fin—. Trae la lata del agua.

Le vistió con unos pantalones cortos y una chaqueta, sin ropa interior, sin zapatos, y ella se puso el abrigo y el sombrero encima del camisón.

—Vamos a ver si conseguimos una barra de pan tierno también —dijo.

Juntos, bajaron las escaleras, la tía primero, luego Victor, que bajó los peldaños sobre sus posaderas. Dejaron la lata del agua al lado del grifo del patio y salieron fuera. Caminaron por la calle central, que se estrechaba a causa de las puertas de madera del distrito hasta formar una calleja demasiado angulosa e irregular para los carros o las multitudes. Había una panadería dos calles más allá. Las primeras barras del día se estaban enfriando en las bandejas de lata. Los hombres que las vendían por las calles de la ciudad en bandejas planas de rafia se estaban reuniendo para cargar la mercancía y comprobar que todo el pan que se llevaban estaba libre de picaduras de viruela, quemaduras y rajaduras. Las barras con defecto no se vendían, así que los vendedores obligaban al panadero a llevárselas al interior de la tienda. Había disputas. A veces, cuando una barra estaba muy deformada o lo bastante hendida como para merecer el nombre de pezuña del Diablo, el panadero se la arrojaba a las palomas o a los primeros vagabundos que pasaban por allí. La mayoría de las mañanas lo único que tenían para desayunar era el olor, aunque incluso el aroma del pan tierno y caliente llenaba más que los perfumes de otras calles donde había riquezas pero no comida. La suerte quiso que ese día los hornos no le hubiesen fallado al panadero. Su levadura había subido de manera uniforme. La masa no había formado cavernas, ni se había hendido como la pezuña del Diablo, ni se había tostado a parches. Todo el pan parecía bueno y vendible y —tal y como estaba el precio de la harina— también caro.

La tía no quiso llevar a Victor a cuestas, aunque él le suplicó que le subiera a hombros. Le obligó a andar, pero le permitió colgarse de su brazo o cogerse de su mano. Victor parecía asustado por estar en la calle sin permanecer fuertemente apretado contra su madre. Era libre —si quería— de hacer lo que hubiese hecho cualquier otro niño, es decir, correr hacia el olor del pan que les llamaba. Avanzaron por las calles casi vacías, casi diurnas, entre dos olores. El olor del pan y, ahora, detrás de ellos, fuera de la vista, el olor de madera quemada.

Cuál de las princesas volcó la vela o encendió la cerilla descuidada, es difícil saberlo. Las propias chicas culpaban a la que menos les agradaba o bien decían que habrían sido incendiarios pagados por el casero, o algún hombre desdeñado, o unos vecinos rencorosos, quienes habían prendido fuego a las habitaciones del ático. ¿Quién decía que la luz de las velas traía suerte?

Por qué razón había cerillas, velas o incendiarios en la cima de aquel edificio al amanecer, nadie pudo explicarlo fácilmente. Pero lo que era seguro es que había fuego y humo. Cuando la primera de las princesas se despertó, las llamas habían encontrado una avenida de corrientes y se desenrollaban como la lengua de un lagarto por la habitación. Otras llamas menos subrepticias y más simples trepaban por las paredes y lamían las cortinas y la pintura. Al principio el humo era casi blanco, pero luego, cuando el fuego hubo alcanzado los colchones y las ropas de las princesas y hubo acumulado suficiente calor como para pelar la pintura ennegrecida de los alféizares de las ventanas, el humo se hizo más denso y más oscuro. Estaba cargado

con las cenizas y el polvo que habían levantado y agitado las llamas. Su color era ahora más negro que el de la más quemada de las barras de pan. Oía y sabía a caballo recién herrado.

Las princesas, cuando se despertaron o las despertaron con una sacudida, no se detuvieron a comprobar la causa del incendio. Ya casi no podían respirar y una o dos, las más chillonas, se habían chamuscado la garganta. Salieron corriendo, no en busca de agua para apagar el fuego, sino en busca del aire fresco y la seguridad de la calle. La escalera era estrecha. Hubo caídas y roturas. Una chica joven se rompió la muñeca de pedir limosna (e hizo una fortuna gracias a ello durante los diecinueve meses que conservó el vendaje y la tablilla). Otra se rompió el cuello y casi se muere antes de llegar al último escalón. Pero ni una sola de las princesas fue demasiado lamida por las llamas. Ninguna de ellas quedó atrás, acurrucada entre las mantas, para asfixiarse en las cavernas sin aire creadas por el calor. Iban llamando a las puertas a medida que bajaban a los pisos inferiores del edificio. Levantaron a sus vecinos de la cama, pero nadie se sintió obligado a mirar en todas las habitaciones para asegurarse de que no había un gato o un niño dormido a quien salvar. Se limitaron a pasar el mensaje, e inevitablemente los mensajes terminan cuando llegan a oídos sordos o escondidos. Una vez que las refugiadas llegaron a la calle y miraron a su alrededor para comprobar que estaban todas las caras y consolar a quienes estaban ennegrecidos o angustiados, nadie se fijó en que Em no se encontraba entre el gentío. De hecho, algunos juraron que la habían visto allí de pie, con la tía y con Victor, desayunando pan.

Em dormía. Estaba muy cansada y además soñando. El ruido y el humo, dijeron, debió de ser el escenario de sus sueños, de modo que no la amenazaron ni la despertaron. El humo —dijeron y dijeron— habría descendido hasta su habitación desde el ático y se habría enroscado donde ella estaba tumbada y la habría abrazado estrechamente, abrasadoramente, antes de que las llamas bajasen por la escalera. Dijeron que habría soñado su muerte y no habría sentido dolor. Pero ¿quién sabe? Tal vez la verdad sea ésta: Em se despertó. ¿Quién no se despertaría cuando había tanto ruido y anarquía, cuando las maderas crujían y gruñían como Epiménides el Soñoliento, que se despertó, entumecido, malhumorado y furioso, después de doscientos años de sueño? Le escocían los ojos; por los sueños, pensó al principio, pero luego el olor, los hirvientes vapores de la casa, el humo, el tamborileo de las llamas, hicieron que aquella confusión se desvaneciera. Debió de llamar enseguida a Victor y seguramente fue a gatas a buscarle donde creía que estaría durmiendo. ¿Cuánto tiempo tardó en darse cuenta de que él estaba a salvo? ¿O pensó que había muerto? ¿O buscó la oportunidad de salvarse y envió al infierno todo lo demás?

Para entonces el humo era demasiado denso y acre como para que Em pudiese ver la luz de la ventana, oculta por las sombras y el encalado incluso cuando no había fuego. Sólo podía adivinar dónde estaba la puerta. Tal vez encontró la pared y fue palpándola en busca de los vanos de las puertas. Y luego, facultada por un ancestral

sentido de la huida, encontró un paso fácil por las habitaciones de sus vecinos hasta encontrarse con el humo más caliente y nuevo que salía de las pocas maderas que quedaban en la llameante escalera, casi desaparecida. ¿Murió allí, jadeando, boqueando como un pez en tierra, buscando humedad y oxígeno helado y encontrando sólo un gas agrio y abrasado? ¿O simplemente se acurrucó para ahogarse bajo la ardiente y arremolinada manta de humo en su propio cuarto, la vela apagada de su marido derritiéndose en su mano, el charco de orina derramada de su familia deteniendo las llamas por un instante, porque no deseaba vivir sin su hijo? Éstas eran las preguntas que todo el mundo hizo —y respondió— durante un día o dos. Pero nadie ofreció la verdad, o llamó al propietario para interrogarle, o se preguntó por qué las princesas jugaban con fuego al amanecer. Y, por supuesto, nadie preguntó cómo era posible que sesenta y siete personas durmieran en aquella casa de cuatro plantas que había sido construida para diez. Ni cómo vivían sin luz de gas, con sólo tres grifos y dos retretes en el patio. Ni dónde habían encontrado nuevos «hogares» los chamuscados y recalentados desposeídos. Ni por qué nadie fue a dar el nombre o a reclamar el único cadáver calcinado.

No hay que echarle ninguna culpa a la tía. Ella y su sobrino fueron alejados por los policías junto con las demás personas de la multitud. A la policía no le importaba si aquellos a los que alejaban eran mirones del vecindario o residentes. «Váyanse, váyanse», era lo único que decían, como si el drama de las calles fuese un espectáculo privado, acordonado para impedir el acceso a todos salvo los pocos que llevaban la entrada de un uniforme. Allí no había bomberos ni material contra incendios. En barrios como aquéllos se dejaba que todas las epidemias, las revueltas y los incendios siguieran su curso. Se pensaba que allí no valía la pena mantener los edificios, los cuerpos o las leyes. De hecho, un concejal había dicho la semana anterior que lo mejor para la ciudad sería que todas las casas de vecindad fuesen consumidas por las llamas, que todos los pobres conflictivos fuesen dispersados por el calor como los roedores en un incendio forestal, que los barrios miserables de la ciudad fuesen fumigados, cauterizados. «Construyamos de nuevo. A partir de cero», había dicho.

La tía y Victor fueron empujados por la calle de nuevo en dirección a la panadería. Victor lloraba por el susto y el dramatismo del incendio. Quería a Em. Quería a su madre, al instante. Se negó a dar un paso, así que la tía se vio obligada a cargar con él sobre los hombros hasta que los policías juzgaron que habían hecho retroceder al gentío hasta una distancia segura y aséptica. Se volvieron y contemplaron cómo el humo tejía bufandas grises sobre los tejados, con flecos de un naranja desvaído formados por las chispas transportadas por el viento. La tía les preguntó a las princesas que reconoció si habían visto a Em. Pensaban que sí. Pero no estaban seguras. Sí, sí, la habían visto de pie en la calle comiendo pan con la tía y con Victor hacía un momento. No, no la habían visto desde hacía días. ¿Qué Em? No la conocían de nombre.

A la tía no le entró el pánico. Estaba segura de que Em estaba a salvo. Había oído decir que el edificio había sido evacuado. En cualquier caso, el fuego había empezado en las habitaciones del ático y todas las chicas del ático parecían estar bastante bien, aunque no precisamente vestidas para ir de compras o a un baile. Em habría tenido más posibilidades que ellas de despertarse, vestirse, bajar y luego ir en busca de su hermana y su hijo. ¿Qué podía hacer la tía sino quedarse tranquila? Era la mujer más tranquila de la calle. Se alegraba de haberse puesto el sombrero, su baqueteado *cloche*. Ya se sabe que las llamas se comen la paja.

El gentío se hacía cada vez más numeroso, atraído por el humo. Algunos hombres trataban de romper el cordón policial. Vivían en casas cercanas al edificio incendiado. Sabían que el fuego tenía patas y alas y que sus habitaciones y hogares eran los siguientes en la línea. Solamente habían salido a la calle para ver a qué se debía tanto alboroto y, cuando lo supieron, quisieron encontrar un lugar seguro para sus familias. Se vieron expulsados, apartados de sus puertas, espectadores del fuego colonizador.

—Luchemos contra el fuego —rogaron—. Por lo menos déjenos ir a casa para salvar una o dos cosas antes de que todo se convierta en humo.

—Retrocedan —decían los policías.

El capitán no organizó una cadena de cubos ni mandó a buscar a las enfermeras del sanatorio o traer bombas de agua. En cambio pidió policías a caballo y otro camión de hombres. Aquél era su distrito y sabía que unos disturbios en la calle significarían un punto negro en su historial.

Al poco rato había corrido la voz de que el concejal que había recomendado, sólo una semana antes, que las casas de vecindad como aquélla fuesen destruidas por el fuego, se había salido con la suya. ¿Cómo era que la policía estaba allí, al amanecer, y en tal número? ¿Por qué no habían permitido a nadie investigar o tratar de combatir el incendio? La policía, los políticos, los peces gordos y los buitres que querían toda la ciudad para ellos, habían acudido antes de que saliese el sol para hacer una caldera para los pobres. Ya no eran sólo los más impetuosos de la multitud los que se armaron con adoquines y estacas o se pusieron a empujar contra los pechos de los policías. El vecindario —en ambos sentidos— estaba ahora inflamado. Chocaban como falenas contra el cordón de la ley para acercarse a las llamas.

Si había que pelear, aquellos distritos eran un buen lugar para encontrar voluntarios. Los jóvenes que tenían poco que hacer se levantaron de la cama y salieron corriendo a la calle. Los mendigos, los buhoneros, las prostitutas, los desempleados, los jóvenes, los criminales, los hombres y las mujeres con rencores y con principios, en suma la clase de personas que tenían cuentas que saldar con la ciudad y con la policía, se alegraron de sumar sus pulmones y sus músculos al tropel de gente. Las multitudes eran impulsadas desde la retaguardia por rumores y por los camorristas más experimentados, quienes, quedándose atrás, se sentían seguros y golpeaban el aire con amenazas e insultos. Sus maldiciones y sus gritos, arrojados a la revuelta desde la retaguardia, hacían que delante se lanzaran puñetazos, adoquines

y ladrillos.

Los disturbios son como incendios. Resultan más lucidos de noche. Arden en rescoldo y en llamaradas con más espectacularidad cuando el cielo está oscuro. Atraen e hipnotizan. Aquel disturbio de la hora del desayuno duró poco. La ciudad no lo necesitaba. Tenía un trabajo que hacer, unos horarios y unas citas que cumplir, unas horas del día que soportar. Los hombres —y las pocas mujeres— que corrían por las aceras a esas horas camino de su trabajo, sólo tenían tiempo de asomar la nariz en los estrechos callejones donde veían a la policía y el humo y oían las maldiciones del vecindario.

Si aquello hubiese ocurrido al anochecer en lugar de al amanecer, con todas las obligaciones del día ya despachadas, sólo los más inofensivos, los más precavidos, habrían pasado de largo junto al tumulto. Eso es algo que todo mendigo sabe, que las horas del desayuno son horas muertas, que las multitudes proliferan cuando el trabajo está hecho y el tiempo ya no es dinero. Al anochecer, los disturbios se habrían extendido fuera de los estrechos callejones, más allá de las casas quemadas. Habrían cogido alimentos y ropas a través de los cristales rotos de las ventanas. Habrían agredido a los hombres que viajaban en carruajes o automóviles y se habrían apropiado de carteras, relojes, sombreros, y los habrían pagado con palizas. Habrían volcado tranvías e iniciado nuevos y vengativos incendios en distritos donde los residentes eran ricos. Pero estaba amaneciendo, y el rencor aún estaba en la cama. La policía pronto se hizo con el control, utilizando sus caballos y sus porras y su habilidad de perro pastor para dividir al rebaño y aislar a los camorristas de la manada.

Se quemaron cinco edificios. El distrito de Puerta de Madera perdió sus puertas de madera. Pero sólo Em murió. Las tejas y los tablones de la casa cayeron a su alrededor como una vez habían caído los árboles sobre el camino del pueblo, en aquella otra ocasión, también a la hora del desayuno, cuando los vientos habían tensado la memoria y doblado los pinos más altos y más viejos más allá de lo soportable. El sol cayó sobre los adoquines de la calle por primera vez en quién sabe cuántos años. Las casas de vecindad reducidas por el fuego habían abierto un camino para él. Perforó el humo y bailó un vals como la luz sobre el agua cuando el viento juntó, arremolinó y extendió el aire ceniciento.

La multitud estaba ahora apaciguada. Aquellos cuyos hogares estaban fuera de los cordones policiales se fueron a casa. Los infortunados se quedaron donde estaban. Y esperaron. Rezaron para que el viento amainara y dejara que los fuegos se apagasen. Los residentes de los cinco edificios dañados se hubiesen alegrado de ver que el viento y las llamas aumentaban para que su dolor se propagara por toda la ciudad, para que todo el mundo supiese qué significaba despertarse de madrugada en el purgatorio, y sin culpa, y sin la esperanza del cielo como recompensa. Pero no hay justicia pautada para el viento y la lluvia. Y la lluvia cayó bastante pronto. Hizo que las maderas humearan. Apagó los espíritus. Limpió las calles, de forma que los

riachuelos de lluvia que corrían por las cunetas se llevaron la ceniza y el polvo recién posados.

Em había quedado asada y luego empolvada por la ceniza. La lluvia se encargó de prepararla para el entierro. La bañó. La dejó fría y casi reluciente, lista para ser descubierta dos horas más tarde, primero por un par de perros y luego por un sargento de la policía. Al mediodía ya le habían traído una caja. No fue fácil levantar su cuerpo de los escombros, estaba carbonizada. Su carne se desprendía del hueso. La envolvieron en una manta y la alzaron. La mantuvieron en el depósito de cadáveres, metida en hielo y fuera de la vista. Pero nadie la reclamó, así que le dieron sepultura en la fosa común y la inscribieron en el registro como «mujer, sin identificar». La tía seguía estando tranquila. Sabía dónde podía encontrar a Em. En el mercado, por supuesto. El lugar de trabajo de Em. El puesto donde se sentaba con Víctor en el pecho, la palma tendida hacia arriba y cargada de monedas.

—Tienes que andar —le dijo a Víctor—. No soy un burro de carga. ¡Anda! —Le hizo ponerse de pie. Le cogió de la mano—. Vamos. Ella nos está esperando. Camina un poco, luego te dejaré montar.

Victor estaba conmocionado. No por el fuego, ni por miedo a perder a Em, sino por la barahúnda y la dureza de las calles, por el humo y los caballos, por la ira y el llanto, por la extraña mezcla de aspereza y cariño de la tía, por su calma y su premura.

Cuando tenía ochenta años y recordaba aquello, a Víctor le pareció que aquella fue su primera visión sin trabas de la ciudad, que hasta entonces sólo había vislumbrado sus calles. Como máximo había contemplado aquellas dislocadas imágenes campesinas de fruta en carros, verduras expuestas en tenderetes, compradores, vendedores y vagos de bar, de cintura para abajo. No le gustaba lo que veía ahora. Se agarraba a la mano y las faldas de la tía. Tenía las mejillas mojadas. Le temblaba el pecho, en parte por el frío de la mañana y en parte por los sollozos burbujeantes que no podía contener. Caminó, un poco tambaleante, por supuesto. Todavía era pequeño. No era fuerte, y le hubiera gustado estar lejos de allí. Tenía la cabeza llena de visiones del campo: la serpiente dormilona, la fruta que caía, el pequeño rey regresando en un carruaje hecho para llevar melones, la vela de la suerte ardiendo en el escalón, la silla de cumpleaños cuyas patas eran arbolitos y que tenía el respaldo verde y entrelazado como una guirnalda.

Cuando Victor fue mayor y más rico, un hombre de veintiséis años con propiedades y perspectivas y —ya— la mitad de todas las riquezas del Mercado del Jabón en un puño, tuvo tiempo y ganas de buscar en los archivos de la ciudad los volúmenes encuadernados y quebradizos en que se conservaban los periódicos locales. Sabía el año y el mes en que Em había desaparecido. Sabía que se había producido un incendio y aún conservaba el recuerdo, como una instantánea, de estar montado en la espalda de la tía contemplando las llamas y las bufandas de humo por encima de su hombro.

Le llevó una mañana encontrar la minúscula noticia entre los artículos sobre el comercio de la ciudad, los cotilleos y un mundo enloquecido por la guerra. «Cinco casas de vecindad frecuentadas por transeúntes, prostitutas y mendigos fueron incendiadas durante los disturbios de la madrugada de ayer en el distrito de Puerta de Madera de la ciudad. Varios revoltosos fueron detenidos y acusados de agresión y robo a consecuencia de los ataques a la policía, los bomberos y los comercios locales. Los disturbios fueron ocasionados inicialmente, según se informa, por las rivalidades entre grupos criminales. El cuerpo de una mujer no identificada fue retirado de los escombros.» El titular a una sola columna era INCENDIARIOS MADRUGADORES DETENIDOS.

Pero cuando aquello ocurrió Victor no había sentido ninguna aprensión de que su madre pudiese haber sufrido ningún daño. La tía había dicho: «Vamos, nos está esperando.» Su único temor era verse obligado a andar demasiado antes de que la tía le recompensase con el paseo en burro sobre su espalda que le había prometido. Él iba tirando de su mano, de modo que resultaba una rémora para ella. Pero era dura y muy distinta de Em. Los tirones de Victor eran devueltos con tirones más fuertes por su parte. Así su pequeña mano blandamente si él caminaba a su paso. En el instante en que se demoraba o vacilaba ella le estrujaba los huesos de los dedos. «No te quedes atrás», decía. O «Rápido, rápido». Él tenía que correr para mantenerse a su altura. Cuatro trotes de él equivalían a una zancada de ella. Victor raras veces había corrido antes, excepto jugando, y entonces la distancia había sido poco más que de pared a pared en su pequeño cuarto. No se había dado cuenta de la premura y la torpeza de la velocidad, o de lo dolorosa que podía ser.

¿Quién sabe qué sienten las hormigas o las termitas cuando los niños o los coleccionistas matan a la reina? Sus estructuras se derrumban. El suave imán suelta las limaduras carnosas, de modo que incluso las que están lejos del nido y no han presenciado el saqueo de la cámara real o visto la aguja del asesino traspasar a la reina, se vuelven apáticas y desorganizadas en el instante de su muerte. Recordándolo, a Victor le pareció que ese día el mundo era un pandemónium de hormigas, de hormigas sin reina. ¿De qué otro modo podía explicarse las calles de la ciudad, los coches y los tranvías y los carruajes, los sonidos indiscriminados, las

aceras en las que los cuerpos se congregaban y se dispersaban como la nata agitada por un batidor, a la tía, antes tan cariñosa y ahora tan apresurada e implacable?

Mientras arrastraba a su sobrino por los dedos al mercado, la tía estaba completamente segura de dos cosas: que Em estaba en su lugar habitual, que Em había perecido en el incendio. O bien una mezcla horripilante de ambas: que encontrarían a Em, la palma ennegrecida extendida, la espalda chamuscada apoyada contra su árbol acostumbrado en los límites del Jardín del Jabón.

Si hubiesen encontrado a Em, viva y bien, su futuro habría sido el pasado. Habrían regresado a «casa», al campo, en mayo. En el peor de los casos, los muelles y los cojines de un seto frondoso constituyen mejor cama que las ascuas de un incendio en la ciudad. Pero su madre no estaba allí, y la tía no sentía nostalgia por las penas y los placeres del campo. Se pasó todo el día sentada con las piernas cruzadas en el puesto de Em. Le daría a su hermana hasta la noche para resucitar y luego se pondría a buscar, una vez más, un nido. La tía no intentó poner a su sobrino a mamar, ni mendigar a los transeúntes. Dejó que Victor andase arrastrando los pies por el jardín y el mercado a su gusto. Al fin. Le encantó y detestó lo que veía. Se sintió como nos sentimos todos cuando nos dejan por primera vez en el colegio: condenados a una libertad que al principio parece más estrecha y cerrada que la celda que es la familia y el hogar. El mercado le hizo poco caso, excepto para golpearle y magullarle, y sobresaltarle con los ruidos y los colores.

La tía no era una mujer insensible. Adivinó lo peor cuando Em no apareció. Se le humedecieron los ojos a pesar de sí misma. Pero tampoco era la clase de persona que se deja abatir. Aunque Em hubiera desaparecido, hubiera muerto, estuviera perdida, hubiera huido sin su hijo, o yaciera en un hospital de indigentes abrasada y magullada por el humo y las porras, el mundo seguía dando vueltas, el desayuno venía después del amanecer, cagar venía después de comer, y la vida continuaba. Hizo girar su viejo *cloche* de paja. Acicaló las ramitas de rosal silvestre de fieltro, que tenían ya los bordes doblados. Hizo que el ala se rizase y sonriese y puso una cara en consonancia. Se secó los ojos y, concienzudamente, comprobando por última vez que Em no estaba, se fue a buscar a Victor; y luego, con su sobrino montado en la espalda, se encaminó hacia la ciudad.

La fortuna callejera es algo en lo que se destaca la ciudad. El sombrero de la tía (un poco pasado de moda ya), su sonrisa, la carga infantil sobre su espalda, despertaban el comentario de los hombres más dicharacheros que pasaban. Uno de ellos la siguió. Era un hombre más o menos de su edad, pero vestido como si fuera mucho mayor, en un estilo de chulo de bar, con zapatos de charol y botones de cuello, un sombrero flexible, pantalones con raya y una chaqueta a la última moda, con bolsillos sesgados y solapas largas.

—¿Qué es eso que llevas a la espalda? —le preguntó—. ¡Al niño, al ver ese sombrero, le han entrado ganas de dar un paseo en burro!

Ella respondió a la desfachatez con desfachatez. Le dijo que el niño pagaba por su

paseo. Que ella era un tranvía humano.

—Súbete si puedes pagar el billete —le dijo, y le guiñó un ojo—. Hay sitio dentro para alguien pequeño.

—Lo que yo tengo es mucho más grande de lo que te imaginas —dijo él devolviéndole el guiño—. ¿Quieres verlo? Espera un poco...

—¿Cuánto tengo que esperar exactamente?

—¡Qué lengua! —dijo él.

Le llamaban Ratero, aunque se le conocía por muchos otros nombres. Su especialidad eran las multitudes. Metía una mano y se llevaba tu monedero y todo lo que sentías era una sensación de pérdida y una desacostumbrada ligereza en el bolsillo. Era capaz de desabrochar prendedores, sacar relojes de la faltriquera y sustituirlos por piedras de peso equivalente, retirar un billete de una cartera y volver a ponerla en su sitio, dar el cambiazo de un collar por una cuerda, robarte (se decía) las gafas de la nariz. Mala suerte la de la señora que aceptaba una mano tendida de Ratero, la de la que le permitía que la cogiera del brazo para cruzar la calle, o se alegraba de recibir su ayuda para subir el escalón demasiado alto del tranvía. Una mano en el codo dejaba una mano libre para curiosear en el bolso o el monedero. Mala suerte la del caballero adinerado que andaba por la calle cuando Ratero pasaba. Bastaba el más ligero codazo, un tropezón, una disculpa. El hombre no se podía imaginar que sus bolsillos habían sido registrados y vaciados, su dinero para el tranvía y su alfiler de corbata robados, la medalla que llevaba pendiente del cuello birlada.

Al principio, el interés de Ratero en la tía había sido profesional. Una mujer obligada a llevar a cuestas a un niño cansado podría tener un monedero descuidado o, tal vez, un bolsillo exterior que él pudiese rajar con un suave corte de la hoja de su navaja. Cuando se acercó le sorprendió lo joven que era, y pobre, y de su gusto. Le gustaban las chicas del campo, su alegría, su desenvoltura, sus réplicas agudas. Aquélla era rolliza y zarrapastrosa, ésa era la verdad. Debajo del disfraz del *cloche*, podía verse que su frente y sus pómulos estaban secos y picados como la piel de un pomelo. Pero tenía unos ojos serenos, una cara juguetona, una protuberancia en la barbilla y —Ratero, como cualquier otro hombre, tenía fantasías demasiado extrañas como para explicarlas— satisfacía su gusto, su deseo, de chicas con sombrero. Nunca había conocido a una mujer que llevara el sombrero con más coquetería que la tía. Una ojeada a aquel sombrero le había levantado el nabo.

—Por favor, deja que te ayude —dijo—. Yo le llevaré. ¿Adónde?

Ella se encogió de hombros.

—¿Quién sabe?

—¿Cómo se llama tu niño? —preguntó él.

—Victor... y además no es mío. Ocúpate de tus propias patatas. No es asunto tuyo de quién es el niño.

Eso fue lo que dijo, pero otra cosa lo que pensó: Este hombre nos ha sido enviado

para ocupar el lugar de Em. Dejó que Ratero le quitara el niño de la espalda y le levantara en volandas hasta sus hombros.

—¿Adónde? —volvió a preguntar.

Ella le contó todo lo del fuego y lo de Em y cuál había sido su vida; y, contándolo, lo enterró, aún caliente. La vida era demasiado dura y corta para desperdiciarla con los muertos.

Ratero estaba fascinado por la forma en que la tía hacía girar su sombrero cada vez que le faltaban las palabras. Contenía el aliento, como si sus pulmones fueran tan frágiles como la escarcha, cuando ella le contaba cómo los hombres en los bares arrojaban monedas en el ala de su sombrero para ganarse una ojeada a sus piernas. Aquella mujer, estaba seguro, era un regalo del cielo y del infierno. Hizo sonar las monedas robadas en su bolsillo y confió en tener la oportunidad de arrojarlas también.

Su habitación, dijo, estaba cerca. Tan cerca que podía oler la fruta del mercado. Le ofreció cobijo.

—¿Y qué hay del crío? —preguntó ella.

Es verdad, pensó él. El chico es un estorbo. Pero es pequeño. Dormirá. Y cuando duerma, ¿quién sabe lo que puede ocurrir?

Pusieron al niño a dormir y ellos empezaron a trabajar. La tía hizo todo lo que pudo por parecer experta, aunque, a decir verdad, nunca había experimentado aquella intimidad. La conocía, naturalmente, pero sólo en la forma de parloteo cómico, el coqueteo sexual que era preciso para pedirle unas monedas a un hombre, el sonrojo y la quietud que se apoderaba de ellos cuando exhibía sus piernas y vendía guiños e insinuaciones.

Algunas princesas —las prostitutas, las oportunistas— las habían tenido a todas muy divertidas una noche con historias acerca de su clientela. Que un viejo había pagado buen dinero por ver a una chica escupirle en los pies. Que otros querían que les lamieran las axilas («¡Mi mujer nunca me besa ahí!») o pedían entrar por la puerta trasera, o tomaban su placer sazonado con juramentos que habrían escandalizado a los guardianes del infierno. Que a los hijos adolescentes de la burguesía los llevaban sus tíos, padrinos o amigos de la familia a chicas como ellas para que «probaran la fruta», pero con frecuencia suplicaban compasión y proclamaban su inocencia; o lloraban; o no lograban «endurecer el gusano»; o cambiaban de opinión cuando descubrían qué, cómo y dónde; o se corrían en los calzoncillos antes de desabrocharse los botones del pantalón; o se meaban.

La tía estaba preparada para rarezas. Estaba preparada, en realidad, para divertirse. La hilaridad, se deducía de lo que habían dicho las princesas, era la constante del acto del amor, y Ratero había demostrado que le gustaba la diversión. Pero pronto se encontró más asustada que divertida. Los besos de Ratero eran del tipo colonizador. Sus manos —aquellas manos tan acostumbradas a deslizarse suavemente, inadvertidas, en bolsillos, faltriqueras y pliegues— parecían haber

perdido de repente su habilidad. Sus dedos —expertos en aflojar, desabrochar y desatar— temblaban con los cordones del camión que ella llevaba aún bajo el abrigo. Parecía poco hábil con los clips de sus tirantes. Trató de pasar las manos a través de la tela. Parecía incapaz de bajarse los pantalones sin la ayuda de la tía. Su respiración se había vuelto tan irregular y trabajosa que la tía empezó a pensar que sería mejor dejarlo antes de que el pobre hombre tuviese un ataque y su nuevo sueño de irse a vivir con un ladrón urbano bueno y guapo terminase con una muerte. La temperatura de Ratero fluctuaba. Tenía la cara colorada. Su hilaridad, su calculada seguridad —las dos características que le habían hecho tan atractivo para la tía— habían desaparecido. En su lugar había un hombre que no parecía capaz de formar una frase sencilla y que se comportaba con la brusca y desangelada premura de un niño al que se le niega el pecho. De hecho, muy pronto su boca estuvo en parte sobre su pecho y en parte masticando su camión de algodón. Una mano le subió el pesado abrigo y el camión hasta la cintura; la otra mano estaba metida demasiado profundamente, atrapada, debajo de la cinturilla del pantalón, debajo de su ropa interior.

Un suave empujón por parte de la tía habría hecho caer a aquel Ratero como un cochinillo embroquetado al suelo desnudo de su habitación. Pero la tía no estaba de humor para empujones. A pesar de su desconcierto, se sentía complacida de ser el centro de atención, el centro del *ballet buffo* de Ratero. Mantenía a raya su dolor de hermana. Le dejó resbalar sobre el colchón, la cabeza apretada contra su pecho... su abdomen... su entrepierna... sus muslos... sus rodillas. Le dejó meter la lengua entre los dedos de sus pies. Se rió y se rió. No era extraño que las prostitutas fuesen gente tan alegre.

—Desnúdate —dijo él—. Pero no te quites el sombrero.

¿Ven el encanto de las ciudades? Esta aventura no hubiese podido suceder en el prado del pueblo donde la tía y Em habían jugado por primera vez a corre y besa con los chicos. Allí no había carteristas desconocidos y coquetos a los que encontrarse, carteristas con zapatos de charol, con botones de cuello y con habitaciones privadas. Los únicos hombres disponibles eran primos. O hijos de los vecinos. O tontos. Eran tan sólidos y tan apasionados como árboles, tan heroicos y originales como gallinas de granja. Es decir, todos eran aburridos e inocentes; su única intimidad era dormir y cagar. Pero el aire de la ciudad hace libre; y los pollos pueblerinos pueden convertirse en cacatúas callejeras o aves de pelea o pájaros cantores una vez que se han sacudido la semilla del heno de las alas. Así, la tía y Ratero, dos almas pueblerinas que se habían vuelto libres y rebeldes en las calles de la ciudad, ya no podían pasar de largo el uno junto al otro igual que los gatos no pueden pasar de largo junto a un plato de leche.

La ratería y la mendicidad se hicieron menos urgentes. Vivían de amor y cama. Esto les bastó durante algún tiempo. Así que, cuando se despertaban, curvados en su colchón como dos plátanos en un racimo, Ratero respirando a través del filtro del pelo de la tía, ella envuelta como un niño entre sus brazos, con frecuencia no pasaba mucho tiempo antes de que se encontrasen abrazados cara a cara o explorando bajo las mantas en busca de un pecho, un testículo, un michelín. El sexo les servía de desayuno a los dos. Les proveía para todo el día. Unas veces se desayunaban con calma, sin dejar un plato por probar. Otras veces la tía simplemente se daba la vuelta y dejaba que Ratero se introdujera en ella, que resoplara y temblara, durante un minuto como máximo, contra sus nalgas y su espalda. A la tía no le gustaba mucho el desayuno. Su apetito de amor crecía con el día. Pero estaba conforme con dejar que Ratero la utilizara después del amanecer, siempre y cuando por las tardes y por las noches él hiciera lo que ella deseaba.

Todos los días se lavaban con el agua de una jarra que la tía había llenado en la fuente pública la tarde anterior. Se secaban al aire. Se vestían con sus mejores, sus únicas, ropas y salían a la ciudad, no como las cucarachas que eran, sino con entusiasmo y cogidos de la mano. Tenían que comer. La tía se encargaba de eso. Sabía qué vendedores del mercado le darían con gusto fruta magullada, qué panaderías tiraban las barras aplastadas o rotas, dónde se almacenaban bandejas de huevos al alcance de alguien pequeño y ágil como ella, dónde era más fácil arrebatarse el pan o las chuletas del plato de los comensales en los restaurantes.

También necesitaban dinero. La juventud y el amor son derrochadores. En esto la habilidad de Ratero les proporcionaba unos ingresos fluctuantes. Un día afanaba una cartera con suficiente dinero para una semana; y luego pasaba una semana entera en la que lo único que conseguía eran «monederos ciegos» que contenían botones, pequeños objetos, llaves, un frasquito de colonia, pero ni una moneda. Ratero no

elegía bien a sus víctimas. Prefería robar cómicamente para que la tía —testigo desde la acera de enfrente— se divirtiera. No se concentraba. Estaba exhibiéndose. Tomaba como un desafío quitarle de la solapa un broche de cristal y metal sin valor a una mujer de cara severa que estaba cloqueando, y perdía el gusto por el robo lucrativo pero vulgar. La tía satisfacía al predador que había en él. Llegaría un día en que insistiría en que ella se quedase en la habitación cuando salía a trabajar. Diría que la tía malograba su buena suerte. Pero en aquellos primeros meses después de conocerse no le importaba no hacer buen negocio. Un billete o dos, algo de calderilla, sería suficiente para reunir sus manos cuando, dejando a Victor en la habitación con unas mantas por todo juguete, se iban a un bar.

A la tía le gustaba la bebida campesina, clara y barata, conocida entonces como «agua de la alegría», pero ahora, por supuesto, domesticada y embotellada por los magnates de las bodegas y comercializada como Licor Bulevar. No necesitaba mucho para emborracharse. Un trago y apoyaba el sombrero y la cabeza en el hombro de Ratero, la mano sobre su rodilla, el pie encima del suyo. Dos tragos y apretaba sus labios contra la oreja de él y le decía lo que harían para pasar el rato cuando volvieran a casa, si Victor estaba durmiendo. Ella sería una «princesa» y le dejaría comprarla por una tarde. Sería tan dura como una piedra con él. O bien dejarían que se manifestara la imaginación: «Podemos sentarnos uno enfrente del otro y masturbarnos.» O bien: «Vamos a comprar un poco de miel, Ratero. Nos la pondremos y la lameremos. Yo me pondré un poco en los pechos y tú puedes alimentarte de mí...» O bien: «¿Quieres follarme con mi sombrero puesto? Te haré un número. Tú tiras a ver si aciertas y observas. Por cada moneda que caiga dentro del ala, me quitaré una prenda.»

En una ocasión, cuando había estado observando a Ratero afanar monederos a las damas más elegantes de la ciudad, le preguntó:

—¿Por qué no intentas robarme? Como si estuviéramos en una multitud. Te acercas y metes las manos entre mi ropa y tratas de encontrar mi monedero.

Para la tía el texto del sexo, el escenario, los personajes, raras veces se repetían. Sus pasiones eran teatrales. Se daba a sí misma papeles en los que la heroína era más esbelta y con mejor cutis que ella, en los que ella estaba al mando, deseada, insaciable, divertida. En los que podía trascenderse, convertirse en cualquiera de aquellas mujeres distinguidas o atractivas que veía en la calle.

Las princesas estaban equivocadas. *Hilaridad* no era la palabra, aunque la risa era parte del placer sexual. *Euforia* era lo que ella sentía. Cuando ella y Ratero estaban haciendo, escenificando el amor, parecía posible mantener a raya al mundo real. ¡Ella hubiese podido mantener el mundo a raya el día entero! ¿Qué prisa había? ¿Qué sentido tenía precipitarse, como hacen los hombres, en placeres tan sostenibles para llegar al breve y poco fiable momento en que la burbuja se estremece y estalla? No podía comprender cómo Ratero, a la hora del desayuno, se aliviaba tan fácil y rápidamente, de una forma tan poco espectacular. Ésa era su palabra, alivio. «Dame

alivio», decía él. Para la tía no hacer el amor no era la ausencia de alivio, sino enmudecer esa parte de sí misma que encontraba su mejor expresión en el don del amor.

Habían puesto al chico a dormir la noche en que se conocieron y se besaron por primera vez. Por supuesto, aunque estaba cansado y desanimado, no durmió para siempre. Para que la tía y Ratero viviesen la vida que habían elegido, para interpretar aquellos papeles todas las tardes, para pasar horas bebiendo agua de la alegría, necesitaban intimidad, la intimidad de dos, no tres, plátanos en un racimo. Un niño de la edad de Victor era lo bastante mayor como para reprimir cualquier cosa que no fuera un beso. Tanto la tía como Ratero habían comprendido, el día en que se conocieron, que si su pasión recíproca había de hervir y silbar como una tetera y no humear y cocerse a fuego lento en una olla destapada, necesitarían tiempo para sí mismos.

—Pondremos al niño a trabajar —dijo Ratero, harto ya de reprimirse por su presencia—. Echa de menos a su madre y eso le dará algo en que ocuparse.

¿Qué clase de trabajo? La tía levantó una ceja casi hasta el borde de su sombrero.

—El niño casi no puede andar —dijo ella—. Y no quiero que pida limosna él solo. Además, no es más que una criatura, aunque sea grande. Apenas está destetado... no es lo bastante listo... No es fuerte.

—Yo le enseñaré —dijo Ratero—. Las calles están llenas de chiquillos como él, y se las apañan muy bien.

—Pero ¿haciendo qué?

Ratero no lo había pensado, pero ahora tenía que encontrar un plan y encontrarlo rápidamente, además, antes de perder la paciencia con el chico y demostrarlo a puñetazos. Se agarró a la primera idea que se le ocurrió. El chico se labraría un futuro con los huevos.

—¿Qué huevos? —preguntó la tía.

—Los huevos que tú robas de la parte trasera de ese gran almacén.

—Y luego ¿qué? ¿Crees que hará un nido y los empollará?

—Los coceremos, ¿qué, si no?

—¿Qué, si no? Supongo que lo que se te ha ocurrido son juegos malabares o bombas de azufre.

—Los coceremos. Le conseguiremos al chico una bolsa o una bandeja y un poco de sal. ¡Tendrá un negocio en sus manos! Cuando yo era pequeño, ése era el almuerzo en la época de la cosecha, o cuando teníamos que viajar fuera del pueblo. Un huevo duro. La única sal que teníamos era nuestro sudor. Mi abuela nos leía el futuro en las cáscaras rotas. La cáscara te decía cuánto tiempo vivirías. A lo mejor el chico podría leer el futuro también.

—Apenas tiene siete años.

—A los siete años se es viejo en esta ciudad.

Así fue como Victor se convirtió en un vendedor del mercado, un jabonero, a la

edad de siete años. La tía era su mayorista. Entraba a hurtadillas en el almacén donde había robado —pero más modestamente— una docena de veces anteriormente. Iba de noche, después de que hubiesen traído los huevos frescos de la estación, los hubiesen clasificado y colocado en bandejas forradas de paja. Ella forraba una bolsa de muselina con papel, levantaba el único tablón suelto que proporcionaba acceso al edificio desde el callejón de la parte de atrás y entraba cautelosamente en la nave a medianoche.

La primera vez tuvo miedo. Había robado huevos antes, pero sólo uno o dos. Un vigilante que la cogiese no llamaría a la policía o a su jefe por algo que una gallina tardaba un día en hacer. Se conformaría con soltarle un sermón o, en el peor de los casos, exigiría alguna recompensa.

Pero aquella noche quería cincuenta huevos por lo menos, más trabajo de la gallina del que podía atribuirse a «roturas» con un encogimiento de hombros. Si la pillaban y la metían en la cárcel, Victor se quedaría huérfano otra vez. No se fiaba de que su Ratero —que se había quedado como centinela en la calle con Victor dormido sobre su hombro y el sombrero de la tía en la mano— le diese al chico cariño y un hogar. Nunca les había visto tratarse con afecto. Ratero era la clase de hombre que, no habiendo sido nunca un niño querido, pensaba que el contacto y la ternura eran simplemente tonterías con las cuales los hombres podían halagar, ablandar y conquistar a las mujeres. Pero la tía —convencida ahora contra toda razón de que Victor sería *más feliz* si se le dejaba solo, convertido en el vendedor de huevos duros del mercado— se había hecho a sí misma la promesa de que el chico «tendría siempre un techo sobre su cabeza por la noche». Si podía garantizar que estaba seguro y abrigado por la noche, entonces podía apartarle de su mente durante el día.

Era una mujer alegre. ¿Qué sentido tendría fomentar el sentimiento de culpa? ¿A quién beneficiaría que ella y Victor se abrazaran y besaran todo el día y dejaran que sus estómagos vacíos se encogieran bajo el frío? Le parecía, cuando entraba en el almacén, que robar huevos para Victor era el mayor regalo que podría hacerle, porque aquellos huevos liberarían al hijo de Em de ella, y a ella la liberarían de él.

Aquella noche el almacén no estaba enteramente a oscuras. Una luna invernal transformaba en plata líquida los cristales de la claraboya y hacía que la nave pareciese más fría de lo que estaba, como si el techo hubiese sido alicatado con cubos de hielo translúcidos. La poca luz que había hacía resaltar los mil cráneos huesudos y quebradizos de los huevos, las cáscaras absorbían la luz, sin reflejarla sobre su lecho de paja, igual que hongos aflorando desde la tierra hacia el oxígeno.

La tía caminó todo lo suavemente que el miedo le permitía entre las bandejas de huevos y la luz. El olor era fuerte, y también evocador. El excremento de gallinas, la paja, las maderas de la nave, el olor a sal y a semen de la clara y la yema, el aderezo de luz de luna, era patio de granja simplificado, era un campo. La tía cogió sólo cinco huevos de cada bandeja y —contándolos en un susurro mientras trabajaba— llenó su cesta con sesenta huevos. Tenían el tamaño y el peso de unas ciruelas perfectas. Los

únicos sonidos que oía eran los silbidos de Ratero en el callejón —su aviso de que había transeúntes— y, a lo lejos, los alaridos nocturnos de los borrachos y los juerguistas entre los últimos tranvías y refriegas de la noche. No había ratas que la alarmasen. El vigilante seguía durmiendo plácidamente. Pero ella estaba asustada. Los huevos eran fantasmas. Parecían almas o pecados encerrados en una piel esculpida. Robar aquellos huevos helados por la noche hacía que la tía se sintiera como un ladrón de tumbas. Cada uno era alguien muerto y alguien querido. ¿Cuáles eran sus padres? ¿Cuáles eran los aldeanos que vivían cuando nació la tía? ¿Cuál era Em?

No podía moverse. Ratero silbaba sin cesar, de un modo sospechoso y desentonado. Tal vez había policías en la calle; entonces el silbido sólo le traería mala suerte a Ratero. Pero ¿y si paraba?

La tía se agachó al lado de su bolsa de huevos. Una mariposa nocturna levantó el vuelo desde Dios sabe dónde. Una mariposa murciélago, negra, gris y roja. Se posó en el dorso de la mano derecha de la tía. Cerró las alas y descansó sobre su calor. Ningún gran peso, ninguna traba, hubiese dejado a la tía más inmovilizada y sin aliento que aquella mariposa. Entonces Victor se despertó. Ella oyó que Ratero maldecía, luego silbaba de nuevo, una versión más lenta y soñolienta de la danza que había estado intentando silbar antes. Pero Victor no se dejó calmar por aquella falsa canción de cuna. Su vocecilla de grajo se elevó en protesta por la presión de la mano de Ratero, la oscuridad del callejón, su orfandad.

—¡Cállate! —dijo Ratero.

Pero Victor conocía la fuerza de sus pulmones y chilló. Nada le contentaría ahora, estaba solo, a medianoche, en la ciudad. Al día siguiente se ganaría el sustento, al fin un vendedor del mercado. Pero por el momento, para siempre, Em había muerto, los huevos habían sido robados y guardados y la tía estaba agachada en aquel campo de hongos quebradizos, paralizada. No estaba segura de qué era lo que la había clavado allí, si los gritos, los silbidos, o la mariposa. Sólo sabía lo que sabía todo el mundo que había venido del campo a la ciudad: que la medianoche es una hora solitaria y poco generosa, cuando las farolas de la calle ocultan las estrellas.

Cogió a la mariposa murciélago por las alas y la puso sobre los huevos. Tenía que correr el riesgo de volver a salir de la ciudad. Los gritos de Victor, la lenta danza de Ratero, eran lo bastante fuertes y desusados para hacer venir al ejército. Levantó el tablón suelto de la pared y miró hacia fuera. No parecía que hubiese peligro. Salió por el hueco y metió la mano para recoger la bolsa de huevos, luego puso en su sitio el tablón para disimular su entrada. Ratero la había visto ya y dejó de silbar. Victor continuó chillando. A pesar de la hora, el callejón estaba bastante transitado. Hombres, la mayoría de ellos solos, que se dirigían a un burdel con bar donde se podían comprar bebidas y mujeres hasta la madrugada. Pasaban entre el niño angustiado y la ladrona sin un comentario ni una mirada. El delito y la aflicción son los estorninos comunes de la calle. Les importaba un comino.

Un niño campesino de seis o siete años podía trabajar todo el día en la época de la cosecha. Trabajo duro, además; ayudando con los almiarés, arrancando raíces, trepando a las ramas más altas para coger las ciruelas más remotas. Al amanecer con mucha frecuencia era al niño a quien mandaban a cebar a los cerdos o desgranar el maíz para las gallinas. La hija más pequeña tenía el taburete de ordeñar. Al hijo más pequeño le mandaban al anochecer a encerrar la manada o el rebaño, y si volvía a casa con las manos vacías —es decir, si no encontraba leña, setas o nueces— muy a menudo le dejaban sin cenar. «Manos vacías, estómago vacío», era el dicho en el pueblo. Cuando la oveja estaba pariendo o cuando la fruta estaba en todo su rubor, una niña o un niño tenían que mantener a raya a los zorros o a los grajos. Lo único que se necesitaba era una hoguera, un tambor o un cuerno. Un solo niño en cada huerto o en cada prado durante todo el día y la noche hacía el trabajo sin ningún gasto, siempre y cuando estuviera vigilante y no se durmiera. Nadie decía: Abusan de ese crío. ¿Cómo pueden dejar a un niño tan pequeño solo, durante tanto tiempo, con tanto peligro? Más bien al contrario, su infancia parecía ennoblecida por las tareas que realizaban. El trabajo les hacía independientes, sanos, animosos. ¿Por qué, entonces, tanto jaleo cuando trabajaban los niños urbanos? Comparados con los niños del campo, los niños más pobres de la ciudad —sin hogar, abandonados en las calles— tenían una vida fácil. Por lo menos hacían lo que les daba la gana. Si se aburrían de sujetar los caballos de los carruajes por unas pocas monedas, o de vender cerillas, periódicos o sexo, siempre podían tomarse un rato para compartir un cigarrillo con un amigo o sumarse al cardumen de ladrones y mendigos del tamaño de una sardinita que había en el Jardín del Jabón. Podían competir con las palomas por las cortezas de pan, espigar el mercado en busca de frutas desechadas, o jugar con el agua maternal y grisácea del lavadero público.

Los filántropos, por supuesto, hacían todo lo posible por coger al cardumen en sus redes, por colocar a las chicas mejores y más listas en casas donde las enseñarían a planchar y hacer las camas. Hacían lo que podían por apartar a los chicos de sus malas costumbres, sus amigos, sus cigarrillos, sus ropas andrajosas, ligándolos por contrato de aprendizaje a carroceros, propietarios de fábricas, o cualquiera que quisiera obtener trabajo duro sin dar paga. Pensaban que un hospicio era un lugar mejor para los huérfanos que las calles; sin embargo, no podían explicar por qué una vez que sus huérfanos tenían cama, un horario para sus oraciones, una vez que tenían trabajo, comida y una muda de ropa, seguían escapándose para reunirse de nuevo con los estorninos.

La respuesta es dura y simple. A saber: el camino de la miseria y el infierno es muchas veces más divertido, más estimulante, que el camino de la virtud y el bienestar. ¿Por qué, si no, cómo, si no, los niños que atestaban el Mercado y el Jardín del Jabón, entonces y ahora, abrazaban la indigencia de las calles de la ciudad con

tanta audacia y tanto apetito? No deberíamos afligirnos demasiado por Victor, entonces. Por lo menos, todavía no. El mercado era un lugar cordial y ajetreado, más alegre que una habitación de cuatro paredes, más sociable, más nutritivo que los cuatro senos secos y dulces que le habían sostenido hasta el incendio. Se había quedado huérfano por dos veces. No era fuerte. Ni listo. Pero era lo bastante joven como para confundir el infortunio con el orden natural de su vida.

Se sentó, contento, resignado, delante de su bandeja de huevos, exactamente en el mismo sitio —¿dónde, si no?— donde se había sentado y mamado durante tanto tiempo con Em. Tenía la espalda apoyada contra el árbol de su madre. Era una especie de hogar. Aunque su cara no era bien conocida (¿cómo podría serlo, apretada contra la carne de su madre, siempre envuelta y oculta?), sabía lo suficiente acerca de los trucos del oficio como para levantar las comisuras de su delgada boca y anunciar su mercancía con lo que parecían sonrisas inocentes. La verdad era que se divertía. ¿Qué niño al que le faltaran pocas semanas para cumplir los siete años no disfrutaría de tener sesenta huevos exclusivamente a su cargo?

La tía y Ratero fueron sus primeros clientes, fingiendo ser transeúntes casuales. Dejaron caer sus monedas en la mano del chiquillo y se pusieron a elegir un huevo bien cocido con muchas alharacas. Olieron las cáscaras. Dieron golpecitos y acercaron el eco ovalado a sus oídos. Se comieron los huevos allí mismo, agachándose teatralmente para servirse sal.

—¡Joder, qué buenos están estos huevos! —decían a todo el que les miraba—. Vamos, compren uno. Este niño tiene el desayuno más barato de la ciudad.

Victor se alegró de verles alejarse. Quedaba libre de dar vueltas a las monedas en su mano, de mojar un dedo y meterlo en la sal, de mirar las hileras de huevos y estudiar todas las grietas y manchas que habían salido al hervirlos, de esperar en vano que alguien más se detuviese a comprar.

No empezó a vender hasta que abandonó aquel lugar que había sido una especie de hogar para él y se puso a deambular con sus débiles y poco entrenadas piernas entre las mesas de los cafés y las canastas del mercado. Ni siquiera le hizo falta sonreír. No tuvo que vocear su mercancía. «¡Huevos cocidos! ¡Huevos cocidos!» era un reclamo menos elocuente que los propios huevos duros silenciosos. Además, aquello era un mercado. No era preciso aclarar qué hacías allí. Bastaba con exhibir la mercancía. A la hora del almuerzo de aquel primer día de comercio, los cincuenta y ocho huevos habían quedado reducidos a tres. La sal se había acabado. Los bolsillos de Victor colgaban como ubres por el peso de las monedas. No era mucho en valor, pero a los niños les importa más el volumen que el valor. Prefieren con mucho las monedas juguetonas al papel.

Victor se comió los últimos tres huevos. No era habilidoso para quitar las cáscaras y tuvo que escupir las escamas huesudas sobre los adoquines y las baldosas del Mercado del Jabón. Se volvió para regresar al jardín y enjuagarse la boca en la fuente. Pero primero se sintió atraído por el chacoloteo de un hombre delgado como

un palo que vendía zumos de frutas en latas con pitorro y voceaba lo que era de temporada:

—Arándanos, calabazas dulces, naranjas. Zumos frescos. Zumos frescos.

Victor señaló una de las latas. No sabía lo que contenía. El buhonero enjuagó el vaso con el agua de una bota. Sacudió el vaso para que quedara limpio y seco. Con hábiles encogimientos de hombros inclinó la lata y llenó el vaso con un zumo azulado. Cogió una moneda de la mano de Victor. Éste se quedó impresionado, inmovilizado. Estaba disfrutando de la sencilla álgebra de la compraventa que tan rápidamente y tan sin esfuerzo había transformado sus huevos duros en zumo.

Los chicos de la calle hicieron todo lo que pudieron, con amenazas y frágil encanto, para convertir a Victor en uno de los suyos. Tenían sus bandas. Las Mariposas Nocturnas. La Escoria. Los Chicos del Mercado. Los Timadores. Si Victor quería ir cojeando con su carga de huevos entre los puestos del mercado o vendérselos a los clientes del café en el Jardín del Jabón, por lo menos tendría que congraciarse con los chicos y chicas duros que eran los jefes o los generales de la tierra de las bandas. Parecían tan competentes en todo, desde las canicas al homicidio, que ciertamente eran los aliados naturales de cualquier niño que estuviera solo en las calles. Pero Victor había estado enterrado demasiado tiempo. No entendía las cortesías de la vida en la manada. No deseaba hablar con sus contemporáneos, o iniciar relaciones que no fueran comerciales, que no fueran serias, que no sirvieran para ganar algo. Aquellos chicos hacían dinero como viejos endurecidos y lo derrochaban todo en caramelos, juguetes y cigarrillos, no en huevos. Victor encontraba demasiado triviales a aquellos golfillos.

Al principio estos bandidos —ésa es la palabra— únicamente giraban a su alrededor y le daban codazos como si fuera un pececillo dorado en una pecera de cachuelos. Cogían huevos y le apedreaban con lo que no se comían. Le daban patadas en las espinillas. Le pusieron un mote. Le atormentaban llamándole «Vic el Bobo», o bien el Ganso, porque andaba tambaleándose y tenía muchos huevos. Le dijeron que tenía que unirse a la banda, o pagar, o dejar el mercado, porque si no... ¿Si no? Apretaron sus puños contra su cara. Le laceraron las muñecas retorciéndolas a la manera china. Le tiraron la bandeja para que los huevos se rompieran sobre los adoquines. Se proponían ilustrarle sobre qué podría pasarle a un chico solo que no se ganase la aprobación de la banda.

Victor no entendía qué le querían decir con los golpes, los retorcimientos de brazo, las amenazas con puños y cuchillos. El lenguaje de ellos no era el suyo. ¿Qué significaba la violencia? Solamente entendía que había un caos en las calles más apremiante que el protocolo de las bandas. Cada día traía sus incertidumbres. Tal vez que lloviera. Que nadie quisiera almorzar huevos ese día. Que quizá hubiese una amabilidad gratuita por parte de un comerciante que le daría una pera dañada o le pagaría unos huevos con demasiadas monedas sin pedirle el cambio. Que fuese un día de fiesta, cuando no venía nadie, el mercado y los cafés estaban cerrados, los

adoquines y el cielo se encontraban próximos e indiferentes, como la sábana y el colchón en una cama vacía. Lo encajaba todo. Su trabajo consistía en vender en las calles. Los huevos pasaban por sus manos como las cuentas de un rosario. Ninguna tortura china, ningún puñetazo, podían desviarle de su tenacidad blindada. Todavía no comprendía el poder del dinero. Cuando volvía al cuarto de Ratero por la noche aceptaba que le vaciaran los bolsillos y se quedaran con todas las monedas como «pago por los huevos de mañana». Tenía que aprender un álgebra del comercio más extraña y más dura que la que le proporcionaba zumo de arándano; es decir, que toda su paciencia y su trabajo en las calles podía transformarse tan rápidamente y con tan poco esfuerzo en cervezas y otros lujos para la tía y Ratero. Él era el intermediario, el anzuelo comercial, y le estaban sacando el jugo.

Por supuesto, la tía ya no entraba a hurtadillas por la noche en el almacén para robar huevos para Victor. Habían bastado tres días para que el capataz observara que desaparecían huevos al azar, y que desaparecían por la noche.

—¿Crees que los están incubando los murciélagos? —preguntó—. ¿O crees que nos están robando?

Él y el vigilante encontraron el tablón suelto y pusieron una trampa. Se sentaron en unos taburetes detrás del tablón de entrada con palos sobre el regazo. Compartieron una botella de aguardiente y cenaron en silencio cerdo y pan. Uno se adormiló mientras el otro mantenía la vigilancia.

A medianoche llegó la tía, un poco más lenta y fortalecida por el alcohol. No le apetecía forrajear entre los fantasmas ovalados. Pero era dinero fácil y Ratero era demasiado alto y elegante para forrajear por sí mismo. Se habían asombrado de cuánto había ganado el pequeño Victor el primer día. Había hecho lo suficiente como para ganarse una especie de abrazo de Ratero. No bastaba para comprar ropa buena o comida en los restaurantes. Pero al volverle los bolsillos del pantalón sí sacaban lo bastante como para (la frase campesina de nuevo) «sacar el vientre de pena».

La tía tenía demasiada prisa para quitarse el sombrero. Su baqueteado *cloche*, tan querido, encajaba en su cabeza tan justo como el casquete de una bellota. Ratero le hizo señas de que el callejón estaba despejado. La tía empujó el tablón suelto con el pie y metió el sombrero y la cabeza por el hueco. El capataz, lleno de autoestima y de cerdo, se despertó a tiempo de ver cómo el palo del vigilante entraba en contacto con la paja. El sombrero de la tía cayó al suelo, pero —buen amigo que era— paró el golpe. Su cabeza volvió a la ciudad. Se rasguñó la barbilla con la madera. Se irguió y echó a correr. Aunque hubiese podido marcharse paseando. El tablón suelto era demasiado estrecho. El capataz y el vigilante abultaban el doble que la tía y tuvieron que conformarse con aquel trofeo baqueteado, aquel viejo *cloche* de paja, aquella alegría que ahora no tenía cuerpo que alegrar.

¿Qué podían hacer Ratero y la tía ahora? ¿Qué podían robar? ¿De dónde podían sacar los huevos para la venta del día siguiente? La tía cogió el dinero que Victor había traído a casa. Hizo sus sumas y le mostró a Ratero cómo salían las cuentas

poniendo cerillas en el suelo. Comprarían los huevos a un pollero como ciudadanos intachables pagando religiosamente su precio. Huevos baratos, quizá, no absolutamente frescos, pero tampoco podridos. Los cocerían y despacharían a Victor para venderlos en el mercado a tanto cada uno. Por diez cerillas gastadas ganaban quince cerillas. Y por quince cerillas sacaban más de veintidós. Era seguro y legal... y lucrativo, siempre y cuando los huevos estuvieran de moda. Si la tía pudiese recuperar su viejo sombrero o comprarse uno nuevo, la pareja volvería a estar contenta.

Casi fue así. Al principio le proporcionaban y le preparaban los huevos, y Victor los vendía por la calle, pero pronto se aburrieron de cocer los huevos, de cuatro en cuatro, en su único pote. Le dijeron a Victor: «Éste es tu trabajo.» Así que se los compraba él mismo al pollero. Aprendió a contar el dinero y a pagar. Mendigaba carbón o encontraba madera con la que alimentar el fogón del cuarto de Ratero. Cocía los huevos él mismo y ponía más cuidado del que habían puesto nunca la tía o Ratero en mantener las cáscaras intactas y limpias. Compartían los beneficios, pero él guardaba su mercancía fuera de la vista. Apenas se hablaban. Apenas se veían. Cuando Ratero y la tía volvían por la noche, Victor estaba acurrucado con dolor de estómago y sueño. Los huevos que comía todos los días le habían producido estreñimiento. Sus tripas estaban infladas de gases, tan duras y biliosas como serpientes saciadas. Sus pedos eran tan ruidosos y regulares como las campanadas de un reloj. Aquél era el peor de los olores. Pero había otros: los horribles efluvios que producían los huevos al cocerse, el acre olor a tejón de los huevos rotos y podridos, el olor empalagoso de las cáscaras. Los tres tenían pesadillas sulfurosas, sulfuro en la ropa, azufre en el aliento. Era como si durmiesen en el Etna o dentro del cráter de alguna solfatara decapitada como un huevo pasado por agua. El olor era dulce, picante y molesto. Las tripas de Victor gemían como salchichas no pinchadas sobre las ascuas. La tía no roncaba, pero resoplaba y zumbaba durante toda la noche como si no se atreviese a manchar sus pulmones respirando hondo aquel aire.

Ratero apenas dormía. Se pasaba toda la noche en la calle. Anhelaba volver a meter las manos en los bolsillos de los desconocidos. Ya no le apetecía hacer el amor con la tía, ni beber con la tía, ni la tía sin sombrero. Una noche no regresó. Se había buscado la vida en algún otro lugar de la ciudad. Entonces la tía —su juicio atolondradamente ofuscado por la soledad— encontró otro hombre. ¿Y el hijo de su hermana? Le dejó con sus cosas, abandonado, en lo que había sido el cuarto de Ratero y ahora era el de Victor. Aquéllos fueron los primeros días de una vida solitaria.

Cuando Victor tenía ochenta años no recordaba la cara de su madre, ni la de su tía, ni la de Ratero. Pero sí recordaba la sombrilla, el *cloche*, los zapatos de charol, los botones de cuello. Recordaba el carrito pintado cargado de verduras y melones en el que Em le había prometido que algún día se irían los dos hasta el borde de la ciudad donde empezaban los árboles. Recordaba el cabo de vela gris de su padre.

Él no hablaba de estas cosas; aunque los adoquines y los ladrillos de la ciudad y del mercado acumulaban todos los primeros años de su vida como los muros acumulan musgo, y las osmóticas habladurías de la ciudad habían incorporado su vida y se la pasaban a cualquiera que tuviera tiempo para escuchar. El propio Victor, cuando llegó a ser un hombre de posición, tenía una sola historia pública de aquellos días de pobreza y huevos mostrencos. Era la historia que contaba cuando no podía escapar a sus obligaciones de hombre de negocios millonario y se veía obligado a dar una charla en el Club del Comercio, a hablar con alguien de la radio o de la prensa financiera, o a escribir unas palabras para la pequeña revista que editaba su empresa.

Sabían que había empezado con los huevos. Pero ¿y luego? ¿Qué le había impulsado hacia adelante y hacia arriba, qué le había hecho dejar los huevos, aparte de los retortijones y la flatulencia? ¿Cómo era posible que un niño tan pequeño hubiese tenido la visión de diversificar su actividad de los huevos a huevos y fruta y pan y queso, de mejorar su bandeja con adornos, luego con ruedas, hasta que la cambió por una carretilla? ¿Dónde encontraba la energía, el entusiasmo, para vaciar su carretilla cuando había terminado el día de venta y alquilarse a sí mismo con ella para traer productos de la estación por poco dinero, hasta que tuvo dos carretillas, cinco, veinticinco, y diez chicos a sueldo, y puestos de frutas de su propiedad, y empresas de empaquetado, y granjas y, finalmente, antes de cumplir los cuarenta años, todo el Mercado del Jabón?

¿Por qué no se detuvo cuando fue coronado el Rey de la Fruta de la ciudad? ¿Por qué luchó para fundar firmas de importación y exportación, empresas de transporte y fábricas de conservas, para construir el Gran Vic, para extender su fortuna por toda la ciudad y por todo el mundo, de forma que cada limón que alguien de la ciudad exprimía en su té hubiese sido empaquetado como semilla por una empresa de Victor y hubiese crecido en un suelo, hubiese sido cosechado en una plantación, enviado en camiones, trenes y barcos, facturado en oficinas y vendido en puestos del mercado que pertenecían a Victor?

«Cuida tu árbol y obtendrás buena fruta», solía decir. O bien: «Yo nací en el campo, y la gente del campo siempre reinvierte las semillas.» Ambas eran frases que había tomado de su empleado llamado Rook. Pero aquella única historia de su pasado que contaba siempre Victor no era obra de Rook. Era del propio Victor: una tarde — tenía nueve o diez años, la tía y Ratero ya habían desaparecido, y él seguía sobreviviendo a base de huevos cocidos— terminó como de costumbre en los restaurantes y los bares del Jardín del Jabón. Los huevos cocidos iban bien con las jarras de cerveza, pero había aprendido que era inútil ofrecerles huevos cocidos a quienes bebían el vino favorito, de color rojo arcilla, o pedían café. La malta y los huevos no combaten en la boca, pero los huevos con café o con vino destruyen el sabor y el olor de ambos.

Había un hombre que casi siempre le compraba tres huevos y se los comía sin pausa, bebiese cerveza o vino o café y copa. Pagaba un poquito más porque Victor le

pelase los huevos. No tomaba ni pizca de sal. Mojaba los huevos en el azucarero. Partía por la mitad cada huevo a lo largo con los dientes y luego consumía cada mitad con la boca abierta y sin preocuparse mucho por el espectáculo y la suciedad. No estaba claro qué clase de hombre era. Se sentaba solo, aunque todos los que le servían o pasaban a su lado le mostraban deferencia. Era tan gordo que llevaba bastón, no porque le faltase fuerza para soportar su peso, sino simplemente como medio de mantener el equilibrio cuando tenía que sentarse o subir una escalera o —cosa verdaderamente rara— echarse a un lado. Su bastón era de ébano, con puño de plata, no ostentoso, pero elegante, y tan robusto como un garrote. El arabesco grabado en la plata mostraba las huellas de la suciedad de la ciudad, el verdín y —¿quién lo dudaba?— la sangre seca.

Decían que era propietario de casas, un chulo, un hombre que había sido cónsul en el trópico y había hecho una fortuna con el oro, o los esclavos, o el tráfico de armas, un empresario, un falsificador, un cantante de ópera que había dejado de cantar desde que un escándalo o una aventura amorosa le había silenciado, un policía disfrazado. Apenas pronunciaba palabra. Ocupaba su asiento habitual en el margen del café más próximo. Era un asiento que no le exigía tener que pasar por los estrechos espacios entre las mesas, las sillas y los clientes. Se bebía sus copas. Se comía sus huevos. Se leía su periódico y sus revistas. De vez en cuando anotaba algo en un libro encuadernado en gris. Sostenía su bastón como si fuese un pastor atento a la oportunidad de alejar a un cuervo o un perro. Evitaba saciarse con el exceso.

—Nunca supimos su nombre, ni qué hacía —decía Víctor—. La única certeza acerca de ese hombre era que merecía respeto.

Así que Víctor era muy cuidadoso. Se aseguraba de que los huevos que le vendían fuesen frescos y estuviesen limpios y libres de cáscaras. Colocó, como de costumbre, los tres huevos pelados en el platito de metal para la cuenta y la propina que el camarero había puesto —aquella noche balsámica— junto a un vaso de cerveza, y esperó a que le pagara con dinero suelto. Siempre había una espera. A un hombre gordo le resulta difícil pescar su monedero o las monedas de sus bolsillos del pantalón o la chaqueta. Su mano derecha estaba atrapada en un bolsillo cuando alguien le golpeó desde atrás. La mesa se estremeció. ¿Y la cerveza? Se derramó un poco y habría caído de la mesa si el hombre gordo, con la velocidad y la delicadeza de la lengua de un lagarto, no hubiese alargado la mano libre para sujetarla. Se volvió lo mejor que pudo. Su cuerpo no se volvió, sólo la cabeza y el cuello. Su silla y su espalda recibieron otro golpe y esta vez la cerveza y el vaso estuvieron en el suelo antes de que su mano pudiese volverse. Los huevos comenzaron a resbalar por encima de la mesa, su paso facilitado y lubricado por la cerveza. Forcejearon en el borde de la mesa como nerviosas burbujas en un desagüe, cayeron y luego los golpes y las rajas los dejaron tan insípidos como los adoquines.

El gordo no recibió el tercer golpe. Dos hombres que se estaban pegando, uno empujando con dedos rígidos y espuma en la boca, el otro retrocediendo e intentando

defenderse con patadas, hicieron que la mesa girase sobre una pata y luego volcase con las patas hacia arriba encima de los huevos y la cerveza. A juzgar por el chorro de amenazas e imprecaciones que intercambiaban, sus diferencias sólo podrían resolverse con la muerte de uno de ellos.

Eran vendedores del mercado, socios, vecinos, amigos de toda la vida, y aquello por lo que se peleaban no valía un escupitajo, y mucho menos las andanadas que los dos, ahora fuera del alcance de las manos, se estaban soltando el uno al otro por el aire.

El más joven había hecho unos comentarios chistosos con los clientes del más viejo, aquel cuyos dedos eran tan certeros y rígidos en la pelea. Les había dicho, medio arteramente y medio en broma, que los productos de su vecino no eran frescos.

—Hoy vende fósiles y antigüedades —había dicho.

El vecino juraba que aquella estupidez, aquellas mentiras, le habían hecho perder dinero. Y más. Y peor. Estaba seguro de que, mientras él estaba en Babia, el más joven se había embolsado el dinero de unas cebollas que habían adquirido juntos como socios y cuyos beneficios debían compartir. No escuchó la defensa de su amigo: que «mientras estaba en Babia» quería decir «mientras se llenaba de alcohol, mientras dejaba que el negocio, cebollas y todo lo demás, se fuese al carajo». Había otras cien microscópicas irritaciones entre los dos hombres, que con el repentino calor de la ira bullían y medraban como virus.

—Vete a comer mierda —dijo uno.

El otro levantó el dedo meñique en un gesto que pretendía indicar desdén y luego dijo con débil dignidad:

—No volveré a hablarte nunca.

El gordo se llenó los pulmones e hizo presión sobre el bastón. Los nudillos se le pusieron blancos. Parecía como si estuviera a punto de demostrar que podía matar a aquellos dos con un solo golpe de plata labrada. Pero sólo estaba agarrándose para poder levantarse. Una vez de pie —y una vez que los dos adversarios se habían calmado y estaban observándole— metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una cartera. Tomó de ella un billete. Lo desdobló y lo sostuvo en alto, teatralmente, para que todos lo vieran. Era un billete azul de cinco mil. El sueldo de dos meses. Lo suficiente para comprar un buen caballo, lo suficiente para comprar mil huevos. El gordo dobló el billete por la mitad, a lo largo, exactamente como cortaba sus huevos, y lo rasgó con cuidado por la raya. ¿Qué era, pues, el gordo? ¿Un prestidigitador? ¿Prendería fuego a las dos mitades, o se las comería y luego las haría aparecer de nuevo enteras? ¿Era un billete auténtico? ¿O era falso?

No se movía nada en el Jardín del Jabón. Incluso los camareros, las bandejas en alto, se habían quedado paralizados donde estaban. Victor no era el único que no había visto nunca un billete tan grande. ¿Qué clase de hombre partiría en dos semejante riqueza?

El gordo abrió los brazos y los extendió, medio billete en cada mano. Su voz era a

la vez burguesa y corriente. El más joven fue el primero en dar un paso adelante. No miró al gordo a los ojos. Se concentró en la media fortuna y en el bastón, esperando algún truco con los dedos o un golpe bajo e incapacitante. No tenía por qué temer. El rígido pedazo de papel azul pasó a su mano con sólo una ligerísima reticencia cuando la impresión en relieve se pegó a la piel húmeda del gordo.

El más viejo de los dos también se mostró reticente. Reconoció el juego del gordo. Él tenía hijos y sabía que los padres resolvían las trifulcas con trucos semejantes. Partían por la mitad una barra de jengibre y dejaban que los niños chuparan hasta que se les pasara la rabieta. No obstante, media barra de jengibre tenía valor por sí misma. Sabía igual de bien en pedazos. Pero ¿y medio billete? No podía expresar exactamente en qué consistía el truco; sin embargo, no le cabía duda, mientras miraba al gordo y a su vecino sosteniendo media fortuna en las manos, de que sería un imbécil si se iba. Más le valía coger medio billete. Dar media vuelta no parecería bueno ni sensato. El orgullo no permitía a un vendedor del mercado poner en peligro aunque sólo fuese media oportunidad de obtener dinero por azar, sin ganárselo.

No se movió. Alargó la mano con la palma hacia arriba. Como un maldito pordiosero. Que la riqueza fuese hasta él. El gordo no era orgulloso. No le importaba dar un paso o dos. Dio tres. Repartió su peso sobre ambas piernas y apoyó el bastón en una silla. Hizo una bola con el medio billete, desdeñosamente, con estudiada ironía. La dejó caer en la palma tendida y plana. Luego cogió la mano del vendedor con las suyas y le cerró los dedos en torno a la bola de papel.

—Ahora hablen —dijo el gordo.

Ambos vendedores se sintieron más ridículos de lo que se habían sentido nunca desde que eran adolescentes. No se demoraron. Tampoco se marcharon, por supuesto, cogidos del brazo, sus dos medias vidas ya entrelazadas. Desaparecieron como gatos, la cabeza y los hombros gachos, las orejas alerta, la piel erizada. No se hablarían esa noche, pero ¿quién podía poner en duda que al día siguiente intercambiarían sonrisas y luego apretones de mano? Verían la utilidad de volver a ser socios.

El gordo no se quedó mirándolos mientras se alejaban. Esperó un momento, apoyado en su bastón, mientras tres camareros ponía las sillas y la mesa en su sitio, secaban la cerveza y barrían los huevos aplastados. El propietario en persona le llevó otra cerveza, de la mejor.

—Es por cuenta de la casa —dijo, agradecido por los daños y el alboroto que el billete azul había evitado y agradecido también por los sabrosos disparates que habían presenciado.

El gordo empezó su cerveza, nada preocupado, al parecer, por la disputa a la que había puesto fin ni por el dinero que había perdido. La inexpresividad de su cara decía: ¿Cinco mil? Eso es una bagatela para un hombre como yo. Echaría cien como éstos al viento con tal de poder tomarme mi cerveza y mis huevos en paz y tranquilidad. Entonces levantó la vista. La idea de los huevos le había hecho alzar los

ojos y pasarse la lengua infantilmente por los labios.

Victor estaba de pie en su lugar habitual. Hipnotizado. El gordo levantó tres dedos. Victor seleccionó tres huevos más. Rompió las cáscaras por el extremo más ancho y los peló hasta dejarlos blancos y desnudos. Trajo el azúcar de otra mesa. Se quedó parado y cogió las monedas de las manos del gordo. Tenía la esperanza de que partiese un billete por la mitad para él. No era lo bastante mayor como para haber comprendido plenamente lo que había presenciado: los inestables e inadecuados artilugios, los artificios, las estratagemas de la riqueza, su piedad, su fraude, su burda astucia. Pero, con el tiempo, lo entendería todo y lo convertiría en sus sagradas escrituras.

—El hombre gordo me enseñó —explicaba Victor a quien deseaba oírle o leer la complicada moraleja de su anécdota— que el dinero habla.

No sabía que semejante observación era vieja y enormemente sencilla. Ni que sus variaciones de dicha observación —tales como «El dinero es un pacificador» y «El dinero es músculo»— eran simples complicaciones de la verdad. Lo que el hombre gordo había exhibido era cinismo, si el cinismo es el truco de que parezca que juegas con el azar y el peligro sin correr ningún riesgo. El dinero no tiene tacto moral. Es verdad, los ricos tienen el poder de intervenir, de sanar y de dañar a su gusto. Arrojan dinero al ruedo y contemplan el drama en que convierte las vidas de otras personas. Y más aún, tienen el poder, si lo desean, de permanecer tan callados y discretos como monjes. Los ricos —y éste era el sueño no reconocido de Victor— pueden, sencillamente, construir una muralla, una fortaleza, un escudo de riqueza más allá del cual los dramas del mundo pueden seguir su curso sin ser observados.

Victor, hasta entonces —tenía nueve o diez años—, había llevado una vida no exenta de dramatismo del tipo trágico. La desgracia de la muerte de su padre. El viaje a la ciudad. Las noches bajo la sombrilla. El incendio. Los días con la tía y Ratero. La liberación y la tiranía de los huevos. El suyo era un cuento moral, un ejemplo de lo miserablemente que les puede ir a los niños pequeños de este mundo. Alguien podría escribir un libro acerca de sus primeros años y hacer que representase todos los infortunios de nuestra ciudad. No era de extrañar, por tanto, que Victor deseara entonces algo más mundano que la pobreza. Que deseara ser un hombre gordo protegido de la ciudad por el contenido de su cartera. Con eso buscaba lo mismo que buscaba Joseph décadas más tarde. Es decir, intimidad. Se veía a sí mismo, más viejo y rico, comiendo solo en un lugar público. A veces era un restaurante de la ciudad, otras veces era una mesa en el campo, con pollos y con árboles. No había ningún ruido salvo el sonido de los cubiertos contra los platos. Se sentía completamente tranquilo y sin miedo. Ninguno de los que le rodeaban estaba lo bastante próximo como para decepcionarle o traicionarle. Un camarero, pagado para hacer su trabajo, era lo que necesitaba. No necesitaba ni quería una familia o amigos. No necesitaba el calor de la compañía o la conversación, o la seguridad de las alabanzas. Nadie podía ir a hacerle torturas chinas. Nadie podía fallarle ni desaparecer. No había ningún

consuelo que no pudiese comprarse. No había ningún problema que él no pudiese resolver partiendo billetes por la mitad. ¿Qué es más elocuente y tranquilizador que un escudo de riqueza privada?

Así que Victor —casi a propósito— se convirtió entonces en un chico carente de dramatismo. Tenía su habitación, su trabajo, sus rutinas callejeras. Tenía ambición también, pero nada que sirviera para hacer una gran ópera. Ponía los ojos cuidadosamente en objetivos a su alcance: un aumento de las ventas de huevos, un puesto en el mercado, un huerto y un prado, una furgoneta, algunos empleados, unos libros de contabilidad y una mesa de despacho... Se decía a sí mismo que, cuando estuviera más seguro, pondría a prueba la magia del billete partido. No de cinco mil, naturalmente. Era de naturaleza apocada. Un billete de cien, quizá. Pero ese día no llegó nunca, a pesar del dinero que hizo. ¿Porque nunca se sintió seguro? ¿Porque era tacaño y poco aventurero? Ésa era la opinión de la ciudad. Nadie esperaba que un hombre así —y tan tarde en la vida— bajase sus defensas por un momento y arrojase su dinero al ruedo.

**Tercera parte**  
**La ciudad de Victor**

# 1

Era el lunes después de que Victor —confinado toda su vida entre el pezón y la bolsa— hubiese celebrado ser viejo con un almuerzo de cumpleaños a base de pescado cocido a fuego lento, aire fresco y acordeones. Era el lunes después de que se hubiese enfrascado en su última, su primera, su única fantasía *cívica*, exhibir al fin públicamente su riqueza privada construyendo un mercado digno de una mendiga y un millonario. Faltaba poco para que fueran las nueve de aquella mañana lluviosa y ventosa, y Victor el Insomne, un jefe que normalmente estaba en su despacho poco después del amanecer, no aparecía por ninguna parte.

Rook, con Anna a su lado, recorrió los dos kilómetros de adoquines, piedra y asfalto entre su apartamento y el paso debajo de la Autopista de Enlace Roja. La mano de Anna estaba en su brazo. Parecían tan libres de temor como amantes que tuvieran la mitad de su edad, convertidos en adolescentes por el consuelo —inesperado, retrasado— de la carne sobre la carne. Nadie pensaría que aquellos dos —aquel hombre canoso de pecho de gorrión, aquella mujer tibia y blanda como un bollo— fuesen marido y mujer. Tales galanteos, tales arrumacos mutuos, son propios de romances entre bisoños. Los más maduros están más avergonzados, menos asombrados y embelesados por la suerte del amor. Aquellos dos pichones que iban por la calle no eran un matrimonio. Su circunstancia estaba clara: aquello era un *grande affaire* fuera de estación entre dos personas casi lo bastante viejas como para ser demasiado viejas, demasiado pasadas para semejante amor público. «Pasada» es la palabra que los cultivadores usan para designar una pera, y otras frutas de carne blanda, que han madurado pero, aunque conservan su color y su forma, pronto empezarán a ponerse pardas y a pudrirse, a perder su aroma y su lozanía. Probar tales frutas es probar el sabor picante a caza de la edad madura.

Mientras cruzaban la ciudad en diagonal, entre el tráfico y las multitudes de la hora punta, bajo el edredón ocre de las nubes, Rook y Anna parecían fuera de lugar, jueguistas de domingo sorprendidos por la luz de la mañana del lunes. Las personas solas y apresuradas que caminaban por la calle, con el sabor de la pasta dentífrica y el café en las encías, con un día de trabajo por delante ante una mesa de despacho, un telar, una caja registradora, les abrían camino, como si una pareja tan absorta y despreocupada tuviese derecho de paso, igual que los yates, por un canal sin obstáculos en medio de la acera. Todos nos mostramos deferentes ante las parejas, ¿no? Un hombre y una mujer cogidos de la mano pueden hacer que el más duro de nosotros se eche a un lado, pueden detener un tranvía.

Aquella pareja no tenía prisa. No estaban hambrientos de sus mesas de despacho ni deseosos de sus colegas y sus teléfonos. Se cogían de la mano, del brazo, del codo y la muñeca. Se cogían por la cintura. Y cuando llegaron al paso subterráneo —justo en el sitio donde Rook había utilizado sus llaves y sus puños y donde las hojas de laurel aplastadas aún se movían agitadas por la corriente— aprovecharon la soledad y

la penumbra para besarse. Una vez que llegaron a la ventosa galería comercial, sin embargo, se separaron dejando un metro entre ellos y caminaron en paralelo. El fin de semana pasado en el apartamento de Rook había sido refrescante para ambos. Apenas abandonaron la cama de Rook durante el día, y luego, por la noche, se echaron a las calles y los bares para reponer energías con el temerario alcohol de las multitudes, el afrodisíaco de la bebida, para volver a hacer el amor. Sin embargo, ahora andaban públicamente, castamente, por las baldosas de mármol de colores. No era prudente amar demasiado públicamente. A saber quién podía estar observándoles desde el invernadero del piso veintiocho o a través de las ventanas ahumadas de su suite de oficinas. A saber si a Victor —aquel hombre desapasionado y carente de amor que al parecer nunca había probado los lujos de apretar piel contra piel, que no podía entender los placeres del muslo, la lengua, el abdomen, el seno— le parecería mal tener dos amantes en el Gran Vic.

La galería comercial era una hábil preparación para el vestíbulo del bloque de oficinas. Enfriaba y encogía a los peatones. En ella resonaba el taconeo de los zapatos, los portazos de los taxis, el suspiro de los conductos de ventilación. El brillante revestimiento de ladrillo, las columnatas cubiertas de espejos, los claustros como nasas que llevaban a los palacios financieros y a las oficinas de los agentes de cambio y bolsa que eran allí los inquilinos, no invitaban a la indisciplina y la holgazanería. La misantropía de la galería comercial dejó mudos a Rook y Anna, igual que la profunda y fresca sombra de las coníferas silencia a quienes salen de un prado. No hablaron. Incluso se ruborizaron un poco, como si adivinasen que su intimidad del fin de semana no podía ocultarse allí. Su entrada en el Gran Vic fue incómoda también; la cara de Anna estaba un poco demasiado serena y los saludos de Rook —que no fueron contestados— al personal del vestíbulo, los porteros uniformados, fueron demasiado alegres para esa hora del día. Compartieron —un ápice demasiado torpemente— un segmento de las puertas giratorias del Gran Vic. Compartieron el ascensor durante veintisiete pisos. Pero una vez que llegaron al vestíbulo de las oficinas se encaminaron a sus mesas como si el único amor que compartían fuese el amor al trabajo.

Rook estaba de un humor excelente, y por buenas razones. Se sintió aliviado al ver que su mesa estaba, por el momento, vacía. Normalmente, a esa hora del lunes Victor ya había enviado su lista de actividades, un puñado de notas, preguntas, instrucciones y recriminaciones. A Victor no le gustaba tratar con la gente por teléfono, ni siquiera hablar con sus clientes cara a cara. ¿A qué se podía culpar de ello? ¿A su temperamento poco expansivo? ¿A su audífono? ¿A su escudo de riqueza? Leía informes. Examinaba las cuentas. Observaba cómo los precios de las acciones y los valores bailaban a ritmo rápido en torno a los decimales en las pantallas de la oficina. Si había que *hacer* algo, podía hacerlo Rook. Sus piernas y oídos eran más jóvenes. Pero aquel lunes no había tareas para él, ningún administrador de campos de Victor al que intimidar por teléfono («Hemos observado

que las judías verdes son de mala calidad este año. Y llegan tarde»), ninguna tensión infundada que propagar entre los vendedores del mercado. Ninguna carta de disculpa o rechazo que redactar y enviar, ninguna reunión de ejecutivos que convocar y presidir mientras Victor alegaba alguna indisposición de viejo como pretexto para quedarse en su habitación o en la azotea.

¡Qué libertad! Le venía bien. Tenía sus propios planes para el día y éstos incluían un poco de jugueteo en la mesa de su despacho. Estaba acostumbrado a tener relaciones sexuales con Anna en su cama. Un día o dos de algo es tiempo suficiente para que parezca una rutina. Había sido divertido —divertido y vigorizante—, pero no aventurero. Sus necesidades sexuales iban en aumento. Hacer el amor con ella en el trabajo era lo que le absorbía ahora. La solemnidad del Gran Vic era más un estímulo que un freno. ¿Piensan que la necesidad de ocultación, premura y disimulo embotaría el apetito? Piénsenlo dos veces. El acto sexual resulta más satisfactorio cuando transgrede convenciones sociales y se extravía lejos de los caminos trillados adentrándose en la maleza, donde el riesgo y la lujuria corren parejos.

Rook quería algo más subversivo que la cama. Quería realizar el coito con Anna en el mismo lugar donde la había contemplado durante meses. Quería sexo en la oficina, con todo el trabajo en marcha, todas las pantallas encendidas, y aquellos dos compañeros, trabados los tobillos por su ropa interior, apretados como un par de gusanos de pescador. A nadie le parecería raro si más tarde llamaba a Anna a su despacho para consultas. Ella acudiría, inocente. No estaba seguro de que compartiera su avidez, pero, a juzgar por el apetito que había demostrado haciendo el amor sobre la cama, tenía la sospecha de que así sería.

Dejó la chaqueta en su silla y luego —no teniendo nada que hacer tan temprano— se fue a la suite de oficinas de Victor. La silla de cumpleaños estaba aún fuera, su follaje de plástico siempre verde y fresco. Ahora le pareció estúpido haber desperdiciado tanto esfuerzo en aquel regalo de cumpleaños para un hombre que no tenía ningún apetito de sentimientos. Mandaría a alguien al vestíbulo para que volviera a encajar los tallos donde él los había arrancado. O bien los pondría en un tiesto, un cómico ramo para la mesa de Anna, un preludeo burlón del cortejo que planeaba para ella en su propio despacho, en su propia mesa. Pero primero, con el ramo en la mano, llamó a la puerta de Victor. Volvió a llamar. Probó el picaporte. La puerta estaba cerrada con llave. El viejo se está ablandando, pensó Rook. Por una vez ha dormido más allá del amanecer. Rook se agachó para mirar por el ojo de la cerradura. La llave interior estaba en la cerradura.

—¡Ni rastro de vida! —le dijo alegremente (y estúpidamente) al contable de la compañía, que, llevando un café humeante y una pila de libros de contabilidad, pasaba por el vestíbulo, de puntillas, como si deseara mantener en secreto su presencia—. ¿Dónde está Victor, entonces?

El contable se encogió de hombros y pareció poco dispuesto a mirar a Rook a los ojos o corresponder a su animación.

—¿Dónde está Victor, entonces? —repitió Rook.

—Hoy no bajará.

—¿Por qué no?

De nuevo Rook tuvo que conformarse con un encogimiento de hombros. El contable entró en su despacho y dio un portazo al cerrar la puerta con el talón.

Rook se llevó su ramo a Recepción. Las mujeres que había allí estaban atareadas en sus mesas.

—¿Dónde está el programa de Victor para hoy? —preguntó. Nuevamente tuvo que hacer la pregunta dos veces.

—Se ha cancelado.

—¡Ah, sí! ¿Y por qué?

Nadie lo sabía. Ni siquiera parecían deseosas de comentar lo insólito de que Victor estuviese ausente de su mesa y su programa del día estuviese «cancelado». Era desconcertante que el personal se mostrase tan adusto y remiso cuando tenían la oportunidad de perder un poco el tiempo charlando.

—¿Qué pasa aquí?

Recepción se encogió de hombros y contuvo la lengua.

—Entonces ¿por qué estáis tan malhumoradas? —preguntó Rook en voz alta—. ¿Las tristezas del lunes? ¿Demasiado alcohol el domingo por la noche? Animaos, animaos. Es sólo un empleo. «Escaquearse de trabajar es la mayor alegría de que se puede gozar. Así que uníos a mi harén, dijo el sultán.»

Sus sonrisas fueron breves y forzadas. Algo las violentaba. Esperó, dudando respecto a cuál era el problema, pero seguro de que aquellas tres mujeres, contratadas por su encanto y simpatía, se sentían incómodas. Finalmente, dijo sin petulancia:

—Entonces, ¿qué os pasa a las tres?

No hubo ninguna voluntaria para mirarle a los ojos. Finalmente, la mayor de las mujeres dijo con voz temblorosa y desentonada:

—No somos quiénes para decirlo.

«No somos quiénes para decirlo.» En otras palabras, aquello era un asunto privado, demasiado personal e íntimo para que ellas lo comentaran, a pesar de que Recepción tenía fama de ser la bolsa de rumores y habladurías del edificio. Rook ya no estaba perplejo. Adivinó la causa de su azoramiento, de sus ruborosos celos. Algún espía de la oficina les había visto a Anna y a él en la ciudad el sábado, o caminando cogidos de la mano hacia el Gran Vic. Se había corrido la voz. La voz «¡Romance!». Por alguna razón que no podía entender del todo, aquella relación fuera de la oficina no era bien vista. Cualquiera diría que esto es un mojigato monasterio medieval, pensó Rook (sentado por el momento en su despacho). ¿Eran únicamente celos o irritación porque él hubiese violado un código de la oficina respecto a que quienes tenían puestos de responsabilidad y estaban próximos a Victor tenían que ser tan castos como él? ¿O el culpable era el secreto? ¿Acaso Recepción y Contabilidad y, ahora que lo pensaba, los porteros uniformados de la planta baja,

estaban molestos porque Rook hubiese ocultado que tenía una cita amorosa con Anna para el fin de semana?

—¡Ridículo!

Dijo la palabra en voz alta. *Era* ridículo. Y también improbable. A los hombres y mujeres del Gran Vic, lejos de repugnarles, les fascinaba cualquier vislumbre de escándalo o de secreto. Les encantaban las obscenidades de la vida. Especialmente al trío de Recepción. Mostraban sus sonrisas más amplias y picaras cuando había cotilleos que compartir y lascivias que intercambiar. No habrían bajado la voz y los ojos comportándose como empleados de una funeraria. Habrían mirado a Rook a la cara y le habrían dicho: «¿Qué dices a eso?», o bien: «¡Te lo pasaste bien el sábado! Un pajarito os vio a ti y a Anna frotándoos la nariz en un bar...»

¿De qué se trataba entonces? ¿Cuál podía ser el problema? Repasó mentalmente los sucesos del viernes en busca de motivos de irritación. ¿Qué había dicho, o hecho, para provocar aquella helada del lunes por la mañana? Se había ocupado de que todos participaran en la diversión con champán y pasteles. Había sido el de siempre, el Príncipe de la Ironía y la Pereza. ¿Qué había hecho para ofender? Algo les estaba molestando, no había duda de ello. Y, a decir verdad, algo le estaba molestando también a él. No tenía la conciencia enteramente tranquila. Una vez más, repasó en su mente el viernes y reconoció exactamente qué era lo que había manchado su vida. La pelea en el paso subterráneo con Joseph. La crueldad de los puños y las llaves. La patada de despedida. El placer que le había proporcionado tan sórdido triunfo. No obstante, aquellos eran actos privados, menos públicos que el tiempo que había pasado con Anna. ¿Quién podía conocer y desaprobar lo que había sucedido fuera de la vista y subterráneamente a un paleta mal vestido que no tenía ninguna relación con el Gran Vic? ¿Por qué habría de importarle a nadie?

Rook barajó de nuevo las cartas del viernes. El pretexto que había utilizado para bajar al mercado. La naranja que había pelado. Los tirones hasta arrancar los tallos de laurel. El vergonzoso ataque de asma en presencia de aquellos hombres. El chirriante almuerzo de cumpleaños. La gozosa coda del día: Anna riéndose en su cama, encantada con su mordacidad, sus manos tentadoras, sus payasadas con los calzoncillos: «nosotros, nosotros, nosotros». Y, sí (asomo de nuevo la cabeza por encima del parapeto), la burlona columna que yo, El Ciudadano, escribí acerca del taxi y de los mimados peces del jefe. Todos los empleados del Gran Vic la habrían leído y se habrían reído... ¿Y, tal vez, habrían pensado que la fuente de El Ciudadano era Rook? Porque eso sería muy propio de Rook, alimentar las habladurías de la prensa. Así que, entonces, ¿rehuirían mirarle a los ojos porque pensaban que había hecho una dudosa confidencia? Una vez más, «¡Ridículo!».

Se le ocurrió una posibilidad más firme. Ya no le hacía falta buscar en su agenda o en su conciencia. ¡Por supuesto! La solemnidad del personal sólo podía tener una causa. ¡Dios mío, el viejo ha muerto!, pensó. «Ni rastro de vida», efectivamente. Rook casi se sintió aliviado; ahora todas las rarezas de la mañana se explicaban. La

ausencia de la lista de actividades, la puerta cerrada con llave, el programa del día vacío, aquellas frases, «Se ha cancelado... Hoy no bajaré.» ¿Qué, aparte de la muerte, o por lo menos de una apoplejía, mantendría a Victor alejado de su trabajo? Si se hubiese caído, por ejemplo, y se hubiese roto una cadera, sus notas volarían desde su cama como palomas desde un alero. Mientras le quedase aire en los pulmones y suficiente fuerza en los brazos para sostener una pluma, nada le impediría orquestar sus asuntos.

Así que era eso. El palo se había roto al fin. Victor había muerto, y nadie del personal tenía suficiente categoría como para comunicárselo a Rook o, quizá, esto era una posibilidad, pensaban que ya lo sabía y se sentían azorados por su falta de gravedad o dolor, su frivolidad. «No somos quiénes para decirlo», habían repetido las mujeres de Recepción. Y tenían razón. Rook había sido los ojos y los oídos del jefe, su arbitrador y su mensajero. Era lo más allegado, lo más íntimo que se podía ser con semejante cubo de hielo. No era extraño que nadie se atreviese a darle la noticia. Sin duda el director de finanzas o el director general del grupo de empresas subirían desde el piso de abajo para informar a Rook personalmente de que había ocurrido «un triste suceso». O Anna, incluso. Ella tenía categoría suficiente. Rook se sentó y esperó, confiando en que fuese Anna la que viniera. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Notó —por primera vez desde el viernes por la noche— que le sentaría bien dormir.

La puerta de Rook se abrió. Anna no tenía necesidad de llamar tan ceremoniosamente golpeando la hoja de madera barnizada. Sin embargo, fue lo bastante prudente como para llamar y esperar. Él se despertó de su duermevela y le hizo señas de que entrara. Ya había preparado una cara elegiaca; ya estaba examinando en su mente lo que la muerte de Victor significaba para él. ¿Un ascenso? ¿Una destitución? ¿Algo en el testamento? Por lo menos significaba que aquél no era el momento de cerrar la puerta de su despacho y meter las manos debajo de la falda y la blusa de Anna.

Anna no miró a Rook. Su expresión era la misma que tenía el personal de Recepción, el contable mientras se dirigía apresuradamente a su despacho y el portero que no había respondido al vivaz saludo de Rook cuando éste entró en el Gran Vic desde la galería comercial. Ahora estaba seguro de haber identificado la verdad. Anna parecía tan conmocionada, tan agotada, tan distinta de la cara sobre su almohada...

—Pasa. ¿Qué ocurre?

—Malas noticias —dijo ella.

Daba la impresión de que se le doblaban las rodillas. Él la abrazó. No importaba lo que el personal pudiese pensar. Las lágrimas de ella cayeron sobre su chaqueta y su corbata.

—Siéntate. Siéntate —dijo él.

También él tenía ganas de llorar. Se sentía tan nervioso y tan poderoso... No podía concentrarse en la muerte del viejo.

—¿Qué ocurre?

Ella respiró hondo varias veces y por fin le miró a la cara.

—Ojalá no fuese yo quien tuviera que decirte esto —dijo ella.

—Lo sé. —Y luego—: No hace falta que me lo digas, Anna, lo adivino.

—¿Adivinas qué?

—Es Victor, ¿no? Está enfermo. Ha muerto.

Ella negó con la cabeza. Casi se rió.

—No ha muerto. Desearás que fuese así. Eres tú... ¡Somos nosotros! —Se enjugó la cara y respiró hondo hasta recuperar su tono firme habitual—: Dice que tienes que marcharte. Parece que sabe que hemos estado viéndonos fuera del trabajo. ¿Cómo puede haberlo sabido? Además, no es asunto suyo. ¡Esto no es sensato!

Le tendió un memorándum de la oficina. Victor lo había dejado sobre la mesa de Anna, sin cerrar. Algún cotilla de la oficina lo había leído y había propagado la noticia. Bastaba un empleado fisgón, una llamada de teléfono interna, para que las malas noticias circularan por todo el Gran Vic, desde el vestíbulo hasta el piso veintisiete. Victor había escrito el memorándum, a lápiz, la noche del viernes anterior, la noche de su cumpleaños. Le ordenaba a Anna que le dijese a Rook: «Sus contactos y actividades fuera del trabajo no son moralmente compatibles con la confianza puesta en él. No tienen lugar en una organización como la mía, donde las relaciones entre todos los miembros del personal, los productores, los clientes y los compradores deberían basarse en la corrección y la honestidad. Queda despedido. Por favor, infórmale de que tiene hasta mediodía para recoger sus cosas y que no puede haber ningún contacto más entre nosotros salvo por mediación de los abogados.» Había un sobre para Rook: una notificación formal de despido.

—Está loco —dijo ella. Comprendía el alivio de la hipérbole—. ¡Es un viejo loco y malvado! Se ha encerrado allá arriba como un niño cobarde. ¿Acaso cree que todos le pertenecemos? ¿Es que no podemos tener «contactos fuera del trabajo» sin su consentimiento?

Pero a Rook no le cabía ninguna duda respecto a qué quería decir Victor al hablar de «contactos y actividades». Alguien —no tenía la menor sospecha de quién, todavía no— se había ido de la lengua. Victor sabía ahora todo lo del dinero «por la plaza» que los jaboneros le habían pagado cada trimestre y que había hecho a Rook tan rico y descuidado.

—No está loco —dijo—. Y esto no tiene nada que ver contigo, ni con nosotros.

—¡Lucharemos por ti! ¡Vamos!

Estaba dispuesta a encabezar una huelga en la oficina, a redactar peticiones, a poner en peligro su empleo, a darle mucha guerra a Victor. Estaba dispuesta a horadar dentro de Rook y hacer una madriguera en su corazón. Rook sacudió la cabeza. ¿Por qué luchar para perder? ¿Quién sería su aliado cuando se conocieran sus tejemanejes, el dinero que había ganado, el cinismo de su jocosidad en la oficina? Si daba guerra, Victor y sus abogados podían darle a él algo peor. Le denunciarían a la policía y

entonces la acusación sería extorsión o malversación. Acabaría en una celda. El viejo escondido en su habitación había hecho un trato a distancia con Rook que le privaba de su trabajo pero no de su libertad.

—Anna, por favor —dijo, y meneó la cabeza—. No armes jaleo.

Eso es todo lo que tuvo el valor de decir. Ya estaba renunciando a su trabajo y a Anna. Sólo pedía una retirada digna. Estuvo a punto de hacer la maleta y marcharse. Pero Anna no lo entendía. Se mantenía firme.

—Haz algo ahora —dijo.

Su coraje —y su inocencia— avergonzaron a Rook.

—De acuerdo. Conseguiré que hable conmigo.

Pensó que tal vez existía una posibilidad de que Victor cambiase de idea. Encontraría la manera de justificar los pagos extraoficiales que había recibido. Los pagos iban en interés de Victor, después de todo. Mantenían tranquilos a los comerciantes. Garantizaban el papel de Rook como intermediario entre los dos campos. «Tenía que cobrarles», podría decirle. «No confiarían en un hombre que no estuviera a sueldo de ellos.»

Llamó a la puerta del despacho de Victor una vez más. Trató de llamarle por el teléfono interior a su apartamento, pero el mayordomo, sencillamente, repitió que su jefe no podía «recibir llamadas hasta la tarde». La verdad era que Victor estaba escondido en el invernadero de la azotea, exterminando pulgones una vez más, acicalando plantas y mirando a través del cristal, la lluvia y el viento a los barrios lejanos. ¿Qué sentido tenía enfrentarse personalmente a Rook, cuando podía delegar los despidos y Rook se evaporaría antes de la tarde sin dejar rastro?

Bueno, Rook no podía colaborar. No podía desaparecer, por lo menos mientras Anna estuviese por allí. No podía vaciar su mesa y no dejar rastro. Por el contrario, pensaba esperar sentado. Se quedaría exactamente donde estaba, los pies sobre la mesa, la puerta de par en par, su despacho un desorden de hojas de plástico, hasta que Victor se cansase de esconderse en la azotea. Que bajara. Que discutiera cara a cara. Veamos, pensó, si Victor tiene la fortaleza de ser un tirano en persona y no por delegación o por memorándums. Tal vez se podría, entonces, salvar algo del naufragio.

A mediodía Rook seguía en su despacho, solo y contemplando una ciudad fustigada por la lluvia. Los coches y los autobuses circulaban ya con los faros encendidos y el neón de las calles era líquido e intenso. Los toldos de colores del mercado no se veían y ciertamente ni colinas, ni bosques, ni parques, ni rayos de luz natural prestaban ninguna alegría a lo que veía. La ciudad era tan gris y convencional como un traje de ejecutivo. Rook oyó, pero no reconoció, una voz de hombre que preguntaba por él. Oyó que una secretaria respondía algo en un susurro, luego pasos en dirección a su despacho. Dos hombres de uniforme, uno un guardia jurado, el otro un portero cuya cara le resultaba familiar por haberla visto en el vestíbulo de entrada, se detuvieron en la puerta. Uno tosió.

—¿Está usted listo, señor?

—¿Listo para qué? —preguntó Rook.

¿Era aquél el emplazamiento de su jefe?

—Es mediodía, señor.

—¿Y?

—Y hemos venido a escoltarle... a la calle.

*¡A la calle!* La palabra fue un puñetazo en el riñón; le dejó sin aliento. A la calle. Al frío. De patitas en la calle. Negó con la cabeza.

—Todavía no.

—Es mediodía, señor.

—Todavía no.

Entraron en la habitación.

—Venga —dijeron.

—No he vaciado mi mesa.

Rook abrió un cajón para mostrarles que no estaba listo todavía, y rescató su inhalador de entre las plumas y las calculadoras. Aspiró por la boquilla. Notó que los esponjosos alvéolos de sus pulmones se estrechaban.

—Nosotros tenemos órdenes, señor. Tiene que ser a mediodía.

Se ofrecieron a ayudarle. ¿Era por su asma, o, sencillamente, se estaban mostrando firmes? Le levantaron por los codos. Apartaron su silla y cerraron el cajón de la mesa. Podían haber sido camilleros de una ambulancia. Eran muy delicados, y Rook estaba muy pálido.

—Tendrá que dejarnos su pase.

Rook metió la mano en el bolsillo para hacer lo que le habían dicho. Estaba resignado a marcharse como un cordero. Tanteó en busca de los bordes afilados del pase plastificado y encontró en cambio la vieja navaja de muelle y el manajo de llaves. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que derribara a Joseph? Aquella era una oportunidad de volver a utilizar los puños.

Encontró el pase y se lo dio. Lo habría partido en dos si el plástico hubiese sido más suave y si hubiese podido controlar el temblor de sus manos.

—Será mejor que nos vayamos —dijeron.

Y le condujeron por las oficinas hacia Recepción y los ascensores. No había señales de vida. Incluso Anna había desaparecido. Alguien había tenido el cruel sentido común de pedirle al personal que se retirara mientras conducían a Rook «a la calle». Dejó que le llevaran al ascensor. Dejó que le condujeran hasta la salida y se unieran a él —tres en un compartimiento— en la puerta giratoria. Dejó que ésta le arrastrara hacia la lluvia y el viento. Rodeó las llaves con los dedos, haciendo que las puntas sobresalieran entre los nudillos, de modo que sus puñetazos cuando llegaran hiciesen el máximo daño. Pero el momento nunca llegó. Esos momentos nunca llegan, excepto en las novelas y las películas. Sus guardianes eran demasiado correctos y demasiado grandes para pelear con ellos.

—Gracias, señor —dijo el portero, respetuoso hasta el último momento, mientras Rook pasaba del seco vestíbulo a la lluvia.

Nadie se ofreció a llamar a un Panache de la compañía, o a un taxi. Ahora se esperaba que corriera riesgos por la calle. Era menos importante que una perca.

Sabía, lo notaba en los huesos, que Victor estaría ya trabajando, habría dejado de esconderse del mundo. Seguridad habría llamado para decir: «¡Se ha ido!» Victor consideraría seguro bajar y sentarse detrás de su mesa como si no hubiese tenido nada que ver en todo el daño que se había hecho y en el que se haría. ¿Echaría de menos a Rook? ¿Qué podría echar de menos? ¿Su buena voluntad de arbitrador? ¿Su cuidado y conocimientos del mercado, su intimidad con las verduras y las frutas, su jovialidad en la oficina, su sociabilidad? No, Victor tenía la riqueza y el poder necesarios para reemplazar estas cosas, para encontrar a otro Rook más honesto que estaría encantado de ser el ayudante del viejo Victor. Apenas volvió a pensar en él. Era demasiado viejo y estaba lleno de manías.

Más allá de los cristales reforzados y coloreados de la suite de Victor el viento era rápido y fuerte y punzante por la lluvia. El Gran Vic oscilaba ligeramente en su parte superior y silbaba. El café se movía en su taza. La puerta de su despacho se abrió y luego se cerró. Un pisapapeles de serpentina pulida resbaló por la mesa del viejo. Y Rook, una vez más, estaba fuera, en el fondo del cañón, entre los relucientes, oscilantes y silbantes riscos de cristal, acero y piedra.

¿Qué esperarían ustedes de Rook? ¿Que se descompusiese sin el régimen frigorífico de la jornada laboral? La mayoría de la gente de ciudad —por lo menos los hombres— están casados con sus empleos y cuando les quitas esos empleos se vuelven tan vacíos y quebradizos como huevos llenos de aire. El trabajo es para los holgazanes. Le da a la vida una narración por capítulos, como una línea de tranvías; vacía los barrios suburbanos y las fincas y proporciona a los residentes desplazados, liberados, dramas estructurados por el reloj. También les proporciona un jornal, un cheque, dinero en metálico, una letra bancaria, que es, más que el lugar donde naces o donde vives, lo que se requiere para ser un ciudadano. Un sueldo puede hacer que un intruso se sienta en casa; «Una bolsa vacía», según el dicho, «nos convierte a todos en forasteros». Pero no, Rook, aunque parecía débil e indulgente consigo mismo, no era la clase de persona que se desmigaja como los pasteles secos. Era —igual que cualquiera que tenga algo de sentido común— demasiado egoísta y vanidoso para sacrificarse. Pasó tres días encerrado en casa, acongojado. No contestaba las llamadas telefónicas de Anna desde el trabajo, no la dejaba entrar cuando ella iba a su apartamento por las noches, ni respondió cuando le mandó una instantánea suya — más joven— con la inscripción «Quiero que nos veamos y hablemos». ¿Para qué? Ni siquiera leyó las desconcertadas notas que le dejaba en su buzón asegurándole que «Haga Victor lo que haga, eso no cambia nada entre nosotros». Rook sabía que sí. Ella dejaría de buscarle cuando supiera exactamente cuáles habían sido sus «contactos y actividades». ¿Para qué alimentar el amor cuando estaba condenado al fracaso? No se atrevía a pensar en ella ni a cuantificar su pérdida. Antes necesitaba concentrarse en cómo excretar, transmitir, la ira que sentía. Estaba consumido por la rabia, pero ésta no se volvía contra sí mismo. ¿Qué había hecho, excepto ser un alegre pragmático que había visto una oportunidad y la había aprovechado? Culpaba al melancólico millonario. Culpaba a los obstinados comerciantes del Mercado del Jabón. Culpaba al cobarde que había ido con chismes a sus espaldas. ¿Quién había chismorreado? A Rook no le resultó muy difícil saber quién había hablado y cuándo. Tenía que haber sido uno de los compinches de Víctor, uno de los cinco artríticos jaboneros invitados al almuerzo de cumpleaños. ¿Cuál? No lo sabía; así que, por el momento, los culpaba a todos.

Había visto una vez una película —*Un beso mortal*— en la cual un lord inglés perseguía y mataba, uno por uno, a los cinco pasajeros masculinos de una silla de posta con destino a Londres. ¿Por qué motivo? Uno de los hombres —sólo uno— había «besado y robado» a su esposa mientras ella dormía sobre los cojines de la diligencia. «Es preferible que mueran los cinco a que un solo bribón viva para mancillar de nuevo el honor de una dama», había dicho el inglés en el engolado tono que solían utilizar los nobles, y los actores, ingleses. Sobornaba al cochero espléndidamente para que le revelase la lista de pasajeros y luego emprendía un viaje

por todo el país en loca y justa persecución. No sabía, mientras despachaba a uno más con una pistola o un cuchillo, que los cinco hombres eran culpables de algún otro crimen punible con pena de muerte —incendio provocado, asesinato, traición— y que por lo tanto «merecían» morir. Tampoco sabía —¡qué simples son esas películas!— que ninguno de los cinco había tocado a su esposa. El violador era el cochero sobornado, libre, mientras pasaban los títulos de crédito, ¡para besar y robar otra vez!

A los ingleses les encantan estas ironías y Rook también se complacía en ellas. Soñó con la película, pero en su sueño los pasajeros eran verduleros, la diligencia era el almuerzo de cumpleaños de Victor. Rook se convertía en un hombre más joven, el revolucionario vestido de negro. Perseguía y eliminaba a los cinco hombres. Caían entre sus frutas. Morían sobre lechos de espinacas. ¿Quién era el cochero, libre para volver a pecar? El sueño de Rook fue borrado por un sueño más profundo antes de que pasaran los títulos de crédito.

De día Rook fantaseaba; y en estas rabiosas fantasías se vengaba de la indignidad de ser arrojado a mediodía, como un vagabundo, del Gran Vic. Sería el lord inglés, aunque más heroico y menos amanerado. Su arma sería la navaja de Joseph. Practicaba con la hoja y escenificaba el daño que haría. Daba puñetazos en la puerta del cuarto de baño. Se comía las uñas de la dos manos. Se masturbaba, pero no podía retener la imagen de una mujer en la cabeza. Se quedaba en la cama demasiado tiempo. Permanecía levantado hasta tarde y bebía demasiado Licor Bulevar, que había comprado para Anna el fin de semana. Su respiración se hizo trabajosa, primero a causa de los nervios, y luego su asma hizo presa en el lado derecho de su pecho, provocada, intensificada, por la pérdida del trabajo y los ingresos y por la cólera que sentía. Utilizaba el inhalador más a menudo de lo que debiera. Se sentía mareado e inestable debido al alcohol y la medicina, y a la fácil narcosis de su sueño.

Finalmente —porque la ira es un corredor de distancias cortas y se cansa pronto— se tranquilizó. Magullado sí estaba, descolorido por los golpes que había soportado. Pero, poco a poco, el optimista autocomplaciente cayó en la cuenta de que como hombre no había salido debilitado sino fortalecido. Ahora estaba convencido de que Victor le había librado de una maldición. El empleo que Rook había perdido no era una gran pérdida. En buena hora se veía libre. Había pagado por ello doce años antes con..., ¿qué palabra usar sino «el alma»? En el momento en que el joven Grajo Negro había aceptado a Victor y su cheque, había renunciado a la aprobación de la calle, había perdido la despreocupada charla del mercado. El gorrión ciudadano había abierto las alas para elevarse, llevado por corrientes térmicas acolchadas, por encima de la mancomunidad de la acera y unirse al austero gobierno de los halcones. Ahora había vuelto a la tierra.

Se sentía demasiado enfermo para comer, las manos le temblaban demasiado para levantar un tenedor o servirse una taza de café, pero ahora por lo menos miraba hacia adelante tanto como hacia atrás. ¿Qué podía hacer con aquella nueva potencia, aquella alma redescubierta? Era demasiado viejo para empezar una nueva profesión.

Pero, ciertamente, era lo bastante rico como para montar un pequeño negocio propio. Comprobó el saldo de su ahorros. Contó todos los billetes que había amasado. No tenía deudas, ni obligaciones, ni familia que mantener. Su situación podía haber sido peor. Ser un hombre rico sin trabajo no era el peor de los destinos. No tenía prisa. Se tomaría un mes o dos de descanso y mantendría los ojos bien abiertos atento a... ¿A qué? ¿Un bar, quizá? ¿Una tienda? Le alarmó la monotonía de la perspectiva. ¿Podía permitirse seis meses de descanso? ¿O nueve? Se merecía un pequeño respiro para planear sus años futuros. Por lo menos, el tiempo libre que tenía entre manos podía ser divertido. Se daría gusto a sí mismo y a nadie más. Podría llevar la corbata floja todo el tiempo. No necesitaba llevar corbata. No necesitaba llevar traje. Ése era el uniforme de la servidumbre. No necesitaba ir apresuradamente por las calles, tras beberse el café de un trago, para llegar a tiempo al trabajo.

Ahora estaba listo para salir. Buscó en su armario y encontró la cazadora de cuero negro que había llevado en otro tiempo. La piel estaba arañada y ajada y los puños cuarteados, pero aún le sentaba bien y la cremallera era buena. El cuero olía un poco al mercado y el forro estaba manchado debajo de los brazos y en el centro de la espalda por el sudor del trabajo. No tenía los pantalones y la camisa de trabajo a juego, pero tenía ropa oscura e informal, y se la puso. Se sintió transformado. La cazadora le hacía libre. Había resucitado el hombre que había sido doce años antes. Pasó las llaves y la cartera, el inhalador y la «nabaja» de Joseph de su traje a los bolsillos con cremallera de la cazadora de cuero. Ordenó el apartamento, leyó las notas que Anna le había dejado, puso su foto en la repisa de la chimenea y salió a la ciudad.

Había transcurrido justo una semana desde el almuerzo de cumpleaños de Víctor, una semana en la que había redescubierto el amor y perdido su empleo, en la que se había encumbrado y caído a plomo cien metros, veintisiete pisos hasta la calle. En resumidas cuentas, se sentía falto de aliento y vigorizado, como un muchacho trémulo que acaba de bajarse sano y salvo de la montaña rusa. Se dirigió hacia el Mercado del Jabón. Cuanto antes le vieses entre los puestos y los jaboneros, mejor sería para su tambaleante autoestima.

Caminó entre las pilas de verduras y fruta sin un saludo ni una mirada. No le desairaron. Al principio no le reconocieron. Su cazadora de cuero era un disfraz. Hacía que sus andares fuesen osunos, desde los hombros, las manos en los bolsillos de la cazadora, el cuello levantado. El Rook de traje parecía un poco más alto, de miembros más elásticos, de andar más airoso. Pero cuando se sentó en un bar del Jardín del Jabón, reconocieron su cara. Oyó los murmullos y vio las miradas y los movimientos de cabeza. El camarero se mostró amable como de costumbre, pero los camareros no cuentan. Los trabajadores del mercado —los mozos de cuerda y las dependientas— no le hablaron, pero nunca lo habían hecho. Era demasiado importante. Era el nuncio del viejo, su Representante en la Tierra.

Rook hizo todo lo que pudo por parecer relajado, pero no estaba lo bastante

relajado como para sostener su taza con una sola mano. Temblaba tanto que el azúcar para su café trepidaba en su cuchara. Deseó tener un periódico con el cual escudarse. Deseó poder ocultarse detrás de un cigarrillo sin que el humo produjera una bola de fuego en su pecho. Una parte de él temía ver a uno de los invitados al cumpleaños, algún artrítico comerciante con bastón, y sentirse obligado, impulsado, a hacer una escena. Pero principalmente temía lo que los hombres del mercado pudieran hacerle ahora que había sido despojado de su cargo. Temía sus burlas, sus ironías, las puñaladas y los puñetazos que pudieran darle, y con razón. Aquellos modestos diezmos, aquellos edulcorantes, que Rook había recaudado cada trimestre y a cambio de los cuales garantizaba el acceso al oído del jefe, se revelaban ahora como dinero tirado al retrete. Rook estaba ahora más lejos del oído de Victor que ningún jabonero del mercado. Era el único cuyo contacto con el jefe se limitaba a «la mediación de los abogados».

La hora de media mañana, sin embargo, no es momento para discusiones o escenas. El mercado estaba demasiado concurrido y los comerciantes demasiado inmersos en escribir con tiza los precios del día como para dedicarle mucho tiempo a Rook. Naturalmente, no era ningún secreto que había perdido su puesto, pero nadie sabía exactamente por qué. Los cinco viejos callaban. Los viejos ya tienen suficientes enemigos y disfrutan más guardando un secreto —su secreto en el invernadero con el jefe— que propalando cuentos entre el populacho del mercado. Así que Rook fue observado, pero no juzgado. Los hombres que nunca habían simpatizado con él, no le detestaban más o menos porque —o eso decía el rumor— hubiese perdido su empleo. ¿Por qué iba a agradecerles menos por haber sido despedido? Los vendedores no conocían el protocolo social. Tal vez su desgracia fuera una buena noticia para ellos. A lo mejor les ahorraba algún dinero. ¿Quién sabe? Pero habría nuevos Rooks, y más duros, con tarifas «por la plaza» menos modestas. Preferían seguir con su asmático. No era querido, pero era ingenioso a su manera y sabía comunicarse con la gente. Por lo menos, había salido del mercado. Les había robado, cierto, pero no había hecho ningún daño permanente. Tal es la voluble lógica de la calle, que Rook era casi popular con sus antiguos enemigos, igual que un matón es popular cuando suelta a sus cautivos.

Quienes tenían buena relación con Rook y quienes consideraban que los pagos «por la plaza» eran sobornos iniciados por ellos mismos, se sentían igual de orgullosos de su «hombre al oído de Victor», a pesar del hecho de que su hombre hubiese sido despedido. Incluso se sentían un poco culpables de que sus artimañas hubiesen podido ser la causa del despido de Rook. También se sentían un poco temerosos. ¿Qué haría el viejo? Juzgaron que lo mejor era esperar y ver. Pero hubo uno o dos —los más jóvenes, los que habían tomado menos café y más copas— que se acercaron a Rook. Le estrecharon la mano temblorosa.

—Mal asunto —dijeron, invitando a Rook a revelar exactamente qué había ocurrido con Victor. Y luego, para poner fin al silencio—: Si necesitas ayuda, no

dejes de decírnoslo.

Pusieron una copa sobre su mesa e invitaron a Rook a ahogar su mala suerte con un poco del alcohol.

Así que Rook aún era bien recibido en el mercado, aún tenía un sitio donde pasar el tiempo mientras decidía cómo pasar la vida. Iba todas las mañanas, intercambiaba un repertorio de gestos con el Hombre de Celofán, que estaba como siempre en el límite del mercado dirigiendo a la gente, las carretillas y los camiones, y se sentaba entre sus aliados. Si le preguntaban: «Vamos, ¿qué hiciste para que te dieran la patada?», no contaba mentiras, pero tampoco les decía la verdad. Se le daba bien quedarse callado e insinuar con la boca y con los ojos que estaba libre de culpa. Al cabo de unos días los hombres del mercado se comportaban como si él no hubiese sido su correveidile, como si no hubiese estado a sueldo de ellos, o ellos a sueldo de él, y sencillamente disfrutaban de su seco sarcasmo y del graznido de su risa cuando les contaba historias del jefe entre sus gatos y sus insectos en el piso veintiocho. La memoria del mercado es corta siempre y cuando las deudas se paguen pronto. Los rencores sólo duran mientras no se cobra.

Rook deambulaba por los callejones y las sendas entre las verduras y las frutas con ojos nuevos. Ahora no necesitaba estar tan alerta como antes, fijándose en los precios, las caras, las infracciones del código del mercado. No necesitaba estar atento para cobrar los pagos «por la plaza» subrepticamente, o escuchar las quejas acerca del precio y la calidad de las aceitunas o las peras. Si se abría paso entre la multitud hasta las montañas y riscos de un puesto de cítricos, ningún frutero chasqueaba la lengua y negaba con la cabeza queriendo decir: «¡No tienes que pagar!» Ahora era parte del público y tenía que regirse, como todo el mundo, por los credos del mercado que un vendedor —cansado de robaperas y de que le pidieran crédito— había escrito con tiza en su puesto: «Sin dinero, no hay fruta», y «¡Fiamos, pero sólo en metálico!».

Rook estaba contento de ser un simple comprador, palpando, como hacían todos los demás compradores, pero con evidente mayor experiencia, la piel de las frutas para comprobar su madurez. O arrancando una hoja del penacho de una piña y juzgando por su reticencia la blandura del corazón. O probando si las judías verdes se quebraban o se doblaban entre sus dedos. Acercándose los melones a la nariz y distinguiendo por el olor los verdes de los maduros. O arañando las patatas nuevas con las uñas para ver cómo se levantaban las ampollas de la piel. Conocía el truco de escuchar los repollos: los sabrosos no hacían ningún ruido. Entendía los colores de las zanahorias y sabía que las más rojas son las más harinosas y sólo sirven para estofados. No se le podía engañar con el falso brillo de una pera o con unas setas «manchadas» con un pulverizador. Un carnicero podría tomarle el pelo a Rook al venderle una tajada haciendo algún truco con el hueso o la grasa, pero nadie en el Mercado del Jabón tenía mayores o más profundos conocimientos sobre frutas y verduras.

¿Por qué desperdiciar semejante experiencia? ¿Por qué no podía regresar al lugar del que procedía —era el hijo espabilado de un vendedor del mercado— y convertirse él mismo en vendedor, en jabonero por segunda vez? ¿A causa de Victor? ¿Porque era un esnob que después de haber trabajado en un despacho no estaba dispuesto a levantarse a las cinco para agacharse y cargar y vender? ¿Porque era demasiado viejo para cambiar de hábitos? No le rejuvenecía la idea de un Rook vendedor, su estrecha y canosa cabeza asomando detrás de una fulgurante mancha de fruta, su fortuna medida en bolsas de papel. Pero tampoco le seducía mucho la alternativa: un Rook sin nada que hacer excepto sentarse y envejecer y gastar. Si pudiese encontrar el valor —y la desvergüenza— para coger una pluma, un teléfono, y responder a las llamadas de Anna, quizá le parecería menos penoso no tener mucho que hacer excepto gastar.

Rook esperaba encontrársela en la calle, por casualidad. Estaba alerta, atento a cualquier palabra de ella. La de Anna era la única cara, pensó, que podía proporcionarle algún placer. Ciertamente, no esperaba volver a ver a su atracador. El muchacho —cuya «nabaja» poseía aún— no tenía ninguna importancia en su vida. Sin embargo, la mañana de la décima visita de Rook al bar del mercado, se encontró a Joseph por segunda vez. El joven estaba cargando en una carretilla sacos rojos de cebollas, tres cada vez, que sacaba de un camión abierto aparcado entre las furgonetas y los coches en el borde del mercado. A Rook no le complació ver asociados a aquellos dos adversarios, ver a Joseph trabajando para el hombre que siempre había tratado a Rook con frío desdén. Al principio se quedó perplejo. No podía imaginar qué casualidad, qué plan, qué maquinación, había unido a aquellos dos. Pero su confusión no podía durar porque en el momento en que se concentró en lo extraño que era todo, comprendió la verdad. Rook no necesitaba dibujarse un mapa. El atraco de hacía dos semanas adquiriría ahora sentido. Detalles que se le habían escapado volvían agrupados. Rook recordaba ahora que Con había sacudido insolentemente el sobre sellado del dinero «de la plaza» en su cara, un desafío en sus labios. Luego, a las dos horas como máximo, Joseph —armado con una fotografía y una navaja— había intentado..., ¿intentado qué? Intentado, a instancias de Con, recuperar el sobre. Y no habiendo conseguido recuperarlo con una navaja, ¿qué había hecho Con? Había hecho una llamada o enviado una nota anónima a Victor aquella tarde. Y ahí estaba Joseph, todavía a sueldo de Con. Y ahí estaba Rook, desheredado, sin trabajo. ¡Aquellos cinco inocentes invitados! ¡Aquellos inofensivos viejos! A Rook le pareció siniestramente cómico haber soñado con perseguir y eliminar a aquellos inocentes. Así que ahora sabía quién había causado aquel caos en su vida. Si tenía la menor oportunidad, se encargaría de pasarle factura a Con.

Pero, por el momento, era Joseph quien ocupaba su mente, no Con. Ya le había dado una paliza a Joseph en una ocasión; le daría otra. Así que cuando unos días después Rook vio al muchacho en el Mercado del Jabón, decidió hablar con él. Era ya tarde y estaba oscuro. Era la noche más calurosa de aquel verano y la ciudad tenía las mangas arremangadas y no podía dormir. Por una vez, Rook había abusado de la

hospitalidad del camarero en el bar del mercado. El Jardín del Jabón se estaba convirtiendo en su patio trasero. Él y otros tres hombres habían estado jugando a los dados hasta que todas las otras mesas y sillas fueron apiladas y el personal del bar se puso su ropa de calle.

El camarero echó el cierre, enjuagó los últimos vasos y dejó a los cuatro hombres en la penumbra de la medianoche de julio para que terminasen su partida. Rook fue el último en marcharse. No era experto con los dados y había arriesgado todo en su última tirada. Había ganado, contra todo pronóstico, a sus tres compañeros. Le pagaron en billetes de mil y Rook llevaba diez de éstos doblados en el bolsillo de la cazadora de cuero cuando se encaminó hacia casa.

Los coches barredores y los hombres de las mangueras habían estado trabajando y lo que había sido un espacio polvoriento y salpicado de basura, atestado de puestos desmantelados y cajas de productos aplastadas, estaba ahora tan reluciente y limpio como una playa de guijarros rociada por las olas, sólo que las playas por la noche reflejan las luces blancas del cielo, huelen a medicina, e interpretan un nocturno hecho de agua, viento y piedra. Aquel lugar regado olía más bien a sopa. En él resonaba el jazz de las bocinas del tráfico y las voces de la noche veraniega. Estaba iluminado por las constelaciones amarillas y oblongas de las distantes ventanas de oficinas y habitaciones donde nadie tenía la energía, con semejante calor, de bajar las persianas o irse a la cama.

En verano apenas había espacio para todas las personas desheredadas y sin hogar que acudían a dormir en las chorreantes vaguadas y hendiduras del Mercado del Jabón. ¿Por qué dormir en un interior, en casas vacías u hostales o contra los ladrillos y los baldosines de puentes, metros y pasos subterráneos? ¿Por qué acucillarse en pisos abandonados y oscuros —tu única intimidad un colchón no utilizado puesto contra la ventana o la puerta— cuando es julio y no llueve y el sol ha sido tan fiero durante el día que todo el aire de la ciudad a medianoche está hinchado de calor?

No había necesidad de encender una hoguera con desechos de embalajes, pero había hogueras porque los pobres siempre tienen frío en el espíritu y necesitan el hipnotismo optimista de las llamas para que les ayude a pasar la noche, a prender un poco de desesperada alegría entre tanta miseria. Algunos de los fuegos no durarían mucho. Su propósito era difundir un dosel como las bombillas difunden luz, creando habitaciones redondeadas con paredes de noche derretida para los niños que no podían dormir sin la fantasía de «un hogar». Algunos fuegos arderían hasta el amanecer, muy concurridos por resistentes insomnes cuya sed de alcohol no quedaba mitigada por la desesperación y la fatiga. Un fuego daba luz a las ruidosas partidas de cartas. Otro era el fuego donde las patatas y el maíz dulce recogidos en el suelo del mercado se asaban sobre las ascuas con espetones hechos de radios de bicicleta. Otro calentaba las gargantas de los cantantes, su canto interrumpido por toses, los dos sonidos más humildes de la vida humana enredados en la boca. En esto, en su sencillo calor, luz y sonido, los jaboneros nocturnos eran los ciudadanos más próximos a los

elementos perdurables de la tierra. Entendían todo lo que una mariposa nocturna debe entender, que la llama es enemigo y amigo. Algunos encontraban en ella una buena razón para sonreír, pero otros se quedaban inexpresivos o atónitos hasta enmudecer por las abrasadoras visiones que las llamas revelaban. Pero generalmente la gente se sentaba o dormía sola, descontenta, avergonzada, convertida en fugaz y distante por una vida que los arrojaba como malas hierbas parásitas y sin raíces entre los firmes tallos de las plantas autóctonas. Algunos dormían sobre los adoquines, como estatuas, la cabeza sobre las rodillas, los brazos rodeando las piernas. Otros se acurrucaban sobre colchones de cartón con almohadas de saco, o anidaban entre las tablas y las lonas de los puestos. Las mujeres —menos numerosas, más viejas que los hombres— metían los brazos por las asas de las bolsas de plástico que contenían su ropa y se adormilaban, o lo fingían. Parecer dormidas era su frontera contra las incursiones y los ataques por sorpresa de la ciudad. Les daba un respiro de sus dolores, de sus pies hinchados, sus uñas necróticas, sus golondrinos, sus toses, sus jaquecas y sabañones. Los hombres hablaban con voces apagadas, o mascullaban como locos para sí, o llevaban su infortunio abierta, limpiamente, sin vergüenza. Hasta que se dormían, claro está. ¿Quién podría distinguir a los sinvergüenzas de los pobres cuando todos parecían igual de míseros, inocentes y sucios bajo el terciopelo de la noche?

Rook caminó tan rápidamente como pudo entre los famélicos, los vagabundos y los borrachos. Era un blanco fácil para su ingenio o para las manos pedigüeñas que se agitaban delante de él o le tiraban de los pantalones, o para sus salvajes murmullos. No le gustaba el mercado cuando los toldos y los puestos estaban recogidos, cuando los maduros y apetitosos colores diurnos de las frutas eran sustituidos por los húmedos grises de la noche. No miraba cuando oía juramentos u ofrecimientos. No era sensato dejarse asaltar por su mala suerte. Si le daba dinero o tiempo a uno de ellos, todos caerían sobre él como patos silvestres en el parque, picoteándose por una corteza.

Delante vio a tres hombres jóvenes, tan torpes sobre sus piernas como potrillos de un día. Le llamaron, pero él no acudió. No pudo descifrar lo que le decían. Pero estaba seguro de saber qué contenían sus vasos de papel, sus bandejas de plástico, sus platos improvisados. Eran lo que la gente llamaba «taxis», incómodos, ruidosos, lentos y alimentados de gasolina. Esnifaban toda la gasolina que podían robar. No les importaba que hoy en día la gasolina contuviese un antiesnifante. «Peligro», advertían las pegatinas de las latas. «Etanotiol.» Olía a mofeta. ¿Y qué? También los chicos olían a mofeta. No disminuía su apetito de combustible, ni siquiera cuando el antiesnifante les producía náuseas y les volvía hiperactivos y violentos. Paralizaba su lengua y les hacía temblar como vejetes impotentes ante una escalera o un bordillo.

Rook no levantó la cabeza para enfrentarse a los «taxis»; ni siquiera para intercambiar señas con Celofán, que todavía estaba levantado y le gritaba: «Por aquí. Por aquí. Luego a la derecha. Y todo recto», como si Rook fuese un camión que impedía el paso al mercado. Eligió una ruta que le llevó al límite del mercado, cerca

de la casa donde había vivido de joven. Le gustaba andar por aquellas calles y mirar los abarrotados escaparates de los vendedores de alfombras. ¿Era aquel cristal roto el mismo contra el cual había apretado la cara hacía —¿cuántos?, ¿treinta años o más? — para echar miradas de halcón a las chicas? Ya entonces estaba obsesionado por las mujeres. El calor de julio, las semanas transcurridas desde que había dormido con Anna, le hicieron preguntarse qué haría si alguna mujer joven acostada sobre polietileno entre los adoquines le pedía dinero a cambio de sexo. No se fiaba de sí mismo. Tenía miedo.

Caminó un poco más rápido ahora, el toque de pánico y de excitación sexual pegado a sus talones. Casi tropezó con Joseph, dormido al borde del mercado entre los carros y carretillas sujetos con candados. La cara del atracador estaba atareada con sus sueños. Dormida, no resultaba orgullosa ni tímida, sino que parpadeaba y abría la boca y no ocultaba el diente que le faltaba, la mancha de nacimiento color cereza en la mejilla, los cráteres en las aletas de la nariz y la barbilla, el ralo y desordenado bigote, la cicatriz costrosa sobre el ojo donde le habían herido con una llave. Su piel estaba tan agrietada, pero no tan bronceada, como cuando huyó del campo en el Expreso de la Ensaladera. La vida de la ciudad le había blanqueado. Parecía tan inofensivo y tan soso como el pan.

¿Qué fue lo que hizo que Rook se sintiera tan duro y sentimental como un actor de cine? ¿Era el triunfo de sus puños en aquella ocasión tan lejana? ¿Era el residuo de lo que había sentido por el viejo Victor, por Anna, por Con? ¿O sólo su tremendo apetito de chicas transformado en violencia cuando vio al muchacho dormido?

Pensó en despertar al chico de una patada. Pero ¿y si Joseph gritaba? Vendría toda la chusma. Se formaría a su alrededor un círculo tambaleante de borrachos y «taxi». Rook estuvo tentado de dejar caer una moneda en la boca abierta y esconderse para ver cómo se despertaba el muchacho, o se atragantaba. En lugar de eso, buscó la navaja en sus bolsillos. Abrió la hoja y se agachó al lado del Joseph. Igual que un padre con un niño que ha dormido demasiado, estrujó el lóbulo de la oreja de Joseph, un truco de padre para hacerle abrir los ojos. Agitó la navaja delante de su cara y dijo:

—Es la navaja de Joseph, con b. ¿Es esto propiedad tuya?

Puso la hoja plana sobre la nariz del joven.

—No te muevas —dijo Rook—. Los dos nos debemos favores, ¿no? No sacudas la cabeza. No te muevas. Yo te hice eso. —Señaló la cicatriz—. Y tú también me has dejado una cicatriz. Debería entregarte a la policía. Por lo menos tendrías un sitio decente donde dormir...

Joseph se sentó. Reconoció la cara de Rook al fin, a pesar de la ausencia del traje y la corbata. No estaba asustado por la navaja ni por lo que aquel hombre de cara delgada pudiera hacerle. La suya era lo bastante ancha como para admitir más cicatrices. Le daba igual. Tenía ganas de partir en dos a aquel hombre por haberle despertado. Le castigaría por ser rico cuando él era pobre. Rook se puso de pie y retrocedió, la navaja menos firme en su mano.

—¿Tiene usted dinero? —preguntó Joseph.

—¿Y a ti qué te importa?

—¿O cigarrillos?

Rook negó con la cabeza. Joseph alargó la mano con la palma hacia arriba.

—Usted me ha despertado. Más vale que tenga cuidado, señor. Ahora le conozco. Me las pagará por lo que me ha hecho. Venga, deme algo de dinero para comprar comida.

—Vete a la mierda.

—¡Usted primero!

Rook estaba nervioso por la amenaza que representaba Joseph. Sabía lo fuerte que era el muchacho. Le había visto levantando sacos de cebollas como si una cebolla engordara y madurara a base de helio. Debería haber dado media vuelta y haberse alejado. O haber echado a correr. Pero las palabras de Joseph: «Más vale que tenga cuidado, señor. Me las pagará por lo que me ha hecho» le convencieron de que ahora deberían negociar la paz.

—Está bien —dijo—. Sólo quería devolverte la navaja. —Metió la hoja en el mango y se la dio a Joseph—. ¡Espera!

Encontró un puñado de billetes arrugados en el bolsillo de la cazadora. Los sacó uno a uno, buscando uno de cincuenta. Pero los primeros diez eran de mil, sus ganancias con los dados. Los estiró y los sostuvo en la mano izquierda. Encontró el de cincuenta, lo dejó caer flotando hasta los adoquines a los pies de Joseph y luego abrió en abanico los diez billetes de mil. Les sacaría partido.

—¿Te gustaría ganarte un fajo como éste?

—¿Haciendo qué?

Ahora Joseph estaba seguro de que Rook estaba buscando un hombre para compartir su cama. Se lo habían propuesto anteriormente, pero no por tanto dinero. Por esa cantidad haría la prueba. Para ganarse la vida haría «cosas malas»; ésa era su sencilla frase para referirse a derribar una puerta de una patada, hundir unas costillas de una patada o dejar que algún hombre estúpido pagara por tocarle. Fuera lo que fuera lo que Rook pretendía, tenía que haber alguna forma de estafarle. ¿Diez mil? ¿Qué se podría comprar con eso? ¿Qué podría esperar un hombre como Rook a cambio de tales honorarios?

El propio Rook no había explicado aún para qué quería a Joseph. Pero tenía sentido comercial. Sabía que Joseph estaba en venta, que Victor, Con o cualquiera podían comprarle. Rook sabía que tenía que adquirir a aquella encarnación de *De parranda* antes de que acudiese a otra parte. Aquélla era una ganga demasiado falta de escrúpulos y útil para desperdiciarla. Compra sin vacilar, usa con calma. Se tomaría su tiempo para soñar alguna tarea útil que aquel mercenario pudiera realizar, algo que perjudicara a Victor, a Con, a cualquiera.

—Volveré a hablar contigo, puedes estar seguro —dijo—. Haz lo que yo te diga y este puñado de billetes será tuyo.

Joseph no estaba complacido.

—«Si y cuando» no se comen —dijo.

Pero por un momento se vio a sí mismo como el modelo bien vestido del catálogo, los bolsillos llenos de billetes de mil. Con los sustanciosos honorarios de Rook, se sentaría en el bar y cogería a la camarera por la muñeca, bebería moscatel desde la medianoche hasta el mediodía. Alargó la mano para recibir los billetes.

—¡Espera!

—Estoy harto de esperar. ¡Déme algo ahora!

Rook ordenó los diez billetes de mil de modo que formaban un fajo perfecto. Los dobló por la mitad.

—Dame la navaja —dijo.

La navaja había bailado entre los dos tantas veces ya que una más daba igual. Joseph le devolvió la navaja. Rook abrió la hoja, la deslizó en medio de los billetes y los cortó por la doblez.

—¡El dinero es el pacificador! —remedó a Victor perfectamente—. La mitad para ti. La mitad para mí.

Se guardó un grupo de medios billetes en el bolsillo y le dio el otro a Joseph, envolviendo su navaja.

—Ahora ya sabes que hablo en serio.

—No puedo gastar esto.

—¡Ni yo tampoco!

—Entonces, ¿qué sentido tiene?

—El sentido que tiene, querido Joseph, es que tendremos que hablar de nuevo. Como amigos. Tengo un trabajo para ti. No me preguntes qué es. Pero cuando ese trabajo esté hecho, te daré la otra mitad.

### 3

Victor se sentía halagado por el cortejo de los arquitectos, por su optimismo. Le gustaba el lenguaje que usaban; la facilidad con que cantaban acerca de fosos, cimas, galerías, travertinos, follaje, desfiladeros comerciales en módulos, como si los edificios del mercado que habían concebido fuesen cuevas antiguas, o bosques, o montañas, o parques naturales, como si estuviesen importando el campo para colonizar el corazón de la ciudad.

En noviembre, cinco meses después del despido de Rook, planes de construcción que pugnaban por el privilegio de alzarse en el lugar del antiguo mercado fueron presentados a Victor en sus oficinas por hombres que parecían poetas o compositores vestidos como restauradores. Lujosos bronceados, trajes desenfadados, los brillantes ojos de barracuda de quienes viven de su imaginación y su ingenio. Nadie discutía que el mercado existente estaba enfermo. Sus diagnósticos concordaban. Estaban de acuerdo en su mala salud, en su patología, en qué tratamiento debía recibir, qué cirugía. El viejo Mercado del Jabón era un tumor en el corazón de la ciudad y tenía que ser extirpado. Prescribieron la quimioterapia de la apisonadora, la radiación de la gran bola de hierro. «Reducir a escombros lo poco que hay. Y reconstruir.»

Estos arquitectos eran demasiado importantes para construir escuelas y casas. Alardeaban de los museos, puertos deportivos, hoteles, auditorios, oficinas centrales de banco, ayuntamientos, celebradas galerías comerciales, que habían construido en otros lugares de la ciudad y del mundo. En Tokio. En Amsterdam. En Barcelona. En Zagreb. En aburridas ciudades pequeñas que habían puesto en el mapa metiendo a la fuerza una universidad de paredes blancas donde antes sólo había prados, bosques, un barrio degradado.

Grandes rollos de papel parafinado con planos y elevaciones dibujadas a lápiz se extendieron sobre la mesa de Victor y cubrieron sus sillas. Maquetas a escala, gráficos de ordenador y vídeos presentaban nuevos Mercados del Jabón, todos los cuales defendían sus arquitectos como teatrales evangelistas. La axonometría en 3-D realzaba las líneas de los delineantes y las hacía reales.

Victor no tenía ojo para las formas. Valoraba los edificios por las palabras que usaban para su promoción. Había oído decir —y le gustaba la frase a pesar de su falsa extravagancia— que la arquitectura era música geométrica, congelada. Buscaba el tono y el ritmo de los planos por el modo en que los arquitectos cantaban sus artículos, por la palabrería que usaban. Una vez que hubiese tomado la decisión, permitiría que los directores, los planificadores financieros, los ingenieros y los contables de su plantilla tomaran el mando.

Anna había concertado citas para que los once hombres y una mujer visitaran a Victor en sus oficinas. Recibió a cada uno de ellos en la entrada desde la galería comercial y durante el viaje hasta el piso veintisiete les dio estrictas instrucciones de que no debían quedarse más de cuarenta minutos ni ser excesivamente técnicos.

—Victor tiene ochenta años —les explicó—. No tiene paciencia. Su oído no es muy bueno.

Un arquitecto —el primero en ser recibido— dijo que su edificio tenía el aire jactancioso que era apropiado para un mercado. Un foro para la venta de alimentos, después de todo, merecía un semblante seguro de sí mismo. Nada de esconderse como hacían los bancos y los cuarteles. Nada de timideces. Un mercado podía ser ambicioso, enérgico, optimista, ruidoso, temerario, alta tecnología. Y su boceto de presentación mostraba toda la anoréxica desvergüenza del modernismo desatado, las venas, las entrañas, los conductos y las tuberías pegados a la piel de cristal negro del edificio.

«Demasiado varicoso», fue el juicio de Victor, aunque él, o para ser más exactos Anna, expresó esta opinión más suavemente en una carta de rechazo que fue enviada al arquitecto esa misma tarde.

Otros presentaron planos en el estilo de cóctel posmoderno que es el preferido de los hoteleros y los magnates de compras fuera de su ciudad: un poquito de grandeza imperial, dos gotas de sentido común, un chorrito de retórica metálica. Todo endulzado y hecho más apetitoso por unos adornos color pastel.

La arquitecta —del estudio que diseñó el Monumento al Muro de Berlín— era una pragmática muy seria. No soportaba las curvas. Su inspiración eran las lápidas de las tumbas, los sujetalibros, los contenedores de carga, los envases de jabón en polvo, el cuadrado negro de la santa Kaaba en el corazón de La Meca, el Pentágono, las cajas de cerillas, los cajones de embalajes de madera, los dados. Lo que más admiraba eran los altos, rectos y democráticos desfiladeros de Manhattan. Deseaba erigir en la plaza del mercado «una atrevida y sencilla losa, libre de ligerezas ornamentales, en la cual el dogma y la perfección del diseño rectilíneo se enfrente y desafíe al inevitable desorden del mercado y, de paso, no ponga en peligro sus márgenes de beneficio».

—No debemos disimular, sino celebrar, la honestidad de los rectángulos y los cubos —dijo.

Un guapo arquitecto local, joven adorado por los columnistas de ecos de sociedad por su atrevida desatención al gusto público y a las mujeres de su vida, pedía edificios que fueran metáforas visuales, las aspiraciones de la ciudad hechas tangibles en cristal ahumado y piedra. La metáfora que había preparado para el Mercado del Jabón era especialmente visible para Dios. Visto desde arriba —desde un helicóptero en caso necesario o incluso desde el jardín de la azotea del Gran Vic—, su forma era cruciforme, un pájaro de alas cuadradas en vuelo. Su cola de golondrina bifurcada se convertía, para la gente que estaba en tierra, en dos cuñas cónicas que daban la bienvenida y abrazaban a la clientela. La protegía del viento y el sol y la conducía a las puertas del mercado en el trasero de la golondrina.

—Este edificio mantiene un diálogo con la gente que pasa por él —proclamó el arquitecto—. Su lenguaje es el lenguaje de la calle.

Victor permanecía sordo a lo que el edificio tenía que decir. Si hubiese querido metáforas para Dios, habría construido una iglesia.

Se mostró más interesado y paciente con los arquitectos esperantistas cuyos edificios Shanghai-aztecas estaban decorados con fachadas que tenían confusas deudas con Marrakesh y con Mondrian, o con pirámides y pagodas, o con el simétrico clasicismo de cementerio de Roma y Grecia y el Père Lachaise, o con los Jardines Colgantes de Babilonia y el IBM Garden Plaza en la esquina de la calle 56 con Madison en Nueva York, o con balnearios y ferias y barcas de remos. Era divertido dejarse guiar por estos entornos globales temáticos, oír hablar de tabiques de bambú y acero, tejados de bálago metálico y «módulos de venta» cuyos mostradores revestidos de mármol tenían frisos y plintos como las tumbas.

Pero no hubo la menor duda de quién conseguiría el contrato una vez que llegó el Signor Claudio Busi y le dijo al viejo que su credo era éste:

—Mi lealtad está con lo que usted desee. Los grandes edificios como éste deben glorificar la visión del hombre que paga. Cito a dell'Ova y digo: «Los edificios más altos arrojan las sombras más largas. Así los grandes hombres dejan su impronta.»

Sólo Dios sabe cómo se las arregló para dar en la diana, pues las pasiones y las aversiones de Victor no estaban documentadas, y Anna se mostraba complaciente en el ascensor pero no era de gran ayuda en este sentido. Quizá el tal Busi poseía la habilidad de insinuar imágenes en una mente vacía por medio de la adulación. Pero, por suerte o por astucia, todo lo que decía era agradable e iba directo al blanco.

Claudio Busi era un hombre delgado y fuerte de sesenta y nueve años, el socio de más edad de un estudio célebre por su buen gusto y pragmatismo. Era Busi quien había diseñado los Aparejos, el complejo portuario en Port St Phillips que había sido arrasado por el huracán Eduardo hacía dos años y no había sido reconstruido. El Palacio de Exposiciones de hierro forjado en Amsterdam también era suyo. E igualmente lo era el Proyecto Cortinas en Milán, que había ganado el Premio de las Naciones Unidas: «Una asombrosa aventura de ingeniería.» Y el Centro del Centenario en el lago Michigan. Su libro *El mundo bajo un solo techo* había iniciado una pasajera moda de «el espacio como terreno de juego, la edificación como acontecimiento», y había elevado a Busi a la categoría de encantador maestro de la arquitectura en los coloquios y los programas de televisión. Un hombre de éxito con las mujeres, se decía. Tenía una voz aterciopelada capaz de ablandar a una piedra.

Sus socios más jóvenes tenían que tratarle con respeto, pero en gran medida le habían apartado del tablero de dibujo. Se había vuelto demasiado descuidado, demasiado pasado de moda. No entendía las obsesiones funcionales de los clientes modernos que querían «esplendor por fuera y pobreza por dentro», es decir, entradas enormes pero despachos tan pequeños y feos como las celdas de una prisión. Viajaba vestido con sus trajes verde oliva entre los estudios de Nueva York, París y Milán igual que un obispo viaja por su diócesis, con gran pompa, pero poco poder o control. Era un testafarro, y el hombre adecuado, consideraron sus socios, para obtener el

contrato del Mercado del Jabón. El hombre de ochenta años podría mostrarse condescendiente con otro de sesenta y nueve y a la vez confiar en él. Así que Busi fue despachado desde Milán para ser su portavoz y para darles a todos un respiro de sus frases y su encanto.

El Signor Busi habría preferido ser el portavoz de sus propios diseños, pero se había convencido a sí mismo de que le habían encomendado aquella tarea porque sus colegas y sus rivales le consideraban «un filósofo que se destacaba de las medianías». (Un periodista le había descrito así una vez, aunque con el matiz de que, quizá, la labia del Signor Busi resultaba más convincente que su comportamiento, tanto en lo que concernía a los edificios como a las mujeres.)

Tomó una habitación en el Excelsior y pasó un día examinando el Mercado del Jabón y su jardín. El equipo de tres arquitectos de la firma Busi que había pasado dos meses sobre el terreno, le había advertido en sus informes de que el mercado era «vulgar, ineficaz y artificial». Busi pensó lo mismo. «Sórdido», fue la palabra que murmuró para sí. Su taxi le había abandonado en los límites obligándole a andar; hacerlo en recintos y calles peatonales estaba muy bien, pero el mercado era un caos, una pesadilla para los peatones. Cruzarlo a pie era ofrecerse voluntario para servir en los lacerantes laberintos de un nido de hormigas. No era, ciertamente, ni bello ni funcional; no era un lugar lúdico ni útil. No pasaba la prueba del tornasol de Busi. Convertía la sencilla tarea de comprar fruta en una expedición. Se maravilló de la densidad y animación de la multitud y de la paciencia de los vendedores, obligados cada día a montar sus puestos, a transportar el género en carretillas sobre adoquines y luego a meter en cajas y sacar de nuevo en carretillas los restos no vendidos, para acabar el día desmantelando los puestos. Estúpido, insensato.

El Signor Busi acabó agotado por el lugar, el traje en desorden, los zapatos descoloridos. Descansó en el Jardín del Jabón, pero no quedó contento con el café y las pastas que tomó, ni con el camarero, que le pareció demasiado apresurado y falto de delicadeza. Intentó, pero no lo consiguió, encontrar el camino de vuelta a una calle con tráfico. El mercado no era lógico, no tenía señales ni avenidas. Un hombre cubierto de celofán le envió más hacia dentro. Tuvo que pagar a un niño para que le guiase a una parada de taxis. Estaba entusiasmado con la idea de que la firma Busi de Nueva York, París y Milán fuese la que introdujese allí algo de Orden y Uniformidad. Una ciudad moderna y reglamentada no debía estar gobernada por los impulsos de la multitud sino por los dictados de sus líneas de tranvía, sus aceras, sus semáforos, sus horarios y sus leyes. Una ciudad moderna y reglamentada no debía permitir tan sórdido desbarajuste.

Cuando al fin se conocieron, el Signor Busi felicitó a Victor por el Gran Vic y la galería comercial que era su arteria.

—Es bello y ordenado —dijo—. Aplaudivo que desee usted extender esta alegría geométrica al centro antiguo de la ciudad, donde, evidentemente, la belleza y el orden brillan por su ausencia.

Esperó un instante para dar a Victor una oportunidad de responder a estas ocurrencias. Pero vio enseguida que Victor no era un buen conversador y que permanecería callado pero atento. Abrió la cremallera del portafolios negro que contenía las propuestas que había traído de Milán, sacudió el cuerpo dentro de su traje y miró a su cliente con su mejor sonrisa tridimensional.

—Existe la nostalgia y existen los experimentos —dijo—. Pero usted no es la clase de hombre a quien le gustan esas cosas. Usted es un hombre de *ahora*. Así que no perdamos el tiempo con estas reliquias del pasado. —Su mano desechó los planos de sus rivales. Levantó la esquina de un diseño de los Estudios Ultra y enarcó las cejas—. Dejemos también de lado la ciencia ficción. Se queda anticuada no bien se construye. Verá, mi colega de Ultra..., no sé si debería hablar a sus espaldas..., nos ha diseñado otro Centro Lyons-Symphonique, todo tuberías y respiraderos, pero éste es para los repollos y no para la cultura. Cree que es ingenioso mostrar las tripas de un edificio, poner lo de dentro fuera. Pero esto es lo que yo le digo: Usted es un hombre de ochenta años, lo sé. Ingenio no es lo que usted quiere. Usted quiere un poco de dignidad. Quiere un mercado que contenga y celebre su talento para los negocios y no la artificiosa visión de un arquitecto. Creo que estoy en lo cierto. Por lo tanto, prescindiremos de lo de dentro fuera. Para usted, para este gran mercado, nosotros ponemos lo de fuera dentro, llevamos el exterior al interior.

Extendió los dibujos sobre la mesa de Victor. Sus socios habían tenido el sentido común de hacerlos pequeños y sencillos, a una escala de uno por quinientos, de modo que el espíritu de las propuestas del grupo fuese más evidente que su complejidad. Para el Signor Busi, el exterior que planeaban llevar al interior era más que un simple proyecto para proteger los puestos del mercado del viento y la lluvia y los cambios de temperatura. El «exterior» significaba también el campo, el mundo más allá de los márgenes de la ciudad.

—¿Qué es un mercado en realidad sino campo traído a la ciudad? —preguntó—. Démosle a la gente un paseo por el campo en el mismo corazón de la ciudad.

Señaló las «conceptualizaciones» que habían sido dibujadas en tinta y acuarela.

—Por favor, cójalas y échelas una mirada —dijo—. ¿Qué le recuerdan estas elevaciones?

Sonrió, pero furtivamente, mientras Victor negaba con la cabeza. Los colegas de Milán llamaban al diseño los Merengues de Cristal Derretido. Cuatro espectaculares óvalos de cristal que parecían a la vez tartas y las cúpulas de unas viscosas mezcuitas llenaban el Mercado del Jabón. Nueve pasillos de bóveda cilíndrica —enmarcados en madera y acero, acristalados— partían del centro sin lógica geométrica pero de la forma agradable y equilibrada en que las raíces superficiales se extienden en torno a un árbol.

—He aquí un paisaje campestre en el centro de la ciudad —dijo Busi—. No hay líneas rectas en nuestro diseño, ni planos o inclinaciones parejos. En cambio tenemos la discontinuidad horizontal del paisaje natural. Le damos colinas, llanuras y lomas

hechas de láminas de cristal curvo. Buscamos coherencia, buscamos armonía. Dejamos que la luz natural de la ciudad, que queda absorbida por el ladrillo y la piedra, pase a través de nuestro cristal e inunde el edificio de la misma forma que la luz inunda y calienta y hace fértil un invernadero en el campo. Las paredes interiores son de espejo y todos los marcos están contruidos con acero reflectante o madera pulida, de tal modo que el viaje de la luz natural no se vea truncado. Por tanto, tenemos un invernadero. Tenemos controles de temperatura y aire para mantener el ambiente perfecto para plantas, arbustos y árboles. Las paredes son paredes que respiran. Fuera, la ciudad; dentro, el campo. Tenemos ascensores con el suelo de cristal que suben por entre el follaje y proporcionan hermosas vistas. Tenemos nueve corredores comerciales a escala humana. Y luego la escala es más divina: cuatro cúpulas, la mayor de las cuales tiene cincuenta metros de altura y es visible desde muy lejos. Es una escultura hecha de cristal y verdor. Es un caparazón viviente de metal. Es... —y con un gesto ceremonioso el Signor Busi reveló el título del proyecto — Arcadia. Pero modernizada. Climatizada. Accesible. Contemporánea... Defendida.

Al decir esta última palabra el Signor Busi extendió las manos, con expresión de pragmático apenado.

—Arcadia ha de estar defendida. ¡Por supuesto! Debemos admitir la verdad. Si usted desea atraer a Arcadia a los mejores ciudadanos, aquellos que tienen buen gusto y buenos ingresos que gastar, entonces debemos prometerles que les defenderemos de... —de nuevo extendió las apenadas manos—... de la ciudad misma. Verá que hemos previsto cámaras de vigilancia, cierres antirrobo, redes antisuicidio, guardias de seguridad. El edificio es una fortaleza. Una granada de mano sólo haría vibrar el cristal. Puede sobrevivir al impacto de un avión intercontinental. Pero esto no es suficiente. Les debemos a sus clientes la seguridad de que no se permitirá la entrada a borrachos, vagabundos, manifestantes y gente que no vaya a comprar, sino simplemente a guarecerse de la lluvia, a dormir o a causar molestias. Arcadia, como verá, es demasiado buena para ellos.

Guió a Victor en un recorrido que empezaba en el sótano de dos plantas, acolchado con hormigón vertido y servido por una rampa para camiones oculta por hileras de árboles. Le mostró dónde las cámaras frigoríficas de almacenamiento mantenían fresco el género, dónde las unidades de maduración daban a los plátanos, las manzanas, los mangos, los colores considerados mejores y más tentadores para los compradores. Aquí estaban las oficinas, los estudios del sótano, los talleres de servicio, los patios, recobrando —intensificando— el ambiente de un mercado medieval, con toldos de colores, letreros pintados, suelos de terrazo, luz natural aumentada. Y parterres de arbustos, árboles de invernadero y un despliegue de plantas, hiedra, enredaderas y bambú.

Los cuatro merengues estaban unidos dentro de Arcadia por un eje central de modo parecido a como los cuatro carpelos del mastuerzo se adhieren a sus tallos. El

eje sostenía terrazas y balcones con vistas, a través del follaje, a las cabezas y sombreros de los compradores y los toldos de colores «auténticos» de los puestos fijos. En las terrazas inferiores había bares, un restaurante y un recinto para conciertos al aire libre. Los balcones superiores quedaban casi fuera de la vista. Debajo de ellos se extendía una red. Colgaba de las cámaras más altas de las cúpulas como las ondas de una tienda tuareg. Por encima del dibujo blanco y verde de la red estaría la pajarera más grande construida nunca, en la cual la firma Busi imaginaba cacatúas, loros y periquitos que finalmente aprenderían a gritar como los vendedores. «Todo fresco hoy. Todo fresco hoy. Si no hay dinero, no hay fruta.»

—¡La pieza central! —El Signor Busi sacó un último boceto—. Vea, no somos charlatanes. Tenemos respeto por la historia. No hemos demolido el lavadero medieval. Le hemos dado nueva vida.

Los bocetos mostraban lo que una cuidadosa restauración podía lograr. Cómo las gárgolas medievales podían ser salvadas por la heroica cirugía dental de los modernos albañiles, cómo a las piedras viejas y agujereadas se les podía quitar la placa, disimular las cavidades, reemplazar los relieves rotos. Habría nuevas fuentes, cascadas, donde previamente el flujo había sido intermitente y controlado por grifos.

El Signor Busi mostró fotografías de las aporreadas pilas donde el jabón, la piedra y la tela habían producido durante tanto tiempo una música de palmadas con el agua. Luego sus nuevos diseños: las pilas renovadas estaban transformadas por luces y plantas. Se mantenían llenas y atareadas con agua bombeada, filtrada y circulante, que caía desde caños ocultos sobre estanques esculpidos y luego corría por canales hasta jardineras de plantas. Por la noche, el aire acondicionado y las luces de las avenidas se apagarían, el agua se cortaría y unos reflectores iluminarían los cuatro merengues. Harían que las entrañas de Arcadia pareciesen cálidas e insondables a través de las sombras de los árboles en sus macetas.

—Soy milanés —dijo el Signor Busi—, pero a pesar de ello debo admitir que aquí tenemos un edificio que será tan hermoso y funcional, más funcional quizá, como las Galerías Víctor Manuel II de Milán. Comparten el nombre. Usted podría ser Victor III. Compartirían también un lugar en la historia si usted permite que la firma Busi dé vida a estos dibujos.

El Signor Busi extendió las manos y se rió.

—Ya no tengo nada más que decir. —Dejó los planos y los dibujos donde estaban y le tendió ambas manos a Victor—. Estoy a su disposición hasta el domingo, naturalmente. *Tante grazie, Signor Victor.*

Victor llamó a Anna. Ella llevó al Signor Busi al ascensor privado del jefe y le acompañó hasta el vestíbulo y la salida a la galería comercial. Él estaba eufórico y juguetón como un actor que ha triunfado en escena. Le gustaba la mujer que tenía al lado. Su perfume y su cuerpo regordete y la estrecha intimidad del ascensor de Victor le animaron. Su esposa estaba lejos. Puso dos dedos en la muñeca de Anna.

—Creo que su jefe me dará el contrato del Mercado del Jabón. Tal vez debería

celebrarlo esta noche, y usted debería ser mi invitada en el hotel.

Anna negó con la cabeza.

—Es usted muy amable —dijo—, pero me parece demasiado pronto para una celebración, ¿no cree? Victor todavía tiene que ver a otros tres.

—Querida mía —dijo el Signor Busi soltándole el brazo—, noto en la sangre que ganaremos. Nuestros planos serán los escogidos.

—Puede que Victor decida conservar el mercado tal y como está.

Busi se rió.

—No hay nada que conservar. Allí no hay nada. No hay nada que demoler. Por supuesto hay que levantar los adoquines y volverlos a poner más hábilmente. Y están esos pequeños bares y restaurantes descuidados que abarrotan el Jardín del Jabón. Ésos tendremos que arrasarlos. ¡Y empezaremos desde cero! Así que volveremos a vernos, creo. Y muchas veces.

Su coche se acercó y el Signor Busi se marchó del Gran Vic sintiéndose feliz. Más arriba, en el piso veintisiete, sus planos estaban esparcidos sobre la mesa y la alfombra. Victor estaba de pie junto a ellos, con un diccionario en la mano. *Arcadia*. Paraíso rústico, leyó. *Arcádico*. De simplicidad pastoril. *Arcada*. Hilera de tiendas cubiertas.

El Signor Busi esperó en el Excelsior tres días más, y el cuarto recibió una llamada. Anna habló en nombre de Victor. Le complacía, dijo, comunicarle que la firma Busi había conseguido el contrato del Mercado del Jabón. Le enviarían una carta oficial, y Victor le agradecería al Signor Busi que prolongara su estancia tres días más para que se convocase una conferencia de prensa y se fijase un calendario para su construcción. También le enviaría al Signor Busi los bocetos de una pequeña estatua que era un regalo de cumpleaños a Victor de —¡qué apropiado!— los principales comerciantes del mercado. Era una madre y un niño y debería incorporarse a Arcadia.

—¿Una pequeña estatua? ¡Le daremos el lugar de honor! —le dijo Busi a Anna. Y luego—: Le ruego que me permita darle el lugar de honor en mi mesa en el Excelsior esta noche. Creo que ahora no es demasiado pronto para celebrarlo.

Anna comía verduras como todo el mundo, pero no era una cliente habitual del Mercado del Jabón. Vivía un poco lejos del centro, a diez minutos en autobús, cuarenta minutos a pie. No se consideraba tan pobre ni tan fuerte como para tener que hacer cola en los puestos del mercado y luego transportar lo adquirido en una bolsa en autobús. A cien metros de su casa había una tienda de alimentos preparados que tenía un mostrador de productos frescos y una clientela sin prisas, y era allí donde compraba. Por supuesto, había veces que prefería ir de compras por las calles de la ciudad en busca de ropa, zapatos o regalos para sus sobrinas. De cuando en cuando, después del trabajo, echaba a andar por la galería comercial en dirección a las boutiques y las tiendas elegantes, decidida a gastarse dinero en ella.

La tarde en que el Signor Busi conoció a Victor y luego se aventuró a coger a Anna por la muñeca, ella se había sentido tan contenta de ser ella misma, tan contenta de ser admirada y de que coqueteasen con ella —aunque sólo fuese un viejo presumido y decrépito de Milán—, que salió buscando darse un capricho. Había visto un broche que quería, hecho a mano, una galaxia de estrellas de plata con una sola luna de perla. Necesitaría también una chaqueta más oscura que fuera con el broche. Unos bombones belgas, quizá, le harían compañía esa noche. Cogería un taxi para volver a casa. La joyera tenía su taller-estudio debajo de las galerías de madera de la calle de los Santos. Anna se dirigió hacia allí por la ruta más rápida. Le preocupaba un poco que las galerías cerrasen antes que los grandes almacenes. Pero allí estaba la dueña, trabajando en una pulsera, una hilera de gansos de cobre. Anna no vio el broche que quería en el escaparate. Entró y preguntó. La joyera no levantó la cabeza ni se quitó la lupa del ojo.

—Lo vendí. Hace semanas —dijo.

—¿Tiene usted algo semejante? ¿Otra galaxia?

—Ya no hago estrellas y lunas. Ahora hago pájaros y mariposas.

Anna esperó una palabra de ayuda, una expresión de disculpa, una despedida cortés. En lugar de ello, la joyera, que claramente no estaba dispuesta a hablar, le dijo:

—Inténtelo en algún otro sitio.

Anna estaba demasiado irritada para mirar en otro sitio. ¿Qué clase de mujer de negocios despreciaba tanto a los clientes que no podía tomarse la molestia de levantar la cabeza o la vista? Anna lamentó no haberse ido a casa nada más salir del trabajo. Ahora no necesitaba una chaqueta más oscura. No se daría el gusto —y más valía así, tal vez— de unos bombones belgas. Tampoco cogería un taxi. Tomaría el autobús para volver a su costura y su televisión, y pasaría la noche, como muchas mujeres solas, tan silenciosa y dueña de sí como una codorniz. Pero primero, pensó, daría una vuelta por el Mercado del Jabón. Estaba muy cerca y le pillaba de camino a la parada del autobús. Sus contactos con los arquitectos y con sus planos le habían hecho sentir

curiosidad por saber qué había querido decir el Signor Busi aquella tarde: «No hay nada que conservar allí.» Compraría un poco de ensalada para su cena sin pecado.

Un mes atrás Anna le había vuelto la espalda a la pasta, el pan y el arroz, esperando hacer las paces con las lechugas y las judías verdes. Su único desliz eran los bombones. Las veces en que Rook le había pellizcado la cintura, el aro de carne demasiado blando entre sus dedos y su pulgar, Anna se había sentido descontenta consigo misma. Le apartaba las manos. Él decía que era una broma. Pensaba que era una grata muestra de intimidación llamar la atención sobre su pérdida de esbeltez. Ella consideraba que los pellizcos de esa clase eran una forma de intimidación. Al parecer, los hombres nunca estaban satisfechos por mucho tiempo con las particularidades de las mujeres a las que amaban. Y eso era cruel, ¿no?

Cuando Rook fue despedido e hizo caso omiso de las visitas de Anna a su apartamento y de las notas que le había dejado, ella encontró motivos para culparse a sí misma. Había asustado a Rook con demasiada pasión. Se había mostrado demasiado dispuesta a acostarse con él. Había sido la causa secreta de que le echaran del Gran Vic. Sus «particularidades» no eran las adecuadas para él. Si hubiese sido esbelta y hubiese tenido treinta y cinco años, Rook le habría dejado la puerta abierta de par en par. Sin embargo, él era tan mayor y tenía tantas arrugas como ella. Por lo menos ella no estaba seca como él. Tampoco tenía canas todavía. Respiraba sin que su pecho temblara, aunque era cierto que su estómago sobresaldría un poco menos si perdiese, digamos, tres kilos. Había aprendido a echarle la culpa a su peso, no a sí misma, de la pérdida de Rook. Nunca se le ocurrió culpar y odiar al hombre.

Perdió peso bastante rápidamente y, si no delgada, estaba más escultural y segura de sí misma. Se compró ropa nueva más ajustada. Se cortó el pelo en la parte de la nuca. Hacía ejercicios todas las noches sobre su alfombra de *phaga*. Ahora que estaba un poquito más esbelta y lucía otra imagen, se sentía descargada de un peso. Pero nada de lo que hiciera o comiera podía eliminar la bolsa debajo de su barbilla, o recompensarla por la repentina y dolorosa pérdida de Rook. ¿De qué servían lemas como *sí-y-ahora-y-aquí* si *ahora-y-aquí* significaban la mesa de la oficina, la casa y la cama sin Rook?

Le sorprendió, no obstante, aquella noche sin broche, lo alegre que se sentía entre las multitudes compradoras y los seductores que eran los puestos del mercado. Un jabonero vendía únicamente raíces, los insulsos almidones de los campos. Sus zanahorias variaban de color desde el rojo de la carne de cordero hasta el rosa de las carpas; tenía zanahorias tan redondas y brillantes como farolillos de feria; las tenía rectas y largas como estalactitas de cera; las tenía dobles. También tenía patatas, de todas las formas y todas las tonalidades, y separadas en distintos cubos. Las tenía blancas, amarillas, rojas, rosas, para asar, para cocer, para freír, de Idaho, de Egipto, de los Andes, harinosas, dulces. Tenía patatas cultivadas sin abonos químicos ni plaguicidas, sólo con estiércol, y presentadas con la tierra intacta (para ocultar las manchas). Tenía patatas ligeramente verdosas por la luz. Éstas eran buenas para

ensalada, crudas y ralladas, con un poco de mahonesa.

Anna se adentró más en el Mercado del Jabón. Pasó por delante de las filas de naranjas, la fruta del monzón, la achicoria, la col marina, las peras Valentino, la mancomunidad de manzanas, y llegó al reino más fresco de la hoja. Sólo quería una lechuga, pero se vio tentada por la variedad y el color. Revolvió en un puesto en busca de una lechuga de huerta con un cogollo apretado. Nunca se había fijado antes en cómo olían. Las ensaladas del mostrador de productos agrícolas de su tienda eran inodoras. Pero aquí, amontonadas en tal profusión, las hojas eran casi acres, funerarias. Su olor era exactamente el de la arcilla húmeda recién removida para acoger un ataúd. La lechuga que eligió era compacta y pesada, una Winterval temprana. Sus tallos eran blancos. Las hojas tenían pronunciadas nervaduras y la forma de una venera. Éstas eran las hojas de lechuga que los Espíritus del Campo utilizarían como platos en los festines de medianoche cuando estuvieran montando guardia contra la penetrante helada. El jabonero dejó caer la lechuga en una bolsa y cogió las monedas de Anna como si los Espíritus del Campo aún no le hubiesen visitado.

¿Por qué no se fue entonces a coger el autobús? ¿Porque estaba seducida por la multiformidad de los alimentos? ¿Porque estaba confusa por el color, el ruido y las multitudes? ¿Porque Celofán la hizo desviarse? ¿O porque una mujer que acababa de detectar la muerte en las hojas de lechuga no podía tener dificultad en percibir el olor de Rook sentado delante de su café en el Jardín del Jabón?

Rook la vio mientras ella sorteaba sillas y clientes. Al principio la observó despreocupadamente, pensando sólo que era una mujer de su gusto, la esposa con estilo de algún comerciante, quizá, o la elegante y tentadora dueña de una boutique. Luego la reconoció, justo a tiempo, cuando ella le vio a él. Rook notó una tensión en el pecho. También en los pantalones. Los amantes no se habían hablado desde hacía cinco meses. Ni se habían tocado. Así que Rook se sintió doblemente acorralado, por el brutal descuido con que la había tratado y por la mezquindad de su súbita concupiscencia. Deseó estar a mil kilómetros de allí; deseó estar diez metros más cerca, tan cerca y tan entrelazado que pudiese digerirla, tomar de su boca la salsa salada y el filete de su lengua.

—Has cambiado —dijo él—. Te has cortado el pelo.

Ella parecía azorada. Enrojeció cuando él le hizo un cumplido acerca de su aspecto. ¿Era el rojo de la ira o el del placer? Ella no dijo nada, pero dejó su lechuga sobre la mesa y se sentó frente a Rook. Que hablase él primero.

—¿Debo entender que hay otro hombre?

—¿Por qué tendría que haberlo?

—Por tu aspecto, naturalmente.

—¿Cuál es mi aspecto?

—Has florecido desde que te vi por última vez. ¿Hay un hombre?

—Por supuesto que lo hay —dijo ella, sin faltar por completo a la verdad.

—¿Y quién es?

Rook daba la impresión de que su cara había perdido los huesos.

—Un arquitecto —dijo ella—. Me ha invitado a cenar en el Excelsior, nada menos. Para celebrar.

—¿Y qué hay que celebrar?

—¡El fin de todo esto!

Anna extendió los brazos y agitó las manos, como si fuese un ilusionista que pudiera hacer desaparecer el mundo real.

Hasta cierto punto era exactamente eso. La mayoría de las mujeres lo son. Son ilusionistas, por lo menos cuando son jóvenes. Tienen la habilidad de detener los relojes, de hacer que vayan más deprisa, de hacer descender la temperatura un ápice, de hacerla ascender, de ser tan deseables que el mundo entero más allá de la burbuja de ellas mismas quede distanciado y diluido. Sus cabezas pequeñas, su perfume, su pelo recortado en la nuca, el susurro de hojas de sus faldas, se convierten en hechizos. Así que Rook estaba atrapado y absorbido y Anna estaba exultante por no ser demasiado vieja ni demasiado gorda para tener a aquel hombre sojuzgado. Puso las manos sobre la mesa. Él tuvo el valor y la vergüenza de cogerla por la muñeca.

—Igual que mi arquitecto —dijo ella.

Y luego su historia salió a borbotones, lo misterioso que se había mostrado el jefe, que los planos habían pasado como si se tratara de otra cosa, que había acompañado a nueve arquitectos —hasta entonces— a la suite de Victor como si fueran prisioneros bajo custodia a los que no se les permitía compartir el ascensor o hablar con el personal. Le contó que Victor estaba obsesionado por los planos y que había dejado a un lado sus libros sobre plagas en los invernaderos y los había sustituido por maquetas, elevaciones y proyectos para el Mercado del Jabón. Le dijo que aquella tarde el Signor Busi había seducido al jefe con palabras floridas y que ella estaba convencida —lo mismo que él— de que Busi sería el hombre que «empezaría a partir de cero».

—Yo hubiese podido detenerle. Le *habría detenido* —dijo Rook, más enérgico y concentrado de lo que lo había estado en doce años—. Pero ahora que me he ido, ¿a quién tiene para darle buenos consejos?

—Así que ¿ésa es la razón de que te echara? ¿No quería que le estorbases...?

—¿Qué ha dicho Victor?

—¿Qué dice Victor nunca? No ha dicho una palabra. ¿Cuándo las dice? Ya sabes como es, fuera de su vista, fuera de su mente...

Ella puso su mano libre encima de la de él de modo que los tres brazos sobre la mesa formaban un bajorrelieve de carne y dedos. Rook se sintió como si su ejecución se hubiese aplazado. Anna no estaba enterada por Victor de su fraude en el mercado. El cubo de hielo no había revelado la verdad. Él tampoco lo haría. Rook levantó la cabeza. Enderezó los hombros. Era una cacatúa, todo graznidos y plumas ahora, todo pavoneos y picoteos.

—Ven conmigo a casa —dijo—. Vamos a celebrarlo.

—He ido a tu casa una docena de veces —dijo ella—. Te he escrito y te he llamado. Ni una sola respuesta.

—Pues ven a casa ahora. Recuperaremos el tiempo perdido.

—Ya veremos —dijo ella—. No eres tan apetecible como mi arquitecto.

—Ah, el italiano, sí. —Retiró sus dedos de los de ella. La agarró por el borde del abrigo—. Si gana, me gustaría ver sus planos.

—Ganará. Apuesto por ello.

La propia Anna había perdido su firmeza. Contuvo el aliento. Le miró los dedos.

—¿Cuándo lo sabrás?

—La semana próxima oficialmente. Habrá una rueda de prensa y una presentación del plan cuando el contrato sea adjudicado.

—¿Dónde?

—En el Gran Vic.

—Me gustaría ver los planos antes de la semana próxima, antes que la prensa. ¿Puedes hacer eso?

—¿Hacer qué?

—Dejarme echar un vistazo previo al proyecto que gane.

—¿Por qué iba a correr ese riesgo?

—Porque yo te lo pido —dijo él.

Y, pensó, porque el viejo planea poner fin a todo esto. Porque no hay nadie en el Gran Vic que defienda a los jaboneros y el mercado.

Rook extendió los brazos y agitó las manos en burlona imitación de ella. Pero no había ilusión en la yema de sus dedos, ningún deseo de ver desaparecer el mundo real, ningún deseo de interferir en el bullicioso parentesco de los ciudadanos que iban y venían por el Mercado del Jabón con la caprichosa inocencia de los gorgojos en un pastel.

—¿Qué puedo hacer? —dijo Anna—. Victor tiene su habitación cerrada con llave y además esos planos no son pequeños. Son manteles.

—¿Y qué me dices de tu apetecible arquitecto?

Rook dejó que ella se apoderase de nuevo de su mano.

—¿Quién? ¿Busi?

—Sí. Él debe tener duplicados.

Anna asintió y se encogió de hombros, como para indicar que no tenía acceso a ese hombre.

—Creo —dijo Rook metiendo la mano entre los botones del abrigo de Anna, la palma sobre su cintura, más esbelta, un dedo debajo de su cinturón— que sería una buena idea que dejases que el Signor te invitase a cenar. En el Excelsior, nada menos.

Rook era un malabarista. Sostenía y arrojaba cinco vidas. Tenía que hacerlas girar y mezclarlas en el aire. Tenía que lanzarlas de tal modo que dibujaran un arco y cayeran en sus manos exactamente con el ángulo y el impacto requerido. Rook tenía que espaciar las cinco vidas porque estaba ansioso por saldar cuentas, diestramente, rápidamente, sin ser detectado. Estaba dispuesto e impaciente por pagar deudas y dar satisfacción, a Busi, Joseph, Anna, Con, pero sobre todo a Victor. Rook no estaba seguro de qué era exactamente lo que debía escamotear, aunque en su forma más simple y mezquina sus intenciones eran castigar a Con y a Victor por el empleo, los ingresos particulares del pago «por la plaza» y la autoestima de que le habían despojado.

Su expulsión uniformada del Gran Vic le atormentaba. Tenía que devolver ese tormento. Esto era una venganza limpia, y la venganza es lo más próximo a la lujuria en su tenacidad y su egocentrismo. Así que a Rook no le importaba que Busi, Anna, Joseph y sí, Con y Victor también, fueran fundamentalmente inocentes de los defectos de su vida. Estaría aún en el piso veintisiete, sería bienvenido en el Mercado del Jabón y tendría dulces relaciones con Victor, Anna y Con, si se hubiese resistido a la tentación de esos sobres de billetes, de ese dinero en la palma, de esos sobornos. Esto es algo que la gente del campo entiende más fácilmente que la gente de la ciudad. Si siembras espinos, recoges espinos. No necesitan riego, florecen y pinchan.

Rook no admitía su mezquindad, que lo que más deseaba era una sencilla e hiriente recompensa. Se engañaba a sí mismo diciéndose que le impulsaban motivos más nobles. La ficción que inventó era ésta: Que sus meses de ocio, libre de Victor y del Gran Vic, habían resucitado una antigua identidad suya que tenía ideales y principios por los que valía la pena luchar. ¿Cómo podía olvidar al hombre que había sido doce años antes cuando se había organizado el boicot de productos agrícolas? Entonces le escucharon en el mercado. Le vitorearon. Se había subido a un estrado hecho de cajas de frutas, vestido con el típico color negro, y había lanzado aquel discurso que todos los periódicos habían reproducido íntegro.

—Este Mercado del Jabón —había dicho— está aquí para hacer buenas ensaladas y tartas de frutas. Para poner algo de fuerza en los estofados, algo de gusto en los pasteles, para mantener a la ciudad alimentada. No está aquí para hacer millonarios a los hombres. Así que nosotros, los vendedores, deberíamos dejar que el mercado muriese antes que permitir que los precios estén por encima de las posibilidades de la gente corriente.

Todos se unieron al oír esto, y se mantuvieron en huelga durante siete semanas. Una época emocionante. El mundo se había vuelto del revés, con los clientes del mercado trayendo tarta y queso y pan para alimentar a los jaboneros y todos los puestos y los toldos desmantelados y ni una hoja de lechuga a la vista.

Los jaboneros en huelga le habían dado a Rook el encargo de negociar. Confiaban

en él. Pero Victor conocía el ardid de partir billetes por la mitad.

—¿Por qué dejar morir el mercado? —había preguntado, locuaz después de siete semanas de daño a su riqueza—. Únicamente se perjudican a sí mismos.

Sus agentes y sus administradores le habían ofrecido a Rook un arreglo. Ustedes levantan el boicot y venden a los precios fijados por nosotros, le aconsejaron. A cambio nosotros congelamos los alquileres del mercado durante dos años, tal vez tres. Ustedes, los vendedores, ahorran un poco de dinero para... De acuerdo, usted gana. Congelaremos los alquileres durante *tres años completos*. Han salvado el mercado para siempre.

Rook había dicho que él era únicamente un portavoz, sólo eso, pero que dudaba de que sus compañeros traicionasen sus principios. Victor había hablado de nuevo. «¿Cuánto valen los principios?», se había preguntado, pero en voz alta dijo:

—Sería democrático, ¿no cree?, si mis, nuestros, compañeros del mercado tuviesen un portavoz permanente a mi lado para representar sus principios.

No había mirado a Rook, pero había escrito a lápiz una suma en un bloc y lo había empujado por encima de la mesa para que Rook pudiera verla.

—Ésa es la suma anual que pagaríamos a ese diplomático.

Rook le había estrechado la mano a Victor y había aceptado el estipendio del diplomático.

Así que ahora Rook pensaba que tenía la oportunidad de enmendarse, de reconstruir al hombre que había crecido con el olor del mercado, que había sido instruido en rábanos y rambutanes, que medraba en el clamor y las multitudes. Salvaría el Mercado del Jabón. Sería el campeón de los vendedores. Se subiría de nuevo al estrado y «representaría sus principios, sus temores». Pero luego, una vez que se recuperó de la fiebre de las frases en su cabeza, pensó de nuevo más claramente. Los estrados eran para los inocentes. Los discursos sólo despertaban la pasión con hermosas palabras. Al jugador que tenía la mano más fuerte, el palo que mandaba, no le hacía falta enseñar sus cartas. Así ocurría en política, porque, sí, Rook estaba ahora tan inflamado por el altruismo de su misión que se había atribuido el papel de un hombre al servicio del ciudadano. En política no necesitabas pavonearte ni discursar si podías deslizarte a hurtadillas entre bastidores para sabotear, escamotear e intrigar. Tenía un plan, aún no formado pero irresistible, que llevaría a Anna a su cama, perjudicaría a Con, castigaría a Victor y le descubriría al musculoso Joseph la verdad de que la inteligencia y el dinero son más poderosos que la juventud. También armaría algo de jaleo para el Signor Busi de Milán... y le dejaría a él convertido en el héroe del mercado.

Así que, cuatro días después de que Rook y Anna volviesen a verse en el bar del Jardín del Jabón, el día que el Signor Busi obtuvo el contrato para Arcadia e invitó a Anna una vez más a su mesa, ambos fueron caminando al Excelsior. Habían estado juntos todas las noches, y habían dormido tan profundamente, espalda contra espalda, que los sueños y los ronquidos que celebraban su pasión resucitada no les

despertaban. Se sentían renovados por el afecto que daban y recibían y Anna interpretó el cambio de Rook, su vitalidad, su juventud, como una señal de que correspondía a su amor. ¿Por qué, si no, habría ella, una mujer cuidadosa casada con su trabajo, aceptado cenar con Busi y arriesgarse a su mano entrometida para poder, por Rook, convertirse en una vulgar ladrona?

Rook había sido descuidado. Debería haber dejado que Anna recorriese sola los últimos metros hasta el Excelsior. Pero ella estaba nerviosa, y tenía derecho a estarlo. Cenar con un extraño en un hotel como ése haría que el más duro de nosotros se echase a temblar. Rook le había permitido cogerse de su brazo hasta que llegaron a los relucientes escalones de mármol del Excelsior.

—Ajá, querida. ¿Ha traído usted un acompañante?

El Signor Busi estaba de pie al lado de la alfombra, espionando a las mujeres que pasaban por la calle. Anna soltó el brazo de Rook e inmediatamente se preguntó por qué y volvió a cogerlo.

—Es un amigo —dijo, pero tuvo el sentido común de no dar nombres.

Rook estaba en desventaja por la estatura de Busi, su ropa y su edad.

—Yo iba de paso —dijo—. Que pasen una velada agradable.

Rook nunca sabría lo que había pasado entre Anna y Busi aquella noche y ella nunca se enteraría de cómo había pasado el tiempo Rook. Aunque, por supuesto, se gastaron bromas acerca de las alternativas.

Rook y Anna tenían claro que estaban atados al ardor de la noche. Cuando se separaron, ambos estaban electrizados con la carga sexual implícita en el triángulo que habían formado: el seductor anciano y elegante; la recelosa mujer ataviada con sus mejores galas (bañada, perfumada, enjoyada, vestida de seda oro y negro); el amante de cara delgada, jadeante, transformado en chulo de cara delgada, jadeante, al despachar a su querida para que realizase su encargo; la mesa puesta y esperando con su única rosa, su cubo de hielo de plata, sus velas y su connivencia en el credo de que todo vale en el amor y el comercio; la habitación del hotel con su balcón y sus pantallas, cortinas y colcha a juego; la lascivia del invierno.

Rook le había dicho a Anna: «Haz lo que puedas para conseguir una copia de esos planos. Haz cualquier cosa. Tú decides.» No le había dicho que se acostara con el Signor Busi, pero tampoco le había pedido que no lo hiciese. Le excitaba, eso es seguro, el poder que parecía tener. Le agradaba implicarla en sus intrigas y aceptar la idea, si no el hecho, de que ella se acostaría con Busi si él le ordenaba hacerlo. ¡Qué sensual, qué gallardo, qué deportivamente leal, qué grandiosamente estimulante el que ella estuviera dispuesta a hacer eso por él! ¿Qué no haría ahora con Rook en su propia cama, en su propio suelo, si podía ser tan obediente como para entregarse a otro hombre?

Anna, por su parte, no había pensado mucho en qué había querido decir Rook con «Haz cualquier cosa. Tú decides». Entendió el significado, pero lo entendió como una broma. No quería pensar que Rook, a pesar de sus recientes protestas de afecto, la

utilizase como soborno, como chuchería. No deseaba ser su representante en los brazos del Signor Busi. Pero Rook había hablado con tanta pasión, con tanta vehemencia acerca de su misión de salvar el Mercado del Jabón, que ella se había redefinido como una mujer que, rindiéndose y haciendo servil su amor por Rook, podría consolidar el amor de Rook por ella.

Por supuesto, ella no permitiría, llegado el caso, que el arquitecto tocara un centímetro más de ella que la carne pálida y nada sensual de su muñeca. Pero se había engañado a sí misma para creer que la evidente indiferencia de Rook no era un insulto. No le dijo: «Si ese viejo amanerado tiene el valor de intentar algo conmigo, le voy a soltar mi cena en el regazo», o «Si tienes tanto interés en conseguir una copia de esos planos, ¿por qué no vas y te acuestas tú con Busi? No parece muy exigente. Y tú tampoco». No le dijo: «No soy una prostituta.» Sencillamente, dejó que el ambiente entre ellos permaneciese un poco caldeado y húmedo por la licencia que le había impuesto de que hiciera lo que pudiese por conseguir una copia de los planos.

Así que ella se había bañado y vestido para el Excelsior con ropa que había traído desde su casa al apartamento de Rook. Mientras se vestía ante el espejo, poniéndose medias y ropa interior, colocándose el cinturón, probando perfumes y pulseras en su brazo, Rook estaba sentado observándola. Su respiración era audible, su lengua estaba seca, su corazón latía deprisa. No era asma, sino una enfermedad de la que casi todos los hombres son mártires, la subyugación de todos los sentimientos y resoluciones a la tiranía del sexo. Oía a tejón. Sintió que su pene se alargaba dentro de la pernera del pantalón. Tuvo que cambiar la posición de su pierna y reajustarse la ropa. No tardó en ayudarla con la cremallera y en aprovechar la oportunidad de mojar su cuello con un beso y apretarse contra su espalda.

—Ahora no —dijo ella.

Y le frotó los pantalones con la mano en un gesto de propietaria. Él estaba paralizado, embelesado por la perspectiva de la noche. Pero había perdido la oportunidad de dar plena expresión y alivio a los impulsos y tensiones que sentía. Con gusto hubiese visto el mercado demolido, a Victor triunfante e intacto y al Signor Busi cenando solo, si Anna hubiese aceptado volverse y poner su cara contra la de él. Con gusto —¿pero por cuánto tiempo?— habría renunciado a su misión y su venganza a cambio de cinco minutos dementes, sedosos y almizcleños en sus brazos.

Ella se estaba poniendo los zapatos, alisándose el vestido y buscando su cepillo de dientes en el bolso. Luego bajaron a la calle. Y caminaban cogidos del brazos como hacen los matrimonios, respetablemente. Y Rook estaba mirando al Signor Busi en lo alto de los escalones del hotel y diciendo:

—Que tengan una velada agradable.

Rook se fue andando al Jardín del Jabón y buscó una silla aislada donde poder sentarse tranquilamente y pensar. Y beber. ¿Qué estarían haciendo los comensales ahora? ¿Habrían llegado al postre? A Anna le gustaban los dulces y el Signor Busi insistiría en que tomase exactamente lo que deseara. Sin duda ella estaría eufórica; no

hacía falta mucho alcohol para que se pusiera alegre. Sin duda el viejo italiano se mostraría urbano y cortés, y ligeramente anecdótico, como tienen que ser los hombres que no son jóvenes si quieren seducir a sus menores. Rook se imaginó a Busi poniendo levemente la mano sobre el brazo desnudo de su invitada y llamando al camarero a la mesa para que este gesto de intimidad pudiera pasar como etiqueta. Tal vez le preguntaría si deseaba un *digestif*. ¿Un Licor Bulevar? ¿Se quedaría ella quieta? ¿Le animaría a dejar la mano donde estaba? ¿A acariciarle el brazo quizá? ¿A cogerle la mano?

Rook sacudió la cabeza y reorganizó nuevamente la mesa de la cena. Esta vez el arquitecto estaba silencioso y Anna se mostraba cortés y astuta. Mantenía la conversación ligera y tentadora. Le halagaba, alabando su traje, su gusto para los vinos. Él alardeaba de su fama como arquitecto, del trabajo que había hecho para modelar la nueva Arcadia. Ella decía: Me encantaría ver esos planos. Él decía: Están en mi habitación. Ella decía: Por qué no ordena que nos suban unas copas.

Rook despejó su cabeza otra vez. Había evocado una arpía que no concordaba con el carácter de Anna. Ella no era una predatora. Él tendría que persuadirla para que subiera a la habitación, de mala gana pero sin olvidar su tarea, para tomar prestados, para robar un segundo juego de los planos. Tal vez ella había pedido ver los planos. Busi había dicho: Tendrá usted que subir a la habitación. Le haría saber que la cena no era barata y que a Victor no le gustaría que su arquitecto careciese de afecto en su ciudad. Rook casi veía los planos sobre la cama del Signor Busi. Veía la expresión en la cara de Anna mientras Busi colgaba los pantalones, con la raya bien doblada, sobre una silla y se volvía para ver el negro y oro sobre el cuerpo de Anna aflojarse, arrugarse y caer. Rook la veía, Busi la observaba, meter el abdomen mientras se bajaba las medias y se quitaba la ropa interior, permaneciendo de pie sólo con bragas. El Signor Busi retiraba los planos y las elevaciones de la colcha y luego atraía a Anna hacia sí cogiéndola por las muñecas. «Me llamo Claudio», decía.

Ahora Rook, si hubiese sido más joven, más sano, más teatral, habría ido corriendo desde el Jardín del Jabón hasta el Excelsior. No por ira ni por celos. No era tan tonto como para estar celoso de estas quimeras. Sino por lujuria. Deseaba tener relaciones sexuales; deseaba realizar el coito. Quería expresarse antes de reventar por falta de ello. No podía sostener su taza de café. No podía contenerse. Caminó con paso vacilante, un poco borracho a causa de sus fantasías.

Encontró una chica; no tendría más de diecisiete años. Una chica campesina que nunca había besado a un hombre al que amara. Le llevó a una habitación en un tercer piso dos calles más allá de la casa donde él había nacido. Se abrió la blusa. Se subió la falda vaquera hasta la cintura. No llevaba ropa interior. Estaba tan delgada y poco preparada para la vida ciudadana como Anna madura. Rook le dijo:

—Me llamo Claudio.

Había dos manchas grises en el colchón de la cama donde diez mil rodillas se habían apoyado antes. Rook puso el dinero en la silla e hizo lo que ella le decía.

—Desnúdate —dijo ella. Y luego—: Lávate.

El agua en su pene le serenó, pero estaba borracho otra vez cuando ella se acercó a él con un preservativo y se lo puso. Ella se tendió en la cama, se quitó el reloj, se sacó el chicle de la boca y, después de pegar el chicle a la esfera del reloj, lo dejó caer al suelo.

—Vale —dijo—. Cuando quieras.

Puede que fuera una chica campesina, pero era tan indiferente y pasiva en su trabajo como cualquier obrero u oficinista de la ciudad. Con eso pagaba las cuentas. Su conducta se situaba entre la concupiscencia profesional y el desdén personal. Era lo bastante lista como para fingir un poco de interés en el hombre que pagaba. El pan no sube sin levadura. Sacudía la cabeza o asentía cuando hacía falta. Respondía a doce gruñidos de él con uno suyo.

Siempre tenían la misma expresión, los hombres, cuando terminaban; un poco decepcionada, deseosos de marcharse. Ella cogió su chicle. Aún estaba húmedo y casi tibio. Le vio rebuscar en los bolsillos del pantalón y luego en los de la cazadora. Encontró su pañuelo y se sonó la nariz. Se metió un inhalador en la boca y aspiró, como si deseara borrar el sabor de ella con Pino y Cebollino. Tenía la cara colorada, pero ¿acaso no les ocurría a todos y por buenas razones? Pero éste no palidecía rápidamente. No respiraba bien. Su pecho temblaba como si su orgasmo se hubiese quedado atrapado y subiera hacia sus pulmones. A ella no le importó. Había pagado sólo por quince minutos y ya habían pasado. Otra chica quería la habitación. Ella cogió sus pantalones y se los puso en la mano.

—Más vale que salgas a tomar el aire —dijo.

Esperó junto a la puerta hasta que él guardó el inhalador y se puso los pantalones. Ella bajó sola a la calle donde tenía amigos y donde su cara y su chicle podían estirarse y suavizarse en la oscuridad.

Rook había despejado su mente al fin. Dejó la calle y la zona del mercado. Y tan deprisa como pudo —en otras palabras, no muy rápidamente, con la barbilla sobre el pecho, las manos en los pulmones y flema en los labios— regresó a su apartamento.

Se tumbó en la cama, cerró los ojos y no pudo desenredar las imágenes de Anna, el Signor Busi y la prostituta. Se enroscaban como gusanos en un anzuelo, de modo que era imposible distinguir dónde empezaban o terminaban. Se durmió y caminó por las aguas de un sueño poco profundo. Demasiado inhalador. Joseph llevaba el uniforme de un portero. Echaba a Rook por las puertas, puertas de apartamento, puertas de oficina, puertas de bares en penumbra. Se acostaba con Anna, y Anna se acostaba con Victor, y el Signor Busi se acostaba con Rook hasta que la cama se convertía en un puesto del mercado de hojas y raíces. La prostituta estaba en su cama y se negaba a marcharse, y los pies de Anna se oían en la escalera. Y no estaba sola. Ahora alguien se metía con ellos en la cama y le ponía una mano en el pecho. «No tienes buen aspecto», decía ella. Su aliento olía a ajo y cigarro puro. Su perfume era Licor Bulevar.

Ella se sentó delante del espejo y le dejó despertarse. Se quitó las pulseras y los pendientes y empezó a limpiarse los ojos y las mejillas con algodón y aceite de rosas.

—¿Qué tal ha ido la cosa? —preguntó él.

Anna estaba demasiado satisfecha para decirle la verdad. Lo fácil que había sido, pues el Signor Busi tenía más interés en asegurarse su admiración y su arrobada atención que en llevársela a la cama. No la había tocado ni una vez. Parecía temeroso de ir más allá del punto en el que la impresionaba favorablemente. Era un experto en cartas de vinos y cigarros puros. Los camareros eran corteses con él. El *chef* —un milanés como él— vino y le estrechó la mano. Se crecía en la conversación. Era capaz de hablar, comer y beber, de un modo tan limpio y divertido como un malabarista jugando con cinco bolas. Alabó a Anna encantadoramente. Podía dejarla ir sin seducirla y no perjudicar su reputación ni un ápice. Pero si tentaba su suerte con ella, ¿qué pasaría entonces? En el mejor de los casos se la llevaría a su cuarto y ella vería lo delgado que estaba debajo del traje y que su postura —alta, erecta— estaba ayudada por una faja ortopédica. Tardaba minutos en quitarse la chaqueta. Tenía que quitarse los zapatos y los pantalones a sacudidas. Verle subirse a la cama, desnudo, era (él mismo lo reconocía) asistir a una escena de *Marat-Sade* o presenciar un antiballet como el que baila el coro de los muertos en el *Crematorio* de Przewalski.

Así que se quedaron allí, en la mesa, en la seguridad pública. Estaba, dijo él, entusiasmado ante la perspectiva de pasar unos meses en la ciudad. Sus socios más jóvenes eran buenos para llevar las ideas a la práctica, pero no tan buenos para alimentar al propio edificio. Él era un arquitecto a la antigua. Le gustaba tener una aventura amorosa con todo lo que construía. Dejó que esta frase hiciera su efecto, y luego pasó a otra cosa antes de que le perjudicase a los ojos de Anna.

—Disculpe las tonterías de un viejo. Le prometo que seré menos extravagante en la rueda de prensa. Nada de palabrería, creo yo, para los periodistas.

—Ah, sí, la rueda de prensa —dijo Anna—. Victor necesitará otro juego de planos... antes de la rueda de prensa.

—Por supuesto, querida. —No había utilizado su nombre, ni siquiera le había preguntado cuál era—. Se los enviaré por mensajero.

—Me los llevaré yo ahora, si no le importa. Eso complacerá a Victor y yo sentiré que me he ganado esta espléndida cena.

—Pesan por lo menos diez kilos.

—Soy más fuerte de lo que usted piensa.

El Signor Busi no tenía ganas de ir con ella a su habitación, ni tampoco de hacer el viaje solo. Estaba demasiado lejos y él demasiado cansado y lleno. Hizo venir a un botones. Le dio su llave.

—Haz el favor de subir a mi habitación y traerme una carpeta amarilla. Es de este grosor y de esta altura. —Le mostró las dimensiones de la carpeta—. Encontrarás tres apoyadas contra la ventana. Tráeme sólo una.

Le dio al chico un billete de cien y luego se embarcó en una anécdota acerca de la

carpeta de un cliente que él había perdido una vez en un taxi de Nueva York. La historia le cansó. Perdió el hilo y se sintió aliviado cuando el muchacho volvió con la carpeta amarilla. No pudo reprimir un bostezo.

—Le dejo para que pueda usted acostarse —dijo Anna.

El Signor Busi se puso de pie y enderezó lentamente su cuerpo. Sus estómago chilló. Estrechó la mano de Anna entre las suyas.

—Buenas noches, querida —dijo—. Ha sido un gran placer.

Se quedó mirándola mientras ella salía del hotel hacia la parada de taxis, el botones y la carpeta de los planos a su lado. Caminaba triunfante.

«Realmente, es una mujer sumamente seductora», pensó el Signor Busi mientras iniciaba el viaje a su habitación.

Rook estaba ahora sentado en la cama.

—¿Qué tal ha ido la cosa? —preguntó de nuevo.

Anna señaló hacia la puerta del dormitorio. Una carpeta amarilla, abultada por los planos y los papeles, estaba apoyada contra el marco.

—Ten fe en mí —dijo ella.

¿Por qué habría de decirle nada más? Que imaginase lo que quisiera. Rook no traicionó su falta de fe en ella. Su conciencia no estaba limpia, sino tiznada con dos manchas grises donde había puesto las rodillas.

Se sentaron en silencio durante un rato. Anna ante el espejo, Rook en la cama, cada uno con secretos que guardar, pero sólo uno de ellos se sintió lo bastante seguro como para sonreír.

Rook sonrió a Con.

—Tenemos que hablar —dijo.

—¿Por qué?

—Porque, a menos que hablemos, tu puesto se derrumbará en pedazos. — Levantó los brazos y los extendió—. Todo esto desaparecerá.

—Lárgate.

Con sonrió a Rook, pero era una sonrisa sin labios. No arrugaba los ojos ni hinchaba las mejillas. Era una sonrisa tensa que elevaba el «lárgate» de lacónica indiferencia a heladora maldición. La sonrisa descartaba a Rook, le consideraba un hombre al que no valía la pena despreciar. Pero Rook no se fue. Alargó la mano para impedir que Con continuase recogiendo para la noche. Había contado con la hostilidad de Con. La había esperado. No le gustaría que Con fuese un conciliador que prefiriese *Lo hecho, hecho* al pelado *Lárgate*. Rook frotó el índice y el pulgar para indicar el desmoronamiento de un sólido hasta convertirse en polvo.

—Lárgate —dijo Con—. Tengo trabajo.

—Pero no por mucho tiempo —dijo Rook—. Pronto estarás parado y rodando por las calles como yo. Sólo que tú no tendrás los ahorros que yo tengo para hacer agradable tu desempleo.

—Te estás tirando pedos por la boca —dijo Con, pero estaba lo bastante interesado como para detener sus esfuerzos con el puesto y volverse a mirar a Rook a la cara.

Rook había preparado su discurso.

—Presta atención —dijo, como si el comerciante fuese un niño de seis años—. No seas estúpido. Tenemos más cosas en común de lo que tú crees... Y no te estoy echando la culpa.

—¿La culpa? ¿De qué?

—Por esa estúpida pelea con el muchacho campesino, y por haber ido pinchando y soplándole a Victor. Por haberme hecho perder el trabajo. ¿Qué te parece?

—De eso el único que tiene la culpa eres tú —dijo Con.

No se molestó en negar que había lanzado a Joseph al desmañado intento de recuperar su pago «por la plaza». ¿Por qué iba a negarlo? Era una reclamación justa. No entendió a qué se refería con «por haber ido pinchando y soplándole a Victor», ni por qué se le podía culpar a él del despido de Rook. Pero tampoco le importaba. Rook era despreciable, pensó, pero tan inofensivo como una serpiente que después de perder su veneno se conforma con silbar. Le daba igual que Rook estuviese al tanto de aquella farsa con Joseph en el paso para peatones. ¿Cómo podría Rook perjudicar a Con ahora que estaba, a todos los efectos, separado de su jefe para siempre?

—Te lo estabas buscando, y saliste bien parado —dijo—. Debería haber mandado a cuatro chicos, en lugar de a uno. Ahora estarías con muletas. ¿Por qué iba a

sentirme culpable? Lo único que siento es no haber estado allí yo.

—No te hagas el héroe —dijo Rook—. Si yo te guardara rencor no estaría aquí. Arreglaría el asunto privadamente. Estoy aquí para ayudarte. Aunque no mereces mi ayuda.

—Lárgate.

Rook cerró el puño en torno a sus llaves. ¡Cómo despreciaba a aquel hombre, su olor, su ropa, su cara tensa y rencorosa! Pero Rook tenía que perseverar. Su única vía era Con. Puso la carpeta amarilla con los diseños duplicados de la firma Busi encima del puesto, entre las frutas magulladas y los desperdicios que Con iba a tirar. Sacó el primer dibujo. Allí estaban los merengues de cristal derretidos, los corredores en forma de estrella de mar, los árboles interiores, los adoquines recolocados, pintados a la acuarela. Se veían las palabras: «ARCADIA — un boceto».

—¿Qué es esto?

—Es lo que el querido Victor tiene pensado para vosotros.

Ahora Rook tenía libertad para soltar su discurso. Habló de que Victor no estaba satisfecho con los beneficios que le proporcionaba el mercado. Que sus banqueros y sus estrategias le habían impulsado a construir, que el Signor Busi y Arcadia habían conseguido que el viejo les prestara oídos y ojos. Tarea fácil, porque Victor estaba demente a causa de la edad, las digestiones pesadas y su obsesión por una estatua.

—Una madre con un niño, ¿puedes creerlo? No una estatua de él.

Rook sacó el mayor partido posible al hecho de que él ya no estaba a sueldo de Victor. En su opinión, explicó con paciente ironía, desde que el único que conocía el Mercado del Jabón «de arriba abajo» había sido apartado del lado de Victor, éste había podido dar rienda suelta a sus impulsos destructores.

—Yo os protegía —dijo—. Puede que no os gustase pagar por ello, pero os protegía. Y mira lo que ha pasado ahora que el Mercado del Jabón no tiene a nadie que hable en su favor dentro del Gran Vic. —Dio un puñetazo a los dibujos—. Habrá una rueda de prensa dentro de tres días. Creen que tienen el único juego de planos. Pero vuestro Rook se ha ganado el sueldo y ha conseguido un segundo juego.

Rook le contó a Con las amenazadoras baladronadas de Busi: «No hay nada que conservar», «Lo arrasaremos y empezaremos desde cero».

—No creo que haya muchas esperanzas para ti ni para esto, a menos que te organices, que te defiendas. Que os defendáis —concluyó Rook.

Ya había dicho suficiente. Empujó la carpeta con los planos hacia Con.

—¿Por qué yo? —preguntó Con—. ¿Por qué no una de esas viejas mangas de viento con las que charlas en el bar?

—Precisamente porque son mangas de viento, como tú dices. Flojas cuando hace bueno, llenas de aire cuando hay tormenta. Pero tú no eres una manga de viento; tú eres uno de los descontentos de la vida. No te asusta pelear. Eras el único que me dio problemas con el pago de mi comisión, el único de entre ¿cuántos...? Entre doscientos ocho arrendatarios de puestos. Eres uno entre doscientos ocho. Tú, Con,

eres un alborotador nato. Y ojalá estés en el Cielo una hora antes de que el Diablo sepa que has muerto.

—De acuerdo, soy un descontento. Entonces, ¿por qué no tú? Tú eres el maestro de los camorristas. Tú tienes los planos. Tú conoces las interioridades del hombre. Dios sabe que tienes suficiente tiempo libre como para organizar una guerra global. ¿Por qué yo?

Rook habló con pasión ahora. Ya no estaba obligado a utilizar un lenguaje equívoco y abstracto. Habló de su reputación deteriorada en el mercado, de que posiblemente aún le veían como a los ojos y a los oídos de Victor, como un agente doble cuyas lealtades eran tan breves e imprevisibles como las estrellas fugaces. O bien dirían que el factótum del millonario, despedido, enojado, venenoso, estaba utilizando a los comerciantes para ajustar sus propias cuentas. La prensa y la televisión se alimentarían de todo eso. Les encantaban los móviles malvados. Preferían una intriga a la simple justicia de una causa.

También era posible que no confiaran en él. Los viejos comerciantes no habrían olvidado que el temerario liderazgo de Rook doce años antes había sido rápidamente apaciguado por un cheque de Victor. Su apaciguamiento había empobrecido a todos excepto a él. A menos que olvidasen y perdonasen tan fácilmente como perros castigados, sospecharían de él.

—Además —dijo Rook—, yo no puedo dejarme ver. Ese arquitecto me ha visto con... la persona del Gran Vic que ha robado los planos para mí. No puedo dar nombres. Cuanto menos sepas acerca de eso, más segura estará la persona. Con suerte, no descubrirán la filtración. Pero si Busi me ve con los planos atará cabos. Es lento y extranjero pero no es estúpido. Nuestro acceso a Victor y a Busi quedará cortado y nuestro informante será despedido, en el mejor de los casos. Tal y como están las cosas, nuestra arma más eficaz es la sorpresa. ¿Qué tienes que decir?

Con no dijo una palabra. Recogió los papeles de su puesto. Los metió en su bolsa junto con su periódico, su camisa limpia y la recaudación del día. Lo pensaría durante la noche. Luego, a la mañana siguiente, convocaría una reunión de los comerciantes y recibiría instrucciones, no de Rook sino de ellos.

Se puso a dismantelar su puesto. Estaba desanimado por lo que había oído, aunque normalmente cuando el trabajo había terminado y la llegada a casa estaba próxima era cuando más contento se sentía. Deseó que el hombre de Victor —no podía pensar en Rook en otros términos— recogiese la insinuación y se marchase. Ya había soltado su discurso. Ya había destilado su veneno. Debía desaparecer. Pero Rook parecía empeñado en quedarse. Incluso sonreía; la misma sonrisa con que había molestado a Con antes de que hablaran.

Rook cogió un lado del puesto de Con y le ayudó a levantarlo de los caballetes. Apiló las cajas con el género a un lado. Desenganchó el toldo verde y amarillo y empezó —torpemente— a doblar la lona. Sus manos y sus dedos eran tan blandos y tan limpios como el jabón. Con cogió la luminosa lona y la desdobló. Volvió a

plegarla de tal modo que formaba un cuadrado casi perfecto. Se puso de pie encima de ella para que soltara el aire.

—No necesito ayuda —dijo.

Rook se encogió de hombros.

—Todos necesitamos ayuda.

—Lárgate —dijo Con.

Y, como estaba de espaldas a Rook, se permitió una breve sonrisa, pero esta vez era una sonrisa que hinchaba sus mejillas, arrugaba sus ojos y mostraba sus labios. Era verdad lo que Rook había dicho. Disfrutaba con la pelea. Era el único entre doscientos ocho.

Victor y el Signor Busi estaban desayunando en el piso veintiocho cuando Con y sus doscientos colegas salieron del Jardín del Jabón. Fotógrafos de prensa y una unidad móvil de televisión de los estudios locales estaban presentes para filmar la procesión de los comerciantes hasta el Gran Vic.

Rook, en su papel de titiritero no reconocido, había hecho las llamadas telefónicas a la prensa por propia iniciativa. Aunque no era tan insensato como para unirse a los manifestantes, les observó desde su mesa acostumbrada en el café y quedó satisfecho. Doscientos de doscientos ocho estaba muy bien, aunque no todos los hombres y mujeres eran arrendatarios de puestos. Algunos eran mozos de cuerda, otros eran esposas e hijos de los jaboneros. Otros representaban a los cafés y bares que Victor quería arrasar. También había algunos clientes, una docena de hombres y mujeres de restaurantes y pequeños hoteles del distrito de Puerta de Madera que compraban productos frescos en el Mercado del Jabón porque les gustaba comprar más barato. Todos temían el cambio. Pero creían que era posible enfrentarse al cambio y evitarlo. Recuerden cómo los residentes del Pozo de Stephens, una pequeña y rica urbanización de las afueras, habían hecho retroceder a los constructores, o por lo menos les habían hecho rebajar la altura. Habían obligado a los arquitectos a rebajar tres pisos del nuevo bloque de oficinas porque arrojaba una sombra sobre el parque privado de la urbanización durante cuarenta minutos al día. Eso contravenía la antigua Ley de Luz. Piensen que los grupos ecologistas de la ciudad habían impedido el ensanchamiento de carreteras cuando ese ensanchamiento suponía talar árboles. Los árboles de esa edad y tamaño estaban protegidos por las Ordenanzas Arbóreas de 1910. La plaza del mercado también tenía árboles y luz. Por lo tanto, había esperanzas.

Rook bebía su café y miraba a todo el que pasaba. Tenía el periódico extendido sobre el regazo, sin leer y aún húmedo. No le importaba cuáles fueran los titulares, o lo que le sucediera al mundo, o que, si la NASA tenía razón, un asteroide de un kilómetro de ancho que se desplazaba a 74.000 kilómetros por hora, se acercaría a la Tierra al mediodía, alejado del Mercado del Jabón (también de un kilómetro de ancho) por la astronómicamente estrecha distancia de medio millón de kilómetros. Su mente estaba concentrada en el detalle de su vida y no en la Eternidad. Allí —a un tiro de piedra— él y los jaboneros se enfrentaban a un peligro que podían presenciar, comprender y cuantificar en medidas humanas. Allí habla un espacio que podían proteger.

Por supuesto, el mercado no cerró. Todos los manifestantes tenían socios, delegados o familiares que les evitaran una pérdida económica. Todos los puestos estaban abiertos y las multitudes eran aproximadamente las mismas que cualquier otro día, por lo menos que cualquier otro día en el que lloviera tanto como ése. Los manifestantes utilizaron sus pancartas para protegerse de la lluvia. Se calaron los

sombreros. La unidad de televisión cubrió la cámara con una capucha de plástico. A alguien se le había ocurrido traer un tambor y Con le ordenó que se pusiera en la cabecera de la manifestación. Empezaron a cruzar la plaza del mercado un poco tímidamente, guiados y reagrupados por Celofán, que no recordaba haber visto nunca una multitud tan ordenada, tan unida.

Es difícil concentrarse en los agravios cuando estás rodeado de amigos. Con tenía una docena de repartidores de octavillas. El Fondo del Jabón —una reserva para pagar el entierro de los comerciantes, ayudar a las viudas o mantener a los accidentados en el trabajo— había proporcionado el dinero para el papel y la imprenta. La octavilla mostraba el boceto de Busi de Arcadia en tinta y acuarela. El titular negro y en letra gótica decía: «¿Arcadia? ¿Quién paga?», y luego enumeraba: «*Usted*, el comprador... *Yo*, el vendedor... *Nosotros*, los ciudadanos... *Ellos*, los que valoran la historia y la tradición.»

Cuando se reagruparon en el Parque Matemático, para entrar en la plaza de la Torre y dar la vuelta con el tráfico hasta entrar en la calle de los Santos, los repartidores de octavillas se pusieron a trabajar, andando por la calzada para dar su mensaje a los conductores, regateando por entre la multitud de las aceras. La multitud, de hecho, había aflojado el paso para dejar pasar a los comerciantes. No tenían elección. Sus paraguas hacían difícil avanzar por los callejones entre el gentío. Basta un tambor para que los curiosos de la calle se paren y miren o para hacer que los conductores que tienen un poco de tiempo se retuerzan ante el volante para ver qué significa el tambor. Una vez que unos cuantos se detuvieron a mirar, todos los demás aflojaron el paso. La acostumbrada lava en movimiento de las calles se había enfriado. Luego hubo bocinazos y mal humor. Los peatones, bloqueados en las aceras por los que se habían detenido a mirar, se desparramaron por la calzada y trataron de avanzar entre los coches, los camiones y las ráfagas de lluvia. Un mensajero en moto se subió a la acera e intentó abrirse paso.

Los jaboneros no podían encontrar un camino fácil, sólo el tamborilero, cuyo repique parecía amenazar a cualquiera que le obstaculizara el paso, se movía con mucha rapidez. El equipo de la cámara y los fotógrafos andaban hacia atrás entre el tráfico. Sus lentes encuadraron la escena y transformaron aquel desafortunado caos, involuntario y breve, en un acto de deliberada anarquía. Marchando entre el atasco al ritmo ceremonioso del tambor y la chillona discordancia de las bocinas, la protesta se había socavado. Apenas podía moverse. La regla de las ciudades modernas es que las ruedas y las piernas deben moverse continuamente o salir de la ciudad. Por lo menos deberían mantenerse separadas. Deberían observar la segregación de los bordillos de las aceras.

Llegó la policía —un solo agente ya mojado y agotada su paciencia— y hubo escenas cómicas que adornaron los informativos de televisión de la tarde y la mañana y las primeras páginas de los diarios, mostrando al tamborilero y al policía frente a frente. Ambos tenían los palos levantados en el aire, ambos estaban resueltos a

golpear la piel. El policía, sin embargo, había sido discreto y había dejado caer su porra sobre el tambor, no así el tamborilero. Éste se reprimió menos. Dejó un tatuaje en la gorra del policía. En la fotografía se veía a dos comerciantes dando un paso hacia adelante entre los coches para intervenir. Sostenían las pancartas como si se propusieran derribar al policía. Una pancarta decía: NO PASARÁN... Irónicamente, en vista del caos que había en la calle. La otra exhortaba: SALVEMOS NUESTRO MERCADO DEL MILLONARIO. Ésa fue la imagen que vio la ciudad. Ésas fueron las consignas que les descubrieron Arcadia.

Los comerciantes estaban eufóricos. Ahora comprendían que, por un rato al menos, doscientos ciudadanos podían paralizar la ciudad. Formaron una muchedumbre, una muchedumbre pletórica y animada, en lo alto de las escaleras del paso bajo la Autopista de Enlace Roja. Pronto corearon consignas a una, caminando sin más estorbo que el viento y la lluvia por el centro de la galería comercial. Sus voces rebotaban en el cristal y la piedra de las oficinas y sonaban como una bala cuando se dispara en un barranco y se aloja en las ancas de un arce. Gritaban lo bastante como para hacer que el Signor Busi y su anfitrión dejaran su desayuno y se acercaran al parapeto de la azotea de Victor, y que las ventanas ahumadas y endurecidas del Gran Vic se llenaran de personal, incluyendo a Anna en el piso veintisiete.

La galería comercial no había presenciado un ruido y un furor semejantes desde que los obreros habían retirado sus casetas y sus escombros y habían dejado los edificios limpios y listos para los negocios. Su arquitectura decía: *No levantes la voz. No corras. No haraganees.* Los empleados de las oficinas, al ir y venir, hacían lo que se les ordenaba. La galería les preparaba para las obediencias de la mesa de la oficina igual que los pasillos de las iglesias amansan a la feligresía entre la puerta y el altar. Pero la procesión de verduleros no estaba intimidada por la perspectiva de una mesa de oficina. Animados por las cámaras, el eco y la camaradería de la lluvia, vociferaban consignas por la galería. Cuanto más se acercaban los jaboneros al Gran Vic, más se envalentonaban. Al ver sus caras se habría dicho que eran rebeldes y coléricos. En realidad, aquellos hombres y mujeres se estaban divirtiendo. ¿Qué puede ser más divertido que armar jaleo en un sitio donde no te conocen y en el que, al mismo tiempo, estás rodeado por un grupo de amigos? Por una vez se sentían como cruzados en lugar de intermediarios egoístas dedicados al comercio. Ese día les enriqueció. La indignación y un tambor salvaría al mercado de Arcadia.

Se alinearon con sus pancartas delante del Gran Vic, desprotegidos bajo la lluvia, ennoblecidos por la incomodidad, envalentonados por su temor a ser expulsados de sus puestos. ¿Qué hacer ahora? Nadie había pensado en hacer un discurso, ni mandar una delegación al interior del edificio, ni recabar apoyo y firmas del personal de Victor.

—Basta con que nos vean —había dicho Con—. Y nos oigan.

Así que se quedaron allí, firmes y mojados; y empezaron a cantar, y a aplaudir, y

a burlarse y a ofrecer octavillas cada vez que alguien pasaba junto a ellos para entrar en el fuerte de Victor.

Poco antes de las once, la prensa especializada en arquitectura empezó a llegar a la conferencia de Victor, pero había también otros escritores de periódicos y revistas que normalmente no se interesaban por los proyectos de construcción. Las llamadas telefónicas de Rook, el comunicado y la invitación de Victor, las primeras noticias en la radio respecto a los disturbios en el mercado y las calles habían impulsado a los redactores jefes a enviar a sus reporteros. Había acudido el propio Ciudadano (mi cara asoma de nuevo por encima del parapeto) y yo estaba deseoso de continuar la anécdota del pescado de Victor con alguna otra cosa que hiciese parecer ridículos a los ricos. Me fijé en lo que decían las pancartas —SALVEMOS NUESTRO MERCADO DEL MILLONARIO—, y cuando cogí su octavilla vi qué partido cómico podía sacarle El Ciudadano a las cúpulas preñadas del Signor Busi. Los comerciantes tenían ya —sin que por el momento tuviese muchos motivos aparte de un gusto por crear discordia— un adalid. El Ciudadano detestaba a los hombres que obtenían poder y riqueza del comercio.

—¿Quiénes son esas personas?

El Signor Busi se alegró de tener una excusa para levantarse de la mesa de desayuno y mirar hacia la galería comercial. Una hora de conversación no profesional con Victor le había obligado a permanecer silencioso, entregado a la comida, o bien —como había elegido— a mantener un monólogo. Puesto que Victor no daba señales de estar ni aburrido ni entretenido, el monólogo podía discurrir libremente, tal vez sin ser escuchado, entre los sucesos de la vida intercontinental de Busi. Habló largamente de Nueva York, de su desmesura. ¿Conocía Victor Nueva York? ¿No? Entonces Busi habló de Milán, la ciudad que más amaba y detestaba. Era más celta que típicamente italiana, en su opinión. ¿Se daba cuenta Victor de que Londres estaba más cerca de Milán que Sicilia? Victor no se había dado cuenta, pero parecía dispuesto a aceptar la palabra de Busi.

Ahora el arquitecto estaba atascado. Cuanto más hablaba, menos tenía que decir. Así que se alegró de levantarse y ayudar al anciano a llegar al parapeto y retransmitir —su vista era aguda— lo que podía ver: las pancartas, el piquete, el espectáculo de la galería comercial. No, Victor no sabía a qué se debía el lejano ruido. Alquilaba veintitrés pisos del Gran Vic a catorce compañías diferentes, así que había quince posibles razones para que hubiese manifestaciones delante de la puerta.

Cuando Anna llegó para conducir a su jefe y al Signor Busi a la conferencia de prensa, dijo que habría retrasos. Esperaban sólo cinco reporteros como máximo y tal vez un fotógrafo de agencia, pero había treinta periodistas en total, incluyendo un equipo de filmación y dos personas de la radio. La sala de juntas era demasiado pequeña. Tendrían que encontrar otra estancia.

—Entonces utilice mi suite de oficinas —dijo Victor—. Podía haber supuesto que despertaría gran interés.

Anna consideró prudente no dar detalles respecto a las dimensiones del interés que se había congregado en la galería. Respondió a la cortés inclinación de cabeza del Signor Busi con una ceremoniosa sonrisa y salió para traer a la prensa.

Ambos hombres estaban complacidos de lanzar Arcadia ante un grupo tan interesado. Las cámaras empezaron a filmar en cuanto los dos hombres salieron del ascensor particular de Victor. Anna distribuyó planos e información. Cada carpeta contenía un resumen arquitectónico, un plano, un boceto y un artículo de la *International Gazette* acerca de la firma Busi. El director de publicidad del Gran Vic presentó a los dos hombres a la prensa. El Signor Claudio Busi, explicó, diría unas palabras, y luego habría preguntas, fotografías y un vino.

El Signor Busi inició su segundo monólogo de esa mañana, pero para éste había venido preparado. El discurso que ya había hecho ante Victor serviría para los presentes, sólo que ahora no había necesidad de «glorificar la visión del hombre que paga».

—Supongo que conocen mi trabajo —dijo, dando a entender que la nueva Arcadia era toda obra suya—. Me han llamado... —aquí se rió para demostrar su falta de vanidad— gurú del diseño, filósofo entre medianías. Como saben, yo introduje el concepto de «la edificación como acontecimiento». Es decir, que cuando utilizamos un edificio deberíamos descubrir el hilo de su historia del mismo modo que en un paseo por la montaña experimentamos las texturas y los elementos del paisaje.

Hasta entonces las plumas y los lápices de la prensa no habían tomado ninguna nota. ¿Qué iban a construir en la plaza del mercado? ¿Un planetario? ¿Una disneylandia? ¿Un decorado de ópera? ¿Un parque natural? ¿El Mont Blanc?

—Existe la nostalgia y existen los experimentos —continuó—. También existe la modernidad. Creo que les quedará claro, si ahora me permiten invitarles a abrir sus carpetas y mirar el proyecto de Arcadia, que hemos optado por la modernidad. Es decir, para esta ciudad de hoy sustuiremos el caos de un mercado medieval por la armonía y la dignidad de un mercado moderno.

Sostuvo una ilustración más grande de Arcadia sobre su pecho.

—¿Qué les recuerda esto? —preguntó, y no dio tiempo a que nadie hiciese una sugerencia—. Aquí tenemos un paisaje en el centro de la ciudad —dijo, y luego, estimulado por las sonrisas que acogían cada palabra, el Signor Busi añadió «una confidencia divertida»—: Algo que les hará reír. Mis colegas de Milán han llamado a Arcadia los Merengues de Cristal Derretido. Supongo que captarán la broma.

Sostuve la pluma de El Ciudadano y la puse a trabajar. Busi me había proporcionado un titular cómico para el diario de la noche. Había rendido su Arcadia de confitería a mi dibujante y a mi ironía.

—¿Merengues? ¿Conocen ustedes esos dulces? —preguntó Busi, nervioso porque nadie parecía divertido.

Victor se ocultó detrás de su mesa, sus cejas dibujando emes y uves dobles. Tal

vez se estaba preguntando si aquel italiano estaba en su sano juicio, o puede que estuviera parpadeando para contener su regocijo.

Cuando llegaron las preguntas, hubo las habituales acerca de presupuestos y fechas que el Signor Busi y el director de publicidad respondieron con innecesaria minuciosidad. Luego llegaron las preguntas más comprometidas: «¿Qué consultas se han realizado con los comerciantes que trabajan actualmente en el Mercado del Jabón?» Y «¿Qué medidas se han tomado para proteger los intereses de los comerciantes?» El director de publicidad emitió sonidos tranquilizadores. En su opinión el proyecto de edificación beneficiaba tanto a la ciudad como a los comerciantes. «¿Por qué, entonces, hay una multitud de jaboneros manifestándose en la galería?»

El Ciudadano se levantó sobre mis piernas. Sostuve en alto la octavilla de los comerciantes y leí las preguntas que planteaba y luego las respuestas que daba: «¿Arcadia? ¿Quién paga? *Usted*, el comprador. *Yo*, el vendedor. *Nosotros*, los ciudadanos. *Ellos*, los que valoran la historia y la tradición.»

—Ahora mismo hay pancartas en las puertas que nos piden que les ayudemos a proteger al mercado del millonario —dije—. Veo que el millonario guarda silencio. Me pregunto si podríamos pedirle que contestara a lo que dicen los comerciantes.

Victor no se puso de pie. No deseaba hablar, pero no tenía elección. Los viejos pueden tomarse su tiempo sin parecer lentos. Se miró las manos. Parecía que no iba a decir nada, pero luego levantó la cabeza y miró, no a la gente que estaba en la habitación, sino la lluvia que golpeaba los cristales de la ventana.

—El mercado está creciendo. Eso es todo —dijo—. Cuando yo era pequeño, los comerciantes ponían sus productos sobre esterillas. Tenías que agacharte para elegir. Luego trajimos puestos altos con toldos en los que se podían colgar bolsas y racimos. Tenías que estirarte para coger lo elegido. Ahora tendremos Arcadia. Con escaleras, ascensores y balcones. El mercado es como una planta. Crece y florece, de lo contrario se marchita. No habrá problemas con los comerciantes. Arcadia les hará ricos.

—Los comerciantes que están en la puerta no comparten su optimismo —dijo alguien.

—Lo compartirán —dijo Victor—. Yo hablaré con ellos personalmente.

Nadie estaba seguro de qué había querido decir exactamente. Se pusieron de pie y se quedaron mirándole mientras él les volvía la espalda y entraba en su ascensor particular, con Anna a su lado llevando los papeles del jefe en las manos. ¿Subiría o bajaría? Podía haberle dicho a Anna: «Telefonee a los guardias de seguridad y dígales que seleccionen a un par de ellos que sean presentables. Hablaré con ellos. Y telefonee a la policía para que aleje a los demás de la galería.» En lugar de eso dijo:

—Acabemos con este asunto de una vez.

—¿Arriba o abajo?

Él señaló sus zapatos.

Era pura y simple curiosidad, no valor o sentido del deber, lo que decidió a Victor a descender. Su anterior visión desde la terraza de lo que estaba sucediendo abajo — aun a través de los ojos más penetrantes del Signor Busi— no había sido satisfactoria. Todo le había parecido un poco borroso, media vuelta desenfocado; igual le pasaba con la televisión, a él y a todos los viejos. Las palabras y las imágenes se habían desgastado para él, habían perdido el brillo. Cuando el Signor Busi hablaba aquella mañana, durante el desayuno, Victor se limitó a mirarle fijamente, dubitativo respecto a cuándo asentir, o reír, o mostrar preocupación. Su audífono era caprichoso. Funcionaba mejor en las habitaciones con las persianas echadas que al aire libre. La luz tenue era un filtro más fino para el sonido. Dejaba las consonantes intactas. No estrujaba las palabras. En el desayuno había demasiada luz y el Signor Busi tenía demasiado acento. A Victor le había parecido que el arquitecto se pasaba al italiano, o bien que hablaba en una prosa continua en la cual las pausas estaban tan llenas de palabras como las propias frases. ¿Le había hecho una pregunta? Victor se limitó a menear la cabeza. Un gesto que esperaba fuese apropiado. La animación del hombre más joven era agotadora. ¿Qué clase de diletante era que charlaba mientras comía? ¿Qué clase de invitado al desayuno era tan insensible que no adoptaba la reserva de su anfitrión?

Victor se había sentido aliviado —aunque sobresaltado por un momento— cuando el Signor Busi dejó la mesa tan repentinamente para asomarse y mirar a la galería. «¿Quiénes son esas personas?» Victor no tenía ni idea. Le parecía que la marea se estaba retirando y dejándole abandonado en la playa con las facultades menguadas. Descendía, descendía, descendía. Pronto los únicos sonidos e imágenes definidos serían aquellos perturbadores —de Em, de la tía, de huevos, de fuego— que constituían su memoria.

Ahora que estaba en el ascensor con Anna, sin embargo, su audífono funcionaba perfectamente. Oía el susurro de los cables de acero, la detonación de los papeles que Anna golpeaba contra su pierna, los frágiles tímpanos de sus propios huesos. Incluso oyó y sintió que el aire se hacía más denso a medida que bajaba el ascensor. ¿Cuánto tiempo hacía que no había estado en el vestíbulo? ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que cruzó las puertas giratorias del Gran Vic? Tres meses por lo menos. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que Dios había descendido por última vez desde los cielos para estar con los mortales en el suelo?

La fuerza del discurso que se había visto obligado a hacer ante los periodistas, la felicidad de las palabras que le vinieron con tanta sencillez, había cargado al viejo con suficiente autoestima como para pensar que podía anestesiarse a la multitud con «Arcadia os hará ricos». No estaba en absoluto nervioso, sólo, quizá, se sentía incómodo en el ascensor. Éste había descendido veinte pisos o más y parecía viajar a una velocidad y con una determinación temerarias. Tuvo que apoyarse en las paredes de acero del ascensor y luego en el brazo de Anna. No lo lamentó cuando su primer viaje en tres meses llegó a su fin. La puerta automática se abrió y Victor vio el follaje

del vestíbulo. Todo el personal de la planta baja —repcionistas, guardias de seguridad, porteros— estaban mirando hacia la galería comercial, donde los comerciantes del mercado estaban empapados de lluvia e indignación. Victor se echó el pelo hacia atrás —innecesariamente— con la mano. Se abrochó el abrigo, cruzó el vestíbulo y se quedó, un hombre muy bajo y muy anciano, detrás del personal que bloqueaba las puertas de salida. Nadie cedió. Nadie mostró deferencia. Nadie se fijó en él. No pasaba por aquellas puertas giratorias todos los días camino del trabajo o camino de casa. No era conocido.

Anna trató de abrirle camino, pero no tenía la voz ni la fuerza necesarias para penetrar entre la gente. Pero cuando la prensa llegó un minuto o dos después, apretados en los ascensores principales del Gran Vic, pronto empujaron a la gente y Victor fue identificado por los cámaras y los periodistas que deseaban que les diera una idea de qué se proponía decirles a los jaboneros que estaban del lado lluvioso de las puertas giratorias.

Ahora los de seguridad hicieron su trabajo. Abrieron camino. Hicieron que el personal retrocediera. Hicieron que los hombres de la prensa se apartaran, y dejaron que Anna, Victor y el jadeante director de publicidad, cuya cara conocían, avanzaran hacia su enfrentamiento en la galería. El rango, la edad y el poder, y los compartimientos giratorios de las puertas automáticas —demasiado rápidos e íntimos para más de un pez gordo a la vez, o eso pensó el portero— conspiraron para que el viejo saliera el primero y solo a la lluvia. El encargado de pedir los taxis conocía la cara de su jefe. Había estado en el Gran Vic desde el principio. Se acercó corriendo con un paraguas negro y siguió a Victor mientras éste cruzaba desde su territorio privado al dominio público de la galería. No hubo un viento repentino. El sol no asomó entre las nubes para realzar aquel desacostumbrado encuentro entre los súbditos y su lejano rey. La lluvia fue democrática y cayó por igual en todas partes, sólo que Victor no estaba mojado. Tenía su dosel y ahora un séquito de tres personas: Anna, el director de publicidad y el hombre del paraguas.

El fornido portero —el que había escoltado a Rook hasta la puerta del Gran Vic con tan inflexible diplomacia— se creyó obligado a bloquear las salidas del edificio. Si el jefe estaba en la galería comercial, entonces ésta se convertía en un lugar privado suyo y nadie tenía derecho a salir y unirse a él a menos que tuviese cita para hacerlo. Los fotógrafos de prensa y los cámaras de televisión tuvieron que pegar sus objetivos al cristal ahumado y salpicado por la lluvia, mientras los técnicos de sonido y los escribas se quedaban mirando, impotentes, o aprovechaban su encierro para entrevistar al Signor Busi.

La capacidad auditiva de Victor sufría a causa del aire y la luz. Estaba rodeado de las pancartas y las consignas de los comerciantes del mercado, pero no podía entender lo que decían. La noticia de que era Victor se había corrido de alguna manera. Hacía ondear todas las pancartas. Hacía que todos los manifestantes se pusieran vehementes por un momento en preparación para el silencio que sabían

había de venir. Le agobiaban. Agitaron sus pancartas y sus octavillas y, uno o dos, los puños. Si Victor hubiese podido separar un sonido de otro, habría comprendido la esencia de su ira, que un hombre que vivía a lo grande en una oficina y un ático lujoso de una galería comercial, pudiera, por decreto, destruir su medio de vida, pudiera construir sobre ellos, pudiera barrerles y echarles a la basura como desperdicios del mercado.

—¿Quién hablaba en nombre de ustedes? —preguntó.

Empujaron a Con hacia adelante y le hicieron plantarse justo frente a Victor de tal modo que la lluvia que se escurría del paraguas negro le salpicaba los pies.

—Les han informado mal —le dijo Victor al hombre—. Les han engañado. —Cogió la octavilla de la mano del comerciante—. No sé cómo han conseguido esto. —Señaló la ilustración de Arcadia tomada de los planos confidenciales de Busi—. Pero si hubiesen tenido más paciencia se habrían enterado de las buenas noticias que les teníamos preparadas. «Arcadia. ¿Quién paga?», pregunta su octavilla. —Se llevó un dedo al pecho—. Pago yo. ¿Quién, si no? Costará sesenta millones de dólares, pero ni uno solo de ellos vendrá de ustedes. Yo corro el riesgo. Me echo a temblar al pensar en las facturas. ¿Y quién se beneficiará de esto? ¿Quién no tendrá necesidad de montar y recoger los puestos cada día? ¿Quién no tendrá necesidad de llevar en carretilla el género desde el borde del mercado, sino que tendrá espacio de almacenaje, acceso para los camiones y montacargas para llevar los productos a los puestos?

Abrió los brazos para abarcar a todos los presentes. Les prometió que no traicionaría a sus «amigos del mercado». Habló de reuniones en las que se precisarían todos los detalles y se podrían manifestar todas las preocupaciones. Sugirió que debería haber contactos todas las semanas y un parlamento dentro de Arcadia en el cual los comerciantes pudiesen tener sus representantes, sus ministros.

Victor miró a su alrededor para comprobar que no había periodistas, y luego pronunció de nuevo las palabras que le habían dado tan buen resultado un rato antes.

—El mercado está creciendo, eso es todo —dijo—. Yo tengo ochenta años. Lo he visto crecer. Cuando no era más que un niño y sus padres y abuelos vendían allí, ponían sus productos sobre esterillas y se sentaban como budistas en los adoquines. Cuando trajimos los puestos elevados, los que ustedes usan y quieren hoy, sus padres se amotinaron. Dijeron que era una maldición moderna. Dijeron que nadie compraría en esos puestos. Pero los puestos del mercado les han hecho a ustedes más ricos. Y ahora tendremos Arcadia, con toda su belleza y sus ventajas. Todo el mundo querrá comprar sus productos allí. No sólo los pobres. Los ricos también. De no ser así, ¿por qué habría yo de invertir tanto dinero en ustedes? ¿Para que todos seamos tan pobres como eran nuestros abuelos? Amigos míos, tengan fe. Arcadia les hará ricos.

Ahora Con estaba respondiendo algo. Aunque Victor no podía entender todas sus palabras, sabía que el estado de ánimo había cambiado. Las pancartas se sostenían con menos determinación. Después de todo, el jefe en persona había salido. Les había

tratado como a colegas. Les había prometido reuniones, salvaguardas, parlamentos. Y lo que decía tenía sentido. ¿Por qué iba a desear perjudicar el comercio en el mercado? Los negocios de ellos le enriquecían a él.

Victor estrechó unas cuantas manos de forma ostentosa y luego dio media vuelta seguido por Anna y el hombre del paraguas y volvió a entrar en el Gran Vic. Se negó a hablar con los periodistas. Para eso pagaba a su director de publicidad (ahora rodeado por los comerciantes). Se sentía inmensamente cansado y desconcertado. No era la edad, sino la indignación por el hecho de que unos planes tan privados como los suyos sufriesen semejante escrutinio, por parte de la prensa, del público, de los comerciantes del mercado, y porque a pesar de su eminencia y su riqueza había tenido que pregonar al aire libre como si fuese un niño de siete años que dependía de una bandeja de huevos. Compartió el ascensor con Anna.

—Será mejor que se ocupe usted de organizar esas reuniones. Debemos ser democráticos. —Levantó la octavilla de Con para examinarla mejor—. Esos planos eran confidenciales. Alguien los ha filtrado. —Miró a Anna, miró directamente a través de ella—. Descubra quién los filtró. Déme el nombre, no importa quien sea ni lo que cueste. Será despedido.

Durante un instante Anna estuvo tentada de darle a su jefe un par de nombres, el suyo y el de Busi. ¿La recompensaría el viejo por su honradez? ¿Mandaría a Busi a casa con Arcadia y todo? Lo dudaba. Pero ¿por qué iba a ella a cargar con las culpas? Había otro nombre. Un nombre culpable. Rook era el hombre y él estaba a salvo de cualquier cosa que Victor pudiese hacer. No puedes despedir a un hombre que ya está despedido. Si alguna vez se veía acorralada, Rook sería el nombre que la ayudaría, que la mantendría a salvo, que le permitiría obtener recompensas.

—Me enteraré —dijo.

Victor pidió té dulce y esperó a que se lo trajeran de pie junto a la ventana de su suite de oficinas. La galería comercial estaba casi vacía. Una pancarta rota se levantó ligeramente movida por el viento. Algunas octavillas azules de Con se habían pegado a las losetas de mármol con la grasa y la lluvia. Unos jaboneros que no tenían prisa formaban un círculo junto a las fuentes, tan tranquilos en su actitud como un grupo de hinchas de fútbol comentando el poco estimulante empate de su equipo.

El periódico de la tarde publicaba la fotografía de la cómica revolución en las calles. El policía y el comerciante golpeando la piel del contrario. El Ciudadano, en una página interior, comenzaba su columna con un cotilleo acerca de un escritor y su esposa. Su séptimo tema tenía el titular «El merengue de cristal de Victor» y consistía en una prolija y floja broma —debo reconocerlo— a costa de los pasteles, los arquitectos y los millonarios. Pero el titular de la primera plana decía: «Les han engañado». El grupo de periódicos para el que trabajaba El Ciudadano tenía intereses financieros en Arcadia y en otras compañías de Victor. No le deseaban ningún mal al viejo.

Ése es el embrujo de las ciudades. Nadie persigue la fama, ni la riqueza, ni la libertad, por las carreteras rurales. Ni siquiera el amor. Si anhelamos los fuegos y las fiebres del mundo, damos la espalda a los rebaños y los setos y buscamos las multitudes. ¿Quién dice —aparte de los urbanistas y los filósofos— que no amamos las multitudes ni nos complacemos en el contacto con los desconocidos por la calle? Todos nos enriquecemos con eso, aunque fuese la única razón. Cada roce, cada empujón, confirma lo evidente, que donde se encuentra la masa de las abejas es donde hay que buscar la miel.

La conspiración es ésta: nosotros, los ciudadanos decentes, obedecemos los semáforos, cumplimos los horarios, soportamos las sombras y el estruendo. No cruzamos, ni aparcamos, ni empujamos, ni nos saltamos la cola, ni entramos sin derecho en ningún lugar, excepto cuando nos ordenan hacerlo. Nos casamos con el trabajo y los papeles. Vamos y venimos con la misma libertad de acción que la sal en el mar. Sin embargo, nos consideramos más afortunados, más liberados que los hombres del campo, cuyo tumulto es un tractor y un cuervo, cuyo ir y venir es el de las estaciones, el tiempo y las comidas. ¿Y por qué? Porque nosotros, los ciudadanos, somos los únicos seres del universo que se benefician de sus cadenas, que hacen de la coacción fortuna, que llevan el cotidiano y excoriante arnés de la vida urbana como si fuese la librea de los plutócratas.

¿Quién está más enjaezado entonces? ¿El dócil banquero cuya vida está cuadrículada, trazada y calibrada o el vagabundo? ¿Cuál de estos dos está más protegido por el poder y la riqueza pero es más probable que observe las normas y las leyes de la calle? ¿Quién es el malhechor y quién es el libertino? Sin embargo, ¿quién sería un vagabundo por elección? ¿Qué labrador no querría ser un plutócrata lleno de trabas? Acudimos en manada a la ciudad porque deseamos habitar en la esperanza. Y con esperanza —no con oro— es con lo que pavimentan las ciudades.

Así que Joseph, entonces, era más feliz que Rook. Su vida era más incómoda, por supuesto. Pero era rico en esperanza. Tenía más años vacíos por delante, más posibilidades, mientras que Rook ahora sabía que estaba en decadencia. Los arneses de Rook se habían aflojado. Su ciudad le ofrecía pocas promesas, pocas esperanzas. ¿Qué era él sino un hombre sin empleo, sin salud y soltero, un revolucionario que se había convertido en ceniza? ¿Quién le aceptaría? ¿Qué mujer, qué empresario, qué grupo de amigos, qué barrio? Ahora buscaba consuelo sentimental, la primera búsqueda de las personas de mediana edad. Su vida giraba en torno a Anna, a sus cotilleos, a las noticias que le traía respecto a Victor y el Gran Vic. Estaba resignado a presenciar la construcción de Arcadia.

Por supuesto, pasaba todas las mañanas en su mesa del Jardín del Jabón, bebiendo menos cafés que antes, pero más alcohol y —estúpidamente— incluso fumando un cigarro puro. Se podía contar con él para jugar a las cartas, los dados o el dominó, y

para ganar y perder más temerariamente que la mayoría. Descansaba en su cama casi todas las tardes, pero no dormía. No obtenía ningún placer de la radio o la televisión. No leía (excepto el periódico de la tarde). Raras veces cocinaba algo más complicado que una sopa o unos huevos. Al principio se reunía con Anna todas las noches. Ella dormía con él. Tenía su propio cajón y una maleta en el apartamento de Rook. Sus blusas y sus chaquetas de punto compartían percha con los pantalones de él. Utilizaba su maquinilla para afeitarse las piernas. Él usaba el desodorante de Anna. Hablaban de vender sus dos pisos y hacer un fondo común para comprar una casa más grande y más tranquila fuera de la ciudad. Comprarían un coche con los beneficios. Se irían de vacaciones, a Niza, o Estambul, o Amsterdam. Él decía que buscaría trabajo, pero no lo buscaba. Prometió que traerla folletos de las agencias de viajes, pero se le olvidó. No fue a visitar a agentes inmobiliarios para averiguar cuánto valía su piso o qué clase de casa podrían comprar los dos en las afueras de la ciudad. Se limitaba a *hablar* de cómo sería su vida si vivieran en pareja. Su único acto de unión era en la cama.

Al cabo de un mes o dos, Anna sintió que necesitaba estar más tiempo sola. Estaba demasiado cansada después del trabajo para la invasora inquietud de Rook. Disfrutaba, en cambio, el breve trayecto en autobús hasta su propia casa, el respiro de las habitaciones vacías, la oportunidad de sentarse sola, vestida de cualquier manera, sin más demandas que las del televisor.

Empezó a ver a Rook únicamente los miércoles por la noche y los fines de semana. A Rook no le agradó este arreglo, por supuesto, pero la ausencia parcial de Anna le convenía hasta cierto punto. Le dejaba libre para beber, fumar y jugar por las noches además de por el día.

Con el tiempo las visitas de Anna de los miércoles no fueron tan bien recibidas. Ella sólo quería relajarse, recuperarse del trabajo, cocinar, hacer el amor tranquilamente, sentarse en la cama en silencio con una revista. No deseaba salir a la calle, tomar algo en un bar, hacer el amor más frecuentemente, más rápidamente, más experimentalmente. El dominio sexual que tenía sobre Rook era episódico y caprichoso. Satisfacerlo era ponerle fin. Los momentos de su mayor unidad —las bocas, los pechos y los genitales húmedamente apretados, las manos abiertas sobre la espalda del otro, las piernas trenzadas— eran también los momentos en que Rook quedaba absuelto de ella. Ésa era la ruindad de los hombres y del amor. Los orgasmos de Rook le soltaban el arnés. Le transformaban, en un instante, de un hombre obsesionado por Anna y el universo de la cama en un hombre impaciente por ponerse los pantalones y salir, solo, desapasionado y libre, a la ciudad. A ella la dejaba menos satisfecha que a una prostituta. Al principio Anna se levantaba de la cama con él, se lavaba y se vestía para salir apresuradamente cuando lo único que le apetecía era un masaje y un té, una ducha y un poco de sueño. Pero Rook siempre la llevaba al Jardín del Jabón, como si allí estuvieran los únicos bares de la ciudad.

—¿Por qué no duermes con los mendigos y los alcohólicos en el mercado? —le

preguntó Anna.

A ella le parecía que Rook estaba obsesionado, pero no con ella. Lo único que quería, al parecer, era cortejar al Mercado del Jabón y su jardín antes de que desaparecieran para siempre.

Si Anna hubiese estado más segura de sí misma habría podido hacerse cargo de Rook. Habría podido cogerle por la muñeca, como si fuese un niño, y llevarle a las agencias inmobiliarias, o a las agencias de viajes, o a las agencias de empleo. Podría haberle desterrado de los bares del mercado. Él era lo suficientemente débil como para hacer lo que le ordenaban. En lugar de eso, ella se conformó con sus medias raciones. ¿Qué remedio le quedaba? Ella le disculpaba.

Un miércoles por la noche, él no se dispuso a dormir, a pesar de los abrazos del cubrecama y del sedante postcoito de las sábanas. Volvió a vestirse. Dijo que necesitaba comprar leche. Necesitaba aire fresco. No podía respirar. Ella le esperó, pero finalmente el sueño la venció. Cuando él regresó, el escaso ruido del tráfico en la calle indicaba claramente que era mucho más de medianoche. No tuvo necesidad de preguntarle dónde había estado.

No volvió a ir los miércoles, y él se alegró de ello. Cuando todos los bares cerraban le gustaba unirse a los vagabundos de la plaza del mercado. Le gustaba contemplar sus hogueras de cajones y cartones y compartir con ellos una canción, un cigarrillo, una mazorca de maíz tostado, un trago de vino, una maldición. No adivinaban por la forma en que vestía —su cazadora de cuero estaba vieja y gastada— que era rico. Simplemente le consideraban uno de esos hombres, caídos en desgracia pero aún no hundidos, que bebían con ellos cuando todos los bares estaban cerrados. No sabían, ni les importaba, qué hacía cuando les dejaba. Que ellos supieran, tendría un nicho no lejos del suyo. En un rincón del mercado, quizá. O en los inmuebles en ruinas —a unas cuantas paradas de tranvía, fuera de la ciudad— donde lo que no había sido destrozado no había funcionado nunca, donde los pisos de la planta baja estaban cubiertos con planchas de metal corrugado, donde las escaleras y los ascensores olían a orines y eran peligrosos y oscuros. Ninguno de ellos sabía nada de Arcadia. Cuando Rook les describía los cambios que se avecinaban, no les conmovían más que cualquier otro discurso de borracho a medianoche. ¿Por qué iban a alarmarse? El futuro lejano no suponía ninguna diferencia para ellos. Sólo esperaban la botella, que aún estaba a medio círculo de su alcance. Sólo confiaban en que la madera durase hasta el amanecer.

De día, los comerciantes hablaban mucho de Arcadia, naturalmente. Los agrimensores estaban ya trabajando y se habían distribuido cuestionarios. Habían cavado zanjas de inspección que atravesaban la hierba del Jardín del Jabón. Unas mujeres que llevaban chapas de identificación se sentaban en taburetes para estudiar y hacer gráficos del uso peatonal de los diferentes sectores del mercado. Bocetos, resúmenes y certificados del proyecto estaban expuestos —como mandaba la ley— en puntos clave. Los comerciantes estaban desconcertados, pero también halagados,

por toda la atención que recibían y por las reuniones de consultas y el Parlamento de Jaboneros que Victor les había prometido. Se habían puesto de acuerdo entre ellos en que no tenía mucho sentido luchar contra el progreso con más manifestaciones o con peticiones. ¿Qué poder tenía una hilera de gente, o una lista de nombres, contra la voluntad del dinero? No, serían ciudadanos modernos. Es decir, reprimirían sus pasiones y confiarían en beneficiarse de su pragmatismo. El jefe les había dado su palabra. La manifestación de la galería comercial había hecho salir a Victor de su guarida. Había estado de pie entre ellos bajo la lluvia. Y lo que les había dicho era un desafío: Cambiad vuestras costumbres y prosperad.

Se imaginaban trabajando bajo cristales: calientes en invierno, frescos en verano, secos y sin viento, resguardados de la intemperie. Habría la misma antigua camaradería pero con aire acondicionado. Las frutas y verduras sobrevivirían, tiasas y crujientes, vendibles, unos días más. Habría menos desperdicios, y los que hubiese también proporcionarían un beneficio. Los criadores de cerdos de las afueras de la ciudad pagarían una cantidad por cada saco lleno. Los jaboneros se veían conduciendo libremente sus camiones. Se ahorrarían el sueldo de los mozos de cuerda. Ahorrarían tiempo. Habría interrupciones, naturalmente. ¿Cómo se las arreglarían mientras durasen las obras? Pero, en definitiva, los comerciantes estaban eufóricos. De hecho, estaban impacientes. Estaban cansados de ser jaboneros: convertidos en arcádicos, y rápido.

Los amargos augurios de Rook no les alarmaban. No les importaba lo enfadado que estuviese. Con era el hombre al que había que escuchar. Y él, aunque cauteloso, compartía la opinión de que tenían menos que temer del progreso que del estancamiento. Rook les había engañado con sus profecías jeremías: «Todo esto desaparecerá», «Pronto estaréis sin trabajo y rodando por las calles como yo». Ahora Con se inclinaba más bien a confiar en las palabras de Victor. Le enojaba que Rook fuese un elemento fijo en el mercado y en los bares. ¿Es que no tenía amor propio? ¿Es que no tenía tacto? Si Arcadia había de acabar con Rook, Con se alegraría. Rook predicaba sus palabras de advertencia, pero cualquiera podía ver, y oler, que sus opiniones estaban destiladas en alcohol y sazonadas con la amargura del resentimiento. Llegaría un tiempo en que toda esa ralea, las aves nocturnas, los parásitos, los holgazanes, serían barridos. ¡Bienvenido sea ese día!

La firma Busi tardó un poco menos de doce meses en completar sus planes, hacer una lista de materiales y cantidades y sacar la obra a concurso. La arquitectura es un arte burocrático; y la *merquitectura*, como algún cómico bautizó los intentos de casar el arte y el comercio, era doblemente burocrática porque cada detalle tenía que satisfacer al bolsillo y al ojo, al esteta y al hombre de negocios.

Victor cedió unas oficinas en el Gran Vic a los jóvenes colegas del Signor Busi. El Filósofo Entre Medianías no estaba presente. Le habían convencido de que pasara el invierno en Nueva York; los fines de semana en Manhattan, los días laborables en Cornell, donde había sido nombrado Profesor Invitado de Arte y Diseño. Daba

sermoneos acerca de los maestros de la arquitectura italianos: Giovanni Michelucci, Franco Frettonelli y él mismo.

Los colegas de Busi lamentaban que éste hubiese prometido hacer sitio para la estatua regalo de cumpleaños a Victor. Eran de la escuela moderna y no veían ningún sentido en estatuas que eran, decían ellos, «tan sentimentales como las figuritas de Capo di Monte, pero sin la ventaja de su pequeñez». Querían algo de cristal o plástico, algo de acero, algo grande y venerable de hormigón, un símbolo de Arcadia. Pero se encontraron con *Mendiga con niño*, estilo 1910, en bronce.

Victor había insistido en el lugar donde había que colocar la estatua: en la entrada de Arcadia más próxima al distrito de Puerta de Madera, a medio camino entre el sitio donde Em había mendigado y donde había muerto.

—Tal vez podríamos convencer al conductor de un camión para que retrocediera y se la cargase —sugirió un arquitecto—. Entonces tendríamos una escultura moderna, *Mujer aplastada con niño*.

¡Señor, Señor, qué aburridos estaban de las reuniones, las noches en hoteles, los recortes impuestos por el presupuesto que se vieron obligados a hacer, los cuales, a su vez, exigían nuevos planes, nuevos cálculos, más trabajo! No les gustaba nuestra ciudad. A los recién llegados rara vez les gusta. No saben qué conduce adónde o cómo y cuándo. Aquellos arquitectos confiaban en no tener necesidad de conocer bien nuestra ciudad. Su principal deseo era hacer el trabajo y marcharse a casa. Fijaron un día, el primero del año, para empezar las obras —dos años de obras— de Arcadia. Así que el día de Nochevieja pondría fin al mercado y a la década.

Había un problema. No hacía falta estar muy versado en la relación espacio-tiempo para ver que había un hueco de dos años entre el cierre del Mercado del Jabón y la apertura de Arcadia. Aquellas primeras y precipitadas promesas de que los obreros y los comerciantes podrían trabajar en armonía, los puestos entre los andamios, el comercio entre la construcción, no pudieron mantenerse. ¿Fueron ingenuos o maliciosos, esos compromisos? ¿Cómo podía nadie haber pensado que los tomates por kilos fuesen compatibles con las palas de seis toneladas, los camiones de cemento y los hombres con cascos de seguridad? ¡Nadie no relacionado con la obra! Ésa era la sensata afirmación de los constructores. Bastaría con que una anciana cargada de repollos y cebollas se cayese o recibiese un golpe para que empezase a buscar un abogado y les demandase por daños y perjuicios antes de que su hematoma se pusiera morado. Así que a los responsables de Victor se les dijo que tenían que situar los puestos del mercado en un nuevo lugar durante dos años por los menos.

El propio Victor recibió un memorándum, pero ¿para qué empleaba a sus directores? Además sólo tenía que mirar por su ventana para ver la perfecta, la única solución al hueco de dos años. Había unos aparcamientos abiertos y asfaltados para los nueve mil empleados de la galería comercial y para los visitantes. Dos de ellos, de tres hectáreas cada uno, estaban infrautilizados. Quedaban demasiado lejos de las oficinas, estaban barridos por el viento y sucios por la Autopista de Enlace Roja que

pasaba cerca. Ortigas y otras malas hierbas habían echado raíces en el asfalto, conformándose con la cal de las líneas pintadas y los charcos de lluvia en lugar de tierra. Por las noches acudían allí los amantes y las prostitutas que comerciaban en los bordillos de las aceras, y aquello se llenaba de coches balanceándose y de mirones que aparcaban asimétricamente para tener intimidad. De día estaba tan vacío como el patio de una prisión. Teniendo los coches acceso desde la autopista y los peatones desde el paso subterráneo, aquél era el sitio perfecto para los puestos del mercado. Buenas noticias para todos los implicados. O eso hizo creer al mundo el Gran Vic.

La gente está dispuesta a dejarse engañar. Eso es optimismo.

—Éste es el precio que tenéis que pagar por Arcadia —se les dijo a los comerciantes, cuando trataban de quitar importancia a su situación, a su exilio en el aparcamiento—. Si queréis participar de la riqueza, tenéis que contar con correr algunos riesgos, sufrir algunas incomodidades. Estamos hablando de negocios, no de caridad.

¿Quién les dijo eso? Rook, por supuesto. Le divertía burlarse de ellos por su estupidez, su credulidad. ¿Por qué habían llegado a creer que el plan de Victor era una cruzada para darles más seguridad y más riqueza?

—Con os ha metido en un callejón sin salida —les dijo—. Podéis estar seguros de que *él* saldrá bien parado. Ellos le mantendrán manso y callado a cualquier precio. La última cosa que quieren es tener más problemas en la galería comercial, así que los hombres de Victor cuidarán bien a Con. Conseguirá un sitio preferente, ya lo veréis. Pero ¿qué pasará con los pequeños comerciantes, los que no hacen ruido, los que van tirando a duras penas vendiendo desde las traseras de los camiones? ¿O con aquellos que tienen cinco criaturas que vestir? ¿O con quienes...?

Rook estaba lo bastante borracho y era lo bastante listo como para hacer un lista interminable en la cual el único que parecía beneficiarse del traslado al aparcamiento era Con.

Nadie dudaba de que Rook era malévolo. Había escurrido el bulto demasiadas veces antes. Se había escapado y realineado con demasiada frecuencia para que ninguna de sus alianzas contase mucho. Pero es un hecho que incluso los tontos, los borrachos y los mentirosos pueden dar la alarma. ¿Qué importa quién grita fuego, o cómo, si hay llamas? Ahí estaba el Mercado del Jabón en sus últimas semanas. Tenía el mismo aspecto que había tenido siempre. No había saldos por cierre. No había rebajas. Los alimentos frescos tienen una vida de un día, un poco más en invierno. No habla existencias que liquidar porque en los mercados de productos agrícolas se liquidan cada día y se reponen cada noche, pero había algo rancio en el aire, más penetrante que los desperdicios del mercado o el olor de demasiadas personas en el mismo lugar. Era la putrefacción del propósito, el debilitamiento de ese pinchazo y codazo que levantaba a los comerciantes de la cama cada día a las cinco de la mañana para regatear con los mayoristas, que les daba orgullo y placer en la forma en que presentaban lo que tenían que vender, lo que les hacía descarados, alegres, rápidos y

agudos en la respuesta. Ahora no se despertaban con ganas de trabajar. No disfrutaban del día. Eran descuidados con la fruta y con los clientes. No les importaba cuál de éstos fuese magullado o tratado de mala manera. Dejaban el negocio en manos de hijos y sobrinas y se quedaban de pie en círculo, las manos metidas hasta el fondo en los bolsillos, los hombros caídos, para oír el último rumor o la última mala noticia acerca de sus perspectivas entre el mercado y Arcadia.

Los bares y restaurantes que bordeaban el Jardín del Jabón eran los que tenían más que temer. No habría sitio para ellos en el aparcamiento de Victor. Les habían prometido arrendamientos en Arcadia, les pagarían indemnizaciones, negociadas por los abogados del Gran Vic. Tenían que buscarse locales en otra parte, pero ¿por dos años? ¿Qué propietario les alquilaría un local por sólo dos años? El suyo era un dilema imposible de resolver, ¿mudarse, quedarse, esperar a ver? Sin embargo, a medida que se acercaba el nuevo año, el estado de ánimo del mercado volvió a transformarse. Los negocios prosperaron en todos los bares. Los comerciantes estaban sedientos todo el día. Se sentaban a las mesas, se quedaban de pie en la barra, se encaramaban en las desgastadas piedras que rodeaban los lavaderos medievales. Cualquiera diría que no tenían trabajo y sí fondos inacabables. Cualquiera diría que estaban de un humor celebratorio, a juzgar por el ruido que hacían y las botellas que bebían. El suyo era un carnaval de la desesperación, la desesperación de aquellos cuyas balsas se aproximan a los rápidos y ven a la vez los peligros del vuelco y las plácidas aguas más allá. Nadie es tan loco como para nadar, pero a nadie le apetecen las rocas.

Por supuesto, jugaban el juego de *Si*. ¿Qué pasaría si se trasladaran tan dócilmente como corderos e hiciesen todo lo posible en lo que mejor hacían, es decir, vender frutas y verduras a la gente de la ciudad, fuese donde fuese? ¿Serían los beneficios en el aparcamiento los mismos que en el Mercado del Jabón? Al llegar la primavera, ¿se reirían de sus temores y desearían secretamente que hubiese retrasos en Arcadia para poder quedarse y prosperar en el aparcamiento? ¿Qué pasaría si se mantuviesen firmes y dijeran: ¡Nos quedamos! Estos adoquines son nuestros. No queremos riesgos ni desafíos. Queremos el mercado tal y como está. ¿Y si ese Rook, ese fanfarrón de Rook, ese ya-os-lo-dije, no hubiese sido despedido y aún pudiese hablar con Victor en nombre de ellos? ¿Habría impedido el proyecto Arcadia como aseguraba ahora? ¿Y si el viejo Victor no hubiese vivido hasta ser tan viejo?

Rook era Casandra ahora, la profetisa despreciada cuya verdad era hojarasca. Él y Anna ya no eran amigos. Una mujer de su edad no necesita un lastre de esa clase. Se mantenía apartada de Rook y cuando pensaba en él enrojecía de cólera, no de amor. Mientras él se liberaba del Gran Vic, ella formaba parte de éste cada vez más, era más leal a un trabajo que ahora consideraba una «carrera». Deseaba granjearse el favor del jefe y por lo tanto la ambición gobernaba su lengua.

—Tengo un nombre para usted —le dijo a Victor—. ¿Recuerda lo que me dijo? El nombre de la persona que filtró los planos del Signor Busi. Usted me dijo que

investigara. Estoy segura de que fue Rook, el día que usted le despidió. Entró en su despacho, estoy segura. Utilizó la fotocopidora. Tengo informadores en el Mercado del Jabón. Dicen que presume del robo.

Ella sabía que los tiempos no concordaban, que Rook se había ido antes de que los planos llegasen. Pero suponía —y esperaba— que la memoria del viejo estaría lógicamente deteriorada. Que no distinguiría un mes del siguiente cuando de ambos había pasado más de un año.

Victor la recompensó con asentimientos de cabeza. Se alegraba de creer que el ladrón era Rook. Así no tendría que soportar el trago de despedir a nadie más.

—Está bien —dijo—. Le hemos hecho más daño del que él nos ha hecho a nosotros, creo.

Ahora estaba listo para pasar a otros asuntos. Pero Anna sabía que con el silencio no sacaría nada de Victor. Había traicionado a un antiguo amigo, sin ningún coste para ese amigo, quizá, pero era un verdadero pecado y los pecados deben remover aguas.

—Todo el trabajo de Rook lo he desempeñado yo este último año. Llevo ya siete años trabajando aquí. Me pregunto si...

—Ya veremos —dijo Victor.

Pero tenía claro lo que haría. Anna, considerándolo todo, era ya los ojos y los oídos de Victor. Hacía lo que Rook había hecho, salvo que conocía las interioridades del Gran Vic mejor que el Mercado del Jabón. ¿Qué podía importar eso ahora? Le enviaría un memorándum dándole el puesto de Rook, el sueldo de Rook, el despacho de Rook, su acceso a su suite, su apartamento, su ermita de la azotea. Casi le dio la noticia en ese momento, de palabra, pero se resistió a semejante intimidad y le pidió que le diera los cheques y documentos que tenía que firmar. No le gustaba la gratitud. La gratitud no era lo mismo que una deuda. No se podía saldar con un cheque.

Así que Rook y Anna eran tenientes en campos opuestos. ¿Y qué? Ya no se encontraban, ni siquiera se veían por la calle. Sus calles no eran las mismas. Y Rook estaría pronto fuera de las calles para siempre. Había amargura entre ellos, una amargura inexpresada. Rook veía que el nombre de Anna estaba donde había estado el suyo, en las cartas del Gran Vic a los comerciantes, en los documentos del mercado.

—No os fiéis de esa mujer —les advirtió, escandalizado por la facilidad con que decía tales mentiras—. No es leal con nadie más que consigo misma.

Era ella quien le había dado los planos de Busi a Con, les dijo. ¿Cómo podían interpretar eso? La mujer que había arriesgado su puesto al robar unos documentos era ascendida ahora a ayudante personal de Victor, a parachoques y arbitrador del viejo. Según la versión de Rook todo estaba claro. Todo había sido una conspiración.

—No subestiméis a ese hombre. Él planeó vuestra manifestación en la galería comercial. Él llamó a la prensa. Tenía su discurso preparado, sin duda ese mono del relaciones públicas trabajó en él durante semanas y ensayó cada palabra con Victor.

¿«El mercado está creciendo»? Oh, sí. ¿Y quién estaba allí de pie bajo la lluvia mientras Victor soltaba su bonito discurso y os prometía haceros ricos? La dulce Anna, ni más ni menos. Su doncella. ¿Y quién acompañó al viejo Busi en el Excelsior? ¿Quién me echó de mi puesto en realidad? ¿Quién está ahora acomodada en mi antigua silla? Anna se hace cada vez más fuerte mientras vosotros, pobres diablos, hacéis las maletas en Nochevieja para pasar dos años de trabajos forzados en ese Gulag que es el aparcamiento en el desierto helado de la Ciudad Nueva.

Rook esbozó para ellos un futuro hecho de fruta podrida y no vendida, de hojas amarillas y raíces blandas. Nadie aguantaría los dos años en el «yermo», decía Rook. Ése era el plan maestro de Victor, deshacerse de los jaboneros y quedarse con Arcadia para sí. Pero Rook hablaba en el jardín vacío. Su amarga sabiduría, sus ironías, hacían que la gente le volviese la espalda y buscase una compañía menos biliosa. Y la compañía de esa clase no escaseaba. A mediados de diciembre la plaza del mercado estaba alegre y juguetona. Por una vez, el centro de nuestra ciudad estaba de moda. Quizá no era el paraíso, pero tampoco era el infierno. Los jaboneros conocían lugares mejores y también mucho peores. ¿Quién querría, se preguntaban, vivir, junto con otros veinte millones de personas, en la ciudad de México en guetos tan sucios y tan atestados que las cucarachas huían al campo y las garrapatas de los cerdos se venían a la ciudad? ¿O en Hong Kong, donde, según se decía, los pisos eran tan pequeños y el espacio público tan escaso que si uno quería revolverse en la cama por la noche tenía que coger el transbordador y revolverse en la China continental? ¿Quién pasaría una sola noche en Londres por gusto? Allí la mitad de la población sólo podía dormir con píldoras. ¿Quién querría respirar el aire de Tokio, donde la sagrada montaña de Fuji ya no era visible a causa de la contaminación? ¿O beber el agua de Detroit, donde el río Colorado tenía tal densidad de vertidos que en las fotografías tomadas por satélite con rayos infrarrojos parecía tierra firme? ¿Quién cambiaría nuestros modestos atascos de tráfico por los grandes estreñimientos de Los Angeles? Comparadas con las grandes ciudades, la modestia poco romántica del centro de nuestra ciudad era motivo de gratitud.

A medida que diciembre se acercaba a su fin todo el mundo venía a ver el mercado por última vez. Traían a sus niños. Bloqueaban las calles con sus coches. Compraban unas verduras simbólicas, unas frutas de recuerdo, y deambulaban entre los puestos comentando lo atractivos que eran los mercados. Celofán les dirigía. Ellos hacían lo que les ordenaba. Le trataban con más respeto del que había conocido nunca. Se quedaban paralizados mirándole mover los brazos o cerrarle el paso a un camión descargado.

A los jaboneros les encantaba aquella clientela de despedida, aquel público lento y boquiabierto que compraba fruta mala sin preguntar nunca el precio, que se tragaba todos los cuentos que les contaban los jaboneros. Un comerciante, cuando alguien le preguntó por centésima vez cómo había perdido la última falange del dedo meñique, le guiñó un ojo a su mujer y le contestó que el mes anterior se había encontrado una

serpiente en un barril de melocotones.

—No era más grande que mi mano —decía—. Pero esas serpientes de la fruta son venenosas. Una mordedura y estás muerto en treinta segundos. Eso si eres sano y fuerte como yo y tienes valor para aguantar tanto. ¿Qué podía hacer? Cogí esta podadera y me corté el dedo allí mismo antes de que el veneno me llegase al corazón. —Otras veces contaba que había llevado a cabo la cirugía no con una podadera sino con un cuchillo de plátanos, un trozo de cristal, una navaja de afeitar, un hacha, una cucharilla de café. Y una vez—: ¿Qué podía hacer sino levantar el dedo y dejar que aquí mi señora me lo arrancase de un bocado? Luego lo escupió. Cayó en esa caja de zanahorias. Todavía no lo hemos encontrado.

Un vendedor de manzanas que tenía una botella junto a la caja registradora discurría mientras vendía:

—Morder una manzana es saborear la fruta más científica del mundo. Fue una manzana al caer la que nos dio la gravedad... aunque ninguna de las mías ha caído del árbol. Todas han sido cogidas y empaquetadas sin una magulladura. Y aquí está la manzana que tentó a Eva. ¿No ven el rubor en sus mejillas? Y aquí hay manzanas para asar como las que Einstein usaba en sus experimentos. Tienen la masa, tienen la energía. Están muy buenas con queso.

Otro encontró un *bon viveur*, un insecto del néctar, entre sus frutas, tan hinchado por el jugo como una uva verde madura. Lo levantó en alto para que todos los clientes lo vieran y, viendo que unos niños le estaban mirando, hizo un juego de manos y sustituyó el insecto por una uva de verdad. Se la echó a la boca. La reventó entre sus dientes. Les sacó la lengua a los niños. En el hueco de la misma se veía carne verde estrujada.

Aquella clientela nueva, ingenua y más rica no podía ocultar su placer. ¿Era aquello un circo o un mercado? Si aparcar fuese un poco más fácil y el viaje desde los barrios residenciales de las afueras no fuese tan largo, siempre harían sus compras en el Mercado del Jabón. La fruta tenía mejor aspecto libre del celofán. Tenían la posibilidad de tocarla y elegir exactamente lo que querían. Y había mucha variedad. Y era mucho más divertido —aunque menos cómodo— que las tiendas iluminadas y cerradas en las que compraban habitualmente, cerca de las oficinas, a un paso de casa, a dos minutos en coche. ¡Qué regalo, también, encontrar aquella zona verde en el corazón del mercado! ¡Y qué cafés tan baratos había, y bares como los de campo, con mesas hechas de tablillas, con árboles que daban sombra en verano y protección en invierno, con camareros y camareras que no eran ni serviles ni imperiosos! Podían probar bebidas raras y escuchar disimuladamente un tumulto de conversaciones, obscenidades y proposiciones que nunca habían oído antes.

Los músicos ambulantes acudían como avispa a la cerveza. Tocaban viejas canciones y clásicos de Norteamérica. Había tanta gente que el gitano del acordeón apenas podía extender y encoger sus notas. Los camareros tenían que llevar las bandejas de cervezas por encima de su cabeza. El hecho de que Rook estuviese

predicando el desastre era sólo una prueba más de que allí, en aquella reliquia cubierta de hierbas y adoquines, la vida estaba en sazón.

Algunos se quedaban todo el día, buena parte de la noche. De hecho, en aquella última semana entre Navidad y Año Nuevo, la noche ocupó el lugar del día, el alcohol sustituyó a la fruta, el comercio cedió su puesto al placer. Algunos comerciantes dejaron de vender. Ya no se levantaban al amanecer para elegir la mercancía o atarearse con la decoración de sus puestos. Se levantaban tarde. Se acostaban tarde. Bebían como cosacos. ¿A quién le importaba un bledo lo que la fortuna y los aparcamientos le deparasen? Había que asistir a una fiesta. ¿Un velatorio? ¿Un bautizo? ¿O ambos? Nadie tenía tiempo de preguntar o de preocuparse. Ni siquiera a los cinco hombres que habían estado en el almuerzo de cumpleaños de Victor y que eran demasiado viejos para disfrutar del ruido y la bebida se les permitía irse a casa sobrios. ¿Cómo podían negarse a un brindis por «nosotros»? ¿Y luego otro brindis por «todos estos años que hemos compartido»? Y más: «Por nuestros fieles clientes.» «Por el año nuevo y el viejo.» «Por la salud, la riqueza y las mujeres.» «Por Arcadia.» Muy pronto tenían al gitano con su encantador acordeón junto a su mesa y estaban rastreando las palabras y la música de

¿Estás en venta, dulce doncella?  
(Si es así, ¿puedo estrujarte?),  
¿A cuánto el kilo de tus pechos?  
(Me llevaré un par, por favor, sírveme.)  
¿A cuánto los muslos?  
¿Y a cuánto los ojos?  
¡Oh, dime que estás en venta!  
Dulce doncella, anhelo arrendarte.  
¿Cuál es tu precio?  
¡Eso me vale!  
Ahora siéntate sobre mis rodillas,  
antes de que mi parienta te vea...

Aquellas eran noches demasiados buenas para ponerles fin, tan llenas de pecado y a la vez tan inocentes y tan virtuosas. La celebración no duraría. La mañana del primero de enero despejarían el mercado. Levantarían cercas y barreras. Entrarían las excavadoras y las zanjadoras. La tierra bajo las piedras quedaría a la vista, esquivarlas de pedernal y adoquines rotos centellearían bajo la luz por primera vez en seiscientos años.

Rook deseaba salvar los adoquines. Y a sí mismo. No había lugar para él en el aparcamiento de Victor ni en Arcadia. No le habían reservado un espacio donde poder comerciar con el hecho de haber sido un niño de la Puerta de Madera, el revolucionario del mercado, la mano derecha del jefe, el adalid de los jaboneros. El día de Año Nuevo su mundo quedaría reducido a las cuatro habitaciones de su apartamento. Sería el rey indiscutible de las paredes y los muebles. No tendría reputación en las calles. A menos que aprovechara su última oportunidad de dejar huella, de vengarse de la ciudad.

En Nochevieja no había sitio en su mesa acostumbrada en el Jardín del Jabón. Hombres y mujeres jóvenes que no había visto nunca y todos los residentes de los alrededores se habían unido a los comerciantes, los conductores y los mozos de cuerda para celebrar el fin de año y el cierre del Mercado del Jabón.

A las siete había venido el alcalde con cámaras, representantes de la firma Busi y los directores de construcción y comercio de Victor. La policía había abierto un camino y puesto una valla metálica para que el alcalde pudiese ser el primer cliente que compraba en el Mercado del Jabón sin ser estorbado, sin la presión de la multitud. La ruta que seguiría estaba marcada, al igual que el puesto en el que se detendría, la conversación que tendría con el jabonero elegido, la naranja —ya lavada y envuelta por un funcionario del ayuntamiento— que compraría, pelaría y se comería. Habría una foto («Por favor, muerda la naranja, señor alcalde. Abra más la boca. ¡Sonría!»), una entrevista, un paseo, una apresurada marcha para ir a dirigir unas palabras a los hombres de negocios de la ciudad en su cena anual. Una secretaria tomó nota de que dos años después ese alcalde, o el siguiente, tendría que comprar otra naranja y comérsela delante de las cámaras para celebrar la inauguración de Arcadia.

Con eso quedaron cumplidas las convenciones sociales. Ahora los comerciantes eran libres —y se alegraban— de dismantelar y apilar sus puestos por última vez. No los recogieron de la forma acostumbrada, ni los dejaron descansar en sus sitios, sino que siguieron las instrucciones que Anna les había mandado desde el Gran Vic. Doblaron los toldos y los caballetes, metieron en cajas la fruta y las verduras no vendidas, pegaron etiquetas numeradas, escribieron con tinta sus nombres y llevaron sus avíos a dos puntos de recogida detrás de los bares. Los camiones de Victor llegarían al amanecer para llevarse los puestos al otro lado de la Autopista de Enlace Roja, a sus nuevos hogares en el aparcamiento.

Por una vez, los equipos de limpieza podían ser tan descuidados como quisieran con sus escobas y sus mangueras. Regaron los adoquines, que quedaron mojados y negros, retiraron los desperdicios del día y dejaron el mercado limpio para su evacuación del amanecer. Los comerciantes se unieron a la gente del jardín, sus delantales mugrientos y sus sombreros persuadieron a la multitud de que eran jaboneros y debían dejarles pasar y ser servidos los primeros, del mismo modo que los asistentes a un funeral se muestran deferentes con los miembros de la familia.

El óvalo adoquinado que rodeaba el jardín y los bares estaba más vacío que nunca. Los recién llegados aprovecharon para aparcar sus coches cerca de los bares. Bastó con que un solo coche desafiase el cordón medieval de los adoquines para que cien, luego quinientos, hiciesen otro tanto. Allí no se necesitaba ningún papel. Podían aparcar gratis. Hubo una breve simetría en esto. Un aparcamiento perdido debajo del Gran Vic para cedérselo a los comerciantes del mercado, un aparcamiento ganado en el espacio del mercado en el centro de la ciudad vieja.

El Mercado del Jabón brillaba. Los parabrisas y los techos de los coches recibían

y devolvían las luces de la calle y de los edificios. Los coches eran escarabajos sedosos y saciados que anidaban en el cadáver mientras éste estaba mojado y caliente. Los conductores prudentes subían las ventanillas, recogían las antenas de radio, y cerraban los coches con llave antes de dirigirse a los bares. No les gustaba el aspecto de los hombres y mujeres que merodeaban por allí, los mendigos y los borrachos, los ancianos sin hogar, sin trabajo, sin esperanza, los que hacían de los adoquines su cama, los esnifadores de gasolina impresionados por la amplia oferta de depósitos de coche.

¿Dónde dormirían esa noche los jaboneros nocturnos? ¿Dónde estaban sus nidos? ¿Dónde podrían encender sus hogueras? Acudieron a Rook, los que conocían su cara. «¿Qué está pasando?», le preguntaron. Los más callados se limitaron a dar vueltas entre los coches, sin tener otro sitio adonde ir. Algunos intentaron abrir los coches. Otros quitaron los tapones de la gasolina y cenaron con vapores. Otros se sentaron sobre los capós pasándose botellas, importunando a los transeúntes para pedirles dinero o cigarrillos. Era demasiado tarde para pensar en otro lugar. Aquel era su hogar y estaban tan nerviosos y afligidos como si se les hubiese muerto alguien.

Rook se quedó de pie observando, debatiendo consigo mismo si aquél era el momento —antes de ponerse demasiado pesado— de irse a casa para despedir el año viejo sobrio, solo, en la cama. No se encontraba bien. La humedad de la noche se le agarraba al pecho. Tenía la cabeza cargada. Se sentía próximo a las lágrimas. Entonces vio a Joseph por cuarta y última vez. El muchacho estaba sentado con la espalda contra la pila más pequeña de puestos, dormido. Era la única persona que dormía allí. Rook no pudo resistirse a esa oportunidad. Se inclinó para despertarle.

—Soy yo —dijo Rook, el Diablo sacudiendo a Fausto.

A Joseph le moqueaba la nariz y le lloraban los ojos. Olía a alcohol y gasolina. No podía mantener la cabeza erguida. Su aliento hubiese levantado ampollas en la pintura.

—Tengo un trabajo para ti —dijo Rook. Buscó en sus bolsillos, encontró la cartera y sacó los diez medios billetes—. Tienes tus mitades, ¿no? Te daré las mías esta noche. Te haré rico si...

Si puedes agitar una varita mágica y hacer que el mercado vuelva a estar intacto. Si puedes devolverme mi empleo. Si puedes secuestrar a Anna del Gran Vic y metérmela en la cama. Si tienes un truco para que las arrugas desaparezcan de mi cara y las canas de mi pelo, para que vuelva a ser joven y vestido de negro. Si puedes detener la ciudad ahora mismo.

—¿Si qué? —preguntó Joseph, medio dormido.

Rook le dio unos golpecillos con la punta del pie a la pila de puestos recogidos.

—Haremos una hoguera, ¿eh? —dijo—. Para acabar con todo esto, para celebrar la salida del año viejo. —Sacó un sobre de cerillas del Excelsior y lo dejó caer en la mano de Joseph—. Préndele fuego a toda esta madera y lona. Y luego a la otra pila también. Eso es todo lo que tienes que hacer. Es dinero a cambio de nada.

—¿Por qué?

—Tú hazlo. O quemas eso o quemó yo esto. —Agitó los diez medios billetes y luego se los guardó en la cartera—. Espera diez minutos. Luego haz el trabajo. Reúnete conmigo aquí mañana. Empieza el nuevo año diez mil más rico que hoy.

Rook no se iría a casa para dormir sobrio y solo esa noche. Deseaba ver qué trastornos podía causar. Pero necesitaba una coartada. Era preciso que le vieran, un ruidoso inocente, cuando comenzaran los incendios. Cruzó entre los coches. Se abrió paso a empujones entre las multitudes hasta llegar al césped invernal pisoteado del Jardín del Jabón. Consiguió un vaso vacío justo antes de la medianoche. Y cuando se hicieron los brindis por la salud y la riqueza Rook fue quien respondió más ruidosamente, como el peor de los pecadores en una misa. Gritó como un loco. Hizo brindis irónicos por Victor y por Arcadia. Se subió a las mesas, molestó a las mujeres, los comerciantes y los jóvenes vestidos con ropas chillonas. Les dijo su nombre. «Soy Rook y éste es mi patio trasero.» Se hizo inolvidable. Nadie notó que una aurora anaranjada se elevaba por el oeste con nubes de humo. Y nadie se volvió para olfatear el viejo olor a madera que sale de las chimeneas del campo, de las panaderías y de los incendios forestales.

Los primeros en calentarse la cara y las manos en las llamas fueron los huéspedes nocturnos del mercado. Sus nidos se estaban convirtiendo en humo, pero ellos estaban alegres por las luces y los colores reflejados en todos los parabrisas de la plaza del mercado. Se pusieron en cuclillas con sus botellas y dejaron que sus caras enrojecieran a causa de la bebida y el calor. Lanzaron vivas cuando las llamas derribaron las tiendas indias hechas de madera y lona. El calor se hizo más compacto y obligó a retroceder a la primera fila del público hacia los pasillos entre los coches, donde había más oscuridad, más seguridad, menos intensidad.

La multitud iba en aumento. Los recién llegados que habían aparcado en las aceras del distrito de Puerta de Madera y que estaban demasiado eufóricos por la fecha y la hora como para volverse a casa se dirigían a los bares del mercado cuando se encontraron bloqueados por el humo, el fuego y el gentío. No se alarmaron. El fuego de medianoche no era una amenaza para ellos. Daba un toque jubiloso a la Nochevieja. Los borrachos y los mendigos les agobiaron pidiéndoles cigarrillos y uno o dos los encendieron con ascuas del incendio.

El incendio mismo estaba cambiando de humor. Escupía. Estaba exasperado, atrapado. Los incendios, por su propia naturaleza, se hunden y se extienden. Arden en rescoldo por los bordes y colonizan la tierra que les rodea. Pero los adoquines no se queman. Mantienen el fuego a raya. El calor se ponía más furioso, pero no podía hacer nada excepto sobresaltar a todo el mundo con los tiros de pistola de los adoquines que se rajaban bajo el fuego y las detonaciones de la madera.

Hay un viento invernal en la ciudad que llamamos el Resuello de Medianoche. El calor nocturno de la vida ciudadana no es absorbido por la luna y el aire más frío del campo penetra por debajo, a lo largo de las aceras, los callejones y las rutas del

tranvía, y sopla hasta el amanecer. Este viento y los fuegos se dieron cita. Bailaron un vals. Sus túnicas se levantaron y soltaron vaharadas de calor. Las llamas estaban animadas ahora. Se inclinaban y se alargaban, se estiraban y se encogían mientras el viento boxeaba con la noche. El más pequeño de los incendios era el que más se había extendido y, finalmente, prendió en las ramitas sin hojas de dos árboles que crecían detrás de un bar. Las ennegreció. Las llamas apenas las habían tocado. Pero quienes estaba observando vieron a cincuenta fumadores suspendidos en el aire chupar cincuenta cigarrillos cuando las puntas de las ramitas aspiraron el viento y relucieron tan rojas como los ojos de búho. Los cigarrillos ardieron. Ahora las llamas saltaban como trasgos entre las ramas, alimentándose de la corteza. Los juerguistas del Jardín del Jabón levantaron la cabeza y vieron dos árboles ardiendo y prestando voz al viento como hacen las trompetas. Ya las ramitas estaban cayendo sobre los tejados y los tejados parloteaban y se encogían de hombros ruidosamente a causa del repentino calor. Ya los insectos llenaban el aire. Y había ratas, murciélagos y cucarachas que trataban de huir de las llamas.

El viento cambió ahora de dirección. Dejó que los árboles se vinieran abajo. Sopló hacia la plaza del mercado donde la multitud se había quedado más silenciosa, menos divertida. Los fuegos silbaban. Las llamas se enroscaban como ondas chinas y lamían los capós y los parabrisas de los coches más cercanos. Una lengua de calor ennegreció y encogió la bandera de un equipo de fútbol que un joven había atado a la antena de su desvencijado camión. Chamuscó el cromo de los parachoques antiguos y sacó acres olores de los nuevos hechos de plástico.

Rook vio arder los árboles y fue presa de un sentimiento de culpa, de miedo y de júbilo. Corrió, cuando corrieron todos, para ver lo que pasaba. Se sumó al pánico, lo atizó, manifestó su acuerdo y se hizo eco de cada grito de los comerciantes que veían una conspiración en cada llama, en cada noche, en cada cara desconocida. «¡Nos han quemado los puestos!» Demasiado tarde para recuperar nada. Demasiado peligroso. «Ahora ellos nos han prendido fuego.» Aunque no decían quiénes eran «ellos». «Ellos» eran el alcalde, los arquitectos, los hombres de negocios y Victor. «Ellos» eran los hombres que vendrían al amanecer para «empezar desde cero».

¿Quién fue el primero en volcar un coche? Rook no. Él era demasiado menudo, le faltaba el aliento y no tenía camaradas. Algunos jóvenes que amaban sus coches habían intentado dar marcha atrás para alejarlos del peligro, retrocediendo hacia espacios donde había gente, apretando sus parachoques contra los parachoques del coche de atrás. Intentando girar donde no había sitio suficiente para darle la vuelta a un carro de mano. Algunos conductores de la primera fila trataron de pasar a los pies del fuego. Hicieron sonar sus bocinas desesperadamente, más preocupados por la pintura que por la carne. Se encontraron cercados por hombres. Sus coches fueron balanceados y volcados. Tuvieron que escapar a gatas. Un joven —sus neumáticos traseros derritiéndose y humeando, su parabrisas destrozado— intentó vengarse con un palo llameante. Habría matado para salvar su coche.

El Mercado del Jabón no tenía suficientes salidas para todos los vehículos que estaban aparcados. Además, las estrechas calles y aceras que salían de la plaza estaban bloqueadas por otros coches y más gente, atraída por el ruido, la luz y el humo. ¿Qué posibilidades tenían los bomberos? Sus bombas no podían acercarse a los incendios más de lo que permitían las bocas de riego de la plaza de la Torre y de la calle de los Santos. Las mangueras que tenían no llegaban hasta el borde del mercado. A los bomberos no les preocupaba. Aquel incendio se consumiría solo. No podía saltar los adoquines y alcanzar la ciudad. Además, al amanecer, como todo el mundo sabía, comenzaría la demolición.

—Dejen que el incendio se apague solo —aconsejó la policía—. Evacuaremos a la gente de la plaza. No queremos heridos.

Pero intenten separar a una multitud de borrachos del fuego, o a los dueños de sus coches, o a los hombres del mercado de lo que quedaba de toda una vida de trabajo. Nadie se movía ni un centímetro, aunque el capitán de la policía del distrito dio aviso a través de un megáfono.

Los dos árboles no tardaron mucho en quemarse. Las llamas bajaron por el tronco y corrieron por el suelo. Saltaron como gatos sobre las dependencias exteriores, los almacenes de bebidas y las cocinas de la parte de atrás de los bares. Los bebedores y los mendigos aprovecharon la oportunidad para saquear antes de que el fuego se bebiera toda la cerveza y el vino. Arrastraron las cajas y abrieron las botellas rompiéndoles el cuello. Cogieron todo lo que se pudiera comer, gastar o vender. Combatieron el incendio con cerveza alemana. Lo atizaron con whisky, ron y sillas de madera. Los bares y los jardines no tuvieron tiempo de regatear con las llamas. Había demasiada madera. Solamente los laureles ciudadanos se resistieron a participar. Sus hojas parecían ininflamables, sus ramas demasiado sensibles para las llamas. Pero cuando al fin ardieron, su mazapán fundido flotó en una nube de cocina campesina que cuajó en la noche como la escarcha en los campos.

La policía de la ciudad no tiene tanta paciencia como su hermana del campo, le parecía que aquello era una protesta del mercado que se había descontrolado. Recordaba bien lo que los comerciantes habían hecho con el tráfico cuando fueron a manifestarse delante del Gran Vic y —años antes— el jaleo que armaron con la huelga de vendedores. Los jaboneros tenían fama por su independencia y su obstinación. A la policía no le agradaban los jaboneros. Tampoco simpatizaba con la «escoria», los vagabundos que dormían allí. Ahora aquellos dos grupos estaban formando equipo con jóvenes borrachos. Una trinidad terrible. Y había peleas, saqueos e incendios. Ya había bolsas de disturbios en las calles más allá del Mercado del Jabón. Los jóvenes atacaban los coches grandes, paraban los tranvías y arrancaban los arbustos en el Parque Matemático. Se vengaban de todo y de todos, como si la violencia fuese la única manera de hacer que la ciudad se fijase en ellos. Sabían instintivamente que eran invisibles a menos que alborotasen, destrozasen y robasen. Entonces sus caras salían en las pantallas de televisión.

La policía local —agotada, asustada— no necesitaba el permiso de un sacerdote o un alcalde para sacar sus porras, levantar sus escudos y magullar a la multitud. ¿Qué sentido tenía contenerse, suavizar los golpes? Si no ponían fin a aquellos disturbios ahora, ¿quién sabía adonde podían llevar y qué podían conseguir?

Hasta aquí, todo bien. Unos pequeños disturbios localizados, alimentados en el pecho festivo de la Nochevieja. Pero aunque los adoquines mantenían las llamas a raya, el calor y la pasión se extendían. Pronto llenaron botellas vacías con la gasolina de los coches, las taponaron con trapos, les prendieron fuego y las arrojaron. Lo que había contenido cerveza trazó un arco en la noche como cometas de un parque de atracciones y cayó muy cerca de los coches, estalló en el aire o bañó a los bomberos y a los policías en una lluvia llameante. En otros tiempos, los comerciantes más viejos habrían pedido calma por temor a que sus puestos quedasen destruidos o a que molestasen a sus clientes. Pero ¿qué podían perder ahora que el mercado estaba despojado, sus caballetes y sus lonas ya ardiendo, sus estómagos llenos de alcohol? «No debería acabar de esta manera», pensaron, pero no con suficiente decisión como para intervenir. En lugar de ello, levantaron los brazos y las voces con la masa. La medianoche les hacía valientes, elocuentes y gritones.

¿Qué sabiduría hizo que el capitán de la policía pidiese ayuda por radio? ¿Por qué se amilanó? ¿Le asustaba no poder impedir que sus hombres abriesen unas cuantas cabezas? ¿Fueron las botellas llameantes? ¿Fueron los coches? ¿O, simplemente, estaba tranquilo y juzgó que sus hombres se hallaban ahora sobrepasados en número por una multitud y que la diplomacia y la noche no sofocarían aquel incendio?

Llamó por radio pidiendo ayuda a la una y cinco de aquella primera noche del año llena de humo, aunque qué les dijo a sus superiores no está claro. La investigación pública que se realizó no pudo desenmarañar la verdad de las mentiras. Pero esto es seguro: su solicitud de —eso afirmó él— otros cincuenta policías como máximo, amargó la copa y el puro de los poderosos notables de la ciudad. El jefe de policía, el alcalde, el propietario de los tres periódicos de la ciudad (mi remoto y rotundo jefe), tres de los cuatro financieros más importantes (no Victor, naturalmente), sus socios y sus consortes (la chillona esposa de mi jefe), eran todos comensales en la mesa principal de la cena anual de los hombres de negocios. Como todos los años, habían hecho sus discursos, se habían estrechado las manos y habían brindado. Todos habían cantado a coro las canciones de Año Nuevo. (Una vez más, las rollizas hermanas de la Banda Acorde tocaban a cambio de una remuneración.) Y ahora estaban solos, exceptuando a las camareras y los encargados de prepararles bebidas, en una suite privada.

El jefe de policía se esforzaba por entender una anécdota que el alcalde le estaba contando cuando una camarera le trajo una nota doblada en una bandeja persa esmaltada. Leyó: «FELIZ AÑO NUEVO, y para celebrar la ocasión hay disturbios organizados en la zona del mercado. Brevemente: incendios intencionados, vehículos y propiedades destruidos, artefactos incendiarios, heridos (¿muertos?). El capitán del distrito está agitando las alas como una mariposa chamuscada. Solicita ayuda urgente. ¿Qué hacer?» Las barrocas B.L. al pie de la nota eran la firma del ayudante del jefe.

—Al fin la revolución —dijo el jefe, y leyó la nota en voz alta.

Su mujer enarcó las cejas.

—Supongo que esto quiere decir que tenemos que marcharnos —dijo—. ¿A quién se le ocurre casarse con un policía? Nunca consigo terminar las comidas. Ni las bebidas. Aunque las llamadas del deber nunca son tan fuertes durante las horas de trabajo. Curiosamente.

—Nos quedaremos —dijo su marido—. Ésta es mi resolución para el Año Nuevo. Nunca dejes una fiesta antes de fumarte la colilla y apurar la copa hasta los posos.

—¿Y qué me dices de la revolución, querido? Ese hombrecito estirado que tienes por ayudante no te dejará en paz hasta que hayas obedecido sus órdenes. Nunca estoy segura de quién manda a quién.

El jefe de policía prefería a su esposa cuando estaba sobria y lejos de su vista. Dejó correr sus comentarios como si fuesen bromas de familia.

—No necesito salir de la habitación para resolver esto —dijo.

Sacó un bolígrafo de su chaqueta y añadió sólo dos palabras a la breve nota de su ayudante. «Despliegue UCUR.» Su firma, que intentó hacer con rúbrica, rasgó el papel. Lo levantó en el aire teatralmente.

—Con esto se arreglará el asunto —dijo—. Creo que la revolución se acabará antes que este puro.

En días de fiesta, como Año Nuevo, explicó, no era fácil resolver problemas de aquel tipo. Al parecer había escasez de policías de distrito en tales fechas. Los que no estaban trabajando en Año Nuevo estaban fuera de la ciudad, o borrachos, o celebrándolo por las calles. Pero había hombres jóvenes en los cuarteles que habían estado de guardia toda la noche, privados de una copa, de un puro, de los festejos. Si soltamos a un aburrido destacamento de la Unidad de Control Urbano Rápido, aseguró el jefe de policía a los otros invitados, habrá —buscó una frase que fuese a la vez masculina y desapasionada— «un repentino orden en las calles». ¡Qué sencillo parecía, en medio de tantas comodidades y en semejante compañía, zanjar las revoluciones con una frase! Llamó a la camarera. Puso su nota de dos palabras en su bandeja y la mandó al lugar de donde venía para poner en marcha a su ayudante y a UCUR.

La policía del distrito había actuado sin plan preconcebido. Sus golpes fueron espontáneos e improvisados. Su estrategia no estaba ensayada. Eran los músicos de jazz de la ley. Pero UCUR eran los clásicos, polifónicos, armonizados, entrenados. Su última nota estaba implícita en la primera. Y su primera nota fue ésta: una llamada de claxon en el cuartel que en menos de dos minutos llenó al patio con doscientos veinte hombres, seleccionados para misiones de UCUR porque su deferencia, su estatura, su deseo de agradar sugerían que eran más leales a las órdenes y a los jefes que a la masa. Equipados con cascos antiimpacto y monos azul y negro y deseosos de estirar los miembros después de una tarde encorvados sobre fichas de dominó, cartas a casa y betún para las botas, escucharon las instrucciones («Reprimir, contener, arrestar»)

con el nervioso entusiasmo de un equipo de fútbol antes de un encuentro. A los defensores les habían dado largos escudos transparentes de perspex. Los atacantes, divididos en ocho grupos de seis, llevaban escudos cortos, porras de PVC y botas más ligeras para correr velozmente y dar patadas con absoluta precisión. Los especialistas tenían armas de cañón corto, o fusiles de proyectiles de plástico, o botes de gas, o perros, y —privilegios para la élite— botellas de bolsillo de ron para mantenerles calientes y animados hasta que su competente intervención fuera necesaria. Alguien empezó a marcar el «himno» de UCUR golpeando sobre su escudo, el implacable sonido del PVC sobre el perspex. En unos segundos todos los escudos vibraban al unísono. Dum dum dum-dump-dump. Dum. Dum. Dum-dum. ¡Dump!

UCUR atravesó la ciudad en sus barredoras, vehículos antidisturbios azul y negro (para hacer juego con los monos), con ventanillas enrejadas, parachoques delanteros en forma de proa y delantales, como las máquinas quitanieves. Pronto habría retretes de campaña, unidades de apoyo civiles, camiones de refrescos para oficiales y tropa, personal de enfermería, parásitos. Ya se estaba impidiendo a los tranvías y el tráfico entrar en las partes más antiguas de la ciudad. Ya los tiradores con miras de rayos infrarrojos vigilaban los áticos de las oficinas y las viviendas que daban a los límites del Mercado del Jabón. Cámaras, de la policía y de la televisión, zumbaban y revoloteaban como abejas carroñeras. Las longitudes de onda de la radio de la policía estaban tan sobrecargadas y parlanchinas como líneas telefónicas combadas por el peso de los vencejos y las golondrinas en el último día caluroso del verano. He aquí una ciudad a pleno rendimiento capaz —como sólo lo son las ciudades— de Reprimir, Contener, Arrestar el caos del corazón humano como si fuese tan dócil e indiferente como un tranvía.

Así que cuando vino la UCUR, ¿qué podían hacer los jaboneros, aquella coalición desentrenada de mendigos, fruteros, juerguistas y pelagatos? ¿Dispersarse? Estaban «embotellados», por usar la frase que los soldados de a pie de la UCUR preferían al eufemístico «contenidos» de los oficiales. ¿Adonde podían ir excepto hacia atrás, hacia las llamas? Los pocos que intentaron marcharse caminando tranquilamente hacia la policía fueron alejados por el dum-dum-dump, obligados a retroceder por los chorros de agua, o derribados sobre los adoquines por botas y porras, o —si eran demasiado viejos y bien vestidos para golpearlos o patearlos o empaparlos— invitados a retroceder «Vuelvan ahí dentro. De aquí no sale nadie hasta que nosotros digamos.»

Los desagües del mercado —ya taponados por las hojas y las mondas de fruta— no podían absorber el agua de las mangueras. Los desagües se convirtieron en bocas de riego, escupiendo agua en lugar de tragarla. Empaparon y ahogaron los adoquines. Las llamas que quedaban encontraron hermanas gemelas anaranjadas con las que bailar en la inundación bajo los focos plateados de la policía y de los helicópteros de televisión cuyas hélices producían rizados en las aguas. Los hombres y mujeres más sensatos se quedaron en el corazón del mercado, con el agua hasta los tobillos,

jadeantes y desmoralizados en medio del humo y el clamor. Rook estaba allí. Se apretaba el pecho. Se tapaba la boca con un pañuelo. Se sentía exultante y desalentado. ¿Quién podía dudar ahora del poder y la paciencia de los ricos? Dominaban el terreno. Dominaban el cielo. La ciudad era toda suya. ¿Acaso no se lo había dicho Rook a los jaboneros? Miró hacia la conífera de luces que era el Gran Vic de noche. ¿Estaría Victor el Insomne mirando hacia el Mercado del Jabón? ¿Le habrían pedido permiso antes de enviar las patrullas de la UCUR a rodear con un cordón a sus inquilinos en su territorio? Quien le había puesto a Victor ese nombre había elegido bien. ¿Quién era ahora el victorioso?

Rook encontró su inhalador. Se lo llevó a la boca. Aspiró la fina vaporización. Pero ésta no podía competir con la humedad, el fuego y la noche. Deseó tener una mesa sobre la que descansar la cabeza, o el pecho de Anna. Deseó tener la habilidad de elevarse por encima de todo aquello, digamos veintisiete pisos por encima del humo, el ruido y el peligro de la calle. Si Rook estaba silencioso en el centro de la tormenta, Joseph estaba en el borde activo del tifón. Había tirado su chaqueta. Tenía las mangas subidas a pesar de la época del año, a pesar de la hora. Arrancaba adoquines. Ayudaba con las botellas incendiarias, volcaba coches, lanzando amenazas y desafíos en el encharcado escenario de veinte metros que separaba a la gente de la policía. Se quitó la camisa de trabajo. El humo de los fuegos mojados era tan gélido como el vapor del tren, el Expreso de la Ensaladera, ante el cual se había desnudado en su pueblo cuando levantaba las cajas de verduras hasta la cabeza y las mantenía en equilibrio, las cara bien oculta, el cuerpo en exhibición. Ahora no ocultaba la cara y lo que alzaba sobre su cabeza y sacudía eran los puños. Las narices y las frentes apretadas contra el cristal no eran las de mujeres ricas y sus hijas camino de un fin de semana de compras, sino las de los hombres de la UCUR. Narices y frentes sin empolvar, bocas sin pintar que empañaban con su aliento el perspex de los escudos mientras esperaban la orden de Avanzar-dum, Reprimir-dum-dum, Arrestar-dum-dump.

Fue Joseph quien encontró las pilas de frutas y verduras no vendidas, hasta entonces respetadas por el fuego. Sostuvo en la mano una col lombarda de hojas sueltas, tan ligera, a pesar de su tamaño, como una lata de cerveza. Era un niño. No tenía autocontrol. Salió corriendo al escenario, alzó la col en el aire con toda la fuerza que años levantando sacos le habían proporcionado. Muchas habían sido las veces en que cortando coles había encontrado una estropeada y, sólo por divertirse, la había lanzado para que llegase hasta el seto, o para asustar a las chicas, o para romper el aburrimiento del trabajo. Ahora su entrenamiento le ayudó. La col lombarda se resistió a la atracción de la tierra y quedó suspendida en el haz luminoso del helicóptero como una luna color pastel que tenía hasta la madrugada para aterrizar.

Los hombres de la UCUR observaron cómo la col trazaba un arco hacia ellos a través de la noche. Ni uno solo sabía qué amenaza suponía, pero ciertamente parecía más amenazadora que los adoquines o los cócteles Molotov. ¿Qué fuerza

representaba? ¿Cómo soportarían sus escudos un proyectil tan grande, tan pálido y tan lleno de luz? La hilera de escudos largos se tensó. La patrulla dobló las rodillas para cortar en dos el impacto de la bomba vegetal. La col, cayendo ya, les ponía más nerviosos que las piedras o las llamas. Cuatro hombres de la UCUR, directamente en la trayectoria de la col, se echaron el suelo para recibir el golpe. La col dio de lleno en el centro de un escudo. Apenas produjo un sonido. Un huevo de gallina hubiese hecho más ruido y más daño. La col se hizo pedazos. Sus hojas eran sábanas, copos. El UCUR blanco del impacto cayó de espaldas y, si la vergüenza pesara como las piedras, habría muerto bajo el peso.

Las risas y las burlas del Mercado del Jabón fueron más fuertes incluso que las aspas del helicóptero. Ahora todo el mundo corría para armarse con frutas y verduras. Nunca habían estado en tal armonía los propietarios y los rateros de tiendas. Sabían —ésta es la lección del insurrecto— que el ridículo y la risa son más subversivos, más desarmantes que las balas. ¿Qué puede hacer una hilera de soldados frente a una descarga de coles? ¿Bajar los escudos y enfrentarse a las hojas? ¿Levantar los escudos y enfrentarse a las burlas?

Muy pronto el aire estuvo cargado de verduras. Las patatas eran bastante dañinas y podían arrojarse más lejos incluso que los adoquines o las botellas. Las manzanas, las peras y los aguacates dejaban tatuajes —dump-dump— en los escudos. Los tomates los ensangrentaban o se reventaban sobre los monos azul y negro o las botas relucientes. Los graciosos lanzaban plátanos por el aire. «Como bumeranes», decían. De hecho, algunos volvían. No se puede controlar el mal genio de los jóvenes de la UCUR a los que se ha hecho sentir como patanes. Devolvían los plátanos. Una berenjena le arrancó la gorra a un oficial de la UCUR. Un calabacín le dio a un policía en el rabillo del ojo. Un cámara de televisión recibió en la mejilla todo el engaño de un melocotón: primero el duro impacto como de goma de la piel, luego el pegajoso abrazo de la carne y finalmente la bala arrugada de su corazón. El hueso del melocotón se partió y le hizo un corte en la mejilla. Su sangre era jugo de melocotón, el jugo era sangre.

Joseph se dio el gusto de continuar. Al fin era un ciudadano. Ocupó el centro del escenario y siguió arrojando fruta. El jefe de la patrulla se fijó en él.

—Cogeremos a ése primero —dijo a sus hombres—. El gracioso que tiene la mancha de nacimiento en la mejilla. Le vamos a dar manchas de nacimiento a ese hijo de puta, de los pies a la cabeza.

La policía y la prensa tomaron fotografías de Joseph. Le hicieron una con los puños en alto. Le hicieron otras sosteniendo adoquines en la mano. Y coles. Y melones. Y granadas como granadas de mano.

A la 1.45 el oficial jefe recibió una herida en el pecho producida por una remolacha. Le dio entre el corazón y la charretera y le derribó el suelo. ¿Qué podía decir a todos los que le habían visto caer sobre los adoquines? Únicamente:

—Ya es suficiente. Adelante. Despejad el mercado. Que se enteren de quién

gobierna esta ciudad.

Así que volvieron a golpear los escudos. Cada golpe sobre el perspex acercaba el cordón de la UCUR un paso más a los bombarderos de productos agrícolas, a los coches volcados, a los restos calcinados de árboles, puestos y bares, al envalentonado Joseph, desnudo de cintura para arriba, y a Rook.

—Ésta es la clásica maniobra de orden público —explicaron los relaciones públicas de la policía.

Minar la resistencia con una exhibición de fuerza y ruido. Luego mandar a los Escudos Cortos para arrestar a los revoltosos. Después, lanzar botes de Pena Verde, el gas que ciega a los alborotadores, y les tiñe de verde y les hace llorar y hacer muecas como los amantes cubistas de Picasso. Y luego barrerlos.

Primero gasearon el centro del mercado. La policía —aunque tenía máscaras— no deseaba gasear a su propia avanzadilla. Rook apartó un bote de una patada. Sus piernas y sus zapatos recibieron el musgo que llevaba el aire. Su piel adquirió un tono blanco manzana espectral, mientras el gas, tan ligero y volátil como una nube de mosquitos, subía hacia su cintura, su pecho, su garganta, sus ojos. Era una pena que todos los limones hubiesen sido utilizados como proyectiles. El zumo de limón, frotado en la cara, proporciona cierta protección contra el gas.

Rook buscó a tientas un lugar seguro. Encontró un coche. Se agachó detrás de él. Sentía una opresión en los ojos y en el pecho. Los alborotadores no deberían mezclar alcohol y gas. Los asmáticos deberían huir de las multitudes. Se agarró a la rueda delantera del coche. Se llevaba el pañuelo y el inhalador a la boca alternativamente. Tosía. Pero toser no le despejaba el pecho. Los esputos pegajosos que cayeron sobre los adoquines, sobre el neumático y sobre su mano, eran el forro de sus pulmones. Tragar humo y Pena Verde dolía. Dolía trocar oxígeno por CO<sub>2</sub>. Su fuelle resoplaba y se tensaba si se abría algo más que una rendija. Tenía que respirar con tanta rapidez y poca profundidad como las ranas de un pantano, su pecho se distendía, sus pulmones emigraban a su garganta, sus orificios chorreaban como una vela una flema cerosa.

La gente del campo dice que un hombre moribundo se vuelve lúcido. Ve las alturas y las profundidades de la vida alineadas ante él como las cuentas de colores de un ábaco chino. Tiene habilidad para repasar sus fallos y triunfos. «Los moribundos nunca mienten», dicen. Pero Rook se estaba mintiendo a sí mismo. En su ábaco sólo había cuentas blanquísimas. Apenas podía concentrarse. Tenía el cerebro en la garganta, golpeado por el perverso aire exterior y el prisionero aliento interior, ahora húmedo por las burbujas de sangre y cargado con el peso de la mucosidad. Su lengua, sus uñas y sus labios estaban azules. Sudaba y temblaba mientras se hundía del sueño al coma. Pero tal vez no se estaba muriendo, después de todo. La lluvia, la brisa, la ligera protección del coche, la capa de agua que cubría los adoquines y repelía el gas (en la cual cayó ahora de bruces, la mejilla y la oreja sumergidas) podrían humedecer el asma y salvar a Rook de los sofocantes abrazos del aire. Quizá tenía una oportunidad, porque la ayuda estaba próxima.

¿Qué aspecto tenía el mercado ahora que la policía había roto filas y estaba resuelta, como niños que corren sobre las bandadas de gaviotas en la playa, a provocar la huida desordenada entre la multitud atrapada y agitada? Los cascos se movían entre las cabezas descubiertas. Los jaboneros se agrupaban y reagrupaban, luego se dispersaban como antílopes ante los chacales de las porras de la policía. Parecía que la UCUR —muy inferior en número a la muchedumbre— eran hombres insensibles que no tenían compasión ni miedo. Se pusieron a trabajar como si sus órdenes fueran a aumentar la confusión de la noche, no acabar con ella. Joseph huía para salvar la vida. Ya había recibido golpes en los hombros y la espalda desnudos. Los Escudos Cortos le tenían señalado. Conocían su cara. Su torso había sido fotografiado. Era el ciervo máspreciado de la manada. «¡Coged al descamisado!» Zigzagueaba y se escurría entre la gente y los coches con tanta ligereza como lo había hecho cuando jugaba al rescate con los otros chicos entre los cobertizos y los árboles de los huertos de niño. Su vida le había llevado a aquello. Tenía un plan: encontrar un coche abierto y abrirse paso entre los muelles y los cojines del asiento trasero hasta el maletero. ¿En qué otro sitio podía uno esconderse? La UCUR tenía a los jaboneros «embotellados», sus ropas empapadas de verde, convertidos por la Pena Verde de jueguistas en mocosos. Joseph había intentado abrir dos docenas de puertas antes de —literalmente— tropezar con Rook. Reconoció la cara, la tos, la cazadora que llevaba. Le sentó.

—¿Qué pasa? —dijo, demasiado torpe para encontrar palabras dramáticas.

Rook no le contestó. Tenía los ojos cerrados, una oreja llena de agua, la otra manchada de Pena Verde. En ese momento estaba inconsciente. Una gran suerte para él. Estar inconsciente es la forma que tiene Dios de calmar los pulmones. Ahora no luchaba con el aire interior o exterior. Respiraba más superficialmente, más regularmente, más pausadamente. Joseph le colocó con la espalda contra la rueda. La cabeza y el pecho de Rook cayeron hacia adelante. Su diafragma empujó el aire pesado hacia la parte alta de sus pulmones. Por casualidad, sus conductos respiratorios estaban inclinados justo en el ángulo preciso para la recuperación. Joseph le dio unas palmadas en la espalda. Los golpes expulsaron terrones de aire húmedos.

—Vamos. Despierta —dijo Joseph—. Ahora quiero mi dinero.

Abofeteó la cara de Rook. El color de sus mejillas pasó del verde al rosa.

—Dámelo. Dámelo —dijo—. Ya has tenido tu hoguera. Ahora tienes que pagar por ella.

Rook estaba tranquilo ahora. Demasiado cómodo para despertarse y hablar. Hizo un ruido que encontró una vía de paso por su nariz. Era el ruido que hacen los atletas cuando termina la maratón. Era un ronquido de restitución. Devolvía la deuda de oxígeno. Las bofetadas y los golpes de Joseph —¿quién sabe?— le habían salvado la vida a Rook.

Joseph no tenía tiempo que perder. Oía acercarse las pesadas botas, los gritos de

dolor, los sordos impactos producidos por las porras sobre los hombres y por los adoquines sobre los escudos. Aquel refugio junto a la rueda delantera del coche no podía durar mucho. Dio unos tirones a la cazadora de Rook. No se movía, por lo menos no rápidamente. Sacó su «navaja» del bolsillo del pantalón. La puso en la espalda encorvada de Rook. No dijo una palabra, pero rajó la bolsa de cuero de Rook, a lo largo de la costura central de la cazadora y la camisa de lana que había debajo, como si aquello no fuese un hombre sino una cabra sacrificada. La navaja cortó de dentro afuera. No hizo ningún daño a Rook, no le hirió, sólo le robó. Joseph tiró de la mitad izquierda de la cazadora y la camisa por las mangas. Y luego también de la mitad derecha. Palpó los bolsillos interiores, encontró el bulto de la cartera de Rook, y habría cortado el bolsillo, pero los Escudos Cortos estaban demasiado cerca. Se agachó y corrió de nuevo, y mientras corría se metió las dos medias chaquetas con sus medias camisas por los brazos y los hombros. Su cazadora de cuero tenía una franja de carne a lo largo del centro de la espalda. Su musculoso torso sólo había desaparecido parcialmente. Parecía un punky de teatro, preparado para una intervención quirúrgica.

Rook no era consciente de que Joseph había venido y se había ido, ni de lo que había hecho para salvarle la vida. Sintió el frío de la madrugada de Año Nuevo todos los fuegos estaban apagados y no llevaba camisa ni cazadora. Se estremeció cuando volvió en sí. Le sobresaltó el ruido y su semidesnudez. Casi se levantó, y al hacerlo dos hombres de la UCUR se percataron de su falta de ropa. Aquél era el descamisado. Levantaron a Rook de un tirón. Le pegaron en las piernas y la espalda con golpes sincopados. Pusieron el mango de sus porras en sus costillas y apretaron. Le patearon en la cara y los testículos, levantando del suelo con las botas agua que resbalaba por la piel de Rook. Estaban bien entrenados. Era una regla que los policías que se veían obligados a atacar a un sospechoso en la calle no le arrestaran, sino que le dejaran para que lo encontraran otros oficiales. Los dos que le dieron la paliza a Rook fueron lo bastante listos como para hacerle rodar por el suelo y desaparecer.

Joseph, partido en dos, con la cartera de Rook sobre su corazón, encontró al fin un coche cuya ventanilla pudo forzar. Tardó medio minuto en entrar. Y otro medio en meterse trabajosamente en el maletero. Le horrorizaba sentirse atrapado, pero confiaba en estar a salvo. Y lo estaba. Nadie registraba los maleteros, mientras aún había gente suelta en la plaza del mercado. Joseph se acurrucó en la oscuridad. Una vez notó que el coche se balanceaba violentamente cuando alguien fue arrojado contra la carrocería. Oyó un grito. Pero la mayor parte del tiempo no oyó nada, excepto el latido dentro de sus oídos y su nerviosa respiración. No oyó, seis coches más allá, la tos y la salpicadura cuando Rook rodó por última vez, su cara muerta medio sumergida sobre los adoquines del mercado.

Cuando Joseph oyó la sirena de la ambulancia, emergió de la madriguera del maletero. Pasó trabajosamente a la parte de atrás del coche y miró hacia la semioscuridad. La aurora era una estrecha franja plateada que cruzaba el parabrisas. Ya había llegado al borde de la ciudad y estaba avanzando con los primeros tranvías por los bulevares. Los pisos superiores del Gran Vic no se veían. Unas nubes bajas los envolvían. El día de Año Nuevo sería lluvioso.

Los pocos funcionarios y policías que quedaban en el Mercado del Jabón estaban de espaldas a Joseph. No le vieron ni le oyeron cuando abrió la puerta del coche y salió a la plaza. Una ambulancia arrojaba un flujo intermitente de luz helada como un aspersor regando un césped. Joseph se agachaba cada vez que el rayo pasaba cerca de él, como si temiese que le empapara la luz. Joseph dio las gracias a San José, el patrón del Santo Cadáver, el Enterrador de Nuestro Señor, por estar lo bastante bien como para salir del mercado a pie y no en ambulancia. Había llegado al año nuevo sin recibir la paliza que se merecía. Sólo le dolían los músculos del hombro de tanto lanzar fruta.

Se habían causado mil heridas entre la medianoche y el amanecer, aunque algunas de ellas habían sido administradas en el cuartel general de policía, en la intimidad de las celdas, pero sólo había habido una muerte. El cadáver no fue encontrado hasta que la plaza del mercado quedó vacía de borrachos y revolucionarios. Lo mismo les habría dado bombear aire dentro de un ladrillo que intentar el beso de la vida. Rook se habría ruborizado al ser pillado de aquella manera, de espaldas en el agua, desnudo de cintura para arriba, su pecho una proa astillada, su estómago un poco demasiado abultado para alguien tan ligero y tan presumido. El muchacho del mercado había encontrado la muerte del mercado, la espalda sobre los adoquines, verde por la Pena, desechado como un calabacín estropeado y con un aspecto tan indiferente y ordinario como el de las piedras que constituían su morgue. He aquí a un muy improbable Mártir por la Causa; aunque, según demostró el tiempo, su nombre sirvió para el martirologio. No fue fácil de olvidar. Todos recordamos a Rook.

Joseph reconoció la cara, pero no esperó a ver el cuerpo envuelto en la bolsa de plástico. Robó una escoba que habían dejado apoyada en el costado de un camión de la UCUR. Pronto se convirtió en uno más de los barrenderos del amanecer que recogían los restos de los proyectiles por poca paga y menos respeto. Era invisible. Atravesó la plaza sin dejar de barrer, pasando por delante de algunos hombres de la UCUR, periodistas, mirones camino del trabajo y jóvenes que regresaban para recuperar (eso esperaban) los coches no quemados. Barrió hacia el límite del mercado, hacia la salida donde habían estado los camiones de plátanos que ya no estaban. Se unió a la gente de la mañana de Año Nuevo; los que llegaban tarde al trabajo y los que llegaban tarde a la cama apenas se fijaron en su ropa cortada. Avanzó por las callejuelas del distrito de Puerta de Madera, dudando de si era rico o

pobre. Tal vez la muerte de Rook había sido una manera astuta de mantener las dos mitades de billetes de banco separadas para siempre, tan desunidas como la ropa sobre su espalda.

Joseph encontró al fin un sitio donde detenerse, un cementerio que cerraba un callejón sin salida con altas lápidas y cipreses, y dos plátanos, los perfectos ciudadanos rodeados por la basura de los trozos desprendidos de su corteza tóxica. No había espectadores, salvo las palomas y una jauría de perros fúnebres. Sacó la cartera de Rook de su chaqueta y examinó el botín. Lo extendió ante él sobre la piedra fría. Una fotografía de Anna, con la inscripción «Quiero que quedemos para hablar». Un juego de llaves. Las diez mitades de los diez billetes de mil. Un carnet de identidad con una fotografía de Rook, un cuadrado granuloso en blanco y negro, inexpresivo, con la dirección de Rook, su estado civil, «soltero», y su firma en limpia tinta verde. Un anuncio doblado de un catálogo, el modelo sentado en el taburete, la camarera en sus garras, el traje, la copa abandonada. Cinco billetes de cincuenta enteros. Un preservativo. Tarjetas de crédito. Un inhalador para la garganta.

Joseph se guardó únicamente el dinero y las llaves. Levantó una losa y puso debajo la cartera vacía y las demás cosas. Si alguna vez necesitaba un preservativo o tenía un cliente que quisiera tarjetas de crédito robadas, podría encontrar de nuevo aquella piedra. Memorizó el nombre musgoso sobre la piedra, pero los perros fúnebres olfatearían la cartera tan pronto como él se fuera. Ya había memorizado la dirección del carnet de identidad de Rook y partió en busca de una cama y una herencia.

Había visto que el estado civil de Rook era soltero y sabía que había una posibilidad de que su casa no estuviese defendida. ¿Qué mejor manera de pasar una mañana de Año Nuevo que utilizando las llaves del muerto para encontrar refugio, calor, algo de comida y algo de sueño entre cuatro paredes?

Encontró un paquete en el portal del bloque de apartamentos de Rook. Se metió el paquete bajo el brazo y se tomó su tiempo para subir la escalera. ¿Qué podía ser más normal a esa hora del día que un reparto? Si se cruzaba con alguien en la escalera le tomarían por un recadero, un recadero zarrapastroso y dócil. No se cruzó con nadie. Encontró la puerta de Rook y probó las llaves. Dos cerraduras. Dos dentaduras que se abrieron. Las cerraduras obedecieron a las llaves. Ya estaba dentro. Aquél era el sueño que tenía cuando cargaba productos agrícolas en los trenes: llegaría el día en que tendría un apartamento en una ciudad. Cerró la puerta a todo. Nunca había conocido una carpintería tan perfecta ni una tranquilidad como aquélla. Fue de habitación en habitación. Abrió todos los armarios, todos los cajones. Miró dentro de la nevera. No tocó, ni comió, ni robó. Eso podía esperar. Sabía lo que buscaba. Un trozo de cinta adhesiva transparente. Lo encontró en una cesta de mimbre junto con unas tijeras. Se sentó a la mesa y, respirando por la nariz para concentrarse mejor, se hizo, de veinte medios billetes —los suyos y los de Rook—, una fortuna y un futuro.

La policía diría que le encontraron saqueando el apartamento de Rook. Ya había

robado, al parecer, un paquete de libros antiguos que pertenecía al coleccionista del ático. Dijeron que había abierto todos los armarios y todos los cajones, que todos los objetos de valor de Rook habían desaparecido. Dijeron que planeaba vaciar el apartamento, que sus cómplices vendrían con camiones para llevarse el mobiliario, la nevera y el televisor, las chucherías que eran de Rook. ¿Quién sabe? Joseph no era un santo, aunque en cierto modo había sido un héroe, por lo menos durante la mitad de una noche.

Su fotografía apareció en los primeros periódicos del año, pero no por robo. Todavía no. Le sacaron semidesnudo en la primera página, los brazos levantados, una berenjena en la mano. Era «La cara del descontento», «El revoltoso del mercado». Compartió la página con Rook. El titular decía: «Un muerto por la violencia ciudadana», y debajo los periodistas reproducían lo que les había dicho la policía, que «grupos de trotskistas y anarquistas, entrenados por extremistas extranjeros en campamentos de Alemania, habían sido identificados orquestando los disturbios». El nombre del muerto no se sabía oficialmente, pero en la calle se había corrido la voz de que los hombres de la UCUR le habían aporreado hasta matarle. Era un «activista», un inocente, un hombre que sencillamente deseaba manifestar sus temores. La policía había golpeado mil cabezas la noche anterior. Aquélla la habían golpeado demasiado fuerte.

No hubo declaraciones por parte de la UCUR. Estaban fuera del alcance de la prensa. Pero los relaciones públicas de la policía estaban haciendo todo lo que podían para darle un nombre al cadáver, para encontrar la causa de la muerte. A mediodía ya tenían sus respuestas. El mercado tenía sus testigos. Un comerciante había visto a un Rook semidesnudo caer y no poder levantarse. Había visto a los dos hombres de la UCUR salir corriendo. La policía se amotinó, dijo, «no nosotros». Hizo esta declaración en la radio y a un periodista de la sentimental prensa de izquierdas. Así que Rook se convirtió en un mártir de la causa. El hombre que había sido un pez gordo en el palacio de Victor; el hombre que había dejado el Gran Vic por principios, porque temía por el Mercado del Jabón; el hombre que había luchado entre bastidores contra Arcadia; el hombre que era hijo de un comerciante, aquel chico del mercado, había sido derribado —«asesinado» era la palabra— por las porras y las botas de la policía. ¿Coincidencia? ¡Despertad! Iban por él, dijeron los agitadores del populacho. Iban a matarle.

El jefe de policía apenas había dormido. Él, el alcalde y dos financieros habían celebrado el Año Nuevo hasta mucho después de que sus esposas hubiesen sido conducidas a casa. Habían fumado la colilla y bebido los posos. Su humor al despertar no era bueno. Tenían la garganta en carne viva por la charla, el humo y la comida picante. El jefe de policía se quedó perplejo al leer los titulares del periódico de la mañana. ¿Dónde estaba el «repentino orden» que había pedido la noche anterior? Al pasársele la borrachera se encontró con un escándalo en las manos. Un hombre de mediana edad había muerto y corrían rumores. ¿Cuánto tiempo pasaría

hasta que algún entrometido preguntase dónde estaba el jefe de policía mientras sus hombres mataban a los ciudadanos a porrazos? Se sintió algo aliviado al leer unos apresurados informes médicos que decían que la «víctima» (un error, pensó, haber usado esa palabra) había muerto a causa de un fallo respiratorio; «asma, posiblemente». Pero había también huesos rotos y hematomas. Tenía dieciséis fracturas en las costillas. Sus testículos estaban desgarrados. En su espalda y sus piernas había una rejilla de cardenales. Su cuero cabelludo estaba pelado por los puntapiés asestados con botas. Tenía marcas de suelas en las mejillas. Su nariz apuntaba este-sudeste. Un vehículo había machacado la rodilla del cadáver. Si aquello era asma, los pulmones de aquel hombre merecían un juicio y un castigo, y todos cortejábamos a la muerte cada vez que estornudábamos.

—Den con algo mejor —le ordenó el jefe de policía a su ayudante.

Tuvo suerte. Los agentes que fueron a casa de Rook para dar la noticia a su pariente más próximo, si es que lo tenía, encontraron el apartamento violado, las llaves colgando en la cerradura. Encontraron al haragán dormido, los codos sobre la mesa, la mancha de nacimiento apoyada en los billetes recién unidos. Reconocieron su cara: el muchacho que aparecía en todas las fotografías, el anarquista loco de los campos de insurrección alemanes. Al cabo de un día ya tenían las pruebas que necesitaban. Dos testigos habían visto a aquel Joseph arrodillado al lado de Rook. Uno juró que había observado que los golpes llovían sobre Rook, bofetadas en la cara, puñetazos en la espalda «que explicarían los hematomas del cadáver». El otro dijo que había visto una navaja. Pensó que era una navaja. Brillaba. Pero no, no podía estar seguro de que no hubiese también un objeto contundente. Un adoquín, quizá. El suelo estaba lleno de adoquines rotos. Un adoquín roto puede desgarrar un testículo y fracturar dieciséis costillas.

¿Qué oportunidad tenía? Era el que salía en las fotografías atacando a policías con verduras y frutas. Justo el tipo de persona que elegiría a alguien respetable y de clase media como Rook. Tal vez al principio sólo buscaba robar una cazadora para despistar, pero luego —siempre el ladrón oportunista e incompetente, según afirmaba todo el mundo en su pueblo— había visto la cartera y había matado por ella. La acusación era clara. Ahí estaban dos hombres que lo habían visto todo. Ahí estaban la chaqueta y la camisa robadas, partidas en dos, sobre la espalda de Joseph. Ahí estaba una «navaja». Ahí estaban las botas camperas negras con que había pateado a Rook. La huella de barro de sus suelas marcaba la cara de la víctima. Ahí estaba el acusado, reciente su crimen, en casa de Rook, una fortuna en sus manos. ¿Y la defensa? Joseph sólo tenía disparatadas y rebuscadas explicaciones —el atraco en el paso subterráneo, los billetes cortados, el incendio intencionado— para demostrar por qué él y Rook no eran enemigos, sino socios.

Victor, como de costumbre, no se había acostado temprano la Nochevieja. Sus vagabundeos nocturnos de habitación en habitación por el Gran Vic distorsionaban caprichosamente la perfecta conífera de luces. Poco después de media noche había salido a la azotea para aclarar sus pulmones arrojando el lastre de las flemas en el mantillo de sus plantas. La gente del campo siempre se aclaraba los pulmones en Nochevieja. «Escupir las malas deudas», decían si eran comerciantes, o «el escupitajo del año pasado para la primavera del año próximo», si trabajaban la tierra. Los comerciantes escupían como escopetas de perdigones; los granjeros dejaban caer sus flemas en la tierra como un pastelero añadiendo huevo a la masa.

Victor no estaba obligado a escupir solo en Nochevieja. Podía haber elegido tener compañía. Había recibido la acostumbrada invitación para ser huésped del alcalde en el banquete de los hombres de negocios. Pero Anna había enviado sus excusas de siempre y su donativo para el Fondo de las Viudas. Él decía que era demasiado viejo para celebrar el paso de otro año.

—Estará usted allí en espíritu —dijo Anna, sacudiendo el cheque para las viudas que él tenía que firmar.

Sin embargo, estar solo mientras todos los relojes de la ciudad daban las doce no era enteramente del gusto de Victor. Había estado tentado de sugerirle a Anna que se quedase a tomar una copa con él, pero ¿por qué ponerla en una situación incómoda? Ella no era de su familia. Sus obligaciones terminaban en la puerta de la oficina.

Al sonar la duodécima campanada casi baja en su ascensor para estrechar las manos de aquellos hombres altos de uniforme que guardaban el Gran Vic las veinticuatro horas del día. No necesitaba mantener una conversación con ellos, una modesta gratificación sería suficiente. Por una vez, lamentó que Rook se hubiese ido. El hombre no era ni honrado ni eficiente, ésa era la verdad, pero era más como de la familia. Un sobrino impertinente, digamos, decidido a divertirlo. Y era hábil —Victor lo reconocía— organizando fiestas para los veteranos. Aquel almuerzo de cumpleaños que Rook le había organizado había sido el punto culminante del año, igual que las fiestas de los pueblos que había conocido y nunca había conocido. Tarareó la marcha de *La Regina* que la Banda Acorde había interpretado aquel día de principios de verano en la azotea. El año próximo cumpliría 82. ¿Estaría allí para celebrarlo?

En la azotea a medianoche hacía frío. Pero los viejos siempre están fríos, como los peces. Es el calor lo que no pueden soportar, y el ruido, y los movimientos repentinos cerca de ellos. Se estremeció pero se alegró de estar fuera —casi el único «fuera» en su vida en aquel momento—, liberado de la zumbona ecuanimidad del aire acondicionado. El viento se llevó sus esputos y le tiró de la bata. Se apresuró en la oscuridad hasta la puerta del invernadero y encontró el interruptor para encender dos bombillas anaranjadas de poca potencia. Las «lámparas forzadoras» de los

horticultores. La luz anaranjada expulsó a la noche. El viento se colaba entre los cristales. Gemía y parloteaba en el marco. Dos calentadores de gas líquido mantenían el invernadero caldeado. Mantenían sus ejemplares vivos y hacían que el invierno fuese más templado para los cactus, las palmeras, los pulgones verdes y los insectos.

Encontró una plataforma baja que le sirvió de asiento. Encontró la botella de coñac entre los abonos líquidos y los pulverizadores antiáfidos. Escupió de nuevo. Escupió para la primavera. Y luego se llenó la boca de coñac directamente de la botella. El trago le anestesió la boca. Bebió más mecánicamente, decidido a tragarse la medicina, el filtro soporífero. Sostuvo la botella en alto contra la luz. Parecía cera derretida. Continuó tomándose la medicina hasta que el coñac estuvo por debajo de la etiqueta. Lo suficiente como para hacerle gemir y parlotear al unísono con los marcos de los cristales. No tenía ni frío ni calor. Tenía la temperatura de las plantas. Apretó la nariz contra el cristal, mirando primero hacia las afueras y las colinas. No había estrellas, sólo humedad, cristal y algas de invernadero que actuaban como una pantalla contra la noche. Oyó las sirenas de los bomberos a su espalda. Se volvió y vio las llamas, los árboles incandescentes, la visión sin precedentes de los faros de los coches en los adoquines del mercado. Al principio no pudo situar las llamas. No pudo situarlas geográfica ni temporalmente. Los rectángulos de cristal del invernadero hacían que la distancia pareciese bidimensional. Era una película, una película de los primeros tiempos del color, descolorida, fulgurante, la imagen manchada por el agua, las algas, los humos. Era una escena provocada por el insomnio y el alcohol, era una escena que le resultaba conocida. No se atrevía a parpadear. Tenía que concentrarse para atraer el recuerdo, las llamas eran viejas y acuosas. Pero, obedeciendo a su llamada, habían aparecido personas y sonidos. Había un viejo sombrero de paja. El olor a pan y a orina. El desconcertado arrastrar de pies sobre tablas desnudas de los durmientes. Las sirenas eran los gritos de su madre, los gritos de las princesas en llamas, los gritos de las personas separadas de sus casas, los gritos de las maderas empapadas de lluvia que el fuego había secado y calentado demasiado rápidamente.

Bebió más coñac, se terminó lo que quedaba. Se levantó y miró más atentamente las llamas del mercado. Limpió el cristal con su bata. Al fin la película era tridimensional. Las llamas le saludaban y le llamaban por señas; la antigua y dramática llamada del calor, que es tan elocuente por la noche. Los fuegos parecían muy próximos vistos a través del cristal rociado, pensó, tan próximos que podían haber sido velas colocadas en el parapeto de la azotea. Victor parpadeó y las velas volvieron a ser fuegos distantes. Los alejó. Los acercó de nuevo. Ahora veía a su madre en el cristal, metiendo sus pertenencias en una bolsa de lona y sujetando a su único hijo sobre su pecho con un mantón. Arrojaba unos granos de maíz sobre el escalón de su casa en el campo. Encendía una única vela y la dejaba —por muy poco tiempo— en el centro de su mesa de madera. Luego cerraba la puerta.

Cuando Victor enfocó de nuevo, la mesa de su madre estaba ardiendo. La puerta era una llama anaranjada. Ella no podía controlar el fuego. No podía impedir que las

maderas se cuartearan. Llamó a Victor. Él se había ido. Ella se puso a gatas. No podía respirar. Se acurrucó en medio del humo y las llamas. No sabía si él estaba a salvo o muerto. A la mañana siguiente encontraron su bien asado cuerpo, lavado por la lluvia. Encontraron una manta para ella, una funeraria, un ataúd. Le dieron sepultura en la fosa común. Victor parpadeó para que el fuego volviese a ser una vela. Parpadeó para apartar las lágrimas, pero los viejos están acostumbrados a tener los ojos llorosos sin ningún motivo. Forma parte del envejecimiento. Además, el calentador del invernadero echaba humo, y el humo es tan eficaz como el sentimiento para hacer llorar a los hombres.

Ahora los helicópteros sobrevolaban la zona. Sus reflectores no le dejaron a Victor ninguna duda —una vez que hubo enjugado el pasado y fijó la vista en la noche— de que había problemas en el Mercado del Jabón. Los helicópteros le hicieron recobrar la sobriedad. Vencieron al coñac, la autocompasión y el recelo que sentía. Dejó encendidas las bombillas color naranja. Se enfrentó al viento de la azotea y se dirigió a su cama. Por una vez, se durmió muy pronto. No soñó ni necesitó despertarse para orinar. Cuando llegó el amanecer, su cuerpo formaba una artrítica interrogación sobre el colchón, la oreja derecha en la almohada, el torso curvado, las rodillas y las piernas levantadas en busca de consuelo. Su pregunta era: ¿Por qué me siento tan abrasado y seco?

Era el día de Año Nuevo y —no por primera vez en su vida— Victor estaba atormentado por una ansiedad que no podía nombrar. ¿Quién ha muerto?, se preguntó. ¿Qué podían significar los incendios y los helicópteros? Tenía un hueco en el pecho que sólo podría desplazar levantándose de la cama, que sólo podría llenar saliendo a la calle y viéndolo por sí mismo. Trató de evocar la cara de su madre, pero fracasó. Vio a su tía. Pero, más que a la tía, lo que vio fue el mercado tal y como era cuando él era joven y pobre. Estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Una bandeja de huevos a sus pies. No había clientes. En este mercado imaginado parecía haber montones de productos, pero cuando miró más atentamente, los sacos y las bolsas, las patatas y los melones, se convirtieron en cadáveres. Había mil cadáveres en el suelo. Los adoquines también eran cadáveres, tan inmóviles y rígidos como carne de cementerio, tan implacables como huevos.

Así que, cuando Anna llegó el día de Año Nuevo para repasar las obligaciones de Victor para esa semana, él estaba preparado.

—Ya se habrá enterado de las noticias —dijo Anna.

Él negó con la cabeza. Ella le enseñó los periódicos de la mañana y los informes de la policía. Joseph ocupaba toda la primera página: «El revoltoso del mercado». Y naturalmente había un cadáver sin nombre. Un hombre de mediana edad, desnudo de cintura para arriba, magullado y partido como un plátano viejo a consecuencia de la paliza que había recibido.

—He tenido un sueño parecido —dijo Victor—. He soñado con esta muerte.

—No es un sueño —dijo ella, nerviosa por la mención de los sueños—. Lo que

hay abajo es un pandemónium. Los teléfonos echan humo... Los comerciantes, la prensa, la policía, los arquitectos, los constructores. Arcadia tendrá que esperar un día. No creo que podamos entrar con cuadrillas de obreros hasta que hayan enterrado a ese pobre hombre, por lo menos. —Señaló el subtítulo—: Un muerto por la violencia ciudadana.

—Habrás que dar el pésame, quizá —dijo Victor—, si tiene familia. Por favor, hágame un cheque para que yo lo firme.

Ella tomó nota.

—Todo está controlado —dijo—, aunque hay problemas que resolver.

—Por favor, especifique.

—Los puestos del mercado, por ejemplo. Están todos destruidos. ¿Qué van a utilizar mañana los comerciantes cuando se abra el mercado del aparcamiento? Hay que alimentar a la ciudad.

Victor no pareció alarmado. En su opinión, los comerciantes tendrían que arreglárselas. No necesitaban caballetes para vender. Eran la clase de personas que podrían vender frutas en el suelo o en sus camiones y estarían satisfechos con tal que el dinero les golpease los muslos. Se habría alarmado, tal vez, si el fuego y la revuelta hubiese reducido Arcadia a escombros. Pero Arcadia no había sufrido ningún daño, ni podía sufrirlo. Al menos, no por algún tiempo. Los disturbios habían sido leves, para lo que suelen ser. Los disturbios en un solar no pueden hacer ningún daño.

Se encogió de hombros como diciendo: No me moleste con esas insignificancias. Pero lo que dijo fue:

—Sería diplomático, ¿no cree?, si fuese allí para dejarme ver.

El encogimiento de hombros pretendía ocultar su azoramiento.

—¿Dónde?

—En el Mercado del Jabón. ¿Dónde si no? —Y luego—: Creo que debería demostrar mi preocupación. Pero privadamente, como comprenderá. Nada de alharacas. Nada de prensa. Sencillamente quiero comprobar por mí mismo, con mis propios ojos, que todo está bien.

A primera hora de la tarde el Panache negro de Victor se situó marcha atrás delante de la entrada del Gran Vic. «El viejo va a salir», le habían dicho al chófer. Apenas había tenido tiempo de airear el coche y quitar el polvo. Los hombres de seguridad contuvieron a los curiosos cuando Victor salió del ascensor, con Anna pegada a sus talones. Ella llevaba un abrigo nuevo, largo, de astracán. El abrigo de Victor era de lana alpina gris y tenía quince años. Sabían que el día de Año Nuevo hacía mucho frío, que el viento se te agarraba a las rodillas y los muslos, que la lluvia rebotaba en el pavimento, que los resfriados y el reumatismo eran atracadores implacables en las calles.

Anna ya había perdido el último kilo de los tres que se había propuesto, y por ello sentía el frío más que antes. Debajo del astracán llevaba un traje de chaqueta, del mismo color crema, pero con un corte más caro, que el de Joseph *De parranda*. No le

tiraba en el pecho ni le apretaba en la cintura. Seguía llevando el pelo muy corto, aunque su peluquero había añadido «un toque de fuego» aclarándole el copete. Ya no era la jovial Anna, y se alegraba de ello. La jovialidad es un desesperado refugio para las mujeres de su edad. Intenta sustituir la juventud y la belleza, y no resulta digna. Anna era ahora tan solemne y tan impecable como la ropa que vestía. Se había hartado de los hombres y se había jurado, para el Año Nuevo, renunciar a su untuosa aprobación. No buscaría su condescendencia sexual. No sería su carroña. Que la temieran, para variar. Ella tenía ahora las llaves que daban acceso a Victor y cualquiera que buscara la oportunidad de sentarse a su mesa, envuelto en su aliento de viejo con olor a queso, tendría que llamar a la puerta de Anna.

Los porteros no insinuaron una sonrisa como hicieron cuando siguió a Victor hasta la galería comercial bajo la lluvia. Casi la llamaron señor, tan masculina parecía en su autoestima. Y ella ya no sentía la necesidad de sonreír desde las nueve hasta las cinco, ni de ser cortés o deferente con los hombres que llevaban traje o uniforme. El ascenso la había redimido de la maldición de envejecer. Tenía un despacho propio, personal a sus órdenes, el poder de mandar. Utilizaría ese poder plenamente. No sería despreocupada en el trabajo como lo había sido Rook, no pondría los pies ni las migas de un pastel sobre la mesa. No emularía su falta de seriedad, sus incorrecciones en la oficina, su puerta abierta. No sería Rook, ni la señora Rook. No obstante, le gustaría tener la oportunidad de volver a verle una sola vez, para que supiese que estaba completamente liberada de él. Para que viese —y lamentase— su poder, su esbeltez y su orgullo. Le tendría a sus pies. Sería como Victor, como un niño.

El viejo ya estaba en el coche. Su puerta estaba cerrada. Tenía la expresión vaga de los viejos mimados. La necesitaba como no la había necesitado ningún otro hombre, es decir, no tenía ninguna necesidad de amor ni de contacto físico. ¿Dónde debería sentarse ella? ¿Al lado del chófer? ¿Con el jefe? Los porteros conocían el protocolo. Abrieron la puerta delantera para que se sentara en el asiento de los sirvientes, donde Rook se sentaba en las raras ocasiones en que había compartido un coche con Victor. Pero Anna dio la vuelta al coche, envalentonada por su recién acuñada resolución de Año Nuevo. El chófer fue demasiado lento para abrirle la puerta de atrás. La abrió ella misma y se sentó en el mismo asiento que Victor, un metro de tapicería separando sus caderas. Él no intentaría cogerle la mano. No intentaría tocarle las rodillas, ni siquiera mirárselas, a pesar de su forma recientemente ennoblecida, ahora que estaban sentados como colegas uno junto otro. Ella dio un golpecito en el cristal detrás de la gorra del chófer y partieron. Cuando salieron de la galería comercial habló en nombre de Victor por el interfono.

—Vamos al Mercado del Jabón —dijo—. Necesitaremos un paraguas cuando lleguemos allí.

Luego nadie habló. El chófer se ocultó detrás de su gorra, molesto por la infracción al protocolo que situaba a una mujer al lado de su jefe. El viejo cerró los ojos y la boca, desaprobándolo, sin duda. El chófer no le veía respirar ni moverse.

Anna, con los dedos entrelazados sobre el regazo, chupaba un caramelo de menta para dejar su aliento y su estómago dulces y frescos. ¿Qué haría si veía a Rook donde éste estaría sin duda, entre los jaboneros del mercado? Se permitió imaginar que él estaba de pie allí, entre los ociosos de la plaza, sin nada que hacer aparte de mirar la limusina de la cual salía Victor con Anna detrás. Ella le miraría directamente a los ojos si estaba allí, si es que tenía el valor suficiente para levantar la cabeza y enfrentarse a la multitud. No tendría necesidad ni tiempo para sonreírle. Cerró los ojos y la boca imitando al viejo que estaba a su lado. Los limpiaparabrisas sonaban como una máquina de oxígeno, bombeando aire a sus pulmones. Si deja de llover nos moriremos, pensó. Los latidos de su corazón estaban sincronizados con el limpiaparabrisas. Palpitaba bajo el astracán. La elegante limusina negra avanzaba bajo la lluvia. No había prisa. Eran como deudos en un coche fúnebre, serenos, azorados, temerosos por sí mismos, con los ojos grises, pero por cansancio, no por pena.

Cuando el chófer de Victor llevó el coche por el distrito de Puerta de Madera hasta el borde de lo que había sido el Mercado del Jabón, todo parecía estar bastante bien. Habían retirado la mayor parte de los escombros y casi todos los coches habían sido recuperados. Ya había empezado el trabajo en la empalizada de madera que cercaría el óvalo vacío mientras se construía Arcadia, y algunos obreros municipales estaban demoliendo los restos calcinados de bares y árboles. Por primera vez en seiscientos años las fuentes y las gárgolas del antiguo lavadero estaban solas. La ciudad las había abandonado como si fuesen pirámides. Pronto las excavadoras y los obreros vendrían a recoger la cosecha de adoquines y meterlos en cajas como remolachas para su despliegue en Arcadia.

La policía había alejado del lugar a todo el mundo salvo a los obreros y a sí misma. Los detectives habían instalado una oficina móvil al borde del mercado para entrevistar a los testigos que se ofrecían a hablar. Examinaron la basura en busca de pruebas de disturbios organizados y metieron las botellas bomba, calcinadas y rotas, en bolsas de plástico junto con muestras de la fruta y los adoquines que habían sido arrojados. Entrevistaron a los últimos jóvenes que acudían a reclamar sus coches. Una caseta de lona con estructura rígida había sido levantada sobre el lugar en el que había muerto Rook, pero no había nadie montando guardia. Dentro, colocadas sobre los adoquines, había seis o siete velas encendidas y varias macetas con flores que convertían la caseta en un cálido e improvisado sepulcro sin cadáver. Nadie estaba seguro de quién había puesto las velas allí. Pero las dejaron que se consumieran hasta el suelo.

Dos policías uniformados controlaban todos los accesos a la plaza. Vacilaron cuando vieron el Panache negro, pero la gorra del chófer y los imperiosos destellos de los faros delanteros de la limusina les convencieron de levantar la improvisada barrera. Victor y Anna siguieron veinte metros más en el coche. Luego se detuvieron. El paraguas del chófer hacía juego con el coche y con el abrigo de Anna. Ahora

Victor y su ayudante femenina estaban de pie, muslo contra muslo, debajo del brazo extendido del chófer. Ella cogió a su jefe por el codo para ayudarlo a andar. Ya no estaba acostumbrado a los adoquines ni a peligros tales como cristales rotos, hojas mojadas y madera astillada. Dejó que Victor la guiara, pero estaba perdido. No había señales que pudiera reconocer en aquel espacio vacío. ¿Dónde se sentaban las mujeres con sus chalotas? ¿Dónde se sentaba él con los huevos? ¿Dónde estaba la avenida de puestos que de día parecía tan antigua y permanente como una calzada romana? ¿Quién había iniciado un incendio, quién había muerto, para salvar un lugar tan vacío y apagado?

Victor no era la clase de hombre que comparte sus recuerdos. Parecía exactamente el viejo rico que era, demasiado importante para notar la lluvia. Así que aquélla era su diplomacia, arrastrar los pies sobre los adoquines durante un rato y no compartir lo que sentía con los dos ayudantes que le mantenían seco y erguido. El trío caminó hasta el lavadero público. Los árboles y arbustos de siempre habían quedado reducidos a muñones ennegrecidos. El césped se había convertido en rastrojos, rígidos, muertos y negros. Pero el fuego no podía dañar la piedra y el agua, y las fuentes medievales, con sus gárgolas y sus piedras porosas de restregar, estaban exactamente igual que la semana anterior, el siglo anterior. El agua de la fuente, aumentada por la lluvia, era como todos los arroyos de montaña, como todos los manantiales salobres, indiferentes a todos los seres vivos de la tierra.

Miraron el agua durante un rato y luego volvieron hacia el coche, pero siguiendo una ruta ligeramente distinta, atraídos por lo que pudiera haber debajo de la lona de la bien iluminada y parpadeante caseta.

—Ese hombre murió aquí anoche, supongo —dijo Anna—. Le han hecho un santuario. —Se arrodilló y arregló las flores para darles una forma más ordenada entre las velas—. Es triste.

Los dos hombres no contestaron, así que Anna se levantó y habló por ellos.

—Era el marido, el hijo o el padre de alguien. O de lo contrario era uno de esos seres sin esperanza que duermen aquí. Tal vez nunca lleguen a averiguar quién era. Pondrán *El jabonero desconocido* en su tumba.

—Mi padre está enterrado allí —dijo el chófer—. En el cementerio de Puerta de Madera. Mi madre también. Vivíamos por aquí. Yo tengo sangre jabonera...

Permanecieron de pie como turistas en una iglesia extranjera, familiarizados con la fúnebre intimidad de la luz de las velas, pero incómodos por una situación nueva para ellos: las paredes sacudidas por el viento; los adoquines; la letanía de la lluvia sobre la lona. El tiempo empeoró. Podían oír cómo se enfadaba. Las llamas de las velas hacían reverencias en el aire frío y húmedo que penetraba en la capilla de tela. El agua se deslizaba entre los adoquines y se colaba en el interior para formar un charco entre sus pies. Podían haber estado en una planicie afgana trescientos años antes, inmovilizados por el espacio, el cielo y la helada. Los bloques de oficinas y viviendas que les rodeaban, aunque a lo lejos, eran antiguos farallones que se

encogían bajo el frío, el viento y la lluvia.

—Traeré el coche —dijo el chófer, alegrándose de dejar la luz de las velas—. Está lloviendo a chuzos.

—Exactamente —le dijo Victor a Anna después de que hubieran estado silenciosos más tiempo de lo que parecía lógico—. Son chuzos. Escuche la lluvia. Nunca oigo la lluvia dentro del Gran Vic. Son chuzos. Ella solía usar esa frase. Se puede oír exactamente lo que quería decir.

—¿Quién?

Victor no se atrevió a responder. No deseaba parecer ridículo como le había ocurrido al chófer, débil por el sentimiento. Se agachó lo mejor que pudo para mirar las llamas de las velas.

—Creo —dijo— que nos llevaremos una vela encendida cuando nos vayamos. Al tipo que murió aquí no le importará. —Rompió el sello de cera que sujetaba una vela a su adoquín—. Un ritual campesino, eso es todo. Te llevas una vela encendida de la casa vieja a la nueva. De ese modo conservas la buena voluntad del pasado.

—La llevaré yo.

Anna alargó los dedos. Como había pensado, el jefe era como un niño.

—No, no.

—¿A qué «nueva casa» se la llevará? ¿A Arcadia? Esa vela no es lo bastante larga como para durar dos años.

—La llevaremos al aparcamiento. Es sólo un símbolo.

El asentimiento de Anna mostraba su paciencia y su obediencia, pero no era una señal de comprensión.

—Es verdad que uno no se enriquece con los sentimientos, no en el mercado —dijo Victor—. Hace falta trabajar con ahínco y tener sentido común. Pero el ritual también desempeña un papel. No deberíamos subestimar...

No terminó lo que tenía que decir. Era un hombre poco teatral.

—De acuerdo —dijo Victor—. Llévela usted. —Levantó la vela para que Anna la cogiera—. Vigile que el viento y la lluvia no la apaguen. Una mecha mojada por la lluvia trae mala suerte durante cien años.

¿Quien telefoneó a El Ciudadano? No estoy seguro. No cogí yo la llamada. Tal vez el chófer. ¿Anna? No. ¿El policía que estaba de guardia en la barrera y dejó pasar el Panache para que se adentrara por las callejuelas de la ciudad vieja? ¿Un empleado del aparcamiento? ¿Un espíritu inquieto y fisgón de la ciudad? En una ciudad siempre hay alguien con un cuento que contar y siempre hay Ciudadanos que lo adornen y lo publiquen. Inspirado por la nota de esta fuente anónima que había sobre mi mesa, escribí un párrafo para la columna de El Ciudadano. Lo publicaron la mañana después del peregrinaje de Victor al mercado en la página interior acostumbrada de la edición que tenía las fotos de Rook y Joseph en la primera página. El titular era:

«Jabonero revoltoso acusado de asesinato». Describían a Rook como «un ejecutivo de la industria del mercado alimentario hasta su reciente despido».

A las nueve de la mañana del dos de enero, cuando Anna recorrió a pie la galería comercial y entró en el Gran Vic, el nombre de Rook era conocido en toda la ciudad. En el vestíbulo los oficinistas devoraban ejemplares de nuestro periódico, lamentándose, regodeándose en la suerte de alguien tan popular como Rook. Anna se sentó ante su mesa intacta. Respiró lo más regularmente que le permitió su caja torácica oprimida. ¿Tenía ahora más o menos sentido lo que había sucedido en la caseta de lona, el extraño viaje en el coche protegiendo aquella llamita mientras atravesaban la ciudad? El día anterior las palabras que había utilizado parecieron demasiado fuertes. «Es triste», había dicho. Pero ahora «es triste» adquiriría una nota de fuga. No podía encontrar palabras que fueran más allá de «es triste». No podía abarcar la carga de las noticias expresadas tan sólidamente en letra de imprenta.

El Ciudadano —guiado por mí— adoptó un tono más ligero, naturalmente. «Es raro hoy en día», escribí, «ver a Victor, el octogenario Rey de las Verduras de nuestra ciudad, en la calle. Pero si ustedes pudieran ver a través de los cristales ahumados de las limusinas tal vez se habrían fijado en que el anciano visitó ayer por la tarde el recientemente aporreado Mercado del Jabón. Sin duda vino a presentar sus respetos a Rook, su adjunto en otros tiempos, que había sido derribado en las horas que precedieron a la madrugada del día de Año Nuevo.

»Ciudadanos con ojos de lince informaron de que Victor no se marchó de allí con las manos vacías. El recluso del invernadero, que no tiene inconveniente, como ustedes recordarán, en transportar los filetes de pescado de su mesa en taxi, partió del santuario levantado en el mercado de Rook con una vela encendida en la mano. La vela cruzó la ciudad en una limusina conducida por un chófer. Por supuesto, ¿quién dice que los ricos no son ridículos?

»Mi colega, nuestro comentarista de asuntos religiosos, me dice mientras recorre los clubs y bares de la ciudad en una misión personal que ocupa toda su vida, que “las velas iluminan las oscuras callejuelas por las que todos debemos pasar cuando nuestro tiempo se acaba y todas nuestras botellas han sido vaciadas hasta los posos”. ¿Será moda en estos duros tiempos rendir homenaje a los empleados recientes *retirando* las velas de su lugar de descanso? La portavoz de Victor no pudo contestar cuando telefoneé en nombre de ustedes para hacerle esa sencilla pregunta. Sólo sabía el precio de las judías.

»Estoy seguro de que un hombre tan práctico como Victor encontrará una utilidad para la media vela de Rook, aunque sólo sea la de engrasar los ascensores de Arcadia. Quizá al viejo verdulero le gustaría también saquear los cementerios y las funerarias de nuestra ciudad en busca de otros despojos. Las lápidas proporcionan buenos cimientos. También los huesos.»

**Cuarta parte**  
**Arcadia**

# 1

Hoy tienen su almuerzo mensual los Vejestorios del Club de Prensa en Victor-en-Arcadia. Usamos el comedor privado detrás del restaurante del entresuelo. Allí se sirven *al dente* los mejores productos del mercado para la clientela más apresurada, más guapa y más elegante de la ciudad: yo no soy uno de ellos.

La *maître* femenina del Victor-en-Arcadia —«Madame» para nosotros, pero Sophia para los hombres más jóvenes— me conduce pasando junto a estrellas en ascenso, jóvenes trepadores, reyes de las finanzas, cuyos teléfonos portátiles y calculadoras comparten los manteles con champiñones *a la grècque* y brochetas de verduras. Paso por los bares interiores y luego por los salones para conversar donde hombres y mujeres que tienen la mitad de mi edad cierran tratos y actitudes en cómodas butacas. No es el populacho almorzando, casi no son ni siquiera ciudadanos. Son —perdónenme mi falta de caridad— los Invulnerables, protegidos de la ciudad por el agua embotellada, los permisos para aparcar, los coches con aire acondicionado y la envidiosa deferencia de camareros, porteros, recepcionistas y policías. Sus mesas están reservadas. Sus clubs, sus sastres, sus dentistas y sus pisos son «privados y selectos», lo cual quiere decir que están cerrados a quienes no han sido dignificados por la riqueza, la cuna o la moda. Raras veces tienen que hacer cola o pisar la calle, organizan sus vidas por medio de los aparatos de fax, tarjetas de crédito y pedidos a domicilio. O bien delegan estas tareas en secretarías, ayudantes y amas de llaves a quienes contratan para que mantengan el mundo a raya. No es extraño que, a pesar de las tensiones de la calle, sus caras estén tan serenas, sus trajes y sus faldas tan planchados y limpios, sus ánimos tan tranquilos. No es extraño que me sienta tentado de volcar botellas en sus regazos mientras paso lentamente a su lado.

Nuestro comedor está en el nivel más alto de Arcadia. Sophia me deja para que suba las escaleras solo. Ella está demasiado ocupada como para acompañar a los Vejestorios cuyos corazones, pulmones y piernas están tan gastados y flojos que suben lentamente. Ninguno de nosotros tiene menos de sesenta y dos años. ¿Qué periodista, a los sesenta y dos años, podría subir una escalera deprisa? ¿Qué periodista subiría una escalera en cualquier caso a menos que hubiese buena comida, bebida y cotilleos arriba? Ninguno de nosotros —sí, todos los Vejestorios somos hombres— es tan necesario en su trabajo que no pueda tomarse algún tiempo para almorzar con marchitos camaradas. A nuestra edad, cuando brindamos por «los amigos ausentes» nos referimos a los colegas que han muerto o a los pocos triunfadores que están demasiado ocupados para estar allí, los directores, los redactores jefes que se han vuelto entrecanos y poderosos como osos grises, mientras que nosotros somos tan grises y poderosos como palomas.

Pero ¿y nosotros, los amigos demasiado ociosos para estar ausentes? Emprendemos la subida a Victor-En-Arcadia libres del peso de la riqueza, el status o la energía. Estamos acabando nuestras vidas laborales. Estamos comiendo de lo que

fuimos, antes de que nos quitaran nuestros despachos, antes de que fuéramos reducidos de redactores jefes a columnistas, de ejecutivos de publicidad a encargados de los anuncios por palabras, de corresponsales errantes a custodios de las cartas de los lectores, antes de que suprimieran nuestras firmas.

El Ciudadano es ahora otra persona. Una mujer más joven tomó mi puesto. No le interesa el destino de los millonarios o los concejales. El poder que persigue es un poder diferente. Se pasa las tardes en los bares, los restaurantes y los vestíbulos de los hoteles. Escribe una columna plagada de presentadores de televisión, directores de discotecas e hijos de hombres ricos. El término «Invulnerables» es suyo. Nunca se pierde una cita o un *tête à tête*. Come de la discreción, la notoriedad, los berrinches de las celebridades, de los escándalos. Sus fuentes son los *maîtres*, los camareros y los recepcionistas de la ciudad, los chicos que suben las bandejas de los desayunos a los huéspedes de los hoteles.

Estoy amargado, naturalmente. ¿Qué anomalía de la física permite que el mundo siga girando mientras yo permanezco inmóvil? Me desplazaron lateralmente a la Sala de Espera, su mordaz descripción de la oficina donde a los hombres mayores y *valorados* como yo se les pide que esperen hasta que, en el mejor de los casos, se les jubila con una magra pensión. Me llaman el Redactor de la Penúltima. Tengo a mi cargo el tiempo y los informes legales. También las necrológicas. ¿Ven lo cómicos que pueden ser estos profesionales con las palabras? ¿Y lo siniestramente precisos? De mis cuatro predecesores tres han muerto de un ataque al corazón. El cuarto tiene cáncer de garganta. ¿El Redactor de la Penúltima? ¿La Sala de Espera? ¿Los Vejestorios del Club de Prensa? Mi risa se hace más fina y más rápida a medida que me vuelvo gordo y lento. Hoy soy el primer Vejestorio en llegar, y me alegro de ello. Tengo la oportunidad de recobrar el aliento y cargarme de combustible con una bebida. Nos gusta formalizar el almuerzo, escuchar las noticias de cada Vejestorio antes de la comida. Hoy les contaré lo que sé de Victor, el hombre que construyó Arcadia y da su nombre a este restaurante y bar, el hombre que es ya demasiado viejo para interesar a mi sustituta. Su nonagésimo cumpleaños pasó sin que mereciese un comentario por su parte.

¿Por qué Victor? Ésta es la noticia que casi me hace dar saltitos mientras paseo nerviosamente por la habitación. Hace seis meses preparé la necrológica del viejo para la carpeta de Pendientes. Acudí —el bien entrenado periodista— a los fiables testimonios de los recortes. ¿Qué podía descubrir acerca de él por lo que se había publicado? Busqué en los archivos y las únicas noticias respecto al hombre, aparte de informes industriales y comerciales, eran las que yo había escrito. Una vez se hizo traer unos peces en taxi para el almuerzo de su cumpleaños, desde la estación al Gran Vic. Robó una vela de la tumba de un colega. Lo suficiente como para aumentar el interés por el hombre, por supuesto. Pero no mucho que sirviera de epitafio. Telefoneé al Gran Vic. Anna, su ayudante, una mujer de cincuenta y tantos años y cara afilada, demasiado emperifollada, pero aún atractiva, hizo lo que pudo por

ayudarme. Y luego —cuando hubo comprobado la exactitud de la necrológica— dijo:  
—Él busca a alguien que prepare sus memorias. ¿Podría interesarle a usted?

Así que soy el encargado de escribir su vida. La suerte me ha proporcionado una tarea lucrativa para mi madurez. He firmado un contrato y ya he pasado algún tiempo —la mayor parte en silencio— con él, aunque me ha contado algunas anécdotas de un hombre gordo que había en el Mercado del Jabón y me ha hablado un poco de su infancia. ¿Es ésa la palabra? ¿No es «infancia» una palabra demasiado inocente para designar la forma en que pasó sus años de golfillo, para la forma en que, según dice, murió su madre en un incendio? El viejo tuvo una madre, sí. Se llamaba Em. No es el producto de un melón y un pepino, después de todo. Tengo, gracias a Anna, acceso a los archivos, los recuerdos privados de ella y —lo cual es más importante— algunas indicaciones respecto a los primeros años de la vida del viejo que parecen confirmar su historia. Pero Anna prefiere con mucho hablar de Rook y del muchacho que le mató. Se ha procurado testimonios del juicio para que yo los estudie y dice que podría conseguirme una visita a Joseph en la granja prisión (¡está trabajando de nuevo en el campo!) donde está cumpliendo su condena a cadena perpetua. Ella me toma por un periodista detective, un Woodward o un Bernstein, y quiere que investigue lo que le sucedió a Rook realmente hace tantos años. Le he pedido más de una vez que cene conmigo para charlar sobre el libro. Pero siempre declina la invitación. Piensa más en Rook, al parecer, que en la biografía de su jefe. No muestra ningún interés en su infancia y su juventud. Para obtener pruebas respecto a Victor en años más recientes no necesito documentarme. Me basta con mirar a mi alrededor, nuestro comedor alquilado, nuestra ciudad remodelada.

Estoy como en una casita en la copa de un árbol hecha de cristal. Por dos de los lados hay una red metálica que oculta, abajo, las avenidas del mercado. La red sostiene enredaderas, cicadáceas, parras. Son los cortinajes del edificio. Crecen en parterres elevados, junto con otras plantas de invernadero como filodendros y palmeras que pueden respirar y neutralizar la atmósfera. Su tarea consiste —porque aquí nada es ocioso ni improvisado— en filtrar del aire el monóxido de carbono, el benceno y el folmaldehído, los humos y los vapores, los escapes y las causticidades de Arcadia. Las plantas marcan las fronteras de «la pajarera más grande que existe» del Signor Busi. Cien cacatúas de cabeza amarilla, mil pinzones, sesenta faisanes, multitud de periquitos, loros y otros pájaros exóticos, una tormenta de pétalos de fringílidos, están alojados aquí. Parece que el cristal y la estructura de Arcadia les gusta más que los árboles. Hacen sus nidos y sus perchas encima de humidificadores suspendidos que —bajo la dirección de un ordenador bautizado Céfiro— expulsan aire comprimido en los trópicos de la pajarera. Los pájaros se posan en las vigas de metal y los marcos arqueados del cristal, picoteando la pintura ya levantada por el eccema de la herrumbre. Los bosques tropicales no pueden mantener a raya la herrumbre, pero el cristal impide la entrada de los halcones. Revolotean sobre las cúpulas transparentes de Arcadia como niños ante el escaparate de una confitería,

desesperadamente atraídos por los periquitos de dulce.

Imagínense lo que tantos pájaros pueden hacer a los cristales. Se instalan en los marcos de las ventanas y arrojan sus excrementos calizos en despreocupados y abundantes chorros que proporcionan alimento y habitáculo a moscas, tisanópteros plateados y pulgas. ¿Qué arquitecto podría haber previsto esto? ¿Qué cristalero podría haber superado a los pájaros y los parásitos coprófagos? ¿Qué constructor podría haber evitado los conflictos territoriales que tienen lugar por encima de las avenidas comerciales de Arcadia y de sus restaurantes y bares? Miro a través del cristal manchado de la habitación para ver qué causa tan estridente conflicto entre las bandadas del arco iris. Un pequeño intruso pardo procedente de las calles de la ciudad, un gorrión con su traje de oficina, ha encontrado la forma de colarse en Arcadia. El «megalito herméticamente cerrado» de Busi no es rival para un gorrión hambriento. Se ha introducido por la cavidad de una vigueta de expansión y luego ha pasado a través de un conducto de calefacción mal acoplado. El pájaro intenta ahora darse un banquete de pipas de girasol, frutos secos variados y granos, que los cuidadores han puesto en los comederos. Las palomas le golpean con sus alas. Una cacatúa le ha dado en el pecho. Abajo, en los pliegues de la red que separan a la gente de los pájaros, se ve una docena de cadáveres. Gorriones muertos que han llegado a este cielo goteante y caldeado y han muerto.

El tercer lado de la habitación tiene un cristal sin churretones. Allí no hay pájaros. Mi vista es ilimitada, salvo por unas hojas de bambú, unas enredaderas y una ligera miopía. Miro la pieza central del edificio, su eje: el patio ajardinado en el cual convergen los corredores comerciales, los vestíbulos, las escaleras, las terrazas y los balcones. Paso un ratito observando los juegos de luces sobre las fuentes, sus rubores y sus ondas, exactamente igual a los rubores y las ondas que decoran la música de cámara interpretada por tres mujeres jóvenes y un hombre en la tribuna de conciertos junto a la *brasserie* abierta. Hay espectáculos gratuitos durante todo el día. Seis africanos tocarán sus tambores esta tarde. Una chica hará juegos malabares con frutas. La Banda Acorde, esas hermanas ya entradas en años y su amiga, sacarán algunas melodías de sus acordeones a la hora del té.

Los turistas se toman su café y hacen fotografías, enfocando el lavadero medieval reconstruido y más allá el follaje más espeso de Arcadia. La cámara, con un objetivo de poco ángulo, puede hacer una fotografía que muestre sólo agua, el lavadero y las hojas, una ráfaga de cacatúa, un rayo de sol. Arcadia, así enmarcada, podría ser parte del Yucatán o Abisinia. Es verdad que los turistas no pueden sentarse y posar entre las gárgolas resucitadas o las piedras reparadas, ni hundir los dedos en el agua mientras sonríen a la cámara. Hay un hombre de uniforme encargado de impedirselo.

—Y después ¿qué? —dirá, si alguien protesta—. Si dejamos que la gente toque el agua, luego querrán lavarse los pies en ella. O nadar. O hacerse pis.

Está allí ahora. Le veo rondando al borde del agua. Una radio emisora receptora brilla en su mano. Ayuda y señala, reprende y dirige. Indica dónde pueden encontrar

los visitantes disminuidos una silla de ruedas a su disposición, dónde está la Guardería Jungla, en la que los padres pueden dejar a sus hijos mientras hacen compras y se toman algo en la Cesta de la Merienda, la Despensa Tejana o El Hambriento. Nada de comer de pie, por supuesto. No está permitido sacar una manzana o una naranja de tu bolsa y comértela mientras curioseas. Entonces habría que limpiar las pepitas, la piel y el corazón. Nada de tomarte un sandwich que has comprado fuera. Entonces quedaría el papel y las sobras. Prohibido fumar, excepto dentro de los bares. Ése es el precio que pagas.

Sin embargo, Arcadia es un triunfo, hay que reconocerlo. Se curte mientras la contemplo; se consolida. No hay complacencia, sólo la seguridad y la ambición que hacen prosperar las ciudades. Podría quedarme aquí satisfecho —un vaso en la mano, solo— todo el día y no aburrirme, no cansarme, no asfixiarme con su ostentosa uniformidad, su falsa geometría, su alegría organizada. Denme la oportunidad. Denme el tiempo. Denme la botella y el vaso. Preferiría contemplar Arcadia que ninguna otra parte de la ciudad. Sin embargo, me veo obligado al trato social. La habitación se está llenando y mantenemos una conversación intrascendente y educada entre las enredaderas y los pájaros. Arreglamos el mundo. Nos mostramos tan vehementes acerca de la lluvia como optimistas e irónicos acerca de la política y el comercio. No traficamos con nuestros chismes todavía, no hasta la sexta o séptima copa.

Después de haber comido e intercambiado las noticias convencionales, dejamos la mesa y los platos sucios y nos repartimos en grupos por la habitación, o nos quedamos de pie en parejas conversando mientras miramos los pájaros a través del cristal manchado o a través del cristal limpio el paraíso terrenal de Victor. ¿Qué aspecto tenemos, aquí parados, absortos en nuestra última copa? Aprieto la nariz contra el cristal, veinte metros por encima de la concurrencia del mercado, y observo a esos ciudadanos, a esos compradores. Tengo, sin duda, el mismo aspecto que Victor, allá arriba en el jardín de la azotea del piso veintiocho. Tengo el mismo aspecto que cualquier noble vestido de traje: intocable, intocado. Sin embargo, lo sé bien, a medida que envejezco, debo descender la escalera y unirme al populacho antes de que llegue mi día. La ciudad reclama a sus ciudadanos antes de que mueran. Los taxis están llenos de hombres jóvenes. Los tranvías —que pronto serán sustituidos por metros— van lentos, cargados de pensionistas que no encuentran el dinero ni el escalón. Las calles hoy en día son para los viejos, los débiles y los pobres. Yo no dejaré ningún monumento en mi honor. Ningún bar ni restaurante, ni mercado, llevará mi nombre. Mi libro, si sobrevivo para verlo terminado, llevará mi nombre en letras de imprenta, pero piensen en el tamaño de mi nombre en letra de imprenta comparado con el de Victor, un título en primer plano en la portada. Mi labor imprime su huella más profundamente en la ciudad. Su labor me hunde más profundamente.

Así termina el almuerzo y volvemos al trabajo o a casa, un poco borrachos y con

la tripa demasiado llena. Tengo tiempo de vagabundear por Arcadia. Me engaño a mí mismo diciéndome que estoy investigando, que todo lo que veo es una manifestación de Victor. Ciertamente no es aburrido, una manifestación de Victor debería ser más aburrida que esto. Es una obra de arte, de industria y de arrogancia, pero ¿dónde estaría nuestra ciudad sin estas tres cosas? Seríamos aún un pueblo. Arcadia encorva sus cuatro espaldas contra la ciudad, el cielo, el mundo. ¿A quién le importa, cuando pasa por sus vestíbulos, sus pasillos de cristal, abovedados e iluminados indirectamente, saber si es de día o de noche, norte o sur, primavera u otoño, si hace viento, si llueve o hace sol? Arcadia es —esa palabra de nuevo— Invulnerable.

Tomo la ruta, siguiendo un pasillo comercial, que habría conducido de los antiguos bares hasta el borde del distrito de Puerta de Madera. Me siento asediado por los colores y los olores. No hay viento ni frío, y el sol que logra filtrarse rebota en los ángulos y el cristal y las paredes brillantes lo difunden como si fuera la luz falsa de los teatros. La música y los olores se mezclan: pan recién hecho con Paganini; naranjas aumentadas por los quintetos de Osvaldo Bosse. No oigo a los pájaros. Incluso los humidificadores —que rugen en los cielos del caparazón del edificio— están silenciosos al nivel de la calle. Las fuentes arrojan sus chorros de agua tan calladamente como una jarra vierte leche. Los comerciantes no gritan. No vocean sus mercancías. Han descubierto lo que yo descubro sólo ahora, que —apartados del viento y del aire libre— los sonidos hechos por el hombre son codornices. No pueden volar. No pueden ir lejos. Tiemblan en el suelo. Ningún periquito de interior puede abrir una ruta de vuelo con su grito. Un estridente comerciante loando su fruta no encontraría ningún eco que respaldase sus alabanzas. En el mejor de los casos, el sonido que oiría —si estuviese lo bastante cerca— sería el sombrío impacto de su voz en el cristal endurecido.

Aunque los ruidos en Arcadia son apagados, las frutas y las verduras nunca han parecido tan brillantes y tan uniformes. Los comerciantes, bajo sus toldos a juego, seducen a los transeúntes con productos del banco genético y la granja científica, realzados por el vaporizador de rocío, el anticongelante y el empaquetado. Luces anaranjadas ocultas dan un tono cálido y favorecedor a todos los rábanos, todas las uvas y todas las superfrutas híbridas. Al lado de las cebollas y los nabos de Suecia, hay superquinotos, un quinoto más grande que una ciruela y todo él —la piel, el hueso— comestible. Hay uvas naranja, plátanos de Barbados en forma de aguacate. Y aguacates sin hueso. Y lechugas de laboratorio (rojas, verdes o blancas). Y brécoles de invernadero con cogollos tan grandes y apretados como adoquines, ruibarbos acromáticos cultivados bajo luces fluorescentes y berenjenas biotécnicas que algún químico-jardinero ha hinchado artificialmente en vainas de dióxido. Los jóvenes en busca de amores pueden seguir comprándoles a sus amadas un Membrillo Galante, igual que antes, pero más románticamente presentado en un nido plateado con una tapa perfumada en forma de corazón. Cada compra lleva su bolsa de plástico. Cada bolsa de plástico tiene su logotipo coloreado de Arcadia; cada logotipo coloreado es

una manzana bailarina con una sonrisa higiénica libre de gusanos.

Si yo fuera rico podría comprar joyas y trajes en boutiques situadas al lado de los puestos de ensaladas. Si estuviera enfermo podría seleccionar una docena de remedios para mis enfermedades en el herbolario; cambrón para mi intestino (recalcitrante), enebro para la vista defectuosa, manzanilla para ayudarme a dormir, tragontina para mantener viva mi esperanza de encontrar amor, muérdago como sedante, savia de laurel venenosa para la ginebra del nuevo Ciudadano. Si me gustasen las setas (que no me gustan) podría elegir entre cincuenta clases distintas en Micología, la tienda de hongos. ¿Debería prepararme un *fritto misto* para cenar con un boletus comestible? ¿O debería escoger una seta de miel o una *chanterelle*?

Si buscara un obsequio, podría atraer mi atención una colección de sellos llamativos en los filatelistas. Una primera edición (ligeramente manchada) de los *Truismes* de dell'Ova, con notas al margen del hijo bastardo de Pierre Loti. Un par de guantes hechos a mano. Una casa de masa pastelera con estuco de mazapán y tejas hechas de nuez laminada. Una camiseta con mi nombre, o cualquier nombre que yo elija impreso. Un holograma tamaño postal de Arcadia. O podría encender una vela por el cumpleaños de un amigo. La Capilla del Mercado es una tienda más y paga el alquiler normal, por lo tanto necesita vender tantas velas como pueda. Nada es barato, por supuesto. No rebusque por aquí para encontrar gangas. Arcadia está construida para vaciar los bolsillos, abrir las carteras, cobrar cheques, mermar las cuentas corrientes. Es un Ratero monumental. Victor ha creado la máquina de hacer dinero perfecta. Los comerciantes le pagan, además del alquiler, porcentajes, como los campesinos feudales pagaban sus diezmos. Como ven, Arcadia observa la tradición después de todo. ¡Algo medieval se mantiene intacto! (Si yo fuera aún El Ciudadano, aquí tendría un buen párrafo.)

¿Acaso no hay motivo para celebrar esta nueva diversidad, esta inocente variedad de artículos, a pesar de las afirmaciones de los oráculos y los panfletos que dicen que nuestra ciudad está en decadencia, y que el dinero es la fuerza? Sin embargo, ¿cómo pudieron aquellos verduleros que en otro tiempo vendían sus mercancías directamente de los sacos y las cajas en el Mercado del Jabón hacer frente a los alquileres y los niveles de Arcadia? Tuvieron que modernizarse o cerrar la tienda. Cada tienda que se cerraba era ocupada al día siguiente por hombres de negocios de miras más amplias que las de los jaboneros a quienes sustituían. ¿Quién necesita tantos vendedores de uva? Hoy en día una uva es muy parecida a todas las demás. Lo más sensato es permitir que un mercado como éste se diversifique.

Basta con ver las multitudes para saber que estos cambios han dado resultado. Vean cómo las clases medias van en manada de tienda en tienda, en la bolsa un ramito de perejil junto a un pañuelo de cabeza de *batik* que acaban de comprar y un trozo de queso azul de cabra. Vean a esas respetables matronas acompañadas por una asistente desafiando la artritis y la discreción en las *couturières*. Vean los bares y los restaurantes abarrotados de hombres y mujeres que nunca frecuentaron los bares

azotados por el viento en el antiguo Mercado del Jabón por miedo al caos y la hostilidad. Vean las caras extranjeras; los turistas que han venido a contemplar lo que Fodor llama «la triunfante fusión de la modernidad y la tradición, el orden y la espontaneidad, la Vida y el Arte, los negocios y el espectáculo que ha conseguido la ciudad».

Por supuesto, aquí no verán a los jaboneros nocturnos. El reglamento interior prohíbe holgazanear, vender sin licencia, mendigar, los espectáculos sin permiso, los vehículos (incluyendo patines), los animales (excepto perros lazarillos), el acceso a las personas agarradas a la botella o cuyo atuendo y falta de limpieza causarían mal efecto. «Haga sus compras con seguridad en Arcadia», dicen los anuncios. «Aparcamiento vigilado para dos mil coches.» Para quienes vienen en coche, compran y vuelven a coger el coche, no hay necesidad de probar el aire de la ciudad. Pero ¿quién tendrá tanto miedo del aire de la ciudad que no se atreva a aventurarse por los patios abiertos que rodean Arcadia? Aquí sobrevive aún un mercadillo al aire libre: tres puestos de frutas (ninguno de verduras), con personal vestido de uniforme campesino con faldas tirolesas, sombreros de paja y zuecos. Hay un puesto de comidas preparadas donde es preciso coger un número y esperar turno. Hay bancos de piedra verde y músicos callejeros contratados más espontáneos y eclécticos que las bandas y los cuartetos de cuerda que tocan en el interior.

Curioseo entre los carritos que hay allí. Sus arrendatarios son los artesanos informales de la ciudad. Puedo elegir entre mermelada, cuentas de madera, collares o camafeos. Un hombre vende bolsas trenzadas. Una mujer y su perro tienen velas de mil tipos diferentes. Otro ofrece grabados de paisajes y postales de la ciudad. Puedo elegir entre montar en el llamativo carrusel (restaurado de un original) o recorrer la ciudad vieja en un cochecito ligero tirado por un pony, o visitar, con una bolsa de alimentos, a los cerdos, conejos, cabras y llamas de la Granja de la Ciudad. También puedo elegir entre quedarme aquí sentado, bañándome en la luz rebotada de Arcadia, o volver a trabajar. Volvería al trabajo, pero la vida aquí es agradable, y entretenida también. Es divertido observar a los curiosos que van de compras, ver la escena de los porteros impidiendo la entrada a un borracho o echando a un hombre barbudo con octavillas y un abrigo cargado de chapas. Más divertido que trabajar es mirar cómo los «flamencos» manejan sus recogedores de basura de tal modo que el mercado está tan limpio que uno podría —si no fuera contra el reglamento— tumbarse en el suelo y echar una siestecita.

Por supuesto, es el espíritu de la investigación y no las pocas ganas de trabajar lo que me hace continuar paseando por el anillo exterior de Arcadia, acariciado por el viento. El Merengue de Cristal, ciertamente. La Trampa de Langostas. El Pulpo Transparente. La Calabaza. Tiene cien nombres. Pero hay uno que se ha hecho popular entre las personas a quienes rara vez se les permite la entrada o que no son lo bastante ricos como para curiosear y comprar. Le llaman Vic el Gordo. Es el hermano más rollizo del Gran Vic. Uno está de pie, el otro agachado. Son los gemelos más

extraños de la ciudad.

Finalmente llego al regalo de cumpleaños de Victor, la estatua de bronce encargada por los comerciantes del Mercado del Jabón. La propuesta de los corazones sangrantes,<sup>[2]</sup> hace algún tiempo, para retirarla y poner en su lugar una estatua en honor de Rook, quedó en nada. El regalo de cumpleaños de Victor sobrevive. Una mujer sentada con las piernas cruzadas delante de un cuenco. El artista ha soldado unas monedas reales en el cuenco. La mujer está dando de mamar a un niño. Sus ojos están muy abiertos y miran fijamente a Arcadia. Hubo un tiempo en que los niños trepaban por encima de ella, los oficinistas utilizaban la peana para sentarse a almorzar, los jóvenes escribían los nombres de sus novias con rotulador en los brazos de la mujer o le pintaban el pezón de color oscuro. Pero, muy pronto, pusieron una reja alrededor de ella y de su niño. La estatua se llama *La mendiga y su hijo*, pero todos la conocemos como *La jaula*.

Así que ésta es Em. Y éste es Victor, un niño de pecho. Están tan inmóviles que uno pensaría que su abyecta felicidad no podía terminar nunca. Pero terminó. En llamas. Y aquí está ella, resucitada. Demasiado rígida para coger el carro pintado, cargado de melones —amarillos, verdes, redondos, grandes, pequeños— y demasiado tarde para partir, como ella le había prometido, hacia las afueras de la ciudad donde los campos azules hacen juego con el azul mar del cielo, con su hijo como único pasajero. Ya tengo la primera línea de su biografía: «No es extraño que Victor no se enamorase nunca.»

Me apetece tomarme mi tiempo. Cruzo las últimas losetas con dibujo y los últimos adoquines de Arcadia y me adentro en la ciudad. Las aceras de Puerta de Madera están viejas, agrietadas y combadas. Son ideales para los charcos, las malas hierbas y los paseantes. Me asomo a las callejuelas. Parecen más festivas que antes. Quizá la presencia de Arcadia las ha animado. Ya no son calles traseras poco transitadas, ahora están llenas de bares, tiendas de antigüedades y talleres en la segunda planta.

No se puede aparcar. Los guardias y los policías se encargan de ello. ¿Pero qué podían hacer contra los jaboneros? Al principio sólo fueron uno o dos, fruteros descontentos que habían sido desplazados de Vic el Gordo. Tenían que trabajar y alimentar a sus familias, así que montaron tiendas en las traseras de los camiones y aparcaron en los callejones sin salida, vendiendo fruta barata de baja calidad a quienes tenían demasiada prisa para entrar en Arcadia. Pronto hubo un puñado de puestecillos improvisados, algunos toldos de colores en las traseras de los camiones, algunas bandejas con productos agrícolas en las aceras. Nunca se han visto setas tan ásperas, fruta tan poco escogida, remolachas tan estropeadas, naranjas tan feas, peras tan magulladas, acelgas sin envolver —los espárragos del pobre— y moras y grosellas aún mojadas por la lluvia del campo, ya pasadas, muy baratas.

Muy pronto, claro está, el mercado desplazado tuvo un nombre: Jabón Dos, igual que una película. Uno piensa que los personajes están muertos, luego llega la segunda parte, tan viva como la primera. Ahora vemos que no es verdad que «las ciudades se tragan a los pequeños», que «los *soufflés* sólo suben una vez». Los pigmeos medran en la calle. Yo solía pensar que los edificios eran lo único que perduraba en las ciudades, pero, al parecer, las personas también perduran. Se agarran con uñas y dientes. Improvisan. Patalean. Dejan un legado que no es de ladrillo ni de piedra.

Los primeros que vinieron están ya bien establecidos. Tienen su clientela, sus lugares fijos, sus regímenes. Algún habilidoso ha improvisado una iluminación para el amanecer y después de anochecido. Jabón Dos funciona hasta bien entrada la noche cuando Arcadia está cerrada y bajo guardia. Los jaboneros roban la luz de las farolas de la calle, por medio de un cable ilegal conectado y desconectado una docena de veces al día cuando los uniformes se acercan. ¿Quién pagará la factura? ¡A quién le importa! No será Celofán. A él le tiene sin cuidado. Las facturas ni le rozan. Está escudado por el corsé de su celofán. Se mueve con pasos de vals por el mercado tan reluciente como una sardina de teatro, todo el día y toda la noche. A veces se encarga de dirigir el tráfico que pasa dificultosamente entre los puestos. A veces se tumba en la calle para impedir el paso de los coches. Mendiga. Roba. Grita barbaridades. Nunca he oído semejantes palabras antes. Da patadas a las frutas caídas de los puestos. Siempre está en el borde del mercado, un portero uniformado de celofán. A medida que Jabón Dos se expande, él se aleja de su centro, para invitar a la gente a

entrar. No importa adonde vayan ni si tienen algún motivo para abarrotar las calles. Él sencillamente espera compartir —y complicar— el éxtasis de las multitudes.

Ahora el distrito de Puerta de Madera, en otro tiempo tan muerto y deprimido, está tan ruidoso y congestionado, tan animado e inseguro como solía estarlo el Mercado del Jabón. La mercancía se amontona en pilas que desafían el sentido común y la física: torres de patatas, coníferas de naranjas, que tiemblan cada vez que pasa un transeúnte. El mercado provisional prospera con el ruido, la suciedad y la lluvia. Prosperaría —y prospera— incluso con la pobreza. «Toda vida está aquí», dicen los chovinistas del mercado, una afirmación que nadie haría respecto a Arcadia, con sus puertas flanqueadas por policías, su credo de Seguridad, su proscripción de chulos, vagabundos, putas y mendigas, vendedores callejeros, golfillos, adolescentes, borrachos y perros. Toda vida está aquí, a pesar del viento, la lluvia, el polvo, la basura a mis pies.

La comida de la Nueva Era que tomé en el almuerzo de los Vejestorios me ha dejado hambriento. Compro una pera pasada. Su piel está magullada y deteriorada por la intemperie como la cara de un labriego. El vendedor se baja del capó de su coche. Deja una conversación con un amigo y su almuerzo a medio comer sobre el metal, las huellas de sus dientes en el huevo duro, la barra de pan mordida, el frasco de plástico lleno de café excesivamente azucarado. Frota mi pera en la pernera de su pantalón para quitarle las marcas de la cosecha. La echa con una pirueta en una bolsa de papel. Retuerce la bolsa y le hace un par de orejas. Coge mis monedas. Yo cojo la fruta. Soy libre de comérmela cuando quiera. Me la como ahora. Me chorrea por la barbilla. No puedo andar y comer a la vez. Me aparto de la multitud y me apoyo contra una pared entre un bistró y una tienda de bricolaje para observar cómo el Hombre de Celofán provoca la confusión entre los coches. No sabría decir dónde prefiero comer, si en Jabón Dos o en Vic el Gordo. Ambas perspectivas me seducen. Soy libre mientras haya savia en mis piernas para poder elegir. No soy un Invulnerable. Gracias a Dios. No soy Victor, demasiado viejo y seco para sentirse a gusto aquí abajo. Él tendrá un libro (quizá) para celebrar su vida. Arcadia. Una estatua también. Pero todas sus peras, sospecho, se las llevan en tren y en taxi al Gran Vic. Se toma la vida en un plato. Con una servilleta. No puede simplemente —como yo hago ahora— tirar al suelo la bolsa de papel empapada que contuvo la pera y encontrar un rincón calentito para sí.

Hay un poco de sol que me da directamente en la cara, en la camisa, en la pera estropeada. Me la como ahora. El corazón y el tallo se los doy a la acera, y diez mil pies los aplastan, igual que la ciudad aplasta a todo el mundo cuando les llega la hora, cuando son desperdicios.

El sol sale del todo sólo por un instante. Está radiante y luego desaparece. El anticiclón que ha mantenido el tiempo seco ha sido arrastrado por el viento. Ha llegado la hora de la lluvia. Es fuerte y repentina como siempre en nuestra ciudad. En el campo llovizna pero aquí la lluvia son chuzos que rebotan en el techo de los

coches. Las callejuelas no pueden absorberla. Se inundan. Rebosan. Sus desagües están taponados por las hojas de repollos, la propaganda, la pulpa y la piel desechadas. Las aceras se convierten en pistas de patinaje verdes y resbaladizas. Andar sobre ellas es jugarse los huesos. ¿Qué podemos hacer sino acurrucarnos bajo los toldos que hay, juntarnos en las entradas de las tiendas, sentarnos en los coches, buscar refugio —y una copa— dentro de un bar?

No puedo escapar completamente de la lluvia, a pesar del paraguas que sostiene mi vecino. Mi traje se empapa en un hombro. Mis calcetines y mis zapatos están mojados. Mi frente suda lluvia. El entretenimiento no acaba nunca. El tiempo es un ballet para las calles. Pero hay un bailarín más sustancial. Celofán está dando patadas y levantando el agua en el aire. Cree que vamos a arrojar unas monedas a cambio del espectáculo. Hace una reverencia. Mientras la hace sale el arco iris, conectando la ciudad vieja y la nueva. Es un puente que supera el ingenio de los arquitectos reflejado en los cristales del Gran Vic y de Arcadia. El arco iris se recrea en las ventanas. Pero no hay necesidad de sacar conclusiones. Todos sabemos que los arcos iris empiezan y terminan en todas partes, que son simplemente el sol que brilla desde atrás para engañar a la luz de la lluvia, si miramos en dirección este a media tarde hacia el chaparrón que amaina. No son augurios, pero sí son señales de que no hay peligro en volver a la calle. La lluvia casi ha cesado.

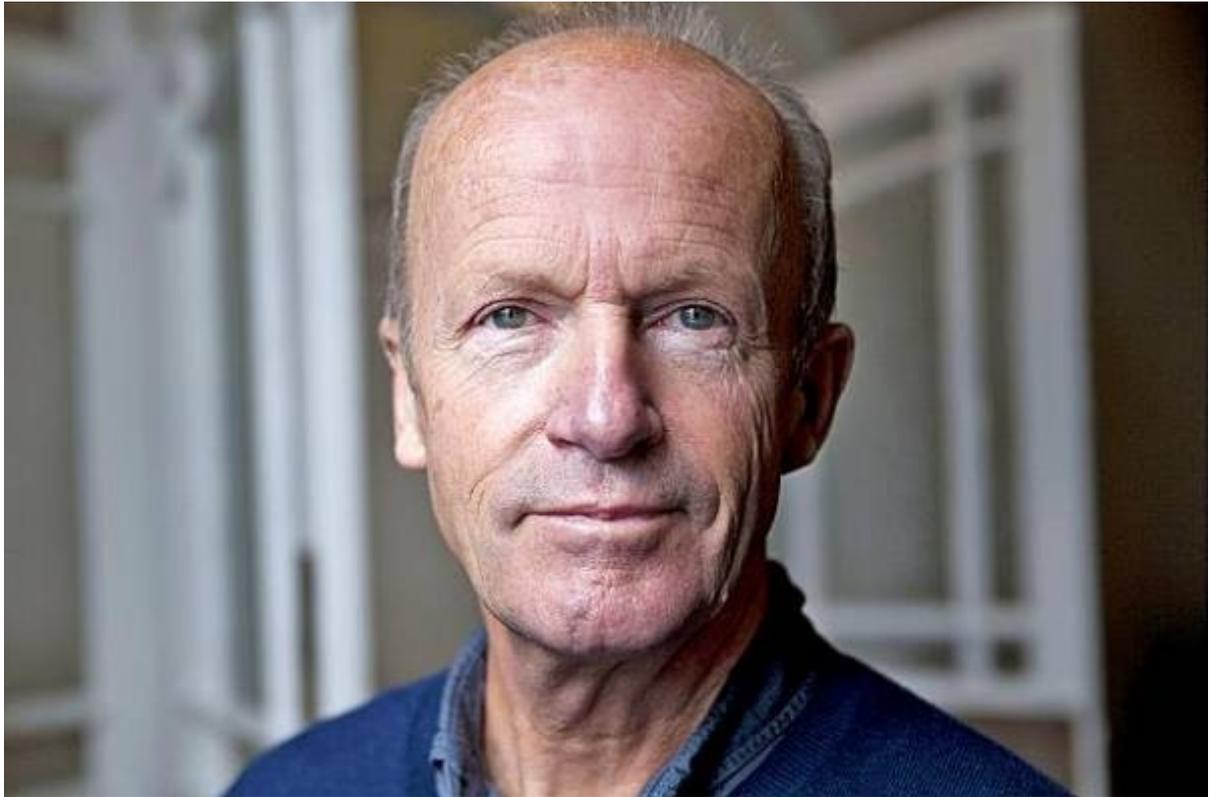
Mi cara y mis ojos están mojados. Tengo que fruncir el ceño y bizquear para poder enfocar mientras paso entre el resplandor y la oscuridad, mientras cruzo las calles y sorteo los charcos, mientras evito colisiones con las personas y los coches. Tantas personas con tantos propósitos. Demasiadas personas para conocerlas bien.

No desearía ser demasiado importante para caminar por las calles. Estar alejado de ellas es perder la bendición de la multitud. Los edificios más altos arrojan las sombras más largas, dicen quienes pasan sus vidas contemplando sus monumentos, y aquellos para los cuales la vida de las sombras es mejor que la vida real. Pero la mayoría de los que vivimos en las ciudades morimos y nos llevamos nuestra sombra a la tumba. No sobrevivimos a la mampostería y al cristal. Se dice que los grandes hombres tienen también las lápidas más grandes y arrojan las sombras más largas incluso después de la muerte. Los cementerios demuestran la verdad de este aserto. Pero yo prefiero pensar que los gusanos, la humedad y la degradación son demócratas de mentalidad abierta y nos tratan a todos por igual. Todos somos ciudadanos al fin. Por lo menos hasta que somos polvo.

Yo también dejo mi huella en la ciudad. Mi huella viviente. Estiro las piernas lo mejor que puedo y echo a andar despacio por la calle. Las huellas de mis zapatos mojados sobre la acera se secarán pronto, pero las huellas de los pies y las mil bolsas de papel mojado que contuvieron mil peras, los corazones, los tallos, las mondas de la vida diaria son más sustanciales —¿no es cierto?— que las sombras. Engordan los estercoleros de la ciudad.

Hay personas mojadas y pobres que andan por las aceras dando saltitos como si

los charcos y las grietas fueran regalos de cumpleaños cívicos. Y hay muchos silbadores a mi alrededor. Mis piernas son viejas. Eso es lo único que me impide saltar aquí mismo o levantar de una patada el agua de lluvia de los charcos. Mi lengua está ocupada hurgando un trocito de piel de pera alojado entre mis dientes. Eso es lo único que me impide aspirar el aire de mi ciudad y silbar.



JIM CRACE (St. Albans, Inglaterra, 1 de marzo de 1946) es un escritor inglés, conocido por muchas de sus novelas, sobre todo en el mundo anglosajón, siendo, pese a sus premios, prácticamente desconocido en el mercado en español.

Ganador de galardones como el Premio Whitbread, el Guardian o el David Higham y finalista del Booker, Crace también ha destacado por sus relatos cortos y su trabajo en piezas teatrales para la radio.

# Notas

[1] *Rook* significa grajo y también timador y embustero, de ahí el doble sentido del apodo. (*N. de la T.*) <<

[2] Éste era el mote despectivo que el senador McCarthy daba a quienes acusaba de ser subversivos durante las investigaciones de su comité ante el Congreso. (*N. de la T.*) <<